UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

William C. Buchanan
23046 Univ. of Toronto

COLECCIÓN SELECTA

DE

ANTIGUAS NOVELAS ESPAÑOLAS

TOMO IV

C6917

COLECCION SELECTA

DE

Antiguas Novelas Españolas

TOMO IV

NOVELAS

DE

MIGUEL MORENO

y del Alférez

BALTASAR MATEO VELÁZQUEZ

Con introducción

de

DON EMILIO COTARELO Y MORI

De la Real Academia Española

89418
29/7/08

MADRID, 1906

PUBLÍCALA LA

LIBRERÍA DE LA VIUDA DE RICO

Travesía del Arenal, 1—MADRID

IMPRENTA IBÉRICA, Á CARGO DE ESTANISLAO MAESTRE
POZAS, 12.—MADRID

INTRODUCCIÓN

MIGUEL MORENO Y SUS NOVELAS

No por su extraordinario mérito (aunque no carecen de él, sobre todo la primera) reimprimimos en este tomo las dos novelas, únicas conocidas, de Miguel Moreno, escritor que gozó en su tiempo bastante fama, si bien no por el concepto con que ahora le entregamos de nuevo al juicio del público.

La principal razón de publicar las dos presentes novelitas es la de su grandísima rareza, muy especialmente la titulada *El Cuerdo Amante*. Tan escasa es, que habiéndose equivocado en nombrarla el Dr. Juan Pérez de Montalbán, titulándola *El curioso amante,* con este falso rótulo la siguieron mencionando D. Nicolás Antonio y los bi-

bliógrafos modernos D. Adolfo de Castro y D. Eustaquio Fernández de Navarrete; el primero, en los preliminares del segundo tomo de su *Colección de poetas líricos de los siglos, XVI y XVII* (pág. LXVII) para la Biblioteca de Autores españoles, y el segundo, en su *Bosquejo histórico de la novela española,* en el tomo 33, pág. LXVI de la misma colección.

Mayor rareza alcanza todavía la primera edición, que no hemos visto ni citada, de la segunda novelita *La Desdicha en la Constancia;* pero que, como anónima, empezó á correr desde 1670 en la colección publicada en Barcelona con el título de *Varios prodigios de amor,* por Isidro de Robles, y otras varias veces reimpresa en el siglo XVIII.

Respecto de su autor, Miguel Moreno, el que mayores noticias biográficas nos da es D. Nicolás Antonio, en su *Bibliotheca nova* (II, 142), quien rectifica la equivocación cometida por el Dr. Pérez de Montalbán en su *Para todos* (1632), que le había hecho natural de Madrid.

Según aquel insigne bibliógrafo, Moreno nació en Villacastín, villa de la provincia y á seis leguas de Segovia, por los años de 1591,

si la fecha de su muerte y edad que aquel historiador le da son exactas.

Que hizo estudios nada ligeros, especialmente en jurisprudencia, parece desprenderse en sus escritos. Pero quizá por lograr desde el principio modo decoroso de vivir, se examinó de escribano y obtuvo una plaza entre los llamados *de Provincia* en los Tribunales de la corte.

En el ejercicio de este cargo modesto adquirió alguna notoriedad por su talento, honradez y, especialmente, por su facilidad de expresión y verdadera elocuencia con que hacía la relación de las causas ante la Sala de alcaldes de corte. Esta cualidad de su artística oratoria, recibida, como dice Nicolás Antonio, en la cuna, fué la causa principal de haber salido de la obscuridad de su escribanía *de Provincia*, y hubiera alcanzado puestos elevados si una muerte prematura no hubiese atajado aquellos progresos.

Mientras residió en la corte desempeñó el cargo de secretario del octavo duque de Béjar, D. Francisco Diego López de Zúñiga, señor de grande estado por sí y por haberse casado con doña Ana de Mendoza, duquesa de Mandas y Villanueva.

Cultivó también por entonces las letras, publicando en 1628, ó acaso antes, la novela *El Cuerdo Amante* (1).

Dedicó esta novela por duplicado al poeta y caballero sevillano D. Diego Jiménez de Enciso, personaje de cuenta por su grande amistad con el Conde-Duque, y al famoso poeta portugués Antonio López de Vega, entonces secretario del Condestable de Castilla, si bien á este último más en calidad de censor que de Mecenas.

Por cierto que en esta especie de consulta son de notar el empeño que muestra Miguel Moreno en que se le tenga por escritor claro y natural y la censura que hace de los que infringen aquellas cualidades. Tal insistencia hace sospechar un objeto determinado, y más cuando circunscribe sus cargos diciendo: «Expresar un sutil concepto *con los verbos inexcusables* en el romance castellano de manera que se ofrezca hermoso y

(1) La única edición que hemos visto y que parece hecha fuera de España, lleva esta portada: *El | cuerdo | amante. | Por | Miguel Moreno. | A Don Diego Ximenez | de Enciso y Zuñiga.* | (Adorno tipográfico). *Año M.DC.XXVIII.* En 4.°, sin lugar de impresión ni imprenta, y con dos hojas preliminares y 64 foliadas.

el entendimiento que le va percibiendo quede descansado, es elegancia magistral; pero quitarle la dulzura y gracia con la dureza escabrosa de la trasposición y *usurpación de verbos,* es indignar á la inteligencia y al gusto en vez de irles obligando.»

Pudieran muy bien dirigirse estas alusiones á otro escribano de provincia que por aquellos mismos días cultivaba igualmente el campo de las letras y era grande amigo de Lope de Vega. Llamábase Juan Izquierdo de Piña, y había publicado en 1624 unas *Novelas ejemplares* en este mismo año de 1628 en que, al parecer, escribe Moreno una primera parte de *Casos prodigiosos.* En ambas obras se advierte un estilo ampuloso y á veces gongorino, una construcción muy enrevesada, y, sobre todo, en la segunda de aquellas obras un prurito de economizar verbos, en especial el auxiliar ser, que hace no poco extraño su estilo.

Tampoco está sin defectos el de Moreno, aunque de otro género. No puede decirse que peque contra las reglas, ni de la gramática ni de la buena retórica; pero es tan esmerado, artificioso y discreto, que toda atención es poca para seguir el giro de sus

ideas y aun tal cual vez aparecen poco claras. Era moda del tiempo convertir un trozo cualquiera de prosa en tema de estudio, y no puede negarse que dentro de su sistema Moreno obtuvo efectos muy bellos y artísticos. Muchas formas de expresión suya causarían, usadas hoy, grande efecto entre los adeptos de tan sabia manera de escribir.

No es esto decir que toda la obra esté escrita de igual modo, ni siquiera la mayor parte; antes bien, en general su estilo es muy inteligible, aunque siempre ingenioso y original, y ofrece combinaciones sumamente agradables que los inteligentes y amantes del arte en la expresión oral de los pensamientos saborearán con placer.

Menos cuidadosamente escrita aparece la segunda novela de Moreno, *La Desdicha en la Constancia*, que, sin embargo, tiene mayor interés y fuerza dramática y hasta parece tomada de algún hecho real mezclado con otros imaginarios. Por lo menos, sucesos como el de la última parte de la novela no escasean en las historias relativas á nuestras antiguas costumbres.

En vista del epitafio que se estampa al final,

Prevén llanto y no te espantes,
¡oh tú que adviertes la historia!,
que aquí yace la memoria
de los más finos amantes,

pudiera creerse que este de *Los más finos amantes* fuese el verdadero título de la novela; y tal vez con él aparezca en alguna colección, anónima ó atribuída á otro autor de la época.

Miguel Moreno publicó además de estas obras una relativa á su profesión con el título de *Avisos para los oficios de provincia* (1), donde establece una especie de de-

---

(1) *Avisos para | los oficios de | Provincia de la Corte y con | sequencias generales | para otros. | Al Excelentissimo | señor Francisco* (sic.: sin don) *Diego Lopez de Zuñiga y | Sotomayor, Duque de Vejar, Duque de | Mandas, y de Villanueua, Mar | ques de Gibraleon, &c. | Por Miguel Moreno, Secretario de su | Excelencia, y Escriuano de Prouincia | de la Casa y Corte del Rey | nuestro señor. | Con privilegio. | En Madrid, Por Iuan Gonçalez. | Año M.DC.XXXI.*

8.º, 8 h. prels. y 132 foliadas.

Tasa: (4 mrs. pliego, 2 rs. y 10 mrs): Mad. 19 Ag.to 1631. — Erratas: Mad. Ag.to 10 de 1631.— Privil. á Mig. Mor., escrib. de prov. Mad. por 10 años: Mad. 10 Mayo 1631. — Aprob.: Mad. 11 Feb.º 1631: D. Fr.co de Quevedo y Villegas.—Lic.: Mad. 21 M.zo: Lic. Velasco y Acevedo. — Aprob: Mad. 28 Ab. 31: Lic. D. Fr.co de Valcárcel.—Dedicatoria.—Al lector.—Texto.

chado ó modelo del buen escribano y relator. Muchos de los avisos y preceptos, como los de que ha de ser fiel, urbano, afable, etc., son de sentido común, y los demás, reglas generales de conducta.

La fama de legista que gozaba Moreno hizo que cuando en 1633 salieron para Roma los comisionados de Felipe IV, don Fr. Domingo Pimentel, obispo de Córdoba, y D. Juan Chumacero y Carrillo, del Consejo y Cámara de Castilla, con el objeto de presentar al Papa Urbano VIII el célebre *Memorial* contra los abusos de la curia romana y de la nunciatura en España, eligiesen para secretario suyo á Miguel Moreno.

Es muy probable que nunca hasta entonces Moreno hubiese salido de España, y como nacido en el corazón de Castilla, ni aun visto el mar, pues en un epigrama, compuesto, sin duda, durante el viaje, dice:

Qué sintió del navegar,
después que á Italia pasó,
á Andrés se le preguntó,
y respondió sin dudar:
que acción tan amenazada
y en que tanto se aventura,
es una honesta locura
en el uso disculpada.

Los comisionados presentaron su memorial, que fué respondido por monseñor Maraldi, secretario de Breves, y de nuevo entregaron al Papa una *Réplica* que Castro supone escrita acaso por nuestro Moreno (1).

Prolongóse con estas contestaciones la estancia en Roma por dos años; esta dilación costó la vida á Miguel Moreno, que falleció en la Ciudad Santa el 28 de Julio de 1635, y fué sepultado en la iglesia de Santiago del Hospital de los Españoles, donde muchos años después existía aún su sepulcro, cuyo epitafio leyó D. Nicolás Antonio y extractó en el artículo de su *Biblioteca*.

Declárase en él que Moreno gozó además los honores de secretario del rey, y que fué varón de graves costumbres y en toda su persona de aspecto venerable.

La muerte debió de ser casi subitánea, ó al menos sin larga enfermedad, porque en el mismo año publicó en Roma, y en casa de Luis Grignani, una curiosa colección de 200 epigramas, con el título de *Flores de España cultivadas en Roma,* 1635, en 8.°,

(1) El *Memorial* con los referidos documentos se ha impreso diversas veces desde el siglo XVII, siempre sin lugar ni año, según creemos.

que D. Adolfo de Castro reprodujo en el segundo tomo de sus *Poetas líricos de los siglos XVI y XVII*, en la Bib. de Rivadeneyra, páginas 165 y siguientes.

En el prólogo de esta obrita explica Moreno su formación, diciendo: «Llega á ser no sólo lícito, sino conveniente en los más graves manejos de materias, así espirituales como profanas, divertir el ánimo con algún paréntesis de recreación, quedando á cuenta del que necesita este alivio elegir el más honesto. Hallándome en Roma, en servicio de su majestad, con ocupación y cuidados no pequeños, hube menester alguna vez este socorro. Queriendo usar de la elección, consideré que cuanto menos vulgar y público fuese, tanto más agregaría de buena conveniencia á lo escrupuloso y ejemplar de mi obligación... Poniéndolo en ejecución junté los materiales antiguos con que me hallaba (producidos de la especulación, la observancia y ocasiones cortesanas) y añadí otros de nuevo. Redújelos á esta composición y título (bien que pudiera aprovecharlos en argumentos de diferente calidad), porque siendo el intento de diversión apacible, se consiguiese con facilidad, ha-

ciendo tránsito breve y suave los ojos y el discurso de una flor á otra, sin difusión molesta.»

Los epigramas de Moreno son en general fríos, quizá no tanto porque Moreno no supiese versificar con facilidad, como supone Castro, como por el carácter serio y austero del autor. La versificación nos parece bastante fácil; pero el asunto ni es cómico ni satírico casi nunca, y claro es que sin estas condiciones no hay poesía ni métrica capaz de darles vida. Queda reducido el epigrama á lo que era en algunos de la antigüedad (menos Marcial): una composición breve en que se establecía en forma muy concisa un contraste de ideas, de costumbres, de hechos ó dichos.

Así Moreno nos trae muchos relativos á lo difícil que es en casos dudosos tomar una resolución; al peligro que encierra servir y agradar á grandes señores; lo diferente que es obrar y decir; lo expuesto de hablar mucho ó no guardar secreto; lo difícil de conservar buena opinión; lo detestable del cohecho y la charlatanería en los oficios, cosas todas porque el mismo Moreno había pasado y que le habían hecho reflexionar. Aun

los epigramas relativos á mujeres que forman la última parte de la serie se quejan de la gravedad de ideas del autor: su reprensión es ceñuda y clara como se ve en estos dos:

Que con Belisa casase,
que era doncella luciente,
dijo á Pedro un su pariente
y que al punto lo efectuase.
«Tan apriesa será error
(respondió muy mesurado):
que es dama que cursa el Prado,
Comedia y calle Mayor.»

—

Tiénesme por muy resuelto,
Octavio, porque jamás,
por un agravio no más,
á ver á Nise no he vuelto.
La razón en que me fundo,
es, advierte como sabio,
que quien perdona un agravio
empieza á esperar segundo.

A veces acierta, no con lo cómico, sino con la forma ingeniosa y aguda de expresar el concepto epigramático como en éste, que nos parece de los mejores:

Que *quebró* aquel mercader,
dice el pueblo comúnmente;
y en sentido más corriente
la quiebra se ha de entender.

Si lucido y placentero
vive y queda en el lugar,
no es él quien llegó á quebrar,
sino el que le dió el dinero.

Don Nicolás Antonio y el Dr. Montalbán citan de Moreno estas otras obras que no sabemos si se han impreso:

Memorial á Su Majestad en favor de la suficiencia de los servicios (Montalbán dice *insuficiencia)*.

Diálogo intitulado Defensa de damas.

Avisos políticos. De éstos dice Montalbán que los tenía «para publicar».

EL ALFÉREZ

DON BALTASAR MATEO VELÁZQUEZ

Forma la segunda parte del presente tomo otra novela de gran rareza, al menos su primera impresión de 1626, que es la que reproducimos á continuación, por el ejemplar que fué de D. Benito Maestre y pára hoy en la Biblioteca Nacional. Gallardo, en su *Ensayo* (IV, pág. 897), describe otro ejemplar de *El Filósofo del Aldea,* que acaso sea el mismo: y son los dos únicos bibliógrafos que los tuvieron á la vista. Salvá no conoció más que la impresión de Zaragoza, de mediados del siglo XVII ó algo después, y Ticknor ni aun ésta, y califica la obra de «libro singular», manifestando no haber hallado noticia de él en ninguna parte. *(Hist. de la lit. esp.*, III, 430.)

Otro tanto le sucedió á D. Eustaquio Fernández de Navarrete, que sólo pudo ver uno de los cuentos de *El Filósofo del Aldea,* porque fué incluído, con el título de *Nadie crea de ligero,* en la colección de novelas que en ocho tomitos se imprimió en Madrid los años de 1787 y 1788, y fué el que Navarrete reprodujo en su colección de Autores españoles. Pero como el primer editor de este cuento aislado sólo disfrutó la reimpresión de Diego Dormer, en que el estilo y lenguaje están muy remozados, claro es que aun en esta parte mínima es nuevo el texto que nosotros ofrecemos.

Del autor de esta curiosísima obra no tenemos más noticias que las que él ha querido darnos en los preliminares de ella. Don Nicolás Antonio no le menciona por sus apellidos corrientes, pero sí por el de Angulo, que también le correspondía acaso antes que el de Velázquez (1). Así al menos parece indicarlo en sus poesías laudatorias cierta doña Ana Agudo y Vallejo, «sobrina del autor», diciendo:

---

(1) «Don Balthasar de Angulo, scripsit: *El Filósofo del Aldea,* 1625, 8.°
(Nic. Ant.° *Nova,* I, 181.)

Los cien brazos os sirvan de Briareo,
discreto Baltasar *(de Angulo* gloria),

y D. Pedro de Araque y Quevedo, también «sobrino del autor», cuando exclama:

Con artificio agudo y palïado
el de Angulo y Velázquez nos advierte
lo conveniente á nuestra vida humana.

Sea como quiera, D. Baltasar nació en la villa de Varaderrey, en la provincia de Cuenca, partido judicial de San Clemente, donde Velázquez hizo estudios de humanidades. Y no debió de salir mal de ellos á juzgar por el continuo uso y cita que hace de autores clásicos en su obra.

La época de su nacimiento puede fijarse aproximadamente hacia 1580, porque dice haber servido á su majestad en las plazas de la Mamora y de Larache, que fueron tomadas en 1612 y 1614.

En cuanto llegó al uso de la razón dió, como tantos otros españoles del tiempo, libre curso á su inclinación por el ejercicio de las armas, permaneciendo en él muchos años, pues desde la *Armada Real* suscribe la dedicatoria de su obra, por los años de 1624, á D. Juan Meléndez de Valdés. No

ascendió mucho en tantos años de soldado; acaso la falta de protección ó de ocasiones de gran lucimiento le atascarían en el grado de alférez hasta lograr su retiro.

Tampoco sabemos qué clase de relaciones le ligaban con el Mecenas que eligió para su libro, aunque da una especie de genealogía de esta distinguida familia asturiana, que al parecer había adquirido mayor renombre y fortuna en Flandes y en América por sus hechos de armas y por sus casamientos ilustres.

Durante su permanencia en las plazas de guerra se dió, como él dice, á la lección de toda clase de libros, especialmente los de historia. Pero no sólo en esos, sino en otros muchos, que igualmente cita con escrupulosa puntualidad, y en el trato de las gentes y vista y curso del mundo, adquirió un gran caudal de conocimientos prácticos para la vida, que luego entró en deseos de comunicar á sus semejantes.

Tenía terminado ya su libro en 1624, pues en 2 de Mayo de dicho año va fechada su aprobación por Alonso Herrera, y hasta impreso; porque la fe de erratas y la tasa llevan las datas del 13 y 20 de Diciembre

del referido año de 1624 (1). No resulta esclarecido por qué se dilató dos años la salida al público del tomo.

La forma que el alférez Velázquez eligió para exponer sus doctrinas es una mixta

---

(1) La primera edición lleva esta portada:
El Filosofo del Aldea, | y svs conversaciones | familiares, y exemplares, por ca- | sos, y sucessos casuales. | Por el Alferez Don Baltasar Mateo Velazquez, | natural de la villa de | Vara de rrey. | A Don Ivan de Valdes | y Melendez. | Con licencia. | En Pamplona, por Pedro Dullort, | año de Mil y seyscientos y | reynte y seys.
8.º, 8 h. prels. y 88 foliadas. No describimos los demás preliminares porque íntegros van á continuación.
Segunda edición.
El Filosofo del Aldea | y svs conversaciones familiares, y exemplares, por casos, y sucesos, casuales, y prodigiosos. | Su avtor | El Alferez Don Baltasar Mateo Velazquez | Dedicado | A Don Pedro Gutierrez de Miranda, Assentista de Millones | de la Majestad, que Dios guarde. | Con licencia, en Zaragoza. | Por Diego de Dormer, Impresor de la Ciudad y Hospital Real de Nuestra Señora de Gracia.
8.º, sin año (hacia 1650); 2 h. prels. y 106 foliadas.
Dedicatoria firmada por «Juan Fernández».—Aprobación del P. M. Fray Cristóbal de Torres, de la Orden de Predicadores.—Dos *Imprimatur* de *D. Sala V. Gñal.* y *Exea Pr.*
Después de terminado el texto de Velázquez y sin advertirlo, antes suponiendo que prosigue é interpolando unas breves palabras suyas, insertó el nuevo editor, sin darle título alguno, la novela *El Duende de Zaragoza*, que muy poco antes (1649)

entre los antiguos libros de *Exemplos* y dichos agudos ó profundos, como el *Isopete* ó la *Doncella Teodor* y la novela á la italiana. Y esta mezcla de forma oriental y europea es uno de los atractivos de este cu-

---

se había publicado en *La Quinta de Laura*, colección de varias novelas, á nombre de D. Alonso de Castillo Solórzano, á quien probablemente pertenece *El Duende de Zaragoza*. Sin embargo, nosotros la hemos incluído en el apéndice, para completar el libro de Velázquez en sus dos ediciones.

Los demás preliminares, aunque no tienen interés, los copiaremos aquí por ser muy breves.

«*A D. Pedro Gutiérrez de Miranda, Assentista de Millones de S. M. (que Dios guarde).*

Nobleza y virtud, que compiten lucidamente en v. m., ó por mejor decir, viven tan sin competencia, me mueven igualmente á poner á los pies de v. m. otro libro, habiendo v. m. hecho favor de admitir otro que le dediqué, que es cierto que teniendo tan buen padrino, correrá como el primero. A la protección de v. m. lo encomiendo, que no cumpliera con menos mi obligación si en esta pequeña oferta cifra de mi voluntad lo publicara con título de agradecido, reconocimiento de obligado; linaje de satisfacción es conocer la deuda cuando el caudal se embaraza en los límites de corto; y así en tanto que publica mi deseo, con mayor realce su rendimiento. Suplico á v. m. admita este indicio breve de mi cariño, que por reconocer su modestia se exime de la presunción de lisonjearle con su genealogía consagrándolo al silencio, pues es tanta su nobleza de v. m., que habría menester mayor volumen; pero ahora será mejor no publi-

rioso libro, á la vez que nos revela que la novela no había aún logrado, en su aspecto moderno, la aquiescencia general.

En esta parte el alférez conquense imitó bastante al ingenioso Salas Barbadillo, que su *Curioso y sabio Alejandro* y en el *Boca de todas verdades* puso como aquél, en su *Filósofo del aldea,* sus propias ideas y conocimientos, á la vez que quisieron pintarnos unos personajes agudos, discretos, desengañados, algo misantrópicos y prontos siempre á ridiculizar ó condenar los actos humanos que no se acomodan á su criterio.

El tal *Filósofo* sigue un procedimiento muy irregular en sus enseñanzas, que además son muy incompletas y deficientes,

---

carlo: y v. m. me perdonará este atrevimiento de quien desea servir á v. m., cuya vida guarde Nuestro Señor como puede, y este su servidor desea para bien de muchos pobres. Servidor de v. m. q. s. m. b., *Juan Fernández.*»

«*Aprobación del P. M. Fray Cristóbal de Torres, de la Orden de Predicadores.*

Aprobó este libro el P. M. F. Cristóbal de Torres, de la Orden de Predicadores: y el Doctor Cedillo, Catedrático de la Real Escuela de las Matemáticas en Zaragoza.—*Imprimatur. D. Sala, V. Gñal.—Imprimatur. Exea Pr.*»

aunque no puede negarse que sus sentencias y aforismos sean, no sólo muy originales, sino llenos de buen juicio y expresados con acierto, como el *abecé* de la educación de la niñez.

Los primeros casos que cuenta de *Sigeldo y Polimo* y de las dos *Isabelas* son algo inverosímiles, sobre todo el primero. Pero es muy curioso el de *Agueda la mal casada,* interesante el de la desesperada *Narcisa*, y, pasado el del *rey Ebandro,* que vale menos, todos los siguientes nos parecen buenos, aunque por conceptos distintos. Está muy bien referido el del estudiante *D. Paulo*, siquiera la moralidad no sea del todo plausible, y son bastante ingeniosos el de la crédula *Polonia*, el del desvanecido *D. Sancho* y el de la mona del *Despensero*.

Tiene especial interés para nuestra historia literaria la *Conversación quinta,* en que el hijo de Varaderrey arremete contra el culteranismo. Al observar las proporciones que Velázquez concede á este tema y la vehemencia con que lo trata, no se puede creer que tal capítulo fuese escrito lejos de la corte y por persona ajena á aquellas controversias literarias, sino por quien vivía

enmedio de ellas y toma parte en la contienda. Es muy posible que por el tiempo que Velázquez terminaba su obra residiese algún tiempo en Madrid.

El lenguaje y estilo del alférez Velázquez no son muy correctos, ni escogidos, aunque sí castizos y naturales. Hay algunas curiosidades de idioma que no tenemos lugar de señalar. Es posible que el autor, partiendo de la base de que su héroe era *un filósofo de aldea*, no quisiese poner en sus labios hablar más pulido y elegante; pero debía también de haber observado que, aunque se llame aldeano, quien á cada paso está citando á Platón, Aristóteles, Cicerón, Séneca, Tácito y toda la serie de autores clásicos, bien podía no incurrir en los descuidos que tal cual vez afean su lenguaje, en general no malo.

El Cuerdo Amante

POR

MIGUEL MORENO

A D. Diego Ximénez
de Enciso y Zúñiga.

Año M.D.C.XXVIII.

A D. DIEGO XIMENEZ DE ENCISO Y ZÚÑIGA

Considerando que los grandes empleos de su talento de v. m. necesitan más de alivio al espíritu que de aumentos al peso que oprimiera á fuerzas menores, propuse hacerle una ofrenda de recreación. Con este intento adorné de la desaseada gala de mi ingenio el asunto que remito. Ya que de mi parte será justo desconfiar el acierto del favor que usted me hace, osaré esperar, que halló (si no las elevaciones encumbradas que se humillan á la alteza de su pensamiento) algún favor de deleite, digno de los agrados de su gusto. Los que bien sienten juzgarán que [al] calificar con tal dueño tan humilde trabajo, supe disculparme, si me concedo su aprobación, y v. m. en recibirle y patrocinarle hará lo que pude prometerme de quien es.

MIGUEL MORENO.

A ANTONIO LOPEZ DE VEGA

SECRETARIO DEL CONDESTABLE DE CASTILLA

El título de este papel (como v. m. verá) es *El cuerdo amante.* Asunto notable, por lo que parece, tienen de incompatibles amor y cordura. Va tratado (según mi juicio) dando al amor lo que le pertenece y no quitando á la prudencia el imperio que debe tener sobre la pasión, puesto que hasta ver su censura dudaré si acerté el argumento. Mi temor es en todo mayor que mi ingenio, y superior á uno y otro la docilidad con que me rindo á corrección, que tuviera por grave culpa ser necio obstinado.

Sobre desengaño tan precioso asienta bien el amor y consejo del docto amigo, pues producirá enseñanza y enmienda: jamás dirijo á otro fin la consulta que hago de mis borrones, y como siempre respeto por maestros á los que consulto, sintiera por traición que obligándolos con sujeción humilde respondiera con falsa lisonja. No diga que tiene amigos quien no les merece sanas y fieles advertencias, especialmente en las cosas que llegan á la indispensable reverencia de la reputación y pasan al sagrado inviolable del juicio, si ya no es que se disculpan con que no hallan capacidad que las admita, como sucede á la medicina en el mal irremediable.

Tiéneme con cuidado (no menor) el lenguaje; aunque soy castellano fino, ignoro si hablo fina-

mente la lengua castellana. Sentencia de Aristóteles dicen que condena por bajo (aunque claro) el estilo que se ejercita con palabras propias y naturales, y constituye en alteza el que va adornado de forasteras y peregrinas. No disputo la inteligencia de este lugar; la exposición cierta remito á v. m. para que juntamente vea si cuadra al vestido y adorno de mi asunto. Sólo sé que soy católico en la lengua en que nací, y pues en ella se han salvado tan insignes escritos, no he de desnaturalizarme buscando livianamente condenación á los míos. Sea hereje contra ella quien quisiere, desconociendo los seguros tesoros que encierra y dándose á imaginar que puede ser dogmatizador de nuevas frases y términos, que para esto hay tribunal de inquisición de críticos, cuya exacta censura es la verdadera determinación y el más abrasante castigo de este género de delincuentes. Si la hermosura y aseo que nos comunica nuestra lengua padeciera la esterilidad antigua y mendigara socorros, debido era dárselos; pero estando tan fértil por suficiencia y tan venerables cultores, es hacer necesitada á la riqueza.

Peregrino holgara ser en la agudeza de los pensamientos, no en el traje que los explica, si por mal organizados es ridículo en la novedad y dañoso en la opinión. Expresar un sutil concepto en un período conciso con los verbos inexcusables en el romance castellano, de manera que se ofrezca hermoso, y el entendimiento que le va percibiendo quede descansado, es elegancia magistral; pero quitarle la dulzura y gracia con la dureza escabrosa de la trasposición del sentido y usurpación de

verbos, es indignar á la inteligencia y al gusto, en vez de irles obligando. Con pretexto de cultura se abortan disfraces y sombras tan vanos, que produce dos efectos. El primero es no mudar la sustancia de lo que encubren, y si en el sujeto no la hay, visten de defectos al desaliño. El segundo, que si hay alguna, la privan de conocimiento y alabanza con la oscuridad afectada.

Las singularidades han menester mucha ciencia, mucho juicio y mucha dicha para ser recibidas con aplauso y colocadas en aprobación, y habiendo de constar de calidades tan altas y de tan dificultosa reunión, son (no concurriendo) un peligroso sacrificio, ministrado de su autor á la atención general que eterniza su descrédito. Soy de parecer que es sabio intento dejar que logre su posesión quien tan justamente la goza, y reconocer por empresa difícil despojarla, mayormente siendo tan cierto, que flacas fuerzas no pueden ascender á insuperables conquistas. Procurar lugar entre los buenos es discreto cuidado, y venerar á los mejores (desvelándose por imitarlos) indicio de cabal seso.

Prudente discurrir es considerar que los que les han seguido y siguen en las edades pasadas y presente son la mayor parte, y en temeridad toca pensar que tantos se engañaron y querer desquiciar lo que está asentado en tanta firmeza. Los que verdaderamente saben siempre buscan y eligen lo mejor, y si no variaron es maravillosa prueba de que debieron permanecer.

Finalmente, digo que puede criar Dios hombres singulares; pero si la valentía de sus obras y estimable persuasión de los fundamentos de su doctri-

na, especulado á las luces más claras, no les concede en la observancia común y escuela universal el atributo que ellos usurpan, vienen á ser infelices tiranos.

Suplico á v. m. le vea, no dando por perdido el tiempo que vacare á más útil diversión, acordándose de que las fatigas á que obligan los amigos se acompañan por la naturaleza de la amistad, de suavidad que las hace menores y me responda su sentimiento, que en fe dél osaré cumplir el voto que me he hecho deste trabajo á quien le dediqué.

MIGUEL MORENO.

RESPUESTA

Si por larga experiencia no me constara del modesto natural de v. m. pudiera tener disculpa, después de vista la *novela* que remite á mi juicio de creer que me pedía antes alabanzas que censura: que de quien con tanto ingenio inventa, con tanta cordura dispone y con tanta elegancia explica, no se debe presumir que ignora lo que hizo.

Bástale á este género de composición sobre el caudal de buena imaginativa y buen discurso, el estudio de las observaciones cortesanas: no necesita precisamente de afectados rigores de arte. Y así, aunque sabemos que *dió v. m. sus años á diferente ejercicio que el de las escuelas* (si bien no sin provecho de la República, con desgracia de las ciencias), no le lisonjea quien le dice que escribe estos y semejantes papeles con ojos de todo abiertos y con noticia suficiente para acertarlos. De lo general del ingenio este es el juicio que siempre hice.

De lo particular de esta novela afirmo desengañadamente que excede en el argumento *á algunas que he visto y alabado de v. m.* y á todas las que en lengua castellana merecen estimación, y que será hacer mucha de las más presumidas de Italia al ponerla á su lado. Tiene novedad, y tiene suspensión, continuadas y aun apretadas hasta el fin. Y supo v. m. de suerte hacer á amor prudente, que deja no sólo posible, mas conveniente á la prudencia el ser enamorada, ajustando con tanta confor-

midad los afectos al dictamen de la razón, que no parece que le obedecen, sino que nacen de ella, enmendando ó desvaneciendo así la corrupción de la naturaleza, en quien se tenía por imposible caber de tanta paz. No pondero particularidades, porque por cualquiera parte que la abra aquélla parece que lo pide de justicia, y queda embarazado y temeroso de ofender á las demás; esto en cuanto á la la traza y disposición de ella.

Los versos son enamorados y afectuosos, que bastan para quien no profesa la ociosidad escrupulosa de la cultura. En lo que toca al ornato de la locución, habla v. m. con la fineza con que siente, y no sólo propia, mas también galanamente. Y advierto que no es la propiedad que alabo la que se opone á la metáfora, sino la que respeta lo legítimo del idioma, y tiene su lugar también en las traslaciones y demás colores retóricos. De forma que sin exceder ni violentar los términos de la lengua, se puede ornar con todos, y orna v. m. con mucha conveniencia la oración.

Al que contra esto alegare el lugar de Aristóteles que v. m. apunta en su billete, seguramente se le puede responder que no le entiende. Porque en cuanto á la propiedad de las voces, que parece desacredita, no es de la que habla el filósofo de un idioma respecto de otro, sino la con que derechamente en cualquiera significan los vocablos á las cosas, como llamar risa al reirse y llanto al llorar (que aplicado lo uno al campo y lo otro á la aurora, fueran metáforas). Y esto dice que, continuado sin mezcla de realces metafóricos, hace la oración clara, pero humilde, como la frecuencia ó

continuación de translaciones, confusa y fastidiosa, siendo el medio lugar siempre destinado á la virtud.

Y en la aprobación de palabras forasteras, de cuya judiciosa y moderada elección, mezcladas entre las varias especies de peregrinas que allí distingue, dice que resulta el estilo grave y magnífico, se ha de advertir que trata de la locución de la tragedia y del poema heroico, á quien conviene y aun es forzosa semejante forma de vestido; y más al segundo, por no ser representación y pedir más admiración que verosimilitud en el lenguaje. Juzgue v. m. ahora con qué conveniencia se trae este lugar (aun cuando admitiera el sentido de que v. m. se teme) para precepto de los estilos de la prosa, á cuya elegancia, por sentencia de todos los retóricos, no sólo afea, ó por mejor decir, estorba ó deshace cualquiera sombra de oscuridad, mas aun de afectación. Verdad sea que á la locución de estas fábulas, por lo que tienen de poéticas, se permite mayor copia de flores retóricas. Y así no las condenará justamente por afectadas quien las hallare escritas con más adornos de los que consiente el histórico y aun el orador.

Pero querer ampliar esta licencia á introducción de voca blos extranjeros, á transposiciones y colocación meramente poética, es hacerse insolente con la permisión, y ultrajar la propia lengua en el sitio más conveniente para honrarla, y donde se le debía permitir la ostentación de sus legítimas galas.

Muchos, señor, son los que escriben; raros los que escriben como deben. A v. m. le tienen, los que bien sienten, por uno de los segundos; y al que

presumiere hacerle sombra, las de sus mismos escritos le castigarán el sacrilegio, haciéndole ridículo. A mí me tenga v. m. por uno de sus fieles. Y si á mi voto se le ha de dar la honra de su crédito, juzgo no sólo por decente, mas por obligatorio, el ilustrar v. m. su lengua y su patria con esta y con semejantes luces de su ingenio.

ANTONIO LÓPEZ DE VEGA.

El cuerdo amante.

Nació la hermosa Celia en Madrid, y con ella las gracias por quien fué milagro de su tiempo, y será su memoria venerable en todos.

La nobleza de su sangre pudiera acreditarse en sus merecimientos, y fuera grande cuando no poseyera más de la que de ellos procedía. Querer saber pintar su ingenio y entendimiento será justo deseo, no conseguido. En la parte que tocó á sus padres de su educación vigilaron fuese el amor doctrina y la doctrina regalo.

Faltáronla al mejor tiempo, sustituyéndola por principal hacienda su calidad y loables costumbres; y por maestro, hasta que tomase estado, el buen natural que la dió el cielo y honradas obligaciones que heredaba. Fuéles consuelo quedase en el amparo de Clenarda, su tía, viuda y discreta, en quien lo agradable del trato daba lugar á una descuidada ó cortés llaneza.

En su tutela y patrocinio, y en compañía de Laura y Fenisa, sus hijas, tuvo algún alivio su soledad. La hermosura de las dos, el grande amor que su madre las tenía, no tener padre á

quien respetar, ser inclinadas á música, versos y prosas (ejercicios que, aunque honestos, son excusados las más veces en doncellas), las daba licencia que se les debiera negar y opinión, que si no obliga á menos reverencia, basta para ser conocidas entre libres censores.

No permitía al entendimiento la tierna edad de Celia todas las fuerzas que pide la resistencia de tan suaves daños; como el gusto que crían es poderoso á engañar ó divertir á espíritus más auxiliados de prudencia, pudo acreditar en ella el que llegó á tener por docente entretenimiento en las primas. Campeaba de manera el verdor de los años, la inquietud de la belleza y bizarría de las galas, que por todo junto pudiera mudar nombre la calle donde habitaban, y intitularse la mayor causa de deseos.

Pasando por ella una noche á deshora Leonardo, mancebo noble, rico, entendido y galán, vió cerca de la casa de Clenarda dos hombres embozados asistiendo á unos músicos, que cuando llegó querían cantar, ó lo más cierto, hacer un agravio ocasionando murmuración. La poca prisa y mucha inclinación á la música le detuvo y hizo gustoso el encuentro. Para gozar de ella se encubrió de una casa, y oyó este soneto:

Navego en mi ambición á un bien incierto,
por quien vivo anhelando en pena ardiente;
con rendida esperanza y fe valiente
el golfo sulco sin saber el puerto.

En tormenta de dudas casi muerto
sustenta amor con ánimo eminente
mi tímido bajel, que humilde siente
naufragio, que aun dudado es como cierto.
Mas no al horror del golfo, no á la duda,
no al dolor de alejarse la bonanza
cederá mi constancia lo invencible,
que cuando el bien su calidad no muda
y en las causas de amarle no hay mudanza
no importa ser dudoso si es posible.

Aún no habían despedido los últimos acentos, cuando por otra parte de la calle vinieron otros dos embozados y un músico, que se detuvieron casi en el mismo puerto. Luego el músico, cumpliendo la obligación de templar, hizo lo que le ordenaron, cantando estas décimas:

Niña de tus mismos ojos,
que porque son los más bellos
te ofendiera en no tenellos
por los más altos despojos.
Ya que sin temer enojos
(dulces efectos de amor)
te dió el alma lo mejor,
de que es dueño el albedrío,
da luz al intento mío,
á sombra de tu favor.

En viendo esas luces bellas,
de quien el sol se enamora
(pues con más hermosa aurora
oscurecieran estrellas),
abrasado en las centellas

de fuego tan venturoso,
quedé convidado y dichoso,
dando al alma por señales
del bien que alegra mis males
más gusto en menos reposo.

Aunque la causa haya sido
del incendio en que me veo,
no funda en él mi deseo
favor que no ha merecido.
Discretamente advertido
conozco lo que sintiera,
si tanta dicha perdiera
que en ocasión de tal precio;
no padecer, es desprecio;
no adorar, locura fuera.

Pidiera mi pensamiento
licencia para obligarte,
si en tus ojos el amarte
me diera merecimiento.
No tuvo consentimiento
en su gracia mi osadía;
y así, en tan dulce porfía,
pues que no se excusa amar,
será vida el desear
si gloria el premio sería.

De la razón de los versos coligió Leonardo que no estaban muy favorecidos los que en ellos hablaban, si bien en lo que se siguió, dieron á entender el cuidado que les obligaba. Ofendidos unos de otros se acuchillaron. No consintió el valor de Leonardo dejar de poner paz, tanto con

su espada como con razones, que tal vez son importantes armas. Fué tan considerable su oposición, que los dividió, desocupando la calle y dejándole solo.

Queriendo recogerse le llamó una voz de mujer desde una reja baja, y con alguna turbación le preguntó si era compañero de los de la pendencia ó si los había conocido, y si había algún herido. Respondió á todo que no. Antes de decir otra palabra oyeron que la justicia (que siempre tiene y es razón más que duplicados oídos) venía á gran prisa con noticia de la cuestión. A un tiempo reparó en ello Leonardo, y cerraron la ventana. Consideró que le habían visto, y tuvo por mejor esperar seguro que culparse temeroso.

No le libró de prisión decir la verdad, que ya que no por cómplice, fué tenido por testigo de la causa y de lo sucedido; y preso hubo de pasar la noche adonde lo son los más alegres días.

La que la habló á la ventana fué Celia, que con Laura y Fenisa había estado atendiendo á lo que suena bien y las más veces produce mal. Quedaron cuidadosas ellas y Clenarda (que luego lo supo) del daño que podían esperar (por no haberle esperado) y dudosas del fin. Sentían hubiese preso, de cuya calidad no estaban informadas ni satisfechas. Para desengañarse y sosegar hicieron diligencia por la mañana, y lo consiguieron; que el ser conocido y bien reputa-

do Leonardo le daba crédito de la opinión de todos. Con éste y la confesión que (salvando inconvenientes) quiso hacer, fué suelto, ganando ocultos agradecimientos adonde por propio interés se los debían.

Ya parece que lo que sin este desmerecido disgusto pudiera ser curiosidad, se rodujo á preciso cuidado de saber la causa. Este pensamiento le hizo pasar algunos días por la misma calle sin lograrle; recato ó pena que le pareció procedía de la culpa de las cuchilladas.

Uno de ellos vió que á una ventana alta estaba á su parecer de huésped el sol; tanta belleza la ocupaba. Quedó tan admirado, que tuviera disculpa en creerlo si informándose no se desengañara de que era Celia, sobrina de Clenarda habiéndola obligado que reparase en su cortesía, pasó la calle tan suspenso, que le habló Feliciano (amigo suyo á quien encontró) primero que le viese. Quiso Feliciano acompañarle con color de un cuidado que había de comunicarle. Discurriendo en diversas cosas preguntó Feliciano á Leonardo cómo le iba en pasiones de amor. Respondió que sin duda dependía de lo mismo lo que quería decirle.

—¿Por qué? (replicó Feliciano).

—Es gran consuelo (dijo Leonardo) hallar siempre materia dispuesta en el que es consultado.

—Así es (dijo Feliciano); pero aún no me habéis satisfecho.

—No soy tan discreto (dijo Leonardo) que esté enamorado, que ni aun lo permiten los tiempos que corren.

—Sois tan preciado de secreto (dijo Feliciano), que podría formar queja de vos. A los amigos como yo más lugar se debe en el pecho del amigo.

—Confiésolo (dijo Leonardo); mas lo que digo es cierto, y cuando no lo fuera, antes puede ser esa comunicación agravio de amor y de la causa que ofensa al mayor amigo el ocultarlo.

—Común sentencia es (dijo Feliciano) que los bienes son mayores comunicados.

—No lo niego (respondió Leonardo); pero admite muchas limitaciones. He visto comunicar bienes con seguridad y sencillez, y reducirse á males por oirlos y juzgarlos con mala intención.

—Casi me puedo persuadir (dijo Feliciano) á que habláis ofendido, que esta doctrina cuesta ó ha costado sangre.

—No, por Dios (dijo Leonardo); no es precisa experiencia propia habiendo tantos ejemplos; ni otra razón de estado más fuerte que ser justo quitar la ocasión á quien me puede igualar ó ofender en ella. Y guardar esta regla en todo aquello de que se os siga reputación ó gusto.

—Pues yo, Leonardo, tengo rendida el alma con la mayor razón que dió disculpa en historias amorosas. Adoro con tan justa causa, que no parece sino que fué y es la primera de mi entendimiento. Perdonad por vida vuestra, que aunque

os detenga he de contaros mis dichas. Bien habéis visto en la calle de...

—No paséis adelante, Feliciano (dijo Leonardo), si me habéis entendido. ¿Es necesario favor para algún accidente? Que en tal caso ya es inexcusable buscar amigo seguro.

Respondió Feliciano que no.

—Pues si no (dijo Leonardo), yo os perdono la calle y el nombre de esa señora, que no quiero tener una calle menos que andar, ni obligarme á bajar los ojos cuando la encuentre, ni que á vos (sin culpa mía) os pese alguna vez de haberme dado parte de ese pensamiento.

—Agradezco (dijo Feliciano) los preceptos, y pido socorro á vuestro ingenio para lo que se me ofrece. He de celebrar con versos las paces, que después de un peligroso disgusto me han restituído á felices principios que juzgué perdidos, y estimaré que por mí invoquéis esta vez las musas.

—Sea así (dijo Leonardo), si bien sobre lo dicho os aconsejo que si es posible no enamoréis con gracias ajenas, sino con lo que merecéis y podéis, distribúyendolo de manera que al principio ganéis opinión y después den gusto vuestras acciones, para que los fines dejen deseo de ellas.

Abrazóle Feliciano, y despidióse, quedando de volver al día siguiente por los versos, como lo hizo, llevando este romance:

¡Bien hayan las dulces horas,
aunque fué cada una un siglo,
que sustenté mi firmeza
en amorosos peligros!
¡Bien haya mi pensamiento,
que, siempre en noble ejercicio,
en las dudas fué cortés,
contra el temor fué atrevido!
¡Bien haya mi fortaleza,
que tantas veces rendido
fué mayor que mi dolor,
fué aliento de mis suspiros!
¡Bien hayan tantos deseos
abrasados de sí mismos,
pues en hielo alimentados
de incendios fueron abismo!
¡Y bien hayan, finalmente,
desvelos tan bien nacidos,
desdenes tan bien logrados,
tan bien adorado olvido!
A todos doy parabienes
del duro mal padecido,
ya que la gloria mayor
mis graves penas han visto.
¿Qué importa haber sido grandes,
si el mal con el bien medido
era ofensa ser menor,
fué duda ser infinito?
Hágase capaz mi alma,
con ilustres sacrificios,
de ser cuerpo de este bien,
si cabe en lugar sucinto.
Considere aún en el fin

que no pasó del principio,
que sólo es amor valiente
el que obliga más rendido.
En noble correspondencia
muestre con discreto estilo,
que sólo es digno de premio
quien se juzga de él indigno.

Hizo tal impresión en Leonardo la belleza de Celia, que luego se conoció esclavo de amor, con los más ardientes afectos que jamás había sentido. Encomendaba el sosiego á la memoria, y hallaba en ella inquietud por descanso. Hecho árbitro de sus pensamientos vacilaba entre infinitos, que desvelado soñaba por remedios, y no adquiría más de la sombra de donde nacían. Si intentaba engañarse en muchos desengaños con que se hacía argumentos, procurando venciese la razón á la pena (no olvidando, si la competencia de la música fué por Celia), quedaba engañado y afligido, reconociendo la dificultad de la victoria. No culpaba á los ojos porque no le castigase la voluntad, que ya tomara este agravio por su cuenta. Acordabáse, entre tiernas ansias, de la paz que le puso en la guerra que padecía; y como amaba la guerra, no daba (aun en el daño) por mal empleada la paz, que fué su principio. Sólo era medio en desvelo tan grave frecuentar su calle, midiendo la turbación al recato y la intención al decoro, para que la continuación no declarase su cuidado á alguna curiosamalicia,

Llegó el día de Santiago, á quien la primavera, en cuyo florido tiempo viene, ha dado el justo nombre de *verde;* día que siempre fué breve, siguiendo la calidad de los placeres, por los muchos que ofrece á la vista el apacible soto de Manzanares, y la hermosura y galas de damas y galanes que le ocupan. Salió á él Leonardo en un coche á aumentar melancolía en la alegría de otros, acompañado de Leonelo, Jacinto y Gerardo, sus amigos de ingenio y buen gusto, en que pudiera cualquier pesar hacerse treguas con el dolor. En el de Gerardo con mayor causa, por el discreto y airoso decir.

Pasaron el soto que estaba tan fértil de recreación, que con la variedad ponía límite al deseo, que aunque la belleza y bizarría producían infinitos, se terminaban en la misma variedad. Repararon los tres en que Leonardo no se alegraba; antes, sin atenderlos, gastaba la vista en mirar (vigilantísimo) los coches, de donde coligieron que sin duda le importaba.

Para provocarle á hablar, dijo Gerardo:

—No hay gusto que se iguale al de venir hoy á esta selva sin cuidado ni penas á ver con libertad tanta libertad.

—No por cierto (respondió Jacinto), que aunque llaman dulce tiranía la de amor, yo repruebo todo género de tiranías.

—Verdad es (dijo Leonelo) que sería mejorse excusase; pero es calidad tan importante

para conservarle, que creo no permaneciera faltando.

—Dejemos (dijo Gerardo) sutilezas de amor para la común escuela de los lastimados. Siga tan rigurosas leyes quien las ignora, que yo á lo saludable, con licencia de amor de las damas y de mis señores y amigos, sólo me entiendo con la comodidad.

—¿Luego no os holgárades (dijo Leonelo) de ver en este soto á la causa de vuestro amor, recibiendo de sus ojos mil embajadas del alma? Pues, entre otras cosas, tiene amor por excelencia, que en la ausencia más breve adelanta estimación, enfurece el deseo y da mayor valor á los favores.

—No sé lo que hiciera puesto en la ocasión (dijo Gerardo); sin ella, como desapasionado juzgo que la mejor fiesta es la de casa, y lo más seguro no poner el corazón en aprieto, que á mi de cualquiera se me desmaya, cuanto más de las licencias que hoy da el campo. Júntase á esto la congoja de no haber de darlo á sentir, por no convertir en aviso lo que debiera acreditar cuidados.

—Ya sabemos (dijo Jacinto) que sois devotísimo del recato, y según eso, no os sujetárades á merecer con diligencias públicas.

—Mucho lo dudo de mi condición (dijo Gerardo), advertido de que en ellas se conocen presto causas secretas que producen daños irrepara-

bles. Consideración que me obligó á escribir este soneto:

Dé música el visoño enamorado;
ronde la calle á su querida prenda;
piense (ignorante) convertir la ofrenda
en guedejoso y femenil enfado.
Anhele satisfecho y engañado,
en inquietud incauta que se entienda,
con desprecio común que es su contienda
pública aclamación de su cuidado.
El templo consagrado haga terrero,
profanando divinos sacrificios,
con irrisión de quien está á la mira.
Que yo con mi silencio y mi dinero
(medios por más prudentes más propicios)
mostraré á los demás que son mentira.

—Todo lo que hable y escribe Gerardo es digno de alabanza (dijo Jacinto); pero no todos los placeres de amor se conquistan ni han de conquistar con dinero, que algo se ha de dejar á su noble naturaleza.

—No lo querrá negar Gerardo (dijo Leonelo), sino seguir ahora la libertad que profesa; y si es que la goza, todos los que no la imitan pueden envidiarle.

—¿Por qué no la he de gozar (dijo Gerardo), si primero que nace el deseo se vende la ocasión?

—Pasa tan adelante el silencio de Leonardo (dijo Leonelo), que podríamos entender le disgusta nuestra compañía.

—Ya se queja mi agradecimiento (respondió) de esa palabra; pues es el que debo al favor que recibo, y á entrambos correspondiente mi cortesía. Y para desengañaros de que aunque no he hablado he percibido los discursos, especialmente las soluciones de Gerardo, digo que podría pedirle nuestra verde edad documentos para sustentarse en flor, libre de las molestias con que la marchitamos.

—Si tan presto las pudiérades ejecutar como oir (dijo Gerardo), yo perdonara la gloria de ellos por la común ganancia de observallos.

—Eso es pedir atención al auditorio (dijo Jacinto) para más versos ó prosas; y si es así, apartémonos de los coches á lo más quieto de la ribera; y allí, después de oir las reglas con que Gerardo se gobierna, hagamos fiesta á la suspensión de Leonardo con lo que trujere escrito cada uno, con condición que él ha de hacer lo mismo.

Pusiéronlo por obra, y obedeciendo primero Gerardo, dijo:

—De mí, señores, no hay que tener lástima; que si valen ejemplos, los que observo tienen tanta fuerza como muestran dando el lugar que merece á la caridad bien ordenada; soy en lo temporal principio, medio y fin de mis cuidados. Gusto de ser prójimo de todos, pero no enemigo de mí mismo. Convierto en propia utilidad el amor que solía poner en quien, si le conoce, es

sólo para la suya; y así me quiero ahora cuanto antes, engañado, me aborrecía. Para conseguirlo es mi memoria escarmiento, comodidades mi voluntad, el entendimiento picardía y cautela Halla crédito en el temor de mis costosas experiencias sólo lo que veo que pasa. Hago á los ojos dos caras de la belleza: una del aparente, creyendo que todo lo es; otra de los pesares que trae consigo; con que lo blando del natural no lo parece ni los padece. Si llega á ser tres con la de la necesidad en quien tiene menos lugar el amor porque hace menor la hermosura, miro sólo la necesidad, y con esto se convence el apetito. Doy todo el corazón al gusto que causa ver otros comprar desvelos que no padecí, y venderles pesares que no se atrevieron á la estrella que tan provechosamente me ayuda. Muestro que me abraso donde me hielo. Profeso humildad contra daños de presunción. Doy cortesía y lisonja á buenas palabras, regalos á quien los llego á deber, partiendo siempre conmigo. Regulo la deuda, calidad y causa por el tiempo que corre. Reduzco lo que me piden á la que quiero, y sin daño puedo dar, dejando que padezcan las violencias del dinero, los que hacen tema, gusto ó punto de honra el desperdicio. Estoy desengañado de que quien se mueve por interés todo lo recibe, todo le olvida y todo lo premia de una manera. Como dicen que el que ama se convierte en cosa amada, huyo de mujeres pobres, que adonde

siempre es preciso dar no puede lucir el ánimo más poderoso, pues viene á ser forzoso lo que había de ser gala. Tengo mucha lástima á los amancebados, considerando que cuando no carezcan sino de entera satisfacción, aun estando presentes las mayores finezas, es pensión intolerable. Guardo siempre compuesta y prevenida una hermosa queja que se oponga á la que se puede formar de mí, y cuando la otra quiere enfadarme la anticipo de suerte, que parece verdad el artificio y produce perdón y premio. Según soy de desgraciado, tengo don de que me cojan los serenos en la cama, las pendencias sin género de pesadumbre, los celos muy falso. Doilos siempre por ciertos y ahorro la necedad de pedirlos. Excuso el gusto que sacan las mujeres de verlos padecer, advertido de los delitos que cometen á sombra de mayores obligaciones. Si alguna vez conviene pintarme ofendido para algún simulado respeto, es para quitar canas, ver la distancia que hay del semblante y palabras al corazón. Al fin se sale mi libertad con lo que han menester mi salud y estado; lo fácil me enfada, lo dificultoso también. Los desengañados políticos del Tercio Viejo, á quien consulto, dicen que esto es vivir. A mí me suena bien, sabe y sale mejor. Quien sintiere lo contrario llorará arrepentimientos, cuando por violentos ó forzosos tengan los desengaños menor valor.

Mucho gusto recibieron, encareciendo la agudeza, gracia y doctrina.

—Quiera Dios, Gerardo (dijo Leonelo), que se logren tan buenos avisos, sin que llegue tiempo en que no seáis poderoso á usar de ellos.

—Confieso que es posible en mi blando natural; pero en el ínterin que no me dejaren escarmientos que alabo y tengo por importantes amigos, los procuraré ejecutar. Diga Jacinto lo que le toca; ya se sabe (respondió) las disculpas que merecen mis versos, por lo poco que debo á las musas.

—Por cumplir el concierto habrá de ser ingenio y cultura la obediencia. Diré un soneto al desengaño de una conquista que tuvo el fin, que declara:

Quiso amor que adorase un imposible
para aumentar su gloria en mi desvelo;
el alma, agradecida, dió á su celo
cuanto en dulces afectos es posible.

Pensando conquistar el invencible
pecho que ilustra al más hermoso cielo,
dispuse más materia á más recelo,
tocando siempre fuerza innacesible.

Sin querer desengaño en desengaños,
de hielo me abrasé contra mudanza,
acreditando gustos sin engaños.

Pero faltó del bien la confianza;
que cuando amor permite tantos daños,
es señal que no hay vida en la esperanza.

—A Leonelo toca ahora lo prometido (dijo Gerardo); oigámosle.

—En ocasión de grandes prendas (dijo Leonelo) recibía favores que no osaba creer. El atrevimiento se detenía al respeto. Cuando me pareció que podía dar menos lugar al temor, sin que el estar satisfecho llegase á ser soberbia, fué mi deseo, indirectamente de estas décimas, procurando todavía conservar lo que había ganado por cortés y humilde:

Si me alejo, lo sentís;
si me acerco, os apartáis;
si dudo, decís que amáis;
si creo, me desmentís;
hacéis lo que no decís,
y decís lo que no hacéis;
tanta variedad tenéis,
que, de admirado y confuso,
á mi entendimiento excuso
con que aún vos no os entendéis.

Aunque mi amor os agrada,
mi justo deseo os ofende;
y mi pena no se entiende,
porque os juzgáis disculpada.
Hasta que estéis declarada
en golfo que es tan incierto,
sigo el Norte, dudo el puerto,
y sólo llego á entender
que es querer y no querer,
y tenerme vivo ó muerto.

Amor, dueño soberano

del más rebelde albedrío,
en mí se acredita impío,
en vos resplandece humano:
sin duda el arco y la mano
detuvo cuando os miró,
y tanto en vos se agradó,
mi dulce herida ya hecha,
que dió al aljaba la flecha
porque no os merezca yo.

Sola á vos ha reservado
de su general prisión,
pues en su jurisdicción
tan segura habéis entrado.
Justamente os ha librado,
si hay tal distancia en los dos
y tan bella os hizo Dios;
mas ya que el alma rendí,
haced que me suelte á mí
y dejad que os prenda á vos.

—Siempre soy de parecer (dijo Jacinto) que se mida el favor á la caridad, para que lo que es gracia no se atreva á perder el miedo al respeto. Y claro está que cuando el estilo no lo mereciera, tendrían en la disposición que significáis buena acogida. Estando la persona á que se dedicaron en estado de allanar dudas á pesar del decoro, sería jugar con cartas hechas.

—Así sucedió (dijo Leonelo); y pues nuestro deseo ha llegado á hacer treguas en el silencio de Leonardo, procuremos en la ocasión que le

damos medrar el gusto que niega, alegrándonos de que hable, si bien casi forzado.

—Tiempos hay (dijo Leonardo) en que es hacer ofensa á los sentidos ejercitarlos, si aquello en que querían ser sentidos no permiten al alma que lo parezcan. Quédese esto aquí, que declararme más será confusión y no satisfaceros, y oid este romance:

Ojos, pues yo preso vivo,
no penséis que libres sois;
un solo dueño tenemos,
una misma es la prisión.
Los hierros de su cadena
mis dulces aciertos son,
y en ser prisionero humilde
soberbios logros me doy.
Estime la libertad
quien no adora como yo,
quien menos belleza admira,
quien no es digno de mi ardor.
Sólo vive en mi memoria
lo que en la prisión ganó,
y celebre mi albedrío
que contra sus leyes voy.
Pues sabéis, ojos, que es fuerza
para vivir su favor,
ministrad del alma afectos
que exceden de admiración.
Si agradar suele el esclavo,
por verse libre, al señor,
cambiad el intento en mí
con discreta emulación.

Deuda es nuestra esclavitud
de tan alto galardón,
que aun concederse al objeto
constituye obligación.
El primor de más decoro
de vuestra jurisdicción,
será parecer silencio
el afecto de más voz.
Por tan divino respeto
nunca amor desmereció,
y más si el premio consulta
el consejo del amor.
No llegue á sentir mi dicha
culpas con que sea menor,
que al recato hasta los celos
consagran veneración.

—Lo que veo es (dijo Gerardo) que vois sois el confuso y nosotros los satisfechos.

—¿Cómo? (replicó Leonardo).

—Porque el romance (dijo) ha cantado lo que vos entendéis que calláis. ¿De qué sirven rodeos, si tenéis ese corazón cual no le tenga quien desea vivir sobre la haz de la tierra? Estáis celoso, desfavorecido ó enojado de que haya venido al Soto esta señora, si ya no es que fué sin vuestra permisión, y lo peor, que aunque ha venido no la véis, y meteisnos en metafísica al alma y sentidos.

—Sobra lo dicho para hombre tan llagado como publica el romance (dijo Jacinto), premisélе la significación del afecto, y dejémosle meditar en él.

Iba á proseguir Gerardo y cesó, porque de otro coche que ocupaban cuatro ó cinco mujeres tapadas llamaron á Leonardo, que en un estribo del suyo había vuelto á su elevación. Fué, y recibiéronle las tapadas. Díjoles que llamarle tapadas se permitía por la publicidad presente, pero no recatarse ya tanto; que le advirtiesen sólo de si le habían llamado como á conocido ó á extraño. Si como á conocido, él sabía de si no sería tenido por grosero; y sí como á extraño, merecería perdón siéndolo.

—Para lo que habéis sido llamado (dijo la una, cuya voz no conoció) importa poco la advertencia. No os hemos de pedir nada, ni se hace con otro intento que obedecer cierto gusto que muy á la ligera nació en este coche.

—Según eso, no me toca más que oir y responder (dijo Leonardo).

—La curiosidad es parte de naturaleza en las mujeres (dijo la tapada); de aquí procede que alguna de nosotras, habiendo dado dos ó tres vueltas por esta parte, ha reparado en la profunda tristeza que mostráis, y con determinación de mujer quiere saber la causa. ¡Por vida mía! ¿son pasiones de amor, ó amargores de matrimonio, que he entendido son estos dos trabajos los que más condenan á melancolía?

—Siendo como soy soltero (dijo Leonardo), libre estoy de lo segundo, y por pobre fuera desgracia verme sujeto á lo primero. Pero ¿qué

puede importar á ese gusto saber mis penas ó placeres?

—Pregunta ociosa (dijo la tapada); pues si es amor y tratáis verdad, no hay aquí quien le pese; y si hubiera quien se holgara, interesábades el agradecimiento debido á tal fineza.

—Entendido (dijo Leonardo); era fuerza y no fineza sacrificarse en ausencia de la cosa amada.

—En rigor (dijo la tapada) preciso ha de ser; mas son tan peligrosas las ausencias en los hombres, que, si en algunos se ve se, ha de tener por fineza y no calidad del amor que le obliga.

—Las mujeres han dado en desacreditar (dijo Leonardo), sin advertir (hablando ahora como con tapadas) cuán partido anda el juego de la ingratitud. Yo sé de alguno que sólo de ver lo que aún no conoce, lo adora de la misma manera que si el fuego que recibió por la vista fuera de favores.

—Holgárame (dijo la tapada) de conocerle, para estimarle por verdadero amante.

—A no ser demasía (dijo Leonardo), pidiera licencia para saber dónde le he llevar.

—No lo dije por tanto (respondió); lo que haremos será rogar muy de veras á Dios le restituya á estado mejor. Con lo cual, y con vuestra licencia, nos vamos, que es tarde.

—En mí hay poco merecimiento (dijo Leonardo), ó en todas mucha cautela; pues no le tengo para que se me fíe el intento de esta diligencia.

—¿Qué malicia puede haber (replicó) si no os pedimos nada, circunstancia que arguye, ó buen trato, ó calidad; ni qué desmérito, si os hemos hablado por quien sois? Por ahora habréis de perdonar; que quien aquí conoció y habló os buscará ó avisará, si quisiere.

Decir esto y caminar para Madrid, fué todo uno.

Volvió Leonardo á sus amigos, que cuidadosos le esperaban, y siguieron el mismo camino, dando por bien empleada la tarde. Al pasar á Manzanares vieron en medio de él, detenido, y con necesidad de socorro, al mismo coche, y que de él le pedían á Leonardo, llamándole por su nombre, con que creció la confusión. Para darle hizo que sus amigos se apeasen en la ribera y, poniéndose en un caballo que en ella le aguardaba, volvió al río con su coche. En él (igualando con un estribo, del otro ayudadas de él y de los cocheros) entraron tres de cinco mujeres que iban, y salvaron el disgusto. Aquí entendió se descubrieran, y no lo hicieron; antes, dándole muchas gracias por la cortesía, y ofreciendo sacarle de dudas, caminaron á gran prisa. Quisiera seguirlas y desengañarse; pero mudó de parecer, reparando en que no era posible dejar de ofrecerse ocasión.

Entregado á su pensamiento, le dada mayores fuerzas, viendo que á las de la voluntad rendía su poder el albeldrío, y que de éste había hecho

voluntad la imaginación, y de la libertad prisión, de donde no sabía salir. Predominábalo todo la imagen que en su idea se había esculpido, tomando materia de su bella forma, y dando forma y estilo á padecer por la más amable materia. Miraban los ojos lo que no veían, y veían allí lo que deseaban. Pedía la lengua palabras al corazón, y dábase el corazón en cada palabra, para que, como en él no había más vida que el dueño por quien muriendo la pagaba, no hubiese palabra en que no fuese una vida. El entendimiento, reducido todo á inteligencias de este bien, proponía siempre nuevas inteligencias de la gloria que encerraba, de manera que pudiera Celia, con lisonja ó admiración, dudar si se debía más á sí misma que al ardiente celo de Leonardo.

Tenía amistad con Anarda, á quien el tiempo no pudo desengañar en mucho tiempo; mujer que perdió el escrúpulo en su natural. Visitóla un día y hallóla deseosa de verle. Hablando de cosas pendientes entre ellos, advirtió que, con mal encubierta alegría de ojos, recatada risa y falsas acciones, daba á entender que tenía que decirle. Preguntó Leonardo el misterio, instando en que le había. Aunque Anarda se excusaba deseosa, dijo:

—Huélgome mucho que, sin darme cuenta, estáis tan adelante en amores.

—¿Yo enamorado, Anarda? (respondió Leonardo). ¿En qué se echa de ver?

—¡Qué viejo es (dijo ella) en amantes empezar negando y confesar después más de lo que les preguntan! Cesen conmigo resistencias, cuya fortaleza consiste en comunicación, y tomemos el pulso al alma, que, ó lo he mirado mal, ó está diciendo por esos ojos que la socorra, que es grande el fuego.

—Maravíllome (dijo Leonardo) que entendáis ofendiera á la merced que de vos recibo ocultando lo que siempre fiara mejor de vos que de mi pecho.

—Y ya no podrá dejar de ser agravio el que me hacéis (dijo Anarda). ¿Qué hicistes el día de Santiago?

—Pasear el Soto (respondió), y entretenernos con algunos versos y prosas.

—Negáis (dijo Anarda) lo que no podéis, sabiendo yo que tuvistes contemplación que admirar y finezas que ofrecer.

—Ahora me acuerdo (dijo Leonardo) que de un coche me llamaron unas mujeres tapadas, que aquel día anda esto con el día y la fiesta; pero aunque deseé conocerlas allí, y después ayudándolas á pasar el río, no lo permitieron.

—¿Acordaráseos (dijo Anarda) de lo que se habló?

—No (dijo Leonardo); que cosa tan accidental y que presumí no tenía más causa que conversar un rato, no lo había de encomendar á la memoria.

—¿Ni de aquello (dijo Anarda) del amigo muy abrasado en fuego, que entró por la vista, que ofrecíades llevar adonde se os diese licencia?

—Es verdad (respondió Leonardo) que pasaron esas palabras.

—Reduzcamos burlas á veras (dijo Anarda), y vea yo al tal amigo, si acaso no lo estoy viendo; que, aunque aprieto tanto, entiendo que no es tormento el que doy; y advertid que en esto tengo tanta parte como aquellas amigas que me lo encargaron.

—Ellas tienen notable gusto (dijo Leonardo) si andan cazando pensamientos al vuelo. Debajo de que la mía no es excusa, sino verdad, os ruego me digáis quién son.

—Dudo que las conozcáis (dijo Anarda); y que las conozcáis ó no, eran Clenarda, Laura y Fenisa, sus hijas, y Celia, su sobrina, doncellas discretas, bizarras y hermosas.

Perdió algún color Leonardo y, reparando la turbación con el deseo de saber, la preguntó si era muy grande la amistad que con ellas tenía.

—La que basta (dijo Anarda) para correspondernos familiarmente, reputando cada una por propio el gusto de todas.

—En efecto (dijo Leonardo); ¿sois tan su amiga, tanto, tanto?

—Sí, Leonardo (dijo Anarda), tan su amiga soy; pero ¿por qué lo repetís? ¿Conocéislas? ¿Habéislas hablado, ó tenéis noticia de ellas?

—No (dijo Leonardo); mas ya es preciso desearlo, siquiera por el curioso cuidado que las debo. ¿Qué calidad es la suya?

—No he sabido tanto de su calidad (dijo Anarda) cuanto de su trato; que en la corte, de tanta variedad compuesta, es la mejor sangre. Si de éste la hemos de inducir, considerando que por la mayor parte muestra nacimiento, inclinación y costumbres, téngolas por de buena calidad. Verdad es que Laura, Fenisa y Celia dan á la edad la alegría que honestamente permite, y que Clenarda gusta de participar de lo que perdió; mas todo se reduce á lícitos fines.

—Dijiste, si no me acuerdo mal (replicó Leonardo), que os encargaron supiésedes lo que me preguntaste, y deseo saber la causa.

—Son Laura, Fenisa y Celia (respondió), extrañamente amigas de papeles; y como os vi tan suspenso y los vuestros son estimados, demás de proponérselo, creí que hacía el pensamiento su oficio, y que el ingenio provocado de las aguas, del verdor de los campos, de tantas ninfas y, finalmente, de toda la ocasión que daba el día, forjaba conceptos. De esto nació llamaros y pasar con mucho gusto aquel tiempo, haciendo ellas de veros y oiros el mismo juicio que antes las di á entender.

—¿Por qué no me hablasteis vos y se descubrieron ellas? (dijo Leonardo).

—Pretendilo (respondió Anarda); y por ir

muy de rebozo quedó diferido para mejor tiempo, y yo encargada de llevarles de los versos ó prosas que escribís. Y así, en teniendo aviso mío de que las voy á visitar, me las daréis.

—Sea como lo ordenáis (dijo Leonardo), y corra por vuestra cuenta suplir defectos de lo que no ofrecí, pues sabéis que en mí es tan accesorio, y que no es bien cause pesar lo que no permite presunción.

—Como mujeres tentadas por este camino, suplidos están cuando los hubiera (dijo Anarda), que todo lo ignoran y lo más creen, engañadas en la armonía que tan bien les suena.

Despidióse Leonardo; y si bien quisiera declararse, resistió el discurso al corazón, cosa tan importante como poco usada. Contentóse por entonces de ver abierto camino para su intento. Advirtió (aunque abrasado) que de hacerlo sería posible, si Anarda lo comunicaba á Celia (que era á lo que se había de ordenar) se ofendiese; que puesto que no ofende amar, debe ofender buscar medios sin tiempo, que es lo mismo que prometerse fin sin principio. Veía que no todas veces quieren las mujeres, á lo menos la que llega á ser cuerda, que entienda la mayor amiga pasión semejante, porque en las tales pesa más la vergüenza que la amistad. Juzgó por acertado esperar, pues ya no le podía faltar Anarda, y no sabía si le habría menester para con Celia. Sólo deseaba por amigo á su inclinación, medio que

vence á los demás y no quita á la calidad aquella parte que pierde entre terceras.

Conforme al concierto, le avisó un día de que á su instancia iban á un jardín. Señaló cuál sería, señal que entendió á su modo ó á lo menos al de Anarda, por lo que después hizo. Estando en él la preguntó Clenarda qué había del amigo, y Laura y Fenisa si traía algún papel suyo. Respondió Anarda que sí, y que por haberle enviado cerrado poco antes de salir de casa no le había abierto, que ya deseaba ver si quien había hablado como libre escribía enamorado, amparado de la licencia de la pluma.

Dieron á una fuente, circundándola el bello primor y adorno que no tenía, y, abierto el papel, decía:

Amor, ya que tuviste atrevimiento
cuando (para vivir) sin ti vivía
de aprisionar el alma que tenía
en libres desengaños su contento,
permíteme valor (que en dulce aliento
digno de hacer gloriosa tu porfía),
declare al dueño que mis pasos guía
la pena con que honró mi pensamiento.
Aumenta en osadía tus despojos,
corriendo á la humildad cobardes velos
de que justo respeto la ha vestido:
que jamás tendrán medio mis enojos
juzgando por la causa los desvelos
si á tanto amor negases lo que pido.

—A la vuelta vienen más versos (dijo Fenisa).

Echaron de ver que era así, y leyeron estas endechas:

Dile Celia á Anarda,
si hubiera ocasión,
que á sus ojos muero
viviendo en su amor.
Mujeres á solas
y amigas cual sois,
mejor consultáis
secreta pasión.
Pues serás testigo
de que mi intención
merecer desea
gracia en su favor.
Cuéntala el cuidado,
el gustoso ardor,
los tiernos afectos
con que suyo soy.
Siempre contemplan-
su belleza estoy, [do
que amor no permite
otra suspensión.
Háblala en mi idea,
y allí el corazón
temblando descansa
teme su rigor.
Si ausente me oprime
tanta turbación,
que no hará presente
en su esfera el sol.
Harto significa
mi transformación:
lo que siento y dudo
es si lo entendió.
Efectos iguales,
pues tan nobles son,
á tener más dicha
lucieran mejor.
Sé lo que me cuestan;
lo que valen no;
y así, desconfío
de su galardón.
Tu discreto estilo
les dará primor;
el oro te entrego;
sirve de crisol.
Con justo decoro,
hijo de su honor,
la digo que adoro
el bien que me dió.
No paso adelante,
que aunque la afición
permite licencia
para un tierno error,
la sombra venero,
que es justa razón
venerar Deidad
tan dulce ilusión.
En ausencia pienso
que tendré valor

de decirla á Anarda
que el alma la doy.
Y en viendo los rayos
de aquel resplandor,
como gloria inspira
causa admiración.
Calman los sentidos,
haciendo en mi voz
salva de respetos,
fiesta en confusión.
Pues tal elocuencia
el cielo os prestó,
la fuerza conquista,
que ya me rindió.
Hechízala, Anarda,
pues lo quedo yo,
que es mujer y ingenio
fuerte persuasión.
Sus acciones mira
con alta atención,
que acciones tal vez
son lengua interior.
Advierte las prendas
de su estimación;
seguiréla el gusto
que buscando voy.
Por todos caminos,
formemos los dos
fuego para el fuego
que el alma abrasó.

Contentóles la suavidad del estilo, votando de común acuerdo que no era posible faltar materia aunque le hubiese negado.

—Si hemos de conocerla por lo literal (dijo Clenarda), la señora que los trae es la querida, pues hablan con ella.

—Si es que porque me llamo Anarda, respondido está lo contrario con las muchas que hay de este nombre y con que saca de dudas poner por tercera á Celia, á quien no conocen, cuando mi edad no resistiera tales gentilezas.

—Otra razón he considerado (dijo Laura), y es que parece que la décima copla muda el intento, porque viene á ser la Anarda tercera desde allí adelante.

—Queda por enigma (dijo Clenarda) hasta que

él la declare en nuestra casa, adonde Anarda le podrá llevar, que por tan su amigo y su persona se le puede conceder.

—Bien es (dijo Fenisa) que quede así, porque no nos inclinemos todas á Celia, que con tanto callar pudiéramos maliciosamente creer nos enseña el juego.

No tuvo lugar de responder Celia (que hasta allí había estado suspensa) más de con los colores que la salieron al rostro.

Llegó el jardinero y dijo que á la puerta buscaban á la señora Anarda para darla un recado. Ella preguntó quién. Respondió el jardinero que parecía criado.

—Pues entre (dijo Anarda), que no hay de qué recatarnos.

Era el que la buscaba criado de Leonardo. Díjola que Leonardo, su señor, olvidando el atrevimiento para con aquellas damas en el amor que la debía, sabiendo que ella les hacía la fiesta, había tomado (de su obligación y cortesía) permisión para enviarles colación, que le suplicaba recibiese la voluntad, pues el regalo por humilde no merecía este nombre, y le hicieron favor de no contarle por suyo, porque no perdiese crédito.

Acabando de dar el recado, sin dejar pronunciar respuesta, entró una curiosa y regalada merienda, de manera que aunque quisieran excusarse de recibirla, ya no pudieran. Todas se es-

pantaron del discreto término, y pareciéndoles que cada una era obligada á singular estimación, pidieron á Anarda tuviese por bien responderle, diciendo á Leonardo que deseaban conocerle y servirle. Fuéles tan sazonada y bien servida, que cada bocado era alabanzas del dueño. Cuál encarecía la persona, cuál el ingenio, cuál el sentimiento y estilo en decir y todos los merecimientos de tales partes. Sólo Celia, con nunca sentidos cuidados, hacía plato al alma de nuevos pensamientos, dando tan buen lugar en ella al que se hacía á Leonardo, que por tan bueno le dudara él. Sentía una blanda y agradable violencia, que si bien era violencia porque ignoraba haberla dado consentimiento, era juntamente amable por la suavidad con que venía.

No había hablado jamás á Leonardo, y ya no le pesara de verle. Si quería defenderse de la memoria que le era tan favorable, ella misma la vencía, ofreciéndola resistencia con más viva representación los fundamentos que la obligaban. Aún no se acordaba del nombre de amor, y quisiera, como si por tenerle lo deseara, saber el sujeto de los versos y la causa cierta del que tácitamente declaró en el soto. No había reparado en él muchas veces que le miró en su calle, y ahora estimaba saber que era ella el dueño de aquellas acciones.

Acomodándose á los accidentes de esta mudanza de estado, preciaba lo que cuando libre

no veía, y con ser la cosa más amada de Leonardo y más digna de ser amada, desconfiaba de sí lo que quiere amor que desconfíe la mayor presunción y belleza. Acabando de merendar, por venir la noche, volvieron á sus casas tan alegres de la entretenida tarde, que atribuyendo principalmente la causa á Leonardo, propusieron darla su nombre para celebrarla siempre.

El día siguiente visitó Leonardo á Anarda, á quien halló con extremo contenta. Díjole lo que había prometido á las amigas, y que solo él sabía ser galán y discreto, pues era tanta la gala de la persona como de las obras.

—Donde sobran obligaciones (dijo Leonardo) son excusadas las gracias, y más en mi condición, que lo que más la mueve es el gusto que me doy ejecutándola.

—Cuando libre de lisonja es debido el agradecimiento (dijo Anarda), no se niegue que es bien ofrecerle y aun cortesía recibirle. De lo contrario se podía colegir que el á quien se agradare no se precia de la ocasión que lo pide, y la da menos valor. ¿No bastaban los papeles sin tan gallarda demostración?

—Fuera de la disculpa que di en mi recaudo (dijo Leonardo), me movió otra razón que tengo por eficaz. Paréceme que los versos es muy frío regalo, especialmente á las mujeres y en el campo. Por esto quise que si no contentaban,

perdiesen el mal sabor con lo segundo, y si parecían bien, fuese duplicado el gusto.

—Todo agradó más que sabré encarecer (dijo Anarda), y ojalá que, pues estando yo podíades, fuérades allá.

—Caso (dijo Leonardo) que eso no fuera inadvertencia, he echado á perder la tarde á aquellas damas y no lo pudiera acabar conmigo. Soy de opinión que se malogra el regalo yendo tras él quien lo hace. Parece que va de contado á cobrar el premio, y tiene mucho de buena calidad lo contrario. Dar lugar á que la obra merezca por sí es cordura, pues siendo bien empleada no puede faltar mejor tiempo para lo demás.

—Es tan notable vuestro estilo en todo (dijo Anarda), que podíades dar leyes á todos los que pretenden en este tiempo.

—Según eso, por pretensión tenéis la mía (replicó Leonardo).

—No sé (dijo Anarda). Yo veo para que lo sea cuanto debe y puede intervenir.

—Buen desvanecimiento me cogiera (dijo Leonardo) para castigo de mi sosegada humildad. Amigo quiero ser y no pretendiente; disculpables son los descuidos de un amigo, y muy notadas las faltas é impertinencias del amante que arrojadamente se empeña sin admisión. Temo las dificultades que encierra el agradar, por ver trocados los verdaderos caminos de merecer. Sucede conseguir el deseo, saber el medio que lo dis-

puso y no cuál fué el mérito. Sé lo que vale la amiga, lo que puede la necesidad, lo que facilita la ocasión, lo que destruye el vicio, lo que yerra la inclinación, las ciegas resoluciones de las mujeres, y no sé dónde asiste el gusto sin especie de tiranía. No me espanto que tenga tan buen lugar el interés, que ya conozco no hay gracia tan bien recibida como una dádiva. Pero aborrezco que haya quien piense mejor modo de pedir que estimarse y obligar, dando á los merecimientos la calidad que por codicia ó desconfianza pierden. Sobre todo, lo que más me acobarda es que, como las mujeres ponen sólo de su parte el recibir, y no ven ni consideran los pasos, la congoja, la industria y tal vez la bajeza á que obliga el dar, se pierde la mejor parte del agradecimiento. Pero confieso que este discurso no se aplica á nuestro caso; que le son muy distintantes los que dan causa á creer en él.

—Huélgome (dijo Anarda) que lo confeséis, que incurriérades en gran disculpa con lo contrario. No ha de padecerla, por regla general, quien la limita hablando como habla tan desdeñosa experiencia, para donde es granjería el daño, vendiendo los sentidos sin consentimiento ni interés del alma. Sea ó no pretensión la vuestra, lo cierto es que allí hay mucho que pretender y en vos muchas partes para obligar; y que lo están tanto aquellas señoras, que me mandaron os diga les hagáis una visita, tanto para co-

noceros y hablaros, cuanto para que les declaréis aquellos versos. Vedlas, que siempre que queráis podréis, y no faltará tiempo para disputar sobre lo propuesto.

La alegría de tener licencia de ver á Clenarda ó, por mejor decir, á Celia, competía con el deseo, acelerándose por sosegar el mayor desasosiego. El día que lo puso en ejecución, llegando á la puerta del cuarto de la casa de Clenarda, oyó que de la parte de dentro cantaba voz de hombre estos versos:

De ver á Celia en el valle,
dando belleza á su vista,
se dan parabién las plantas,
las flores se dan albricias.
Con la soberbia que causa
la gloria de tanta dicha,
á despreciar se atrevieron
al sol que sin luz se mira.
Sus bellos ojos, que ufanos
las disculpan y acreditan,
dieron á la primavera
por gala su misma envidia.
Las aves, que merecieron
el aliento que respira,
con él mismo celebraron
el favor que comunican.
Los vientos, enamorados
de causa tan peregrina,
ser sus efectos mostraron
deleitando cuanto admiran.

No negaron su tributo
las lisonjas cristalinas,
dando con manos de plata
perlas entre dulce risa.
Los zagales mejoraron
seguridad en sus dichas,
que, después de ver á Celia,
ninguna mayor codician.
Lisardo, el más venturoso
que sus favores inclina,
hizo fiesta á sus cuidados
cantando lo que suspira.
Pues que mis congojas
tanta gloria ven,
sin duda se acaban;
ya no hay que temer.

No fué pequeña la pena que sintió de la música, por lo que se aborrece entre amantes que ajenas gracias entretengan. Piensan que lo que en ellos es disgusto es deleite en quien no querrían que lo escuchase. Hízolo más grave oir en versos el nombre de Celia cuando preciara que no fuera conocida. Lo mismo que le detenía confuso ó celoso daba velocidad á las ardientes alas que le llevaban en su pensamiento. Compuso el semblante lo mejor que pudo, si bien desayudado del color del rostro, y, procurando volver á los ojos lo que usurpó la alteración, entró.

Estaba de visita Anarda, con Clenarda, Celia, Laura y Fenisa. Ninguna le llevó luego la vista (aunque pudiera), como representarle la envidia

más buenas partes que quisiera en el que había cantado.

Miróle Carlos (que así se llamaba), hombre principal, galán y mancebo, como si le fuera á dar el enojo que él se daba de que hubiese sido bien recibido. Pensión inexcusable en quien ama que se confirmaba con él con haber enmudecido y hablar el corazón con el ceño de él.

—Es el señor Leonardo (dijo Laura á Carlos), muy amigo de Anarda, y por esto se hace de él en esta casa (donde es tan querido) la estimación debida á quien es.

En esta palabra desconoció Carlos la novedad que había causado verle, persuadiéndose á que no lo era acudir allí. Y Leonardo se puso en más cuidado, pareciéndole que aquello era asegurar á Carlos de algún recelo.

—Cuando este caballero (dijo Carlos) no obligara con sólo su presencia, me obligara yo de aquí á adelante á su servicio por lo que merece con la señora Anarda.

—Desobligado estaréis, Leonardo (dijo Clenarda), de agradecer el gusto que dáis. Puedo decir que habéis sido deseado antes que conocido.

—En eso considero mayor mi deuda (respondió), pues gozo favor que después de grandes méritos entendiera que lo merecía.

—Clenarda provoca (dijo Anarda) en lo que con vos hace á que envidiemos su entendimiento,

ejercitándole con tanta causa. Y yo que lo fuí de que os conociese, la deberé siempre el interés que ganáis en ello.

—¿Quién ha de osar hablar (dijo Laura), si ponéis término al estilo que las doncellas alcanzamos? Cesen por vida mía los cumplimientos, convirtiéndolos en llaneza, que ni Leonardo viene á despedirse, ni es bien que tan presto perdamos opinión.

Parecióle á Carlos que con la fiesta que hacían á Leonardo se olvidaban dél; sentido de esto, y de que fuese tanta quiso (despidiéndose) ser cuerdo con pasión, haciendo fácil lo que se tiene por dificultoso. Si á alguna le pesó, la mayor parte lo deseaba.

—Al fin, señor Leonardo (dijo Clenarda), os tenemos adonde podemos dar las gracias que pide la parte que nos ha tocado de vuestro galán proceder, y adonde juntamente sabréis que podréis tener esta casa por muy vuestra.

—Y adonde también (dijo Laura) nos sacaréis de las dudas que tenemos en la inteligencia de vuestros papeles (cosa que la agradeció Celia, como más interesada).

—Esta casa ha de ser siempre prisión gustosa de mi libertad (dijo Leonardo), y no será mucho, pues me costó prisión la primera vez que la vi, sin ofenderla con poco respeto.

—Eso quería saber (dijo Clenarda), para pesarme de que os haya sido tan costosa.

—No lo dije por tanto (dijo Leonardo), ni quiero que os pese de lo que me está bien, y la causa fué tan contingente, que puedo publicarla por sucedida en la calle. Una noche pasé por ésta, bien descuidado de convertir en delito inocentes pasos. Detúvome la suavidad de una música, que en dulces consonancias daba alma á tiernos sentimientos. Acabada, llegó otra tan digna de ser oída. Como la competencia en poderosos ó ignorantes se sujeta pocas veces á otros respetos que los suyos, se trocaron la armonía en confusión y los instrumentos en espadas. Lo poco que me importaba no impidió que la mía se pusiese en medio. Con ella reparé pocos golpes que se tiraron, y con buenas razones les obligué los ánimos, reduciéndoles á que se retirasen. Fuí llamado de una mujer por una ventana baja, y no hube satisfecho las varias preguntas que concede una turbación, cuando la justicia me cogió por fruto de su deseo. Quisieran en la cárcel saber lo que procuraron, para procurar lo que les negué; mas supieron quién soy, con que tuve fácilmente libertad.

—Ahora es mayor el bien de conoceros, y de la misma manera la obligación de estimaros (dijo Clenarda). Acuérdome muy bien de esa noche, por el pesar que sin querer me dieron estas muchachas. Y aunque de lo que hicistes es la intención digna de alabanza (mayormente no interviniendo otro interés), el daño debiera de ser

poco si había de corresponder á la culpa. Sin embargo, os deberemos eternamente que evitásedes escándalo.

—Lo que veo es (dijo Fenisa) que todas son gentilezas en Leonardo, si juntamente advertiremos lo que hizo en el soto, el río, el jardín, y más el día del soto, que por tan enamorado como se confesó pudimos (dando celos á su dama, que sin duda lo vió ó supo) ponerle en las mejores penas, y dijo mejores, porque se toma satisfacción dándola.

—También eso por verosímil quería saber (dijo Clenarda), ya que no podría negar que sois aquel amigo, ejemplo de amantes, que queríades mostrar. Persúadome á ello, reparando en el soneto y endechas que vimos. Quien con ligero cuidado pusiera á este tiempo los ojos en Celia, echara de ver el que tenía, pues pendientes los suyos de las palabras que esperaba de Leonardo, parecía (tomando de lo forzoso de la modestia cuanto podía) que había de ser ella sola á quien tocasen.

—Verdad es (dijo Leonardo) que soy el que pinté tan enamorado, mas no tan dichoso (ya que lo es mi pensamtento) que diese celos; y pruébase con que dije que lo estaba sólo de haber mirado.

—Pues ¿qué objeto daremos (dijo Laura) al soneto y las endechas, especialmente al encuentro de ellas, para que también entendamos

si concedió amor lo que en el soneto se pedía, y si Anarda ó Celia hizo con Celia ó Anarda buen oficio? Que de las que hay aquí de este nombre, examinándolas cerca de esto, la una hubo menester responder por sí y la otra no supo.

—Debajo de los nombres que se introducen (dijo Leonardo mirando siempre cautamente á Celia) habla el cuidado con quien le causa. En ellos andan disfrazados los verdaderos. La que se tiene por confusión en las endechas, es que quise decir á la Celia cuanto se dirige Anarda. Y como los atrevimientos son agradables vestidos de temor que nace de respeto, usé aquel estilo. Con esto, si ella gustaba de entenderme, quedaba entendido, y si ofendida, amparado del sagrado de Anarda para atribuirla el intento. Cuanto á la oración del soneto, hasta ahora (que es la mejor ocasión) no ha sido oída.

—Vos lo habéis dispuesto de suerte (dijo Celia), que nos dejáis satisfechas y dudosas.

—Razón será (dijo Anarda), que pues música dió cárcel á Leonardo, se recompense aquel mal rato con dársele aquí bueno. Canten Celia y Fenisa, para que les demos la admiración debida á la parte que les dió el cielo de esta gracia, y luego le oiremos á él, que no la desacredita.

Ellas respondieron mirando á Clenarda, y ella les dió con mucho gusto la licencia que con callar la pedían. Cantó primero Celia el romance que Leonardo dió á Feliciano. Turbóse de mane-

ra Leonardo oyéndole, que el sentimiento le quitaba sentidos en cada palabra. La pena que recibía le representó penas que no imaginara, advirtiendo que había concebido conceptos para su daño. Con rigurosa prontitud le puso luego delante la memoria, discursos que ofrecían los más duros pesares. Acordábase de lo que le pasó con Feliciano cuando se le pidió, y aquellas frases que dijo quería celebrar después del disgusto, por haberle restituído al felice estado que tuvo por perdido. Sobre todo, lo que más le afligía era que el temor aseguraba la sombra de esta congoja con persuadirse á que aquel disgusto habría sido el que procedió de la música. Si quería inclinarse á librar á Feliciano, quedaba en pie la confusión, reparando en que podía ser Carlos amigo suyo, y haberle pedido para él, pues le había hallado cantando de Celia. Pero porque no desmereciese el favor, lo que perdía por mal logrado pagó en cortés estimación lo que debía. Tomó el instrumento Fenisa, y cantó estas dos letras:

Laura, si celos me das,
de mi condición advierte
que yo pasaré su muerte,
mas tú me la pagarás.
Si pretendes abrasarme
con fuego tan ofensivo,
después que tu pecho esquivo
se alimenta de matarme,

no pienses que por mostrarme
tan rendido y amoroso
te perdonaré quejoso
pena en que culpada estás:
que yo pasaré su muerte,
mas tú me la pagarás.
Disimular un agravio
sin darse por entendido,
cabe en un pecho ofendido
por castigar como sabio.
Si porque no muevo el labio,
aunque es tan grave el dolor,
acrecientas su rigor,
muy burlada te hallarás:
que yo pasaré su muerte,
mas tú me la pagarás.
Amor suele perdonar
tal vez esta pesadumbre,
pero celos de costumbre
es un civil afrentar:
si te quieres engañar
en su estilo y tu hermosura,
no disputo si es cordura,
digo que avisada estás:
que yo pasaré su muerte,
mas tú me la pagarás.

Diálogo entre JULIA *y* MARCIA.

JULIA. Marcia, con mucho rigor
á tu pastor has tratado.
MARCIA. Julia, todo va fundado
en saber si tiene amor.

JULIA. ¿Qué duda puedes tener
sobre tanto desear?
MARCIA. Si finge para engañar,
como suele suceder.
JULIA. Con todo, es mucho rigor
darle el bien tan dilatado.
MARCIA. Julia, todo va fundado
en saber si tiene amor.
JULIA. Razón es darle esperanza,
aunque de la fe te alejas.
MARCIA. Temo que llege á dar quejas
mi justa desconfianza.
JULIA. Quien tan firme te ha seguido
no es posible que te engañe.
MARCIA. Mejor es me desengañe
mi experiencia que su olvido.
JULIA. ¿Para qué causas su ardor
si no le ha de ver premiado?
MARCIA. Julia, todo va fundado
en saber si tiene amor.
JULIA. Si deseas que te quiera,
mudar intento podría.
MARCIA. Quien ama, siempre porfía
y vive de lo que espera.
JULIA. Suele pasar la ocasión
y después tarda en venir.
MARCIA. Mayor pesar es sentir
descuidos de posesión.
JULIA. Según eso, su dolor,
¿no tendrá mejor estado?
MARCIA. Sí tendrá, que va fundado
en saber si tiene amor.

Ya deseaban todos que llegase la vez á Leonardo para alegrarse, según le alababa Anarda, deseando dar á entender á Celia (si fuese posible) lo que había encomendado á los ojos, que casi no había quitado de ella; lo hizo manifestando en dulces acentos afectos que la sacrificaba en este soneto:

Piensan los ojos que las luces bellas
de aquel espejo, en quien el sol se mira,
cuando su resplandor al alma admira,
advierten de mi amor dulces querellas.
Duplican voces, consagrando en ellas
tierno cuidado que á su centro aspira,
informa el corazón que allí suspira
ardiente causa en líquidas centellas.
Esperan, suspirando movimientos,
en las niñas Atlantes de su celo,
alegres nuevas, nuevos pensamientos.
Mas como luces son que habitan cielo,
supremo objeto ocupa sus intentos
negando glorias al mayor desvelo.

Agradáronse tanto de oir á Leonardo, que confesaron ser ellas las favorecidas. Bien le parecía á Celia que Leonardo se le inclinaba, porque no lo disimulaban las señales: pero como el deseo duda siempre lo mismo que lo incita, olvidábase de que lo podía creer, y creía desconfianzas. Para desengañarse aconsejada con su amor, cuyo poder obra igualmente en todos sujetos, infundiendo osadía á la más tierna edad, y trazas

al más corto ingenio, quiso ver si el cuidado de Leonarda era el que ella quería.

Habló en secreto á Laura, diciéndola que pues por indisposición de Clenarda no habían gozado la mañana de San Juan (su santo), pidiese en su nombre á Leonardo un romance de los que habían perdido de ver en el paseo de la casa de campo. Hízolo Laura, dando mucho contento á Leonardo, que abría en esto camino para su intento. Aceptólo con que se le había de dar licencia para hablar en él con su Celia, quedando Celia de esta condición ni alegre ni penosa.

Era ya la hora de irse Anarda, y hubo de acompañarla Leonardo, á quien Clenarda pidió con encarecimiento no olvidase aquella casa.

Al salir de ella encontró á Feliciano, que iba á entrar, encuentro que le produjo infinitos azares, y con que calificó más sus sospechas. Saludáronse con un mismo pensamiento, haciendo en ambos el recelo que no pareciesen tan amigos, porque Feliciano no había jamás visto en aquella parte á Leonardo, y Leonardo no quisiera verle. Pasó de largo Feliciano, con tanto pesar de Leonardo, que aunque iba acompañando á Anarda, le parecía (lo que estimara) que daba pasos á atrás.

Con más prisa que ella pensó la dejó en su casa, y volvió siguiendo su inquietud hacia la casa de Clenarda, no porque había de entrar, si bien quisiera con alguna traza. Cerca de ella vió

á Carlos, á quien conoció (no obstante que era la segunda vez y anochecido) por la imagen que el temor deja siempre en la memoria del que le percibe. Aquí creció la confusión, y faltó discurso, por sobrar dañosos discursos. Sólo juzgó necesario no detenerse, excusando en Feliciano y Carlos malicias que no se han de causar ni con la mayor pasión.

No quiso dilatar el descubrir luces contra su confusión para entenderse mejor en ella. Viendo la diferencia que tiene el suceso de las competencias, sabiendo ó ignorando el competidor, fió de su traza que le alumbraría. Dos formas que encomendó á su propia persona eligió por fieles espías, librándose de sujetarse á los juicios y intentos de un amigo, aunque sean de los que llaman del alma, y á las vilezas que ejemplifican criados. Porque de la misma manera que en éstos no está establecida inviolablemente la lealtad, ni medida á la necesidad su industria y diligencia, falta también en aquéllas cabal intención, espera y agrado.

No hallaba más ajustada precisión que la suya, y pudiendo contentar al corazón con asistir á todo, era de opinión ser más acertada esta regla que obligarse á reprehender á los domésticos y disimular á los iguales, pues perdida ó mal ejecutada la ocasión, no es descanso ni remedio.

Entre once y doce de la misma noche se plantó junto á la reja baja de adonde le llamaron la

noche de la música. Hizo báculo de la espada desmintiendo la guarnición, y cubierto de capa parda, con montera en la cabeza y barba poblada y negra en el rostro, ofrecía apariencia de pobre á quien le mirase. Poco después acudió al puesto otro hombre. Paseóle dos ó tres veces, llegándosele tan cerca como Leonardo deseaba, para conocer que era Feliciano. Viendo Feliciano que estaba despacio, le dijo:

—Amigo, ¿qué hora es?

—No lo sé (respondió Leonardo con órgano de voz desconocida).

—¿Pide limosna? (dijo Feliciano).

—Sí, señor (replicó).

—Pues tome (dijo Feliciano) dos reales, y vaya, sépame la hora que es.

—¿Y adónde (respondió Leonardo) hallaré á su señoría?

—No se le dé nada (dijo Feliciano) de ser tan puntual, que entre tanto que se informa, vendrá el reloj, cumplirá por los dos y embarazará menos.

Desparecióse Leonardo por una hora que Feliciano estuvo detenido á la reja. En apartándose mudó la primera forma, quedando de negro en exterior de ronda, sin despedir la barba. Púsose en la misma parte que al principio, aguardando si venía el segundo á quien esperaba, y hubo menester poca paciencia para ello. Aparecieron luego en la calle dos hombres oprimidos de bro-

queles, elegantes de sombreros y cultos en traje de noche. Entraron en consulta, reparando en la ocupación de la reja. La resolución fué acercarse el uno, que era Carlos, y decir á Leonardo:

—Caballero, suplícole por cortesía que si no le importa esa asistencia la deje, que si no será fuerza procurar que lo haga y conocerle.

—Lo primero es barato (dijo Leonardo), por lo poco que importa irme ó estar. Lo segundo fuera caro; pero no es necesario ponerlo precio: adiós.

Hechas estas dos acciones, con que al parecer supo que Carlos y Feliciano eran soldados de su misma guerra, salió de la calle, poniendo de allí adelante el cuidado en inquirir de quién pretendían premio.

La pena que le molestaba era tan intolerable, que si quería hacer treguas con el cuidado á fuerza de razones, ninguna le cuadraba. Consideraba que si era cierto amar en casa de Clenarda Carlos y Feliciano, podría ser á Laura y Fenisa que lo merecían, y no sosegaba cegándose en ardientes recelos. Tal vez elegía por remedio mudar parecer, imaginando correspondiente fin á tan inquietos principios. Parecíale fácil vencerlos en su nacimiento; pero como entre dudas y desengaño aún no tiene lugar la resolución, y ocupaba amor la distancia que en tan distantes estados hay, supeditaba el amor al entendimiento, ofreciéndole en la vida que sus-

tentaba secretas prendas que le llamaban á que prosiguiese.

Viendo que era esto con lo que más se desconsolaba, y que recelos eran desvaríos, antes de saber si era amado determinó obedecer á Celia y escribir el romance. Esperó que él y el pensamiento que le ocurrió para saber el de Celia le pondrían en estado conveniente á su quietud. Otro día dió un papel á un criado y orden que le llevasen á Celia y entregase en sus manos, diciendo que era el que había pedido, y sin esperar á que leyese la dejase. Dióle á tiempo que le pudo recibir sin testigos, guadando en lo demás lo advertido. Abrióle Celia, y vió que decía:

«Será posible que se tenga por osadía haber tomado licencia de la inclinación que solía regir, y ahora es vuestra para seguir este cuidado; pero no fuera justo que si hubiere de perder por alto mi pensamiento, deje de quedarme la gloria de haberme preciado de él. Yo os amo con las veras que confesarán vuestros merecimientos, que no ha de menester quien los llega á considerar causa mayor para pagarles este forzoso y debido tributo. Héme atrevido á declararlo por dar más vida á la materia que de vos procede, sólo con imaginar que lo sabréis. Que ya no podrá dejar de ser felicidad la que, aunque quiera molestarme como pena, habrá de resistise á sí misma, con el favor que me liga estimándola.»

No tuvo lugar Celia (después de haber leído dos ó tres veces) de celebrar la no pensada alegría que gozaba, ni hacer juicio sobre el suceso, porque con castigado semblante volvió el mismo criado. Díjola que había trocado dos papeles que le había dado su dueño á un tiempo para diferentes partes. Que porque aquél no era para ella, sino el que traía, le tomase y volviese el otro; redimiría un gran disgusto, de que ya no quedaba libre por la parte que le había alcanzado. Admiróse Celia de suerte, que faltó respuesta en su discrección; mas por no dar á conocer en algún extremo lo que sentía, resistió cuanto pudo, abriendo con menos presteza que el primero, y más severo rostro, el segundo papel, que decía:

¡Oh, Celia, lo que perdiste
la mañana de tu santo,
siendo cortés con el Sol,
negando glorias al campo!
Cuando más hermosa el alba,
si á tu belleza la igualo,
pues hermosura sin arte
encierra primor más alto.
Dió al segundo Paraíso
vista alegre, rostro claro,
convidando á Filomena
á hacer música de llanto.
Salí á gozar, de ti ausente,
en imperfectos retratos,
envidia en ajeno amor
sin tenerla mi cuidado.

Jamás Manzanares tuvo
semblante tan regalado,
dando á la sal de su arena
cristalino desengaño.
Sus apacibles riberas
tantas flores ostentaron,
que la selva enriquecieron,
ya de olores, ya de aplausos.
Los aires, en vez de yedra,
á los olmos abrazados
velocidad suspendían
dulcemente deleitando.
Mil coros de pajarillos
tan acordes gorgearon,
que extrañaba su armonía
ser racionales pensando.
Viendo ajeno de tus plantas
pródigo de adorno al campo,
dije: «¡Qué fuera si Celia
hoy le hubiera iluminado!»
Andaba el padre del gusto
victorioso, si embozado,
en galas y bizarría,
arco y flechas mejorando.
No faltó en su forma Venus;
tantas la imitaron tanto,
que así se desconociera
si viera tales traslados.
En vistosa escaramuza
tiernas ansias se trabaron,
siendo adargas en los coches,
nieve pura en blancas manos.
Júpiter, menos medroso,

otras formas desechando,
guiaba ilustres Adonis,
blandiendo el gusto dorado.
El Sol, que entonces dormía
en la prisión que le has dado,
ofendido en su pereza
quiso vengarse abrasando.
Pero su intento vencido,
corrido quedó y burlado,
que entre tan rara belleza
sus rayos fueron nublados.

Preguntó Celia si Leonardo le había reñido mucho por el descuido. Respondió que sí.

—Pues sois el embajador de estas cosas (dijo Celia), bien conoceréis á su querida Celia y á la dama para quien escribió el papel que decís me diste por yerro; y así no será demasía preguntar si son muy hermosas, aunque regulándolo por su buen gusto era excusado.

—No sé (dijo el criado) quién es esa Celia, ni hasta ahora he conocido á esa otra dama.

—Por lo menos (dijo Celia) sabréis dónde vive; esto se me puede fiar (seguro de que no seréis castigado) sólo por averiguar si es la misma que á mí me ha dicho.

—Eso ignoro, como lo demás (dijo el criado).

—¿Cómo puede ser (replicó Celia), si confesáis que recibiste el primer papel para dársele, y era imposible sin saber á quién ni dónde?

No supo responderla; y viendo ella que era

vana su diligencia y conveniente no mostrarse más, determinó escribir á Leonardo, dictando su pena y cordura, y dijo:

«Aunque desconocí el primer papel, y considerando parte del segundo, sentí que se podía tener envida á la señora Celia; después, mirando con piedad de mujer uno y otro, convertí la envidia en lástima y supe lo que se debe á vuestra verdad. En efecto, señor Leonardo, no hay hombre que no sea de los que oigo se usan, ni acreditada opinión de quien no se pueda temer algún engaño. Pero porque no se atribuya á cuidado lo que es curioso atrevimiento de amistad, dejo malicias, que mal entendidas podrían (en lo exterior) parecer quejas, y reservo á mi pensamiento el juicio que pide la duda. No envío ninguno por dároslo en vuestra mano, y saber quién goza en prosa de la traición que padecen los versos.»

Despidió al criado (que todavía pedía el papel), con que el que llevaba le serviría de descargo en su culpa.

Poco después que salió de casa de Celia reparó en que le iba siguiendo un hombre, en cuyo talle y traje mostraba también ser criado. Persuadióse que le seguía, con que habiéndose detenido en dos zaguanes, hizo él lo mismo, sin dejarle hasta que llegó á casa de su dueño. Aguardábale Leonardo, como quien había puesto en aquella traza y diligencia la vida de su esperan-

za; lo primero que le dijo fué que aquel hombre le había seguido.

Alteróse Leonardo y, poniéndose á una reja desde donde miraba á la calle, le vió. No obstante que ya se quería volver, conoció que era criado de Carlos; porque el día que visitó á Clenarda, y le halló con ella, estaba á la puerta, y después le acompañaba cuando, habiendo dejado á Anarda, volvió por aquella calle. Dióle tanto pesar, que estuvo determinado á salir y examinarle los pasos si no le detuviera considerar que era acrecentar desengaños á quien le enviaba. Mas, sosegado de aquel nuevo accidente, leyó el papel de Celia, sin entender de lo que principalmente deseaba, puesto que no se reducía á que carecía de misterio quedarse con el otro, preguntar en particular lo que el criado dijo, y lo que significó había visto en su semblante y acciones.

Pasados dos días que se negó de vida, dejando de ver á Celia, fué á ver el fruto que le daba su industria. Estaba Clenarda en la cama, sosegando una indisposición; Laura, escribiendo, y Fenisa tomando lección de danzar. Pudieron hablar solos él y Celia.

—Mucho tardaba ya esta visita (dijo Celia), aunque no habrá sido tardanza en quien (con disculpa) estaría olvidado.

—No pudiera ser mayor el favor (dijo Leonardo), si fuera de vos deseada. ¿Cómo habéis pasa-

do este tiempo que he perdido, si no de merecer esta dicha, de confesarla?

—Quien no conoce (dijo Celia) cuán socorridos sois de lisonjas, poco hará en engañarse dándolas crédito. Mas como habéis adelantado avisos, será desestimación no usar del provecho de ellos.

—Justo es me afrente de que sospechéis soy lisonjero (dijo Leonardo), cuando sólo he usado de artificio para averiguar una verdad.

—Debéis de dar tal vida á vuestros pensamientos (dijo Celia) que, según la variedad que profesan, si mi cuidado hubiera de estar pendiente de ellos, me mataran.

—No alcanzo (dijo Leonardo) el intento de darme tanto pesar.

—Tanto os justificáis (dijo Celia), que me holgara saber qué salida diérades á la causa con que repruebo vuestro trato si os pasara esto con vuestra amada Celia y la otra dama á quien escribisteis tanto amor, en las cuales, descubierto el engaño, tuviera su lugar esta queja.

—Si tan presto como las diera satisfacción (dijo Leonardo) la tuviera de que la quieren, yo fuera creído y ella satisfecha.

—Laberintos formáis á mi discurso con esta confusión (dijo Celia); pues si considero la historia que habéis comunicado á Celia, presumo que debe de haber correspondencia; y si advierto la que nuevamente ofrece el papel que por

yerro me dieron, debo juzgar de lo que valéis y de que ningún hombre cuerdo se declara, sin parecerle que puede, que tendríades buena respuesta.

—En esto consiste mi pena (dijo Leonardo); estoy declarado; no sé si entendido, y á saber que puedo declararme más, es, sin duda, que Celia convirtiera en premio la queja, y la otra dama quedara por tan su amiga, que la confiara cuanto el alma comunica.

Digo mil veces que no lo entiendo (respondió Celia), y que no hay cosa que preciara como entenderlo.

—Pues dad palabra á la fe que secretamente os obliga, al respeto con que merezco grato oído si no blanda respuesta, al amor más puro que debió llamarse amor, y, en efecto, á Leonardo, que enriquecido de tales calidades se considera pobre de iguales merecimientos, y sabréis lo que ya es fuerza deciros, tanto en virtud de obediencia como de mis cuidados.

Respondióle Celia con agradable atención, y él prosiguió diciendo:

—Para deber á mi suerte las dichas que la hacen tan dichosa, quiso que os conociese, ó por mejor decir, lo que vale miraros. La paz que puse la noche de la música y prisión que por ella pasé, fué principio de la amable guerra que no resisto, y de la prisión más digna de eternizarse. Incitado de haberla padecido cuando el descuido

que me trajo por esta calle menos lo pedía, solicité los cuidados á quien doy todo el pensamiento. Procurando saber el dueño de aquella acción, os vi. No será ofenderos confesar que quedé rendido, pues confesaré que aún no llegó á ser lisonja en vos tan humilde despojo. Desde aquel punto parece que tomé nuevas potencias de vos. De tal manera la ministráis, que á ser tal mi fortuna que os preciárades de examinarla, pienso que ya que no os hallárades obligada, os contentara conocerlas por tan vuestras. Harto he dicho; sin encarecer, y como si lo callara, me acusa el corazón de que quedo corto. Finalmente, vos sois, señora Celia, la Celia á quien el alma consagra cuanto para amaros vale. La musa de los versos que habéis leído. La primavera que contemplaba el día en el soto. El dueño del papel que creéis se os dió por yerro. Valíme de aquella traza para hacer menor este atrevimiento, disponiendo la ocasión de manera que lo fuese; juzgad ahora si os satisface la salida que dudábades, y no dudéis de que es cierto lo que es más imposible que no sea. No pido que hagáis lo que no debéis, que es agradecer, sino que no os disguste que haya hecho el valor lo que tocaba á tan noble osadía. Discúlpome, no con que es la causa de todo vuestra hermosura, sino con que hasta ahora no ha salido de mi pecho con su amor.

Iba á responder Celia y no pudo, porque recordó Clenarda y la llamó. Díjole que á la noche es-

cribiría un papel y se le daría el día siguiente. Habiendo dicho á Clenarda lo que le pesaba de su indisposición, se fué contento de que Celia no hubiese mostrado enojo y prometiese escribirle.

Esperó el plazo de tan corta dilación, como amante que no sabe lo que espera de su deseo. Llegado, volvió á casa de Clenarda después de medio día, á quien ni á las demás halló por haber salido en coche al Prado. Púsose á caballo y encontró el coche, si bien de suerte que le pesó. Vió á Carlos hablando con demostración de alegría á Celia, que ocupaba un estribo. Creció su inquietud, en que aunque procuró ser visto no le llamaran. Juntó en un punto todas las sospechas precedentes.

El medio más eficaz que se le ofreció para penetrar los ánimos de los dos, fué llegar al otro estribo á hablar con Laura que iba en él. Creyó que si Celia recibía pena no lo disimularía el semblante. Y si Carlos la amaba, no se le encubriría, y cuando amase á Laura, obraría lo mismo. Púsolo por obra con airoso despejo. Laura, que estaba enfadada de que durase tanto la conversación de Carlos y Celia, ayudó el intento como si estuviera prevenida.

Si es cierto, como se dice, que hace sangre la voluntad, aquí hizo guerra á sangre y fuego. Todo era ardiente inquietud, sin haber corazón en su lugar, color que no se mudase, ni ojos que no diesen voces. Carlos hablaba menos á Celia

por entender á Laura. Celia no le respondía por mirar á Leonardo. El no la miraba por dar más abrasante celo á sus ojos. Y Laura, que en nada perdía, gozaba la ganancia diestramente.

Jamás debió de estar tan en su punto (como ahora en Laura) el garboso arte de jugar de mano y manto. No reparó en hacer amagos á Leonardo para que tomase un barro que llevaba, deseosa de que ardiese aquella centella más en el pecho de Carlos. Puesto que Leonardo lo entendió, alargó la cortesía cuanto bastó para que la intención abrasase á Carlos y Celia, y retiró y excusó el efecto (despreciando la baja doctrina de los que la vulgaridad llama picones), por convertir en cuerda advertencia lo que en Laura fué arrojamiento celoso. No pudo dilatarse hasta el fin la paciencia de Carlos, y despidióse demudado, dejando á Leonardo más satisfacción que la que llevaba. Acompañólas hasta la puerta de su casa, y cumpliendo entonces Celia lo prometido, le dió con recato un papel, que decía:

«Aunque dicen que es buen principio en la mujer el oir, no lo tengo por el mejor, supuesto que ya son calles públicas los oídos, que todos las andan. De aquí sacaréis que no consiste la vida de vuestro intento para proseguirle, en que os escuchase, pues sin pesarme de saberle, pudiera cesar allí, sino en que atrevidamente me pide el agradecimiento que os dé lugar para que hagáis de manera que lo crea. No sé si ya que

esta respuesta se mide á cuanto promete un honesto y justo decoro, os parecerá libertad. Cuando sea así (que no lo espero de quien sois), he querido ver (comunicándoos verdades que deseaba fiaros), la calidad que ganáis en lo que hiciérades para que las conozca. Que aunque veo lo que merecen vuestras buenas partes, son mis sentidos hijos del honor con que nace una mujer principal; y cuando fundado en vuestros merecimientos olvidárades lo que en mí es tan digno de estimación, hallárades que no habían tenido puerta para llegar al alma.»

No pudieron tener tanta fuerza los temores que á Leonardo acobardaban, que no diesen lugar á la alegría que les procuraba vencer.

Para desterrar lo que tenían de injustos, entró en cuenta con ellos, mediando su entendimiento y prudencia. Consideró el donaire del principio del papel el lugar que le ofrecía en Celia su agradecimiento, la discreta prevención contra la libertad que pudiera presumir y, finalmente, la honrada resolución del fin. Besó mil veces las letras que tantas dichas articulaban, enamorándose nuevamente del valor y respeto con que Celia se hacía conocer en ellas. Asegurábase de sus pensamientos, advirtiendo que en aquellos tiernos años era más propia tan noble presunción, que no calificar ejemplos de la infelicidad de otros sujetos.

La misma noche se turbó en alguna manera

su contento, y encendió más la competencia. Ocupaba Leonardo un cuarto bajo con ventanas y rejas á la calle. Estando en el zaguán para salir fuera, vió que un hombre rebozado cuidaba de las ventanas. Sosegóse por no impedir el fin, encubriéndose en el zaguán. El que iba de rebozo echó un papel por una ventana, y dejó el puesto. Consideró Leonardo que el papel ya no podía faltar, y el mensajero, si no le seguía, hízolo hasta que entró en la posada de Carlos. Volvió á la suya, y leído el papel decía:

«Aunque el ir sin firma este papel niegue el dueño, es muy vuestro servidor; sabe que entráis en casa de Clenarda, y imagina que con intento (si decente, amoroso); importále que declaréis en cuál de aquellas tres bellezas habéis puesto los ojos, para quitar inconvenientes que de lo contrario podrían resultar. Esto os suplico.»

No quiso dilatar la respuesta, ni que lograse Carlos el gusto que podría sacar de entender le había asustado. Al punto la ordenó y dejó en su casa por el mismo estilo, vertiendo con ella en su pecho más veneno del que sentía. Decía:

«Pudiera excusarme de responder á un papel sin firma y á una pregunta (cuanto á mí) tan firmada, si fuera mi cortesía menos sujeta á trabajos en que merecer. Mi entrada en casa de Clenarda es cierta, si bien poco ejercitada. Hasta ahora he puesto los ojos, no en una, sino en las tres bellezas. Pero soy hombre frágil, y

de la noche á la mañana podrá acaecerme lo que imagináis. Y así será más acertado, que pues sois el cuidadoso, y en las tres no os ofende mi pensamiento en una, me digáis cuál es, para que, reservándola, sepa que no os queda jurisdición en las dos.»

Ocupaciones precisas que tuvo al día siguiente impidieron que no viese á Celia; fué á visitarla ya de noche. A la puerta de su casa estaba un coche; queriendo entrar se hubo de detener, sintiendo que bajaba gente. Al resplandor de poca luz vió que eran dos hombres, que, aunque de noche, parecían de calidad, y algunas mujeres. Con silencio y recato se entraron en el coche y caminaron.

Presumiendo que sería visita que había tenído Clenarda (con medio corazón, porque el otro medio se le iba tras el coche), llegó á la puerta de su cuarto. Jamás se aprovechó tanto de los oídos, ni la tuvo tan dispuestos. No oyó ningún ruido, y se persuadió á que Clenarda y sus hijas y sobrina eran las que habían bajado.

Con suma diligencia volvió á seguir el coche (que iba algo apartado), puestos en él los ojos y en ellos su sosiego. Al pasar por la puerta de una casa le detuvo no menor accidente. Salió de ella una mujer que parecía principal, y encareciendo grave aflicción su turbación, lágrimas y sollozos, se echó á sus pies, y le asió las manos. Cobrando limitado esfuerzo dijo con tierno y do-

loroso afecto, articulando palabras de suspiros:

—Señor mío, no he menester saber quién sois para esperar el amparo que puedo dudar de mis desdichas. Ni es necesario que sepáis quién le pide para socorrerme, pues cabe en vuestra oblición. Mi temor y peligro no permiten más razones, ni el tiempo breve que el cielo me ha dado para librar la vida de violenta muerte. Suplícoos me acompañéis hasta donde importa, sin preguntar la ocasión que en tal riesgo me tiene, que en otra mejor sabréis cuán bien habéis empleado la nobleza que de vos me prometo.

Justamente pudo este suceso (sin lo que tuvo de imprevisto) turbar á Leonardo. Su confusión fué la que se deja entender, porque á la última palabra se les desapareció el coche. Deshacíase en cólera, y quisiera ejecutarla usando descortesía. Por otra parte, le templaban con honradas y vivas voces su presunción y valor natural, que inclinarlos á la necesidad presente pudieron reducir á piedad la fuerza de la ira.

Respondióla que guiase, persuadido á la importancia del caso. Excusó por entonces preguntas que pudieran dañar deteniéndola, y también el encarecerla lo que por acompañarla perdía. Anduvieron hasta donde dijo podía dejarla, no porque allí fuese el sagrado que buscaba, sino porque ya estaba á la vista de él. Tuvieron por gran dicha no haber sido encontrados por todo todo el camino si no de un hombre que les dió

cuidado, porque le puso en reconocer á Leonardo todo lo que de paso pudo. Iba tan intrigada su congoja, y él tan divertido en sus penas, que ni ella la recibió con diligencias de conocerla, ni él se acordó de ser curioso. Al despedirle le dijo que para que esperase de tan gran obligación agradecimiento debido, la dijese su nombre, calidad y casa. Respondió Leonardo á todo; y aunque le había cogido en riguroso trance, ya era lo que más temía si quedaba segura, porque la eficacia de sus palabras en alguna manera le informaba que no era engaño lo que de la relación de aquella desgracia pudiera ser disculpa de delito cometido. Ella, añadiendo extremos al agradecimiento, le obligó á que se dividiese.

Dudoso este caso, y ofendido y lastimado del primero, tenía por forzoso, si no saludable remedio, dar pensamientos al pensamiento. Combatido de ellos, venía á ser el sentimiento medio de sí mismo. Dividido en discursos, toleraba la fuerza, ya que no la dilación. Si consideraba que linaje de peligro sería el de aquella mujer para alegrarse de haberla librado, le molestaba á solas el cuidado que creció, cortándole los pasos que seguía, sin darse por satisfecho de lo que tan justamente hizo. Aprobaba la pena por la parte que se debía en ley de quien era, y amor le castigaba con las suyas, fundadas en su propia conveniencia.

Después de muchos juicios que hizo sobre la

causa que podía haber sacado de su casa aquella hora á Clenarda, y no teniendo ninguna por precisa respecto de aborrecerlas todas, volvió á ella, hallando pasos sólo en aquellos pasos para sosegar. Quiso entrar y saber adónde podría parar su inquietud; pero estorbólo Feliciano, que de allí bajaba. Holgábase de excusar que le conociera. No fué posible, y díjole:

—¡Oh, Feliciano! ¿Qué buenaventura ha sido ésta á los deseos que tenía de veros?

—Yo os he buscado muchas veces (respondió Feliciano), y no he tenido suerte de hallaros. Si no fuera precisa la prisa que llevo, me detuviera á daros cuenta de cosas mías, que por importantes lo piden. Iré contento de que tenéis salud, y desde ahora os prevengo para mañana.

—¿Tanta es la prisa (dijo Leonardo) que no dará lugar á que os detengáis un momento?

—Sí, por mi vida (replicó Feliciano); y bien se colige de que habiéndoos menester, pierdo lo que deseo. Dejóse una de estas señoras que aquí viven unas joyas fuera de un escritorio cuando salieron de casa, y mandáronme venir á guardarlas. Perdonadlo que no es descortesía, que quien es tan discreto no ignora que la diligencia es calidad en los gustos y cuando interviene desterrar un temor.

—Yo he venido en balde (dijo Leonardo), entendiendo estaba con ellas Anarda, su amiga.

—Lo que digo es cierto (dijo Feliciano); adiós, y no me faltéis.

Quedó anegado en confusión sin saber qué remedio dar para salir de ella. Maldecía á la pasión que, opuesta á toda buena advertencia, había podido divertirle de saber dónde estaba, cosa que ingeniosamente fuera fácil, y más con Feliciano, que hubiera menester poco para decirlo. Resolvióse á esperar el fin de aquel desvelo, sintiendo grave inquietud de que Feliciano fuese tan de casa.

Envuelto en imaginaciones no sabía qué crédito dar al casto celo que Celia había mostrado. Muy á deshora sintió que venía el coche. Valióse de ser la noche obscura. Llegando á la puerta de la casa de Clenarda, se acercó á él osadamente, y vió que se apearon las mismas mujeres y hombres; repararon en él, y quedando el uno acompañándolas á su cuarto, se fué á él el otro, y le dijo qué miraba.

No respondió Leonardo; antes se retiró esperando hasta entrar en otra calle poco frecuentada por evitar escándalo. Allí se detuvo, y el que le seguía dijo:

—Del atrevimiento que habéis tenido se infiere que no carece de cuidado, y si no lo es, pasa de descortesía. En cualquiera caso obliga á más respeto aquella casa, y la presencia, si no la sombra, de los que veníamos en el coche. Decid lo que buscábades, ó lo procuraré saber.

La respuesta de Leonardo fué hacer cara con animosa demostración. Indignóle tanto, que teniéndolo por desprecio sacó la espada. A este tiempo llegó el compañero é hizo lo mismo. Acudió el valor de Leonardo á la necesidad, y reconocido del corazón, se valió de él y de estoque y broquel que llevaba, de manera que pudiera ser temida y envidiada la pendencia. A la ejecución de una estocada que tiró al primero cayó en el suelo, diciendo.

—¡Muerto soy!

Y luego dijo el compañero con turbada voz:

—Yo estoy herido.

Entonces habló Leonardo, y dijo:

—Todo se pudiera haber excusado no empeñándose en lo que tampoco importaba.

El que de los dos estaba en pie le conoció, y dijo:

—¿Es Leonardo?

Pero él, imaginando quién era, y considerando la gravedad del suceso y cuán mal había hecho en hablar, respondió mudando de voz:

—No sé quién es Leonardo.

Y sacando prestamente pies, le dió lugar para que cuidase del compañero, que lastimosamente se quejaba.

Previniendo que no le siguiesen, fué á su posada, adonde aprestándose un piquete que le había alcanzado en un brazo, ordenó á un criado que asistiese en ella continuamente. Que si le

buscasen advirtiese quién y para qué; dando á entender que aquella noche al anochecer había recibido un pliego de importancia, y al punto había tomado postas y partido sin decir adónde. Acompañóse de otro criado, y púsose en parte que le aseguró del peligro.

Clenarda, desde que se apartaron de ella, temió por cosa verosímil y ruido que oyó que había sucedido una desgracia. De esto, y de no volver á darla cuenta, estuvo toda la noche con notable desasosiego, y no menos Laura, Fenisa y Celia.

A la mañana quisieron saberlo. Por excusar qué diligencia de su parte diese ocasión á conjeturar que habían sido la causa, quisieron fiarla de Leonardo, á quien tenían por tan confidente. Habiendo sabido en su casa la ausencia, se maravillaron. Mucho más que todos Celia, oyendo á Octavio, criado de su tía, que la noche pasada, viniendo de la parte adonde habían ido en el coche, le había encontrado acompañando á aquella mujer. Celos y sospechas la dieron á entender lo que es amar, pues los efectos que padeció desde aquel punto rindieron lo que faltaba. Por otro medio lo supieron, poniéndose en mayor cuidado cuando percibieron el fin que tuvo.

No entendió la justicia el caso, que la brevedad de él, hora y parte pudo tenerle secreto, circunstancia que estimaron. Usó Leonardo tan

buenas inteligencias para enterarse de todo lo que pasaba, que por momentos lo sabía. No era su herida ni las ajenas las que le afligían, sino la ausencia de su querida Celia. Lo que más deseaba saber era si ella la sentía; porque á ser así, no sólo templara los recelos que no le dejaban, sino que diera por bien empleada la infelicidad de aquella noche. Entre otras trazas que le ofreció amor, escogió ésta por más á propósito.

Dispuso al criado que le asistía para que cuando Anarda visitase á Clenarda llegase de camino á su casa con cartas y regalos para los dos, y entonces diese un papel á Celia. El día que se pudo ejecutar (ocho después de la pendencia) llegó el criado de la manera que si fuera verdad. Dió un pliego á Anarda, y ella á Clenarda la carta que tenía en él, en que se refería y cautelaba todo lo necesario. Recibiéronle con mucha alegría, no contentándose con que Leonardo decía que quedaba con salud para dejar de preguntarlo. Pidió licencia para entregar los regalos. Eran curiosidades dignas de estimación, y hiciéronla como ellas y el dueño merecía. En el tiempo que gastaron en verlas y recibirlas, le tuvo con Celia, que con mucha atención le miraba. Dióla un papel y una joya de oro y diamantes, de primor y precio. Retiróse á su aposento Celia, y vió que decía:

«Bien se deja entender que la causa de mi ausencia fué tan precisa y rigurosa como no

pensada, pues pudo apartarme de vuestra presencia cuando más la deseaba. Esto (aunque mejor mi pena) podría disculparme de no daros cuenta, si merezco tanta dicha que me habéis culpado. No sé cómo acredite esta verdad, ya que lo está tanto en el alma el amor, que sólo á vuestra memoria me ofrece si no es pidiendo licencia para ir á hacer testigos de ella esos ojos en tiempo que menos lo permiten, dificultades que aborrece mi corta suerte. Suplícoos que pues sois dueño de mis deseos amparéis éste, disponiendo de manera el fin á que aspira, que puedan mis dudas fiarle el ánimo que acuerdan. Tres días después de tener aviso seré puntual con el secreto que importa en la parte que señaláredes. Mucho pido á quien nada debe, pero amor no sosiega, haciéndome creer imposibles con que me engaña.»

Puesto que la alegría de Celia pedía tiempo para mostrarse, se privó de gozarla á solas, porque no maliciasen echándola menos. Salió estando Clenarda y Anarda, sabiendo del criado que habían de responder el mismo día. Despidióse, y ellos pusieron en ejecución lo ofrecido, aprovechándose de lo mismo Celia para dar esta respuesta:

«Forzoso ha sido el cuidado que agradezco para sosegar la desconfianza á que obligáis. Si quiero dispensar con la causa de ausentaros tan descuidado que confieso me ha tenido enojada,

no puedo en otras cosas que sabéis y yo quisiera ignorar. Justa libertad debiera no dejármela sentir; mas tiene vuestra estrella trato secreto con mi voluntad, y negocia más de lo que creí de mi resistencia. Quedo confusa de las dificultades y peligros que advertís; de manera que si con deseo de veros elijo el medio, temiendo algún daño me desanimo. No persuado á que venza amor al buen consejo, si bien en esto soy prudente contra mí, que no ama quien no ama temeridades, ni con ellas obliga quien las tiene por finezas. Si salvando inconvenientes fuere posible resolveros, me hallaréis esperando al plazo que pedís, después de media noche, en la reja baja, de donde os hablaron la noche de la música.»

Mandó Clenarda á Celia que hiciese pliego de las cartas, con lo cual pudo poner en él la suya. Llegó el criado á caballo y entregáronsele, encargándole mucho que solicitase la vuelta de su dueño. Recibióle Leonardo en sus brazos, preguntándole antes que otra cosa si había dado el papel y joya á Celia, si lo había tomado con gusto y traía respuesta. Respondió que con decir que lo había recibido, entendía para sí que le había estimado. Que carta suya no sabía si la traía. Abrió de presto el pliego sin leer ninguna, hasta que vió la de Celia. Conoció que lo podía preciar por favor, y por cierta la ventura que conquistaba, en el discreto estilo en que declaraba su pensamiento, Con cuerdos extremos que

al alma correspondían en suave y dulce locura, entretuvo aquellos días.

La noche del último de los tres, á la hora que tenía asignada, estuvo en la parte que debía. Después de un pequeño rato que esperó sintió abrir la ventana. Pasó dos veces por delante de manera que le pudiesen reconocer. A la última le dijeron:

—¿Es el señor Leonardo?

Desconoció la cortesía, hasta que vió que quien llamaba era Belisa, criada de Celia. Dióle pena entendiendo que no podía hablarla; pero Belisa le satisfizo de lo contrario diciendo que, dudando de su venida, la había mandado que le aguardase. Pagó Leonardo á Belisa lo que había hecho por Celia (asegurando que de aquí á adelante lo hiciese por él) con darla una vuelta de cadena. Contenta de que ya estuviese allí, ó de la cadena, fué á avisar á Celia, que luego bajó.

No podía disimular Celia el regocijo. Dijo á Leonardo que no sabía cuál de los dos podría estar más medroso, considerando el papel que le había escrito él, sabiendo lo que temía, ó ella temiéndole á él dudosa.

—No es poderoso el miedo contra quien ama (respondió Leonardo), ni ahora habrá peligro que se me atreva.

—Si he de inducir los que habéis significado (dijo Celia) de la causa que imagino, bastante es.

para darlos y para la ausencia que queréis disculpar.

—Pues ¿qué causa sospecháis (dijo Leonardo) en lo uno y otro?

—La más aparente por más dañosa (respondió); el robo que presupongo de aquella dama á quien acompañábais la noche que os ausentasteis. Emplearos en tal empresa y no haber parecido más, y ahora venir con tanto recelo, ¿qué puede ser sino temer la pena del delito?

—Si no me estuviera tan bien ese favor, por lo que parece que toca en celos, me quejara del agravio que hacéis al puro amor que, por proceder de vos y residir en mí, defiende la calidad que en él adoro y abona la veneración con que le trato. Mirad mejor mi corazón en vuestros ojos, que á todo aquello que le quisiéredes inclinado está sujeto.

—Cesen lisonjas, Leonardo (dijo Celia), que ya pasó el tiempo en que pudieran ser oídas y perdonadas. No hay para qué ofenderme con engaños cuando con cándidas entrañas os obligo. Todo el tiempo que he podido sufrir no declarar que os amo lo he hecho. Mas ya rompiendo la voluntad, los honrados respetos que la cercan, sale á la lengua y se hace palabras. Vulgarmente se dice de que es dañoso á quien ama declararse; y yo lo elijo por remedio de mis cuidados, confiando que declarada mereceré más estimación. Pueden hacerme poco daño las demostracio-

nes de que hasta aquí os queráis preciar, siendo como es este el mayor favor que os he hecho. Este aún no lo podrá ser reparando en que se ordena á solo verificar si es bien empleado. Confieso que no vi lo que digo, aunque lo siento como si lo viera, que en quien verdaderamente ama los pensamientos del daño tienen ojos. No procuro que seáis ingrato á obligaciones que me han de preferir, sino que con riguroso (puesto que importante) desengaño hagáis más remediable, aunque mayor mi pena. Tuviera por grave afrenta que usárades este sentimiento como de celos de quien pudiera ser vuestra dama; no lo quiero creer, sino que lo recibís en más honesto sentido para corresponder y responder, midiendo al mío vuestro intento.

El tierno acento de estas palabras manifestó que era acompañado de lágrimas; mejorando en ellas Leonardo el estado que ya con tal fineza era feliz, la dijo:

—Quien trata de merecer nunca cese de obligar ausente, presente, obrando y pensando. Préciome de hombre de bien, en quien no se admite proceder con cautela. Siendo esto así, y estando tan enterado de quien sois, ni pudiera degenerar de mí, ni cuando fuera posible, sucediera con vos. O la ha causado el respeto que se os debe, ó el que por secreta causa me habéis infundido; desde que merecí veros os he mirado como á mi propio honor. Alcanzo cuán justos son estos efec-

tos; y aunque no el fin de vuestro intento, me alegra la inclinación del mío. Según esto (de que hago el caso que veréis si no lo aprobáis), debido me es crédito en vuestras dudas, cobrando vos en ellas la satisfacción que quiero paguéis. Esa noche que decís venía á responderos al papel que me diste la antecedente. Llegando á esta puerta entrábades en el coche que á ella estaba con los hombres que os acompañaron. Seguíle, no tanto por el cuidado que me dió (que fué alguno), cuanto porque si fuese posible me viéredes, y en mi vigilancia la que pide amor. Sucedió diferentemente. Representándome aquella mujer (que ahora aún no sé quién es) un grave peligro si no la amparaba (bastando lo que con encarecerle me detuvo para perder el coche), hube de asistirla hasta donde dijo era forzoso para su remedio, previniéndome que no la preguntase lo que pudiera, como lo hice; lo que sentí se colige de que hice acción que no consiguió premio, y perdí la que me le pudiera dar. Esto es confesar lo que negado importaba poco, y dicho es digno de alabanza, supuesto la fe que habéis de tener de mí.

—Quiero sosegar en vuestras palabras (dijo Celia), que aunque el temor hace tanto de su parte para que prosigan sus recelos, es más conforme á quien soy entender que tratáis verdad, que no que me desobligáis. De más que debo advertir que de vuestras razones no habéis de inte-

resar nada, y yo intereso el saber vencer desprecios míos. Parece que aquella noche fué toda desgracias, atendiendo á los casos que en ella pasaron. Quisieron Carlos y Feliciano (á quien aunque podréis haber visto en esta casa no sé si conocéis) viésemos una comedia en casa de una hermana de Carlos. Túvolo por bien mi tía por darlos gusto, respecto de estar concertados de casar con Laura y Fenisa. Habiendo pasado apaciblemente casi toda la noche, se convirtió en pesar. Al tiempo que nos apeamos del coche les ocasionó á sacar las espadas un hombre que llegó á reconocer. Defendióse de manera que los dos quedaron y están heridos, si bien con brevedad tendrán entera salud, puesto que la herida de Carlos, á no haber sucedido dichosamente, pudo dar que temer.

—¿De suerte (dijo Leonardo) que Laura y Fenisa se casan con Feliciano y Carlos?

—Es cierto (respondió), y que sólo se aguarda sanen para celebrar los desposorios.

El contento que dió á Leonardo desengaño tan seguro de la confusión padecida, se moderó en el cuidado que pedían las heridas.

—¿Quién me vió (dijo) con aquella mujer, que tan presto os lo contó, y de dónde presumió que os importara?

—No lo hizo con cuidado Octavio que os encontró (dijo Celia), sino acaso. Enviándoos á llamar por la mañana para que os encargásedes de

acudir á lo que se ofreciese, no os halló, y dijo eso entre otras cosas.

—Los heridos (preguntó Leonardo), ¿conocieron al hombre con quien riñeron?

—Ellos dicen que no (replicó Celia), si no es que lo niegan. Hablan también de su valentía, que refiere Octavio que los visita; que se holgaran de saber quién es para firmar con la sangre que les sacó perpetua amistad. Pero ¿cómo os apartáis de decir la causa de ausentaros?

—No os espantéis (dijo Leonardo), pues por injusto antecedente obliga á que no sea justa la que fué precisa. En este punto no me oigáis como amante, en los cuales es tan contingente el errar, sino como amigo, cuyos excesos nunca entre amigos parecen mal, ó son favorecidos. Yo, Celia mía, gracias á amor que puedo gastar este lenguaje, sólo me ausenté de tus ojos, que es la más rigurosa ausencia. No he salido de Madrid, que en él estoy desterrado; delito viene á ser la que tienes por causa, puesto que es delito que no contiene malicia. En dejando la noche de que hablamos á aquella mujer, vine á procurar saber dónde ibas. Bajaba de arriba Feliciano, de guardar, según me dijo, unas joyas. Quise esperar hasta que volviste, y fuí el curioso impertinente, con disculpa que reconocí. Hicieron Carlos y Feliciano lo que les tocaba y yo lo que debía contra dos enemigos tan honrados, que la opresión del valor aumenta el ánimo en la necesidad. El

fin que tuvo, y entended que me conoció Feliciano, que es grande mi amigo (puesto que la obscuridad de la noche y confusión de la pendencia no me lo ofrecieron tan presto), me obligó á prevenir esta aparente ausencia. También porque sí, en el aprieto en que me vi, me alcanzó parte del valor de los dos en una herida que me dieron, que, curada en mi casa, lo descubriera. No te digo, Celia querida, que discurras el si se pudo ó no excusar, sino consideremos el remedio. Este será más fácil si Feliciano no ha dicho á Carlos que fuí yo, y mayor la satisfacción que de mí debes tener en tus celos, pues á ser cierto que otro cuidado me ocupaba, estuviera libre de esta pena.

—Admirado me ha (dijo Celia) tan no pensado caso; y aunque es verdad, Leonardo, que lo sintiera diferentemente, si no fueran tan míos tus daños, lo que te debo y quiero, pide que como propios los repare. Mira lo que sucede con el tiempo; que Carlos y Feliciano fueron los que la noche de la música pusiste en paz (entonces pretendientes y no amigos); esto otra los que no la quisieron contigo. Piensa, señor, el mejor medio, y manda en mí como en tu voluntad.

Celebrando en sí de nuevo tan copioso desengaño, dijo Leonardo:

—Lo que conviene es aguardar que sanen Feliciano y Carlos, y para entonces lo tendré dispuesto; que aunque como nobles alaban al ofen-

sor, es provechoso acuerdo dejar que pase el dolor y se enfríe la sangre; y entre tanto, nos veremos como esta noche.

Aprobólo Celia y despidiéronse, pesándoles de que hubiese sido tan corta.

Dilatóse la salud de Feliciano, por accidentes que sobrevinieron, más que la de Carlos, de que no recibía Leonardo mucha pena, por el auxilio que tenía para ella. Todas las noches era puntual Celia en darle alegres días, y él, con tales días y noches, usaba siempre de nuevos modos de obligar, ó era cada palabra que la oía nueva causa de voluntad, y las suyas en ella hechizos de la mejor materia de amor, luciéndosele aquella preciosa calidad de ser las primeras.

Estando ya bueno Feliciano y visitando á Clenarda, hizo Celia lo que Leonardo la ordenó; llamóle aparte y, discurriendo en algunas cosas á propósito, llegaron á tratar de la pendencia.

Dijo Celia:

—¿Es posible que no conocistes al traidor que tan alevosamente procedió? Que es tanta la ira que me inquieta todas las veces que lo pienso, que, mujer como soy, me parece que tomara venganza.

—Nunca me he persuadido con evidencia (dijo Feliciano), puesto que mil veces he querido creer que fué Leonardo grande amigo mío. En dos palabras que le oí jurara que era su voz, y más juntándose otras conjeturas, como son haberle en-

contrado en esta calle la misma noche y no haberme visto durante el tiempo de la herida. Debí de engañarme, sin duda; que la turbación de verme herido y un amigo á mis pies casi muerto no es mucho que mudase los sentidos. Sea él ó no, desterrad ese enojo que estimo; que ni intervino alevosía, ni estoy quejoso; antes, por circunstancias que considero y alabo, le envidio. Y juro por la vida de Fenisa, á quien sabéis lo que quiero, que si le conociera granjeara su amistad.

La noche de aquel día contó Celia á Leonardo lo que había pasado, y que para mejor examinar el ánimo de Feliciano había procurado irritarle, encareciendo el hecho con indignación. Afirmóle que los desposorios serían de allí á un mes, para que ejecutase lo que tenían tratado. Holgóse Leonardo de todo, y con encarecimiento del valor de Feliciano. Viendo que ya no era menester más ausencia, trazó la que había de parecer vuelta. Previno como prudente que aquel exterior que mostraba podía ser para mejor vengarse, y quiso ser señor del fin de este pensamiento.

El día siguiente, al anochecer, le envió un papel desde la Puerta de Alcalá, dándole cuenta de su ausencia y venida. Pidió le viese allí, suponiendo importaba antes de entrar en Madrid, teniendo esto por más seguro que buscarle. Hízolo Feliciano con notable gusto, mezclando con

cuidado suyo Leonardo al recibirle. Después de haberse pagado cortesías, le dijo:

—Bien sabes, Feliciano, quién soy; pues cuando no fuera notoria mi calidad, habéis experimentado mis obras. De más de lo que ahora veréis, será bastante á desengañaros en caso de duda. No sé que la amistad que profesamos esté quejosa de correspondencia. Si lo está os he de hacer juez de la causa, para que si, estimulado de la justificación que encierra, lo olvidárades, se confirme, y si no lo decidamos los dos hidalgamente. Amo á Celia, prima hermana de la que ha de ser vuestra esposa, y aunque cualquier exceso que haya hecho como amante (de que estáis ofendido), es disculpable; careciendo de doble trato, no propongo á Celia para que vuestro odio se modere. En diferente razón tengo mejor disculpa, y en mi pecho valor para acreditarla. No me espanto que desgracias sucedidas por bajezas irriten al corazón más noble; pero cuando no intervienen, es afrenta negar la cara á la razón. La herida que recibisteis fué de mi brazo y espada; mas por la cruz de ella, en que pongo la mano, que no ayudó la intención, porque no os conocí. Acordáos que no la saqué para vos, pues hallastes cuando Carlos me incitaba, que para librarme de él la había sacado, y no menos la hube menester contra la vuestra. Califica esta verdad que, en oyendo vuestra voz, os obligué con respeto retirándome cuando era más señor del áni-

mo y la ocasión con un enemigo menos. Es cierto que corrimos igual fortuna. Herido salí (y pienso que de vuestra mano), aunque yo más, porque vos no supísteis quién era el ofensor, y para mí ha sido muerte saber que lo fuí de grande amigo. Háceme toda la fuerza que es razón vuestra nobleza para esperar lo que es justo de estas consideraciones. Pero como la sangre vertida es la cosa que más tarde se quita delante de los ojos, sospecho si procurar que la déis sepultura con venganza, y quiero poneros en la ocasión para librarme de la pena de ignorarla, puesto que sé procederéis siempre como os debéis. En efecto, Feliciano, concluyo con que si el amor se ha trocado en enemistad, no quiero entrar en tierra de enemigos libremente; antes ver si os muda el intento de este decoro. Solos estamos y en parte que favorece. Tomad la satisfacción que deseáis; si ésta no basta, persuadiéndos á quien de esta manera la ofrece, puede y quiere darla salvando en todo su honor.

Maravillado quedó Feliciano de oirle, y habiendo estado un rato suspenso, respondió:

—No era menester este acto ¡oh, Leonardo! para publicar vuestro valor y prudencia estando yo tan desengañado. El amor que os he tenido y tengo es tan grande, que no es posible que le pueda violentar igual ni mayor accidente. Cuando no lo fuera, ni yo viera semejante acción, oirla bastara para procurar (con ilustre ambi-

ción) merecer vuestra amistad. Confieso que, por lo que sabéis, he estado con recelo de que fuistes con quien reñí no ofendido; antes pienso que esta sospecha sanó más presto la herida. Vos fuisteis provocado injustamente, y fué bien empleado aquel y otro castigo. Lo mismo he dicho todas las veces que de ello he hablado, que los hombres de bien no mudan las circunstancias en estos casos por durar sus yerros. Mirad ahora quién es aquí enemigo y cuál da satisfacción al otro; que yo no sé cómo mostraros lo que os quiero, lo que puede la amistad y la seguridad que debéis tener si no es poniendo mi espada á vuestros pies y dándoos los brazos cuando entendéis que me habéis agraviado. Imaginad que esto no es cautela ni corbardía, y más si ponéis los ojos en que avisado y ofendido pudiera venir con más prevención.

Abrazáronse, sosegando cada uno de lo que estaba inquieto, poniendo más estrecho lazo la amistad para adelante. Enterado Feliciano del estado en que estaba el amor de Leonardo y Celia, del casto intento que les movía, ofreció que él y Fenisa tratarían luego el casamiento. Advirtió Leonardo á Feliciano si había comunicado á Carlos su sospecha; dijo que no, con lo cual se aumentó el contento. Fuérose juntos á su posada, y de allí á la casa de Leonarda, donde fué recibido como era amado.

Cumplió Feliciano lo que prometió, ayudado

de Fenisa, y teniéndolo á buena suerte Clenarda, por la igualdad de sangre y merecimientos de Leonardo, y gusto que también tuvo Carlos, se efectuó. Gozaron los tres amantes en un día el fruto que en tantos habían deseado y entre sí secretamente competido. Siguiéndose á esta dicha infinitas, que de tan acertada, conforme y amorosa unión procedieron.

Supo después Leonardo quién era la mujer á quien acompañó, su calidad y estado, y que por delación injusta estaba aquella noche determinada su muerte si, ayudada de la necesidad, no rompiera la prisión que tenía. Y que restituída á su perdido estado lograba mayor autoridad y crédito. Y finalmente, supo que aunque en quien es inclinado á hacer bien puede faltar memoria del que hizo, porque esta virtud procede del buen natural sin otro interés, jamás le falta al que es agradecido del beneficio que recibió.

La Desdicha en la Constancia

NOVELA

DE

MIGUEL MORENO

La desdicha en la constancia.

Mostraba don Jaime Centellas, caballero ilustre del Principado de Cataluña, natural de la insigne ciudad de Barcelona, cuanto se preciaba de su noble nacimiento en el grande respeto con que obedecía y veneraba á don Pedro, su padre, y juntamente lo que puede la sangre propia en el amor tierno con que amaba á don Juan, su hermano menor; los dos le correspondían igualmente, no sólo por la deuda de padre y hermano, sino por las buenas partes naturales y adquiridas de don Jaime.

Fiábase don Jaime de don Juan, por ver que, sobre las obligaciones de hermano, aseguraba las de verdadero amigo. Teníale comunicados cuidados de grave desvelo, y repartidos entre los dos, procuraba fuesen menores. En ocasión que le costaban más paciencia y quietud, ordenó una noche á Cardona, su paje, hiciese con vio-

lencia (1) la diligencia que otras. Forzóse á violentar el deseo de no salir, por no disgustar á su padre, que mandó le asistiese.

Quiso don Juan, á quien no comprehendió este precepto, gozar de la noche. Entendido por don Jaime, le pidió con instancia primera y segunda vez no le dejase, y no pudo reducirle; de que sintió notable alteración en sí. Maravillóse de la pena que interiormente tocaba como presagio de algún triste suceso. Con el celo que le moviera, si estuviera certificado del que amenazaba á don Juan, le tomó las manos y dijo:

—Hermano, ya que no salgo esta noche, estimaré poder contigo lo mismo. Aflígenme pesares de dificultosa resistencia, y sólo podrá divertirlos tu compañía. No te parezca novedad mi ruego, que aunque siempre debes este afecto á lo que te amo, parece que esta noche acrecientas mi amor, ó tienes más parte en mi alma, pues me congoja esta pretensión. Yo obedezco á nuestro padre, oprimiéndome más su potestad que obliga su reverencia. Haz cuenta (engañándote tiernamente mi porfía) que soy su misma persona, para que te deba haberme reconocido por tal, y te pague con darme por deudor deste gusto enteramente. Esto ha de poder en el tuyo mi

(1) Así en el original; pero es errata indudable. Por lo que se deduce de lo que sigue debía de ser la frase «con premura», «con rapidez» ú otra semejanza.

corazón, pues puede conmigo que lo procure. No le niegues lo que importuno está pidiendo, de que podrán ser testigos tus manos si las llegas á mi pecho. Mira que quizá por el impulso que le mueve tenemos los dos algo que le agradecer. No has de responder de no, que será rigurosa (si no grosera) resolución á la pena que imaginarlo me causa. Hermano (ya estoy respondiendo): yo me tomo el sí de tu cortesía, cuando no de tu voluntad y mi respeto. Entretengámonos hasta que llame nuestro padre viendo unos versos que he hecho, y advertiré mi defecto en tu censura.

—Aunque por ser los dos una misma sangre (respondió don Juan), y que mirar por la mía es guardar la tuya, pudiera excusar agradecimiento; considero que me pone en esta obligación un extraño, y te doy gracias por ella. Para que yo te obedezca siempre como debo, no has menester estas demostraciones, que basta la de tu gusto, cuando no el poder mandarme como hermano mayor. Pudiera darme deseo de salir, no más de querer vencer el temor que has propuesto, para no sujetarnos á vanas imaginaciones; pero es fuerza, no por esto, sino por no faltar á don Felipe que me espera en su casa. Sabe el cielo que me pesa de haberle dado palabra; y aunque á ser inconveniente á tu intento el cumplirla pudiera excusarme, no parece le tiene; y será mi vuelta tan breve, como verás. Es mi amigo y honrado

caballero, y no será justo enviar disculpa, y más habiéndome encarecido la causa que lo pide. Pasaré, ya que te quedas, por la parte que sabes, y traeré aviso de lo que hubiere.

Mudó color don Jaime oyendo nombrar á don Felipe, y dejóse vencer disimulando.

Yendo don Juan á tomar un broquel que estaba colgado, cayó al suelo antes de tocarle, causándole tanta confusión, que estuvo dudando lo que haría. En fin, llevado de su destino, atropelló pensamientos propios y persuasiones del hermano, é intrépidamente, como ofendido de las piadosas señales que le avisaban, se entregó á la belicosa inquietud de su valor.

Quisiera don Jaime sosegarle siguiéndole, y detúvole conocer la rígida condición de su padre.

Poco después vino Cardona presuroso y dijo:

—Señor, cierto ha sido tu sospecha: he hecho lo que ordenaste, y ya queda en la calle.

—Claro está (respondió don Jaime) que para mí será cierto cualquiera temor. ¡Oh suerte rigurosa! ¿En qué te ofendo que así te apartas de ayudarme? Suficiente materia tenían en sombras mis desvelos para acabarme, sin quitarme el seso con el nuevo dolor de que sean verdaderos; mas ¿para qué te llamo rigurosa cuando te muestras favorable, pues debo estimar la ocasión que das para que de una vez tenga el fin que me prometes, y no estar pendiente de los civiles filos con que hasta aquí prevenías mis penas? Perdone mi

padre atreverme á su autoridad, que no es mucho (aunque tan digno de obediencia) si arrastra mi sentimiento á la razón. Quédate aquí, Cardona, y en llamando, excúsame con lo que mejor te pareciere; que yo no estoy para pensar disculpas, sino para culpar lo quo me detengo.

Arrebatado del incendio que le abrasaba, salió con las primeras armas que acertó á tomar, y fué á la parte de donde el paje venía. Halló que en apariencia, y no más de para la desdicha que le esperaba, era verdad lo que dijo, porque ocupaba el puesto su enemigo. Sin querer otra seña más cierta que la que (cegándole) ofrecía el fatal deseo de venganza, enderezó á él sus pasos. Embistióle tan furiosamente, que antes que pudiese intentar defensa le dió dos heridas, de que á su parecer cayó muerto, pronunciando un ¡ay! que traspasó el irritado corazón de don Jaime en medio de su ferocidad. Sucedió todo con tan poco alboroto y tanta brevedad, que sólo los dos fueron testigos.

En el ínterin llamó don Pedro á don Jaime; y respondido de Cardona, que no estaba en casa, procuró saber qué causas había obligado á faltarle; de querer negársela, aumentó el deseo con inquietud, resuelto á averiguarla por fuerza, no bastando ruego.

Llegó luego don Jaime, desfigurado por haberle usurpado la turbación el semblante. Lo que hizo dió á entender que no vió á su padre, pues

como si no estuviera presente abrió un escritorio, y revolviendo lo que en él había se le dejaba abierto y volvía á irse, mandando á Cardona le siguiese.

No pudo tanto en don Pedro la indignación del poco respeto como el temor que se apoderó de su ánimo viéndole que parecía efecto de alguna desgracia. Alentado en lo mismo que le desmayaba, que era el tierno amor que le tenía, le detuvo y dijo:

—Jaime: ¿no adviertes que estoy contigo? ¿Desde cuándo falta en tus ojos vista para conocerme y en tu entendimiento la reverencia que me debes? ¿Qué es lo que te tiene fuera de ti? Vuelve en tu acuerdo y habla á tu padre, que perdona tu descortesía por entender si te ha sucedido cosa que violente el sosiego de ambos. Habla, digo otra vez, hijo, antes que esa dilación me obligue á tratarte con potestad de padre indignado.

—Señor (dijo don Jaime), bien podéis reportaros, que aunque os haya parecido que estoy con disgusto, no es nada. Don Luis Ferrer está jugando aquí cerca; envióme á decir que en todo caso le hablase; hícelo, y por esto no me hallaste: ha menester dineros y llévoselos; suplícoos perdonéis y no me detengáis, ni á ese paje.

No tuvo lugar don Pedro de responder, según la prisa con que le dejó, y con la misma fué don Jaime á la parte donde había venido.

Poco apartado de la casa de su padre encontró un tropel de gente con un cuerpo al parecer difunto, con cuyo espectáculo sintió tan mortal tristeza, que le cortaba los pasos. Escuchó lo que pudo, y sólo oyó:

—¡Pobre caballero, qué aceleradamente buscaste fin tan lastimoso en la flor de tu edad!

Quisiera seguirlos, por saber quien era, y no se atrevió, temiendo el peligro propio en que se consideraba. Llegó, y hecha una seña á una reja del cuarto de doña Juana de Aragón, salió, y sabiendo que era don Jaime, le dijo con extraordinaria alegría:

– ¡Ay, señor, de qué congoja me sacáis! No ha un momento que abrí otra vez esta ventana, y lo primero que vi fué llevar un cuerpo de un hombre muerto en esta calle, y por haber precedido á esta desgracia la seña que conozco, entendí..., temí...; pero quiero callarlo aun después de desengañada.

Primero que respondiera don Jaime discurrió como pudo, y ocupándole la respiración la nueva que le causó oir que á lo que él sabía de aquella muerte había precedido la seña, dijo con mucha inquietud:

—Perdonad; por amor de mí no detenerme, que con brevedad seré aquí.

Volvió á la casa de su padre, y cerca de la puerta sintió dentro tanto ruido, que imaginando (por cosa posible, advertido de su temor) si le

buscaba la justicia, determinó no entrar, sino hablar á doña Juana; pero á pocos pasos encontró con Cardona, que le buscaba, y díjole:

—¡Oh, señor, lo que me cuesta hallarte! ¿Qué te has hecho en la ocasión más grave de tu vida?

—No me digas nada (dijo don Jaime), que ya sé cuán desgraciado soy; ya sé que deben de buscarme por el delito que acabo de cometer; sígueme, amigo; salvaréme como mejor pudiere.

—¿Qué dices, señor, que no entiendo (respondió Cardona). ¿Qué delito es ese para que prevenga nuevo sentimiento mi amor? Mira que es tan diferente la causa porque te busco, cuanto confesarás en sabiéndola.

—¿Cómo? (dijo don Jaime). ¿Es posible que la hay mejor que la de mi justa pena? Mas si habrá, para que no deba á mi fortuna mayor bien que serme en todo contraria. Habla con brevedad y secreto, porque el riesgo sea menor.

A este punto llegaron á vista de la reja del cuarto de doña Juana. Allí refirió Cardona á don Jaime lo que bastó para que cayese desmayado en sus brazos. Volvió en sí con un profundo y lastimoso suspiro; y queriendo contarle el suceso de la muerte, por haber sido su principio el aviso con que el mismo Cardona le había obligado la primera vez á salir aquella noche de casa, vieron que un hombre rozó con la espada á la reja.

Extrañólo don Jaime, y como un rayo se acercó á él con la desesperada resolución que ya te-

nía; reconoció que era don Felipe, quedando desto admirado, aunque preciando se le pusiese tan presto delante. No juzgó aquella parte por conveniente para su intento y pidió le siguiese, y á Cardona que no les perdiese de vista algo apartado. Hízolo don Felipe hasta salir de la ciudad.

—Aquí (le dijo don Jaime) pienso dar al dolor que me mata algún consuelo sacándole de tu propia vida con mis manos, que ya que está librado en tu muerte será inútil si yo mismo no lo ejecuto. Excusado es referir mis quejas y agravios, pues demás de tenerlas tan presentes, presumo que tu corazón (doliéndose de mi pena ya hecho el daño) te las acusa y encarece. ¡Traidor! ¿Qué te ha hecho mi sangre (de quien tu casa y ascendientes habéis recibido tanto honor y beneficio) que así la has aborrecido y derramado alevosamente? ¿Ni qué ofensa mía, noble correspondencia, que fuese bastante á romper las sagradas leyes de la amistad? Sin duda que en tu ingrata y dura inclinación ha sido gran culpa nuestro amor é inocencia, como destituído de tan amables calidades. Pero ¿para qué me detengo cuando parece que están vituperando mi valor y sentimiento que no me falten palabras, sobrándome razón? Saca la espada, vil caballero, ó sacaréla yo, que aunque puede ser que sólo el verte convencido lo impida, no conviene á quien soy matarte teniéndola envainada.

Dicho esto, le acometió de manera que, aunque don Felipe quiso que le oyese, hubo de tratar más de su defensa que de satisfacer.

Si bien el cuidado en que le puso era bastante á dejar de hablar, por no perder punto en obrar, sin embargo mezcló, entre golpes que daba y recibía, algunas palabras, diciendo (con menos aliento que quisiera, por lo mucho que le acosaba):

—El término que habéis tenido es ajeno de un caballero honrado y prudente, que hago cuenta no sois don Jaime Centellas, ni yo quien sabéis; antes atribuyo vuestra acción á locura. Al campo me habéis sacado, con color de que he derramado vuestra sangre y ofendido amistad, delitos que no por cometidos hacen que crea por cierto lo que digo. Probara suficientemente esta verdad si primero no pidiera venganza la que siento salir de mí injustamente y haber tratado con tal desprecio á un hombre, en quien no es la mayor presunción igualarlos. Mas, pues, habéis merecido que la satisfacción se convierta en tomarla de vos, será tan á vuestra costa como veréis.

Creció la ira con don Jaime, y cerrando furiosamente con una estocada, respondió:

—Contra agravios é injurias averiguadas no han de bastar persuasiones. A lo cual sólo oyó una palabra, en que dijo don Felipe con voz dudosa y triste:

—¡Muerto soy!

Pareció á don Jaime que lo era; y por no hacer menor con dañoso descuido su triste contento, determinó no entrar en la ciudad, sino encubrirse en la playa, hasta hallar embarcación para Nápoles ó Sicilia. Esta resolución comunicó á Cardona, para que la declarase á su padre. Ordenóle que después le siguiese para saber dél el estado de sus cosas, seguro de que sería bien recibido y premiado.

Despedido Cardona, volvió á la casa de don Pedro. En sabiendo el venerable viejo su venida, hizo que pareciese ante él. Apenas le conoció Cardona, que el dolor de la temida pérdida de su querido y mal logrado don Juan le tenía como sin vida; sólo daba aliento á su acabado espíritu el desvelo en que le tenía faltar en aquella ocasión don Jaime, único báculo de su vejez y columna de su insigne casa. Mas como este alivio se fundaba también en dolor y temor, le puso el desengaño en el último extremo, sabiendo de Cardona lo que había pasado; de manera que combatida de desdichas tan grandes aquella ya sólo sombra del más valeroso catalán, dejaba que la tierra gozase por despojos su desmayado cuerpo, sembrando primero en ella con sus manos sus respetadas canas.

Pasó don Jaime, de lo que faltaba la noche hasta amanecer, entre cuidados, confusión y congojas. Tuvo dicha en que á esta hora (aún no público el caso en la ciudad) se hizo á la mar un

bajel que iba á Sicilia, y embarcóse. Navegó un bonanza, hasta que casi á vista del puerto de Messina se levantó tan recio temporal, que perdida en un punto entre pilotos, marineros y navegantes la orden de su gobierno, sólo se atrevieron á juzgar que el cielo enlutado celebraba sus obsequias, según las negras nubes de que se cubrió.

Cubrió la tempestad de suerte, que parecía que los vientos, con infernal horror, competían sobre sacar aquellos profundos piélagos de sus naturales límites y pasarlos á su región, ó que, tomándolos por instrumento, querían vengar alguna injuria recibida de los cielos.

Ninguno (si alguno estaba consentido) se persuadía á que se sustentaba en la galera sino en desatadas furias; ni aquel sobrenatural penar permitía que deseasen ni creyesen mejor salvamento que las entrañas de una de las temerosas olas que tantas veces le sepultaban. Duró la tormenta más de veinte horas; al fin de ellas mostró el cielo su cara, y cobrando en el mal seguro sosiego de el mar alguna parte del aliento perdido, discurrieron dudosos si era cierto que vivían y de qué piedad eran animados; conocieron que ocupaban el mismo bajel, que de maltratado lo negaba, y que estaban cerca de tierra. Diéronse con la vista parabienes, más de parecerles que habían resucitado que de no haber muerto; y previniéndose como pudieron para tomar tierra,

la besaron con inmensa alegría y hacimiento de gracias, entre las islas de Fano y Corfú.

Fué tan limitado este contento, que antes de repararse, ni poder, se vieron don Jaime y los demás con otra igual, aunque diversa desgracia. Habíase recogido allí huyéndose de la tormenta Rustán Arráez, lugarteniente de la armada del Turco, que andaba en corso; el cual, echando gente en tierra, vió los afligidos derrotados. Tuvo poco que hacer en rendirlos, estando sin defensa considerable, y no despreciando la presa, se embarcó. Corrió aquellas costas, haciendo sus acostumbrados daños; y antes de pagar el atrevimiento á las armas cathólicas, dió vuelta sin riesgo, y entró en Constantinopla.

Entre otros despojos que tocaron á Rustán fué don Jaime; viéndose en tal estado, no se acordaba de quién era, sino del ser y nueva vida que le esperaban. Habían pasado por él en breve tiempo cosas tan no pensadas, que se daba á creer que lo pasado, ó lo que veía, era sueño, si se persuadía á que conservaba su primero nombre, lustre y nobleza. Tenía tan presente los casos que le habían condenado á aquella pena, que tomaba por mortal consuelo hallarse ausente de su patria, por no pisar la sangre que le costaba; y si, como era forzoso, creía su cautiverio, preciaba el dolor en que precisamente le había de pasar para que éste le acelerase su muerte.

Quiso Rustán hace un presente á Jaser Bajá,

visir (ó consejero) y privado del Gran Turco, y Alima, su hija, con quien pretendía casar. Teniendo por muy á propósito para más ostentación la gallarda persona de don Jaime, mandó se le diese (aunque como á esclavo) vestido que diferenciase de los ordinarios. Contentó tanto al Arráez su gentil talle y agradable presencia, puesto que en aquel deslucido adorno que esto y el triste semblante que mostraba, le obligaron á que hiciese lo que hasta allí no habían permitido los cuidados del mar. Díjole en nuestra lengua:

—Cristiano, no hagas agravio al valor que tu nación y aspecto prometen maltratándote con melancolía; verdad es que tienes perdida la libertad, mas no es justo que desamparéis el ánimo. Considera que la fortuna se sustenta de variedades, sin tener alguna consistencia. Ayer eras señor de joya tan amable, y hoy quiso tu destino que siendo tú el mismo que te gobernabas, estés sujeto. Sabe engañar discretamente la vida con forzarte á resistir este golpe, pues mientras dura tiene lugar la esperanza. Advierte que pudiera ser mayor tu desgracia si vinieras á poder de quien codiciara el interés de tu sudor; pero lo contrario debes admitir por consuelo en esa que llamarás infelicidad. Quiero hacer un bien que espero has de pagarme con agradecimiento, presentándote al gran Jafer en su casa. Para que no carezcas de alegría será bastante

ver á la bellísima Alima, su hija, con quien procuro casarme. Tiene por ahora este intento dificultad en su ánimo; y como el inclinarla y conseguirle encierra por muchos intereses un piélago de deseos, has de hacer, estando allá, cuanto pudieres porque tus diligencias me sean favorables; dime quién eres, y responde á lo demás sin dudar de la humanidad con que te trato. Y para que tengas por segura esta y las demás que después sea posible usar contigo, te doy por señal la estimación con que sales de mi poder empleándote en ocasión, que me pondrá en mayor deuda, y la que á mi instancia verás qué hace de mí Jafer.

—Señor (dijo don Jaime), tu gran valor y piadosa nobleza infunden en mi corazón con estas generosas palabras, no sólo consuelo, sino un alentado espíritu, que siempre te reconocerá por su autor. Débote ya tanto, no más de por haber tratádome con blandura cuando esperaba efectos de la potestad que tienes sobre mí, que venceré el amor de mi perdida patria para tener por propia la tierra que pises y agradarte. No te espante que su ausencia me lastime, pues (aun cuando no intervengan otras prendas) se le debe este natural afecto por el tierno nombre de madre. Vasallo era del rey de España, nacido en una pequeña aldea de su Principado de Cataluña. Mis padres (que ya no tengo) fueron pobres, y yo me llamo Jaime. Pasaba cuando vino á tu

poder á Sicilia, recomendado al virrey para que me ocupase; pero trocóse la suerte, porque tú muestras quién eres, como lo haces en favorecerme. Si allí había de procurar acrecentamiento con honradas acciones, aquí tendré por calidad desvelarme en no perder tu gracia, y aunque te debe ser satisfacción el creer que tendré por virtud conocer que es necesaria tu gracia para vivir, no podrá tanto en mí la necesidad como la inclinación que te tengo y ser agradecido, conforme á lo cual te suplico no dilates el servirte de mí.

Prevenido él, y advertido don Jaime del deseo da Rustán, fué llevado á Jafer, que le recibió con demostración de alegría, particularmente por la persona de don Jaime. Quiso lisonjear á Rustán con su buen tratamiento mandando acompañase á Leonardo, otro cautivo cristiano que cuidaba de un jardín, quien á la belleza y cuarto de Alima daba flores y perfección.

Profesaba este ejercicio Leonardo, más porque le puso en él la ley de cautiverio que por su nacimiento. Era él caballero de pocos años y mucha gentileza, y ésta era en él dos veces amable por el realce de ser bien entendido; natural de la ciudad de Caller, de la isla de Cerdeña. Buscó en la imposibilidad de su rescate moderación á la pena, y tuvo dicha en que su servicio fuese tan del gusto de Jafer, que tenía ya menos de esclavo una tácita libertad de que

gozaba en la mucha confianza que dél hacía.

No era menor el que le mostraba Alima, antes por la gracia y humildad con que discreta, y amorosamente procuró obligarla, y lo que dispone y anima la ocasión doméstica en la vergüenza y recato mayor, se olvidaba de que era su señora porque viese que le favorecía inclinada.

Bien lo conocía Leonardo, usando con respetos de religión de aquella cautiva ventura; de manera que, amando tiernamente á Alima, daba ella por bien empleado que lo mereciese. Poco fué menester para que don Jaime y Leonardo fuesen muy amigos; que cuando no bastara igualarlos un destierro y una fortuna, causa poderosa á tales efectos, era tan amable don Jaime, que por sólo este medio lo consiguiera. Muchas veces hizo instancia con él Leonardo para que le dijese la causa de su esclavitud, y ninguna lo alcanzó.

Estaba entonces en su mejor edad la primavera, y parecía que en el jardín, que los dos principalmente habitaban, tenía su natural y más delicioso imperio. Una noche que, por estar indispuesta Alima, tuvo Leonardo licencia de divertirla con música, en que era diestro y suave, quiso que don Jaime (también dotado de la misma gracia) le asistiese y ayudase. Hízolo, y cuando supieron que Alima (que no ignoraba nuestra lengua) los atendía, cantó primero Leonardo esta canción:

Amado pensamiento,
por bien nacido con desvelo amado,
logre mi entendimiento
más desvelo que vele en mi cuidado,
para que no se aparte
del bien que tiene en mí la mejor parte.
Con pura inteligencia
admiré de la causa que le inclina
la dulce preheminencia
que goza entre bellezas por divina:
que halla amor, aunque ciego,
vista en la luz de tan hermoso fuego.
Ciego amor es sin duda
el que sin discurrir sus yerros dora,
dando con lengua muda
disculpa al apetito en lo que ignora;
pero sabio y dichoso,
cuando por observancias es forzoso.
Préciase mi sentido
de consagrarse á la pasión ardiente,
que aún no habrá merecido
después que en duplicado amor se aumente:
que él podrá terminarse,
mas no la obligación de acrecentarse.
No viva en mi memoria
ninguna que á turbar mi bien se atreva,
ni quiero más victoria
que el rendimiento que mi dicha aprueba,
pues sólo me poseo
cuando alcanzo que es corto este deseo.

Quisiera don Jaime excusarse de cantar por la resistencia que le hacían sus penas; mas no

pudiendo esforzó su tristeza para renovarla, sintiendo la razón de unos versos que en esta adversidad había hecho, que dicen:

¿Hasta cuándo, penas mías,
sin templanza iréis creciendo,
y por no poder ser más,
daréis principio á ser menos?

¿Hasta cuándo podrá ser
constante mi sufrimiento,
que sólo el término al mal
puede llamarse consuelo?

Mas si todo el bien faltó,
sepultando en sí el remedio,
¿qué alivio podrá ser parte
á moderar mi tormento?

Postrado á tanto sentir
se halla el entendimiento,
y sin aliento el valor
se desengaña en sí mesmo.

Treguas consiente el dolor,
si á dudar está sujeto;
pero si no admite duda,
es dicha perder el seso.

Sólo en perderle ó morir
consiste el fin que os merezco;
que en tan duro desengaño
cuanto vivo os causa aumento.

Creced penas hasta el fin,
pues no merezco y padezco,
que no hay penas que sean justas
sin esperanza ni premio.

No pudo proseguir don Jaime, y por esto y entender que Alima se retiraba, lo dejaron. Díjole Leonardo:

—Esta noche, aunque la pase toda en reducirte, he de ver si á fuerza de razones, ya que no han bastado ruegos, consigo lo que otras has negado. Aunque el tiempo que ha que nos comunicamos no es mucho, he visto tales señales, que me obligan á creer son más poderosos tus cuidados que los que da el cautiverio. Grande es la pérdida de la libertad, y no hay duda sino que disculpa del desconsuelo en que pone; pero, si no me engaño, añades á éste mayores efectos. Por amigo y compañero he reparado, con más que curiosidad, que continuamente andas imaginativo. Tus palabras son menos que tus suspiros, y tus suspiros tantos que parece te enseñaron más á suspirar que á hablar. Si te busco, no te alegra mi vista; antes, conozco en tu semblante que, si bien no te canso por el agradecimiento que me debes, preciaras más estar solo. Como la primera estación de los ojos es á los ojos, hallo tanta ternura en los tuyos, que confiesan luego lo que han hecho. El sustento y el sueño no son en ti, como en todos, columnas de la vida; porque usas tan poco de ellos que parece la aborreces. Finalmente, tu semblante es casi más de cadáver que de cuerpo vivo. Todo esto, con mucha razón, me trae tan advertido como desvelado de saber la causa; y cuando no hubieran precedido tantos

indicios, bastara el sentimiento, que no has podido encubrir esta noche. Si dicen que los bienes son mayores comunicados, no sé por qué no han de ser menores los males por este medio, y con grande diferencia. La razón es clara, reparando en que la comunicación del bien no es necesaria para más que añadirle aquella circunstancia de gusto, y tal vez, y aun las más, es gloria de que proceden inconvenientes. La de mal, suele ser principio del remedio, pues éste nace del discurso, de la prudencia y del consejo; de manera, que esta comunicación podríamos tenerla cuerdamente por forzosa. Confieso que no ha de ser común, sino muy prevenida, regulando con juicio premeditado por las conveniencias de las cosas, así el talento, interés é inclinación de la persona consultada, como el tiempo y ocasiones. También confieso que será posible excusarte á mi ruego, ó por dudar de mi consejo, viendo que siempre es mejor el que es más hijo de la experiencia, y que en mis pocos años no puede haber mucha, ó porque tu historia requiere secreto, ó porque, aunque no lo requiera ni sea malo mi parecer, ha de faltar camino de ejecutarle, por hallarnos en esta prisión. Pero esto tiene fácil respuesta, cuanto á mí, porque el entendimiento, como no es cosa que consta de peso ni medida ni se adquiere de obligación, sino que la da y destruye Dios por su voluntad, no pide grande ó pequeño vaso. Verdad es que el más ejercitado es más

excelente; pero ya se ha visto en poca edad sujeto grande, y en muchas canas, adquiridas con manejo de negocios graves, en mala elección é igual gobierno. Cuanto á tu historia, aunque encierre la importancia de más ponderación, ya por sangrienta, ya por de otra calidad, no puede pedir tanto secreto que en rigor debas guardarle aquí; porque, ó es pública en tu tierra ó adonde sucedió, ó no; si es pública allá, no tiene inconveniente decirla aquí; si no lo es, tampoco, considerando que entre dos amigos verdaderos, y más de una ley, hay sólo un pecho, un gobierno y un deseo; y cuando yo no lo fuera tanto, es fuerza persuadirme á que no me toca el daño más de por lo que te toca, pues no tengo en mi tierra quien le recibiese de ti; y así, por amigo, por caballero, por hombre de bien, á quien, con fiarte de mí, pones en obligación de no faltarte, fundo que cesa la causa de tu silencio. Cuanto á dudar de la ejecución del remedio, es lo que menos te deba hacer callar, si miras que sería ignorancia dejar de tratar de él por dificultad del fin, que, según esto, fuera la desesperación más admitida que condenada. El preparar dispone la salud, como enseña la medicina; luego si por ejemplos tan ciertos te puedes y debes animar á lo que pido, sentido quedaría si lo negases. La licencia que tenemos esta noche ofrece más lugar que otras ocasiones; y así, espero de tu cortesía que me dejarás sin queja.

Con grande atención estuvo oyendo don Jaime á Leonardo, y juntamente considerando su talento y viendo que aguardaba respuesta, le dijo:

—Cuando muy de voluntad no fuera justo obedecerte, has sabido fundarlo en justicia; de manera, que de justicia es ya deuda en mí. Escucha la historia más lastimosa que puedes pensar:

«Nací, como ya sabes, en la ciudad de Barcelona, merecedora muchas veces del atributo de insigne, como prueban tantas descripciones elegantes que de ella se han hecho. Pues tienes noticia de la calidad de mis padres y sus nombres, excusado es decir la sangre que dieron á mí y á don Juan, mi hermano menor. Pasé los primeros años de mi vida, desde que pude ministrar el uso de la razón, en los ejercicios nobles de armas, letras y caballería, observando los principios que bastan á quien ha de suceder en una casa ilustre. Luego que pude ceñir espada y gustar de las licencias que permite la edad floreciente, procuré hacerme lugar de bien quisto entre mis iguales, para que no me perdiesen el respeto; entre los mayores, para que me igualasen á ellos, y entre los inferiores, para ser amado. Con esto vine á adquirir lo que más se debe desear, que es buena opinión.

»Nació en la misma ciudad, de padres nobilísimos, doña Juana de Aragón, criada en tal escuela, que con ser la primera fama que vuela de una mujer, si es hermosa, la de su hermosura, de

doña Juana se supo primero la de sus virtudes. Era menester para verla poner desvelo, seguir su recogimiento, y puse tanto en ingeniosas y cuerdas diligencias, que lo conseguí; quiero callar las que fueron, que el declararlas, ya sean ciertas, ya fingidas, suele ser perjudicial ejemplo. Pintar la belleza que vi y la dió el cielo será dar fin á este discurso, que en llegando á contemplarla tengo licencia y disculpa de enmudecer y suspenderme. Reduciré á uno solo muchos encarecimientos, confesando siempre que se le deben mayores; y es (sin pasión de amante) que aun que se mostró el cielo en dar bellísimas mujeres á Barcelona y yo tenía noticia de la que más alabanza merecía, en viendo á doña Juana no hallaba otro que volver á ver con admiración, sino á ella misma. Si su discreción y prudente juicio no era mayor que su hermosura, era igual, y puedo decir que ésta engendró en mí tanto amor como si fuera su primera causa.

»Después que, mediante la industria de que me valí, supo que la amaba con la decencia que debía, insté en que tuviese por bien oir lo demás á que se dirigía el honesto fin de mi pensamiento. Respondió que las mujeres de su estimación no se dejan hablar porque lo intente la mayor calidad, la mayor gala ni la mejor retórica, no tanto por excusar el peligro de persuadirse, cuanto porque el primero movimiento es delito grave de liviandad, ni se dejan ver sino de quien ha de

ser su dueño, el cual sólo ha de ser oído, pues sólo lo ha de merecer. Aseguréla con palabra y juramento escrito que lo mismo deseaba, y viendo que llegándolo á tratar con nuestros padres (aunque el suyo era difunto y ella única) se efectuaría por la igualdad de nuestras casas (puesto que por entonces no convino), y que si antes se llegase á entender estaba reparado el inconveniente, me hizo este favor.

»Señalóme una ventana que de su cuarto salía á una calle poco frecuentada, y acordamos la seña con que nos habíamos de entender. Por este medio nos comunicamos, haciendo el amor en los dos tal impresión y unión, que no sentíamos sino que le faltase eternidad. Di cuenta de esta dicha á don Juan, mi hermano, que aunque menor era digno de toda confianza, y tal vez que yo no podía ir á hablar, usaba él de la misma seña y me excusaba. De él sólo y de Cardona, paje mío, hombre de satisfacción, me quise acompañar, porque no hubiese parte de este bien sino en cosas propias y fuese mayor el secreto, único instrumento de lograrle felizmente.

»Entraba en casa de doña Juana don Felipe Folch (dame licencia para que nos interrumpa un suspiro, que paga el dolor este tributo al nombrar á quien le causa); vine á saber que la amaba é intentaba merecer sus favores, y confirmélo con encontrarle algunas noches en la calle misma. Recibí el pesar que se deja creer, por-

que don Felipe (aun en mí, que no le debo sino estar en este estado) ha de ser reconocido por fuerza competidor; como yo me hallaba con la ventaja de esperanza cierta de marido, y, sobre todo, desengañado de que admitir cualquiera temor de mudanza era culpa en mí y ofensa á doña Juana, la advertí de lo que pasaba, no como celoso, sino como satisfecho. Dióme permisión para prevenir á don Felipe y atajar inconvenientes, en el ínterin que declarábamos nuestro intento. Hízolo, manifestándole la parte del caso que fué menester tan cortés y amorosamente como era necesario para que obrase como precepto forzoso, sin parecer amenaza. Negó la verdad con respuesta equívoca, dejándome más sospechoso que sosegado, y, en efecto, quejoso interiormente.

»Persuadíme á que el corazón no me engañaba, porque demás de conocer en su semblante mudanza de ánimo las veces que le vía, la hizo también en comunicar menos á mi hermano, con quien tenía más amistad que conmigo, y en no dejar de rondar la calle, causándome notable indignación.

»No dije nada á don Juan hasta que la necesidad lo pidiese, así por conocer sus bríos y excusar nota y discursos á los ociosos que se alimentan de pesares ajenos, como porque cuando se juntan en un sujeto nobleza para sentir y ánimo para tomar satisfacción se corre peligro de que

aun personas tan cercanas sepan que hay quien les ofende.

»Una noche, que debió de ser la más infausta del mundo, deseando yo más que otras hablar á doña Juana, lo impidió mi padre mandándome le asistiese, por lo cual ordené á Cardona (á quien por conveniente espía no pude encubrir parte de mi recelo) que fuese á ver lo que pasaba, y si viese á don Felipe me avisase.

»En el tiempo que él estaba ocupado en esto, se dispuso don Juan á salir de casa, y puesto que procuré lo excusase, teniendo por secreta inspiración algún mal, no fué posible, dando por causa que le había llamado don Felipe y aguardaba en su casa, si bien ofreció pasar por la calle de mi cuidado. Así lo hizo; pero no hubo llegado al puesto y reconocido la ventana y calle cuando Cardona, imaginando (deseoso ó engañado) que era don Felipe, fué á darme aviso. Sentílo, que sin más ponderación está dicho, y llevado de un abrasado furor busqué el desengaño y el remedio en la diligencia y en las manos. Cegóme el mismo engaño que á Cardona, creyendo que don Juan era don Felipe, que la ira y poca claridad de la noche no dieron lugar á más discurso. Acometí con tal denuedo, que antes de ponerse en defensa dieron fin á su vida dos heridas. Al mismo paso que sobró desgracia faltó ruido, porque antes de entenderse pude dejar libremente la calle.

»Volví á mi casa con forzosa alteración, y tomé de un escritorio unas joyas para ausentarme, sin decir la causa á mi padre, que lo procuró, ni detenerme á su ruego. Poco apartado della, encontré mucha gente que llevaba el cuerpo de mi hermano, ignorando yo que fuese él, puesto que por hermano me llevaba tras sí y por matador me detenía. Pasé adelante, y con ánimo de despedirme de doña Juana, llegué á su calle é hice la seña. Salió y recibióme con exceso de alegría, sin saber que debía convertirla en pesar, y fué que antes de suceder la desgracia había hecho mi hermano mi seña, á la cual no pudo salir tan presto, y cuando salió, ya había sucedido; y como el amor es tan temeroso y celador de lo que ama, pensó si había sido yo ofendido ú ofensor, pues (aunque con diferencia) había de participar de todo. Al punto que dijo que había precedido mi seña á la desgracia, se me heló la sangre en las venas, acordándome que nadie la sabía sino mi hermano, y que había encontrado un cuerpo difunto cerca de la casa de mi padre. No aguardé más palabras y volví á ella; pero no me determiné á entrar porque se le antojó á mi confusión que mucho ruido que oí dentro debía de ser justicia que me buscaba, y encaminé mis turbados pasos hasta la calle de doña Juana. En el camino encontré á Cardona que me fué diciendo las mortales heridas de mi hermano, y que era tenido por muerto, y fué mucho no quedarlo yo.

»Estando anegado en este golfo de pesares, aún se acrecentaron, porque juzgando que ni don Felipe podía ya ofenderme en la calle ni mi hermano imitar en la seña, vi que un hombre tocó con la espada en la reja con demostración de querer hablar. Considera, Leonardo, qué haría en mi pecho un corazón repartido en tantas penas. Partí á él, y sin cuidar de respeto alguno, hice lo que bastó para conocer que era don Felipe. Hasta este punto creía yo que era él á quien había herido; y como del aviso de Cardona supe mayor mal, olvidéme justamente de que mi brazo y espada pudiesen haber sido contra sí mismos, ofendiéndome en mi hermano, é hice traidor á don Felipe, imputándole delito de alevosía y las heridas por haberle sacado de casa aquella noche. Cuando no fuese así, venía, sin embargo, en mi estimación á ser deudor de toda la culpa, porque los celos en que me puso habían sido la causa primitiva y final de aquel daño.

»Como el dolor aspira sólo á su remedio, parece que me contenté de verle presente para vengarme, ya por homicida de mi hermano, ya por causador de mis celos, y por todo junto, si bien quise que no fuese en aquella parte por la reputación de doña Juana. Saquéle al campo y díjele mi queja y agravios, sin aguardar satisfacciones. Reñimos, y aunque don Felipe hizo como valiente caballero, fué mi aliento hijo de mi furor (que no hay duda sino que se proporciona á

las causas), y de una estocada que le di cayó en el suelo diciendo que era muerto. Así lo pensé, y cuidando de salvarme, me escondí lo que restaba de la noche. A la mañana me embarqué para Sicilia; pero el tiempo y una tormenta fueron tan contrarios, que me pusieron en poder de Rustán, y él en el Jafer para que le sirva, particularmente en acreditar los deseos que tiene de merecer por mujer á Alima. En esta diligencia (si gustas) hemos de poner los dos cuidado para que conozca de mí soy reconocido del buen tratamiento que me hizo.

»Esta es mi infeliz historia; no fué mucho encarecerla al principio por lastimosa; si como ves, perdí en una noche patria, padre, un hermano, mi adorada doña Juana, y quité la vida á un caballero, como don Felipe, procediendo de todo últimamente perder la amada libertad sin esperanza de cobrarla, aunque destituído de tales prendas, no sé para qué la quiero.»

Suspenso quedó Leonardo de oir á don Jaime confesándole que la gravedad de el caso pedía tales demostraciones. Dispúsole cuanto supo, procurando que, como discreto (no dejase de sentir, que esto era imposible, y era quitar parte de la medicina al dolor), sintiese de suerte que se ajustase la pena, no tanto al daño, que justamente encarecía, cuanto á la fortaleza y prudencia que había menester. Que no se hiciese instrumento y ejecución él mismo de su muerte. Que

supiese anticiparse alguna buena esperanza, pues se entretiene con engaños el dolor, con lo cual se recogieron.

En Barcelona, luego que vino el día que siguió á tan rigurosa noche, se alborotó la ciudad con el suceso, si bien se entendió que había pasado entre don Jaime, don Juan y don Felipe; así por lo que luego se conjetura, como por la ausencia de don Jaime, no se habló en la causa inmediata, prevención debida al decoro de doña Juana.

No murieron don Felipe y don Juan de las heridas, que aunque dieron poca esperanza de vida, sanaron con dilatada y cuidadosa cura. Empezó luego el odio entre ellos y sus deudos de manera que se podían temer mayores males; pero lo que les amenazaba más era que en don Felipe, no sólo no se moderó el amor que tenía á doña Juana, antes creció al igual del peligro y riesgo en que le había puesto. Por esto, y en competencia de don Jaime y su hermano, continuaba (con obstinación de noble y poderoso que suele ser proterva) cuantas diligencias podían serle favorables y á sus contrarios de disgusto.

Hallaba valiente desengaño de que era vana su porfía en la firmeza de doña Juana, que no como mujer ó como mujer singular, varonil y prudente, se gobernaba por las reglas que la daban las obligaciones de su sangre y amor que á don Jaime tenía reputándose por su esposa, sacaba de ellas valor para sufrir, materia para amar y res-

petar, y juicio para convencer á don Felipe con desprecios.

No era menor la resistencia que le hacía don Juan; antes, el respeto de su oposición y fuerzas de su bando reprimían en parte sus afectos y daban cuidado á sus pasos.

A quien más parte alcanzaba de todo era al lastimado don Pedro, el cual, teniendo casi por perdido á don Jaime (de quien no había recibido carta), y viendo cuán cerca había estado de perder á don Juan y lo que prometían tan reñidas pasiones, procuraba templarlas por todos los caminos que le enseñaba su autorizada experiencia.

Ningún medio fué bastante para que don Felipe desistiese de su temosa porfía, que en él, por suponerse ofendido, por verse amante despreciado, por no reconocerse desigual á don Jaime, y viendo que su ausencia había de ser precisa, fué crecimiento de obstinación y voluntad lo que había de ser declinación; puso á doña Juana en tanta impaciencia y en tanto desvelo de remediarlo, que, teniendo por acuerdo justo dejar la ciudad y retirarse con su madre á un lugar suyo, algo distante, lo dispuso y ejecutó. Allí, aunque pequeña población, llorando y logrando desconsuelos, pasaba mejor los agravios de don Felipe, visitada de Cardona, que la avisaba, y ella á él, de lo que convenía.

Esta resolución incitó á mayor temeridad á

don Felipe; abrasado en más encendido fuego, juzgó había sido estimación de don Jaime, y la última ofensa suya efecto natural en un celoso que muere á manos de cualquiera fineza que se hace por el favorecido. De aquí nació emprender una acción no esperada, aunque en los desafueros de amor permitida. Previno la compañía que pedía caso tan grave, y, sin admitir consejo ni querer más auxilio que el fin de su pensamiento, salió de Barcelona para el lugar de doña Juana el día que, por avisos que tenía, se prometió buena ejecución. Llegado á su presencia, pensó obligarla á mejor respuesta con caricias, y la dijo:

—Bellísima doña Juana: si fuera capaz de templanza mi pena, abriera camino por ella para tolerarla; pero usa de mi albedrío con tanta tiranía, que no es posible. Conocida fuerza de mi destino es mi firmeza, pues obra en mí la aspereza de tus desdenes lo que pudiera la más dulce esperanza. No sé para qué gustas de mis pesares, pudiendo cambiar por un ausente imposible, quizá ingrato, un alma que pongo á tus pies agradecida. Precioso laurel es el de la constancia, cuando se asegura en el premio; mas cuando está tan lejos que no le alcanza la vista y se niega al deseo, es prudencia forzosa mudar de parecer. Ni has de gozar á don Jaime en cuanto me durase la vida, ni he de dejar de adorarte hasta mi muerte. Aconséjate con los dos extremos, de tenerle á él perdido y á mí ganado, sin diferencia

en la calidad y merecimiento de los dos; hallarás que debes lugar á mi amor en tu desvío. Si él te obligó sin padecer contradicción en su dicha, yo, perseverando en amarte sin fortuna, no podrás negar que, aunque me prefiere en tu favor, le aventajo en fierezas, pues no debe igualarse al valor de sufrir un desprecio continuado la suerte de no llegar á sentirle. Responde con más suavidad que hasta aquí, que yo libraré en mi cortesía la paciencia que habré menester para aguardar respuesta voluntaria, porque no parezca que por medio violento la diste medrosa.

—Las personas de mi calidad (dijo doña Juana) que tan justamente tienen empleado su amor y rendida el alma, no pagan bajamente tributo al miedo. Yo tengo en la mía el dueño más digno; y este conocimiento me da tan briosa osadía que, demás de que es lo menos en mi haber de ser suya eternamente, sabré con el aliento que me inspira castigar este atrevimiento, ya que no lo impidieron tan fuertes desengaños. Haz cuenta que te ha oído don Jaime, cuyo ánimo valiente conoces y temes, que en el punto que te vi, la fuerza de su respeto sacó de mi pecho el alma (bien que estaba acompañada y defendida de mi presunción), y sustituyó en su lugar su corazón y sus ofensas para que esperes de él la respuesta, que la que doy es sólo mensajera de que se acerca su airada mano.

Precipitado don Felipe, tanto en la indigna-

ción que recibió como en el ciego y rebelde ánimo que llevaba, dijo:

—A tan desvanecida locura será medicina la experiencia; veremos cuál tiene mayor poder: yo, privándote absolutamente de don Jaime, ó él, no pudiendo sacarte del mío.

Sin dar más atención á palabras ni lágrimas la robó, caminando con ella sin parar hasta que lo muy áspero de la montaña le aseguró y dió el nombre que ganan los que por insultos se acogen á aquel sagrado. Aun no fué su intento hacerla violencia, que, demás de ser baja venganza con persona de tanta calidad, preciada por él para mujer propia, le representaba horror la fealdad del delito; que la razón tiene lugar tal vez en las temeridades.

Sosegó el deseo en la aparente posibilidad de su ejecución, prefiriendo el dilatado fruto de una honrada esperanza á la brevedad de un deleite, que es tanto más breve cuanto es más mal conseguido. Instó en reducirla con blandura, amor, cortesía y respeto, para que, obligada desto y de lo que por ella padecía su reputación, olvidase á don Jaime y le premiase á él. Todo su cuidado se ordenaba á este fin, por el modo más agradable que podía y cabía en aquel lugar. El fruto que sacaba era sólo pedirle doña Juana la muerte, que en menor mal no hallaba el bien á que decía aspiraba, para dar satisfacción al mundo de la culpa que ponía ó podía poner á su

proceder honesto y al amor con que adoraba á don Jaime; con lo cual don Felipe, desesperado, en una inmensa variedad de pensamientos, estaba intratable.

En sucediendo el robo, lo dijo Cardona, que fué quien primero lo supo (y la parte adonde se dirigían), á don Juan y á su padre. Discurrieron en la demostración que el caso pedía, así para volver por el honor de doña Juana, á quien debían ésta y cualquiera correspondencia noble, como por el suyo. Entre otras cosas que acordaron fué despachar al punto á toda diligencia á Cardona en busca de don Jaime, pues siendo tan superiores los agravios que recibía y había recibido de don Felipe, no sólo sería bien visto su persona en Barcelona, sino ayudado de todos á la satisfacción.

Embarcóse luego, y quiso ir primero á Nápoles. Tuvo próspero y el más breve viaje; y dentro de dos días que estuvo en aquella famosa ciudad, halló recien llegado á don Jaime, que había ganado libertad dichosamente.

Dejámosle cautivo y sin esperanza de verse libre, sirviendo á Jafer y á Alima, acompañado de Leonardo. Este, por el interés que se le seguía de vivir en gracia de Alima, sintió el intento de Rustán, y procuraba quitar á don Jaime cuantas osasiones podía tener de hablar bien de su pretensión. Gobernóse Leonardo con imprudencia (pensión natural de los más que llegan á

sentir celos) haciendo mayor su daño, y cierta la dicha de don Jaime, porque entendió Jafer lo que entre él y Alima pasaba; y acudiendo como discreto con brevedad al remedio, vendió fuera de Constantinopla á Leonardo y casó á Alima con Rustán. Persuadióse Rustán á que era deudor de parte de aquel bien á don Jaime, y alcanzó de su suegro se le permutase. Traíale después cerca de su persona por mar y tierra, en señal de lo que le preciaba. Estando embarcado con las fuerzas del Turco para hacer jornada contra cristianos y en su servicio don Jaime, se fué á reconocerlas el general de las galeras de Nápoles; y no sólo las reconoció, sino que prendió la capitana, librando (demás del terror que puso importancia de la empresa) los cautivos que llevaba, y entre ellos á don Jaime.

Después de haber cobrado libertad, no pudiera venirle justo tan ajustado á su deseo como ver á Cardona, y así le recibió con exceso de alegría. Refirióle Cardona el estado de las cosas, y aunque se holgó de que don Juan y don Felipe no hubiesen muerto, sintió con grave exceso que doña Juana estuviese en poder de don Felipe, y dijo á Cardona:

—Amigo, aunque los trabajos que he padecido pudieran haberme acabado, no sé si he habido menester tanto valor para todos juntos como ahora que se tiene por victorioso mi enemigo. Los males dudosos van acabando con filos de

esperanza, y entretienen la vida con la misma suspensión de las dudas; pero cuando son tan ciertos, sepultan en sí la esperanza, y tras ella la vida. Esto aun corre con mayor verdad y más violencia entre personas nobles, que no admiten medio en competencias de esta calidad, porque disponen sus leyes que no haya otro sino vencer ó morir. Sólo un recurso me queda, para el que debe de guardarme para mi fortuna, que es saber si el honor de doña Juana está ofendido, de manera que no deba correr por mi cuenta; si no lo está, no cumplo con menos que morir por ayudarla; y si ha sido consentimiento, me mataré yo mismo. Testigo y compañero has sido en todos mis pasos, sin más galardón que saber que te tengo amor y estimo por fiel; mas nunca te he habido menester como ahora para ejecutar la traza que se me ofrece. No te cansen los cuidados en que te pongo, ni acobarde el peligro, sino advierte que un fiel criado sabe ganar y merecer el nombre de verdadero amigo.

—Si por ser forzoso valerte de mí (dijo Cardona) dispones mi ánimo con rendimiento y caricias, haces agravio á mi lealtad. No soy de los hombres que ponen en este extremo á sus dueños, ni quiero que bajes de tu autoridad lo que no sube mi justo conocimiento. Mi premio consiste en ser á propósito para lo que intentes, y pues hasta aquí le he merecido con no dejarme de tu lado, no querrás que ahora le pierda, pen-

sando que no soy el que fuí, ó que por tener necesidad de mí en el lance más fuerte te has de abatir á lo que no hicieras fuera de él: ordena cuanto te pareciere conveniente, que sólo me pesará de no ser el mejor consejo y el mejor valor para servirte.

Abrazóle don Jaime, y dijo:

—Pues amigo, los dos partiremos luego á España, y en tomando tierra nos hemos de encubrir en la montaña que doña Juana y don Felipe habitan. Disfrazarte has para introducirte en su compañía, y por este medio parece que habrá lugar de saber si soy estimado ó aborrecido, si está por fuerza ó con su voluntad. Desengañado de esto, pues son cosas que por tantos efectos se conocen, la darás un papel, de cuya respuesta procederá la prosecución de mi pensamiento.

—Sea así (dijo Cardona) sin dilatarlo un punto, que en materias de voluntad y conquista de mujeres es la brevedad parte de buena fortuna, contra la mudanza que amenaza un combate amoroso continuado.

Pusieron por obra lo acordado sin detenerse; y habiendo prevenido vestidos y lo demás que se requería, se embarcaron; y si como el tiempo y la mar fueron favorables en ponerlas en salvamento sin revés alguno lo fuera la tierra, hubiera sido su dicha igual á su deseo.

En desembarcando se encaminaron á la mon-

taña; eligieron estancia, é informados del asiento donde sería hallado don Felipe, se despidió Cardona tiernamente y fué á cumplir lo que le tocaba. No fué dificultoso hallar á don Felipe, ni ser admitido por uno de su compañía sin sospecha; que la mudanza de traje y rostro y su mucha industria, eran capaces de la invención.

Con vigilancia atendió al modo de vivir de don Felipe, y echó de ver que como por necesidad no había emprendido aquella vida, conservaba los respetos de caballero.

En lo que las puso mayor fué en inquirir el ánimo de doña Juana, y satisfízose de su constancia. No se veían en ella sino lágrimas y suspiros, y con ellas respondía á las amorosas diligencias de don Felipe, y había entretenido cuerdamente su esperanza, poco menos de un mes, que había durado aquel destierro y conquista.

Desengañado Cardona de que no había que dudar, aguardó la mejor ocasión para declararse, é hízolo, dándola este papel de don Jaime:

«No me atrevo á culpar el amor que por ti me ha puesto en tantas desdichas, ni á quejarme, dudando si soy pagado hasta saber de ti misma si tienes disculpa, que ésta ha de ser la mayor deuda en ti y en mí la mayor fineza. Si la tienes y puedes ser mía, como prometiste y juraste, basta que tú me la des y asegures; si no la das creeré que forzada cumpliste con mis obligaciones de la manera que pudiste, porque siempre me

daban este respeto tus merecimientos. Responde con la verdad que pide mi firmeza, que si la tuya ha sido cual he menester para declararme, estoy tan cerca de ti cuanto puedes desear, y haré lo demás que convenga á nuestro honor y agravios.»

A estar acompañada doña Juana cuando recibió y leyó el papel, sin duda malograra la traza su alegría; pero advertida de lo que importaba disimular, y sabiendo de Cardona lo que deseaba, respondió á don Jaime con la brevedad que el peligro y poco lugar permitía, en esta manera:

«Señor mío: quien nació para ti jamás ha llegado á pensar, cuanto más á saber, que puede ser de otro; disculpa tendrá en tu amor, cuando el mío, y ser quien soy, no fuera justo que vencieran cualquiera duda; si vivo en tu memoria, tú dentro de mi alma, haciendo alma todo mi cuerpo, para que no se mire en mí cosa en que no te aparezcas y causes respeto. La prisión violenta del cuerpo no ofende á la libertad del alma: yo estoy presa por ti; no es justo decir más á quien es tan noble y cortés, ya que no se puede creer de mí que no siendo tuya te pusiera en ocasión que no mereces, obligándote al peligro de librarme.»

En medio del silencio de la noche, sucesora á este alegre día, partió Cardona á darle á don Jaime el papel, que le recibió con sumo contento; pensaron el modo de librar á doña Juana,

y al fin se resolvieron que Cardona á toda priesa volviese á asistir con los demás porque no se sintiese el engaño, y sin perder ocasión la fuese disponiendo para ausentarle, y á él con avisos para convenir en todo. Dos razones movieron á don Jaime á ejecutar sin ayuda acción tan incierta. La primera creer que si llegaba á Barcelona y lo prevenía (ó aunque lo previniese allí), se había de descubrir y malograr. La segunda parecerle fácil conforme á su especulación, y querer ganar la gloria que se le seguiría de acabar con sólo su valor é ingenio lo que pedía mayores fuerzas. Desta manera se prometió la más cabal venganza; que la ambición no todas veces se modera en la dificultad; antes acrecienta el deseo, y más si se le representan conveniencias que la hacen bien fundada.

Bien discurrió si el acierto en las ejecuciones dependiese del juicio humano. Tenía don Felipe dos tiendas armadas: una para su persona y otra para doña Juana, que su honestidad no consintió otro albergue. Hacíanles guarda de noche algunos de los compañeros algo distantes, particularmente á doña Juana; examinaron ella y Cardona el cuidado de las centinelas, y vieron que no era tal que les obligase á no atreverse.

Determinada la ausencia y noche, se apercibieron y don Jaime para recibirlos, hasta llegar adonde pudiesen tomar caballos. Al fin salieron, doña Juana con vestido de hombre, y salvaron

parte del peligro, si no fuera para dar en mayor, porque habiendo ya pasado la posta despertó (1), y echando las manos sin cuidado á una pistola (que un sin cuidado obró para mal) se disparó. El trueno causó tanto alboroto y turbación, y más en gente á quien su misma vida convierte en inquietud el sosiego, que en un instante salió don Felipe de su tienda y estuvo en su presencia toda su compañía. Notaron el silencio que había en la tienda de doña Juana; y esto, y decir la posta que estaba de guardia, que cuando recordó había sentido gente que pasaba cerca dél, dió luego á don Felipe grande sospecha para asegurarse. No reparó en entrar en la tienda; y viendo que faltaba, estuvo por satisfacer en sí su ardiente pena. Mas considerando que no podía estar larga distancia, quiso librar su consuelo en acelerar la diligencia.

Ordenó á sus compañeros, ya pidiendo como amigo, ya mandando como cabeza, que no quedase parte en la montaña que se les ocultase; eligiendo para sí (con algunos) aquella por donde salieron. Entre tanto llegaron Cardona y doña Juana á don Jaime. Recibiéronse con más amorosos afectos que palabras, y aunque se recibieron, más pareció que se despedían. Conociendo el riesgo en que estaban, que aunque de lejos hería

(1) Este pasaje, como otros de la novela, está viciado, pues no dice que el centinela estuviese dormido.

ya en sus oídos, dijo don Jaime á doña Juana:

—Mi bien, no puede ser mayor el rigor de mi fortuna, pues cuando entendí que te ganaba gloriosamente, te juzgo más perdida. No hay duda, sino que en ti fué desdicha amarme (si se regula por lo que te costó), y en mí el mayor delito pensar merecerte, pues todos mis pasos (aunque llenos de deseos de agradarte) han sido contrarios. Ahora que entendí se había cansado la fortuna de apartarme de tus ojos y esperaba que mis finezas se vieran premiadas, es más invencible la dificultad sin esperanza de remedio. Forzosamente he de morir aquí, que ya no he de poder librarte; no fuera justo quedar con vida dando tantos y tan honrados trofeos á mi enemigo. Piensa que todo cuanto mi valor (resistiendo) dilatase mi vida, es no por guardarte, que será imposible, sino por dejarte más obligada á no dudar de mi amor y á que no te pese del que me has tenido. Abrázame antes que me priven deste último bien los tiranos que se acercan, para persuadirme á que de parte de tu alma no hubo duda en preciarme y favorecerme.

Ahogada en sollozos y suspiros la bellísima doña Juana, hizo el lugar que pudo á la respiración y respuesta, diciendo:

—Querido mío, la obligación que te tengo por lo que por mí has padecido y padeces, y tus merecimientos son tales, que cuando no te amara por inclinación te adorara por deuda. Lo que

me aflige no es el cuidado de mi persona y opinión, que siempre ha estado y estará saneado en la estimación que debe á los dos el mundo, cuya censura se ha de fundar en los afectos que le diremos, sino la incomparable pena que me da verte por mí en tal estrecho; pero esto tiene remedio: á lo menos á mí me le ofrece mi amor con ansias de salvarte; yo soy la causadora de todo, y con faltar yo es preciso se acabe tu desgracia; deja que á los ojos de don Felipe haga las paces mi muerte; será la más dichosa si de ella te ha de resultar vida.

Aun no tuvo lugar don Jaime de dar á esta demostración la respuesta que pedía, porque don Felipe y los que le seguían llegaron; púsose en defensa tan valientemente don Jaime, que esto mismo aceleró su fin. Con ánimo temerario corrió con todos de manera, que á todos obligó á cuidar de rendirle. Doña Juana (juzgándole perdido), entregada á una mortal desesperación, le quiso imitar, poniéndose delante en el peligro mayor, y participó primero del daño, cayendo de una herida mortal á los pies de don Jaime. Sustentábase ya el valeroso caballero, más en su natural ardimiento, y en parecer que la tenía presente que en su vida; pero en viendo, ó por mejor decir, sintiendo su fin, la rindió á este último y fatal dolor, diciendo en mal formadas palabras:

—Ahora, don Felipe, estarás de todo punto

contento, pues podrás pisar mi sangre por desprecio sabroso de tu crueldad.

Oyólo don Felipe, y ayudado de alguna luz de la aurora, que perezosa y triste salía, vió los dos más verdaderos amantes, cada uno ya cadáver frío, con lo cual hubo de mudar lugar é intento, sin que se supiese dél.

Cardona, puesto que hizo cuanto pudo en defensa de su señor no murió, aunque fué herido, llevó la nueva, que produjo tan general llanto, como era justo; pero en don Pedro tanta pena, que junta con la enfermedad de sus años, bastaron á acabarle en pocos días.

Don Juan y Cardona usaron de la doctrina de este trágico ejemplo tan provechosamente, que fueron dignos de imitación en lo restante de su vida. Los cuerpos de don Jaime y doña Juana se pusieron en un sepulcro, con este epitafio:

No sepulcro de amor; templo
es el que presente tienes,
que de amor honra las sienes
la corona de este ejemplo.
Prevén llanto y no te espantes.
¡Oh tú, que adviertes la historia,
que aquí yace la memoria
de los más finos amantes!

FIN

EL FILÓSOFO

DEL

ALDEA,

y svs conversaciones familiares y exemplares, por casos y sucessos casuales.

POR EL ALFÉREZ DON

Baltasar Mateo Velázquez,

Natural de la villa de Varaderrey.

A DON JUAN DE VALDÉS Y MELÉNDEZ.

Con licencia.

En Pamplona, por Pedro Dullort.
Año de mil y seyscientos y veynte y seys.

TASSA

Yo Juan de Villa Zaballos, escribano de cámara del rey nuestro señor, de los que residen en su Consejo, doy fe: que habiéndose presentado ante los señores dél un libro intitulado *Conversaciones familiares del Filósofo del Aldea,* compuesto por el alférez don Baltasar Mateo Velázquez, que con licencia de los dichos señores ha sido impreso, le tasaron á cuatro maravedís el pliego, y á este precio y no más mandaron se venda, y que esta fe de tassa se ponga al principio de cada cuerpo, para que se entienda y sepa al precio que cada uno se ha de vender. Y para que dello conste, di esta fe en Madrid, á veinte días del mes de Diciembre de mil y seiscientos y veinte y cuatro años.

JUAN DE VILLA ZEVALLOS.

Tiene licencia y privilegio de los señores del Consejo el alférez don Baltasar Mateo Velázquez, para imprimir este libro, intitulado *Conversaciones familiares del Filósofo del Aldea*, con prohibición que ninguna persona lo pueda imprimir sin su licencia, so las penas contenidas en el dicho privilegio. Dada en Madrid, á 11 días del mes de Junio de 1624 años.

PEDRO DE CONTRERAS.

Este libro, intitulado *Conversaciones familiares del Filósofo del Aldea,* está bien y fielmente impreso con su original. En Madrid, á 13 de Diciembre de 1624.

EL LICENCIADO MURCIA DE LA LLANA.

APROBACIÓN

Por mandato de V. A. he visto un libro intitulado *Conversaciones familiares del Filósofo del Aldea*, compuesto por el alférez don Baltasar Mateo Velázquez, y me parece que siendo V. A. servido, se le podrá mandar dar la licencia y privilegio que pide, porque no contiene cosa por donde se le deba negar. En Madrid, á dos de Mayo de mil y seiscientos y veinte y cuatro años.

ALONSO DE HERRERA.

DE DOÑA ANA AGUDO Y VALLEJO

AL AUTOR, SU TÍO

Soneto.

Los cien brazos, os sirvan, de Briareo,
discreto Baltasar (de Angulo gloria),
que juntos Marte, sois todo victoria
y con Minerva soberano empleo.
El oficio hurtáis á Himeneo,
porque esmaltáis la fabulosa historia
con el fruto moral, cuya memoria
podrá envidiar Licurgo y aun Labeo.
Mucho os debe el *Filósofo aldeano,*
y Buitrago en su rústico Paredes,
si le ilustró por vos Tordelaguna,
llamadle, pues le hicistes cortesano
del Júpiter Urbano, Ganimedes,
del político Sol, prestada Luna.

DE DON PEDRO DE ARAQUE Y QUEVEDO

SOBRINO DEL AUTOR

Soneto.

Sabroso conversar, rato escogido
y provechoso entretener de aldea,
désela Dios aquí á quien la desea,
que saldrá escarmentado y advertido.
Tordelaguna venturosa ha sido,
Paredes, aunque es campo, ya campea,
famoso imaginar, pues es la idea
propia de las edades que han corrido.
Con artificio agudo y paliado
el de Angulo y Velázquez nos advierte
lo conveniente á nuestra vida humana.
De las letras humanas ha triunfado,
y sin crítico y culto habla de suerte
que es honor de la lengua castellana.

Endecasílabo de quien dicen las primeras letras.

D ulce hablar para venir de aldea,
O bra parece de más alta mano;
Ñ i más dijera el docto cortesano
A quien crepusculiza almas su idea;
S agazmente acaricia y lisonjea
A quien quiere herir este aldeano;
B uen filósofo, no discurre en vano,
Y á lo tudesco en firmes pies pasea.
N i las conversaciones son sin fruto
A quien sabe sacar cuerda doctrina
D e la novedad; y cuentecillo pobre
E s lo dulce á lo útil dar tributo,
P orque lleve cameras la Sabina,
O ro dichoso que desprecia al cobre,
R obre se queda el robre
E n no dando escritorios y navíos,
S eguras prendas de cuidados míos.

A DON JUAN MELÉNDEZ DE VALDÉS

Luego que llegué á los años de discreción, y conocida la inclinación mía, la que tenía á las armas, viéndome necesitado de aprender, sin maestro, y crecer de mis padres y patria, por huir la ociosidad, de quien tanto mal dicen tantos, y yo le oí decir á mi maestro de Gramática en la villa de San Clemente, refiriendo la sentencia de Fausto Andrelino:

Corrumpunt forti celsas cum pectore mentes,
Otia plumosa desidiosa Thoro.

Procuré en las plazas de la Mamora y Alarache, y en otras que he servido á Su Majestad, algún género de lición para ocuparme y para ocupar el tiempo cuando no salía á campaña, y juzgué por más á propósito la de la historia, de quien dice Cicerón, lib. II, *de Orat. ad. Q. fi.*: *Historia est testis temporum, lux veritatis vita memoriae magistrae vitae nuntia veta aetatis*, &c. Y entre ellas, hallándome un día con las de Ambrosio de Morales y Florián de Ocampo y otros autores que tratan de la restitución de España por el príncipe Pelayo y aquellas reliquias que quedaron en las montañas de la sangre goda, vi tantas hazañas de la origi-

naria casa de la noble y calificada familia de Valdés, que luego agradecí á los descendientes della, cuanto fué de mi parte, tanta fidelidad y angular valor, especialmente el que floreció en el infante inglés don Enrique, emparentando con los Valtos, parientes cercanos á Pelayo y primeros fundadores del valle y concejo de Valdés, cuyo primero sitio fué á espaldas del puerto de Luarca, si bien después le mudaron los tiempos.

De aquí decidieron los Valdeses ó Valtos, Valto Díez y Rodríguez Valtos, emparentados con los Pechas y después con los caballeros González de Mendoza, antecesores á la casa del Infantado, heredados por dos reyes Alfonsos de Castilla en tierra de Guadalajara, en el señorío de Beleña y Meco y otros lugares y tierras; y alguna luz hay desto hoy día en la parroquia de Santiago, de la ciudad de Guadalajara. *Sed quid non mutant tempora, jam illustrando, jam deslorando.* Vengamos á nuestras edades. Desta casa salió, continuándose la línea por varones, aquel Valdés en tiempo de Alfonso XI de Castilla, que trajo por blasón en las guerras de Aragón y otras provincias, habiéndose olvidado el nombre de los Valtos: *No de* valde-es *en servicio del rey el que es hidalgo de ley.* Con que se volvió á esforzar el nombre de Valdés por otros muchos años, hasta que en estos antecedentes á los nuestros salieron desta casa otros grandes gobernadores y capitanes famosos, entre ellos el capitán Alvaro Meléndez de Valdés, que fué terrero de los primeros vasallos rebelados á sus señores naturales de la Casa real é imperial de Austria, en los Países Bajos de Alemania, de

quien fué hijo el capitán general Juan Meléndez de Valdés, de quien lo es v. m. y el mayor.

Héme aficionado notablemente á esta calificada familia; y para confirmarme en esta opinión estos días vínome á las manos una historia general de las Indias, adonde se refiere cómo su padre de v. m. triunfó con singulares victorias de muchos franceses, ingleses y sectarios, y de las provincias de las Indias, de que son testigos los indios floridos, chimillas y nutaves, panches, guasuces y catias, y lo que hizo su abuelo materno de v. m. el capitán Lope de Salcedo y Xáuregui siendo conquistador y fundador en el nuevo reino de Granada de Tocaima, Mariquita, Victoria, Santa Agueda y Nuestra Señora de los Remedios, y el freno que puso á los tiranos y rebeldes Pancorvo, Alvaro de Ogons y Lope de Aguirre. Viniendo á parar en que v. m. era hijo de Juan Meléndez Valdés y nieto de Lope de Salcedo Xáuregui, no sabía con que ocasión ofrecerme por su aficionado servidor; quiso mi suerte que me hallase con esos papeles, casi en borrón, del *Filósofo del Aldea,* y determinado á ponerlos en público, luego les di, por dueño y señor, á quien ya por fama é inclinación lo es de su autor. Sírvase v. m. de aceptar la riqueza de la voluntad, entre lo pobre de la ofrenda, y mandarme. Y guarde nuestro Señor á v. m.

De la Armada Real,

El Alférez Don Baltasar Mateo Velázquez.

AL LECTOR

La ociosidad para todos los corazones humanos es veneno, y para los que profesan la milicia veneno y pestilencia, porque cuanto son los deste género de gente más inquietos y levantados de pensamientos, ya de ambición, ya de venganza, tanto más fomentado de la ociosidad, en viniéndoles la ocasión á las manos con resolución se descomiden y con facilidad se aventuran á perderse á sí mismos y á los que se dejan llevar de su persuasión. De aquí ha nacido el procurar ocupar el ingenio cuando huelgan las manos. Del de mi caudal corto es este parto aborto, más por huir el ocio que por publicar mi ignorancia. Quien le leyere, hallándose entretenido déme por disculpado.

LAS CONVERSACIONES FAMILIARES
DEL
FILÓSOFO DEL ALDEA

CONVERSACION PRIMERA

De la buena y mala crianza de los hijos y de sus bienes y daños.

VÍNOSE á vivir á un lugar de Castilla, de otro menor (en trato, calidad y cantidad), un labrador ó serrano, que todo lo era, perseguido de la gente de su aldea sólo por verle inclinado á cosas de mayor entidad que los demás, cuyos ordinarios ejercicios son seguir las cabras y arar con los bueyes, y otros á estos semejantes; especialmente, porque lo más del tiempo gastaba en leer algunos libros de romance, así doctrinales como historiales, de donde sacaba para sí doctrina y erudición, y aun tal vez para sus vecinos y amigos. Causó esto un género de emulación y envidia á los demás rústicos, por quien en ninguna

parte hace ella mayor labor que en el corazón adonde reina la ignorancia. De aquí nació el empezar á perseguirle, y como si fuera vicio lo que era virtud, le mofaban y hacían burla dél llamándole á voces, como por menosprecio y afrenta, unas veces *el Adivino* y otras *el Filósofo*.

Terrible es la voz del pueblo si una vez se esfuerza en pro ó en contra de alguno de los de su república y como deidad de los hombres. Vino á los muchachos la chacota y mofa, y á decirle en viéndole: «Allá va *el Filósofo;* acá va *el Adivino*». Y aunque él pudiera no darse por entendido si la carne y sangre dejara libre á la razón, él dió en correrse de suerte que le obligó este sentimiento á dejar su patria, que era una aldehuela en tierra de Buitrago, jurisdicción suya, llamada Paredes, y pasóse cuatro leguas de allí con un poco de hacienda que le rentaban unos prados y tierras de pan llevar, suficientes para sustentar su persona y la de su mujer, y fuése á vivir á la villa de Tor de Laguna, pueblo y sitio de fértil y abundante terreno y de excelente clima, lugar calificado así por la nobleza de sus moradores y linajes calificados como por la agudeza de sus ingenios, haciendo sobre todo lustre y famoso á este lugar el haber sido patria de aquel grande perlado y príncipe de la Iglesia el cardenal arzobispo de Toledo doctor fray Francisco Jiménez de Cisneros, gloria de la religión Francisca, su madre, y ejemplar espejo de acer-

tados gobernadores, así eclesiásticos como seculares; porque de los dos gobiernos tuvo el manejo, sabiendo ser tan cuerdo virrey como experto capitán, en razón de religioso, siempre tan obediente y humilde como piadoso perlado.

Á esta nobilísima villa se vino á vivir Prudencio con Teodora, su mujer, que estos eran los nombres de los dos quietos y desengañados casados. Bien quisiera Teodora que su marido en las conversaciones no se entremetiera á disputar materias ó familiares ó políticas y á referir casos y sucesos de que tenía noticia, citando los libros de romance en que había hecho y hacía tan ordinario y continuo estudio á la mañana y noche, trayendo lo que había leído en comprobación de la opinión que en la materia que se trataba deseaba apoyar; y holgara más de que su marido oyera su misa y rezara su rosario, ocupando las demás horas del día en algunos ejercicios domésticos de sus puertas adentro, como ella lo hacía, pues les fuera de más provecho y gusto, juntándose á lo dicho el haberles dado Dios con qué pasar sin necesitar de salir á buscarlo. Pero no era más en la mano de Prudencio, que ¿quién será aquel que resista á un natural y á una inclinación resuelta perfeccionada con el arte y habituada con el ejercicio?

En que hallaban golosina y gusto sus recreaciones y solemnidades festivas, sus festines y banquetes del aldeano filósofo, eran las conver-

saciones adonde sabía él que se trataban cuestiones y disputas profundas de cualesquiera materia, así familiares y domésticas como civiles y políticas, y en todo daba con prudencia su cuerdo parecer y censura.

Tuvo noticia del humor de este hombre cierto caballero mozo, dotado de naturaleza y fortuna de sus bienes, que hacen á un hombre bien opinado, bien morigerado, bien nacido y bien rico, echando el esmalte gracioso al oro de tantos quilates de estos de sus bienes, con la gallardía de su ingenio, que es la sal que sazonaba todos estos manjares.

Juntábanse en su casa de este caballero personas nobles y de letras muy de ordinario, y tratábase de materias diversas, aunque tenía lastimado á don Juan (que este era su nombre) el ver que estos buenos ratos tuviesen tan mal fin, como parar siempre en jugar, quitándose las haciendas, y resultando de ahí otros mayores inconvenientes en ofensa de Dios y del prójimo, que razón fuera que parara ya este parar en república tan concertada como la nuestra. Vínole bien, pues, á don Juan el haber tenido noticia del filósofo del aldea para desarraigar el vicio del juego de su casa. Mandó llamarle, y venido, conoció en él aquella llaneza en lo urbano y aquella sencillez en lo malicioso, si bien allá en lo profundo de su grande talento descubría una inventiva superior á las ordinarias de algunos hom-

bres, que por pensar que saben algo yerran en mucho.

Citóle para las conversaciones que de allí adelante se ofreciesen, asegurándole que no le quería para hacer donaire de él, sino para oirle, como otro Senado de Roma al villano del Danubio, con que Prudencio aceptó la oferta; y habiéndose llegado el día de la primera conversación, y acudido á ella algunos caballeros mozos y algunas personas graduadas en diferentes Facultades, dieron la mano á un caballero y á un doctor, para que preguntasen al filósofo del aldea y él respondiese acerca de la materia que les pareciese más á propósito ó les fuese de más gusto en esta primera conversación.

El caballero preguntó al aldeano que qué le parecía del modo con que se criaban los hijos, así de los nobles como de los plebeyos, en estos nuestros tiempos y edades. Que dijese lo que sentía y refiriese lo que sobre esto tenía visto y leído, y el filósofo aldeano, mejorándose en la parte del banco sin respaldar, que le habían dado por asiento, como aquel que de todos había de ser oído, tras de tenerlos un rato suspensos, dijo así:

—Supuesto que la materia de que me toca tratar y la cuestión á que se me manda responder, es decir, lo que siento del modo con que se crían los niños que hoy nacen en nuestra república, más valiera derramar lágrimas que pronunciar

palabras, pues para derramarlas hallo razones contra la sinrazón de que hoy usan el descuido y crueldad de los padres de estos tiempos en los más de los estados. Y si hemos de hablar de veras, todos serán lástimas; y si de burla, no faltará en qué reir de muchos, y habremos menester valernos del encontrado humor de aquellos dos filósofos Demócrito y Heráclito.

Pero vamos á las veras, y dentro de la latitud de su esfera digo: que aunque es verdad lo que dijo Quintiliano en el proemio de su *Arte oratoria,* que adonde no hay buen natural de poco sirven los preceptos del arte ni la continuación de los estudios, porque es el ejemplo de Alciato en la *Emblema* 59. Lavar al negro para hacerlo blanco, porque si es el soldado manco de los brazos, ¿quién ha de poder salir con que juegue la espada con destreza? Con todo esto (dijo Cicerón), en el libro I de sus *Oraciones,* que los preceptos del arte con el uso vencen las dificultades de los mismos preceptos, y éstos y aquéllos la rebeldía y repugnancia de la naturaleza. Y añadió (aunque tarde) Erasmo en el *Adagio* 25 (porque lo había dicho antes Aristóteles en sus *Problemas* en la *Decisión* 28) que la costumbre y el hábito son otra naturaleza, y como adulzan el ejercicio facilitan la incapadidad. Echase de ver esto en lo que respondió Sócrates á Alcibiades (según refiere Diógenes Laercio, en el libro II de su vida), que como se admirase de verle lle-

var con tanta paciencia la mala condición de su mujer Xantipe, respondió: «La costumbre de oirla me ha enseñado á sufrirla». Ya yo he visto en el campanario de nuestra aldea á los tordos nuevos que están asentados en la cruz de hierro del chapitel, á la primera vez que oyeron al sacristán tocar la campana, volar y huir; pero á pocas veces que la oyeron se estuvieron quedos, y salieron del noviciado de los espantadizos, aunque el sacristán tocase á nublado, que es en lo que más se ejercita la campana de la aldea. Y aun estos años atrás, cuando yo fuí á la corte, oí decir que un extranjero había enseñado á hablar á don Luis de Velasco, hermano del señor condestable de Castilla, que nació mudo, y aun tengo un libro del secretario Juan Pablo Bonet que enseña la teórica de esta arte de enseñar á hablar á los mudos. Tanto puede el arte y el ejercicio y uso continuado contra la misma naturaleza y sus duras y ruines inclinaciones, que todo esto he traído á este propósito. Luego si con el niño de más ruin y mala inclinación hubiesen cuidado en quien le cría una piedad cristiana y una diligencia paternal, no saldrían tan mal disciplinados, y peor morigerados los mancebos y doncellas de nuestros siglos, que es lo que dije al principio que se debía llorar.

Verdad es que esto se quiere tomar desde su principio; luego que un niño empieza á salir de los brazos del ama, porque aquello que primero

ve aquello se le imprime, que es lo que ponderó Horacio, escribiendo á Lelio, en el libro I de sus *Epístolas,* con la comparación de la olla nueva, aunque le muden otros licores, siempre conserva el sabor de aquel que en ella echaron primero; y así Séneca, en el libro de sus *Epístolas* 5, en la epístola 34, dice, que de eso se ha de preciar el ayo y maestro á quien la primera vez entregan el niño sus padres, y lo mismo digo de la aya y maestra para la hija. Bien, así como el hortelano se aprecia de haber criado derecha la planta hermosa de hojas y sazonada de fruto, y así conviene en esta doctrina Patricio, en el *diálogo* 6.º de las leyes y en el libro III de la *Sabiduría,* adonde aconseja que se mire con mucha atención á qué maestros y criados entregan los padres sus hijos en su primera niñez, y con qué otros niños y de qué calidad y costumbres los dejan comunicar y conversar.

De modo que de aquí sacamos dos cosas: la una, que luego desde los primeros años se le enseñe al niño lo bueno que ha de aprender, conforme á la calidad suya y estado que ha de tomar, y en el manejo de los negocios que se pretende que ejercite cuando varón; porque el papagayo y la picaza, como dice Plauto, si son viejos no aprenden la lengua humana. Y Apuleyo dijo en su libro I que al papagayo viejo poco le aprovecha la escuela. Y Plinio, si trata verdad en el libro X de su *Natural historia,* en el

capítulo XXIV, refiere que ciertas picazas de la India aprenden á hablar desde que nacen hasta tener dos años, y no más. Todo es lo que enseña Quintiliano en el libro de sus *Instituciones oratorias,* en el capítulo XII. Y así Platón, en el libro XXVI dijo: que el niño desde tierno aprende mejor, y comunicando con otros sus iguales se hace más ágil, que es á lo que aludió Cicerón en sus libros de la *Senectud.*

Lo segundo que sacamos es cuántos daños, destrucciones y ruinas se han seguido de muchas honras y casas, en muchas vidas y haciendas, por haber fiado los padres la crianza de sus hijos de ruines y poco experimentados maestros y ayos; por haberles permitido ellos propios algunas libertades demasiado licenciosas y dejádoles comunicar y tener familiaridad con otros mozuelos y vecinos de malas inclinaciones y peores costumbres. Lo bueno y lo malo en la leche se mama, dijo Cicerón en la tres de sus *Tusculanas cuestiones,* que fué querer dar á entender que lo bueno ó malo tarde se desarraiga en el corazón de un hombre cuando lo aprendió en la niñez.

Ríome mucho, señores, y pienso que fuera mejor llorarlo, cuando veo que quiere el caballero y príncipe que salga su hijo gran capitán y soldado, gran cortesano, muy compuesto en sus palabras, muy ejemplar en sus obras, muy cortés en sus ceremonias, ágil para la guerra y dis-

creto en la paz, habiéndole permitido desde que nació que se levante á las doce del día y almuerce en la cama; que se vaya desde la mesa á la comedia; que vaya hecho muñeca metido en el coche á ruar por las calles; que le amanezca en la casa de juego ó en la de la mujercilla de ruin vida, de donde saque un arancel de blasfemias y otro de deshonestidades, enseñándose á mentir y á trampear; cosa tan indigna de un hombre que heredó sangre noble, que aquel refrán ó proverbio ordinario que dice: «El buey por el cuerno, y el hombre por la palabra», no quiere decir que el buey es conocido por la fortaleza que tiene en los cuernos, porque no la tiene sino en la barba; y sí cuanto pudiese el toro jugarla libremente, aunque le echen sobre la cabeza y cuernos una casa la sacudirá de sí. Lo que quiere decir el proverbio es que como el buey es conocido por aquellos cuernos por bestia dura y agreste respecto de otros animales que hay más reconocidos al hombre, así el hombre que tiene ó nobleza ó entendimiento respecto de quien los otros hombres (que carecen de estas dos cosas) son bestias. Por donde ha de ser conocido y diferenciado es por la verdad y puntualidad que trata en sus palabras, que es lo primero que en él se descubre, como en el toro los cuernos.

También me río de la señora y mujer rica que quiere que su hija sea en la mocedad otra Virginia de Roma, aunque sea otra Policena en la

hermosura; y cuando tome estado, otra Porcia en la castidad y fidelidad con su marido, habiéndola criado desde niña con la compañía de la dueña chacorrera y la doncella maliciosa y desenvuelta, permitiéndole unas ventanas en la calle de día y unas vistas en el estrado de noche, con la lición de los libros profanos, de que hoy día tanto abunda nuestra república por nuestros pecados: maestros tan terribles de vicios á lo callado para la gente moza, que hay harto que llorar en los daños que han hecho. Antiguamente, refieren Plutarco y Blondo, y aun algo trae de ello Juan Boemo en el libro de las costumbres de las gentes, que los atenienses y espartanos, y aun los macedonios y persas, no permitían á la doncella hasta tomar estado, que viviese en aposento que tuviese ventana, y en saliendo sin su madre á la calle era llevada al barrio de las deshonestas y reputada por tal. Ahora, en nuestros tiempos, no sé en las ciudades y cortes cómo corre esto; de nuestras aldeas sé decir que las mujeres mozas que yo entendí que no sabían hablar veo que saben pedir; y la que solía tener tanta vergüenza cuando la trataban de tomar estado que era menester llegada la ocasión para sacarle el sí una ganzúa ó garabato, ahora, cuando el padre acuerda desvelándose en qué persona del pueblo será á propósito para elegirle para yerno, ya ella para quitarle de cuidado suele tener marido, y aun no tan malo si no hubiese

pasado la libertad y poco recato de dar nietos al que apenas se juzgaba con hijos.

Lloraba el otro día un labrador en nuestra aldea cierto desmán de un hijo suyo travieso, que en compañía de otros tales había hecho en la vacada de un hombre rico de nuestra tierra, haciéndole menos á su dueño no sé qué becerros ó terneras y teniánsele para azotar, y aun pienso que fué á ver la mar á pesar suyo. Dolíase no sólo el padre, pero los vecinos y parientes, porque aunque de gente llana venía de buenos, y llegué yo, enjuguéle las lágrimas, diciéndole:

«Si cuando vuestro hijo no quería ir á arar con los bueyes, porque os veía desvanecido, con dos cabras más que los otros, y vos le hallábades jugando á la veintiuna en los camaranchones de las casas del concejo con otros tan perdidos como él, entonces le llevárades, y tras de muchos palos y coces lo atárades á la argolla donde tenéis atado vuestro cebón, y allí, en aquellas carnes muertas, donde no corre peligro la vida, le estampárades, como en la imprenta, algún pedazo de la coyunda con que unís vuestros bueyes hasta que saltara la sangre, no os faltaran ahora á vos las lágrimas de los ojos; así que si Marina bailó, tome lo que halló». Y de los pobres hijos también me duelo, porque el proverbio castellano se lo dice. «Hijo eres, y padre serás; como hicieres, tal habrás». Y aun entendí yo que había dado principio nuestra cartilla

al refrán; pero paréceme que es más antiguo, porque es sentencia del filósofo Thales Milesio, según refiere Diógenes Laercio en su *Vida*.

Ahora me acuerdo de unos abecedarios, así á lo tosco, que yo hice á fuer de mi aldea cuando no sabía hablar tanto ni tenía noticia de tantos libros; á lo menos, cierto que pienso que sabía más, porque presumía menos. Eran de todas materias, y si no estuviera en unos asonantes de lenguaje bárbaro, en verdad que había de referirles el de la crianza de los hijos y hijas.

Don Juan respondió á esto que de ningún modo ni manera quería perder el gusto y provecho que se le seguiría de oírselo referir, y lo mismo dijeron el caballero y el doctor, que eran como sus arguyentes y contrapuntantes; y así, viéndose el buen Prudencio apretado, refirió el *Abecé*, que era en esta forma:

A. Ama moza y ayo viejo dan: ella buena leche y él buen consejo.

Pero aquel provervio que dice: «A lo tuyo tú», dijera yo que se había dicho más por la crianza de los hijos que por el cuidado de la hacienda.

B. Bendiciones llevan el padre y la madre que resplandece en sus hijos lo que ellos valen.

C. Comida, cama y capote, que sustente y abrigue al niño y no le sobre.

D. Dar con cordura y recibir con prudencia, aunque seas más rico, á tu hijo lo enseña.

E. Estudios y estilo, después de la ley de

Dios, es lo primero en que se ha de ocupar tu hijo.

F. Fe cristiana para el alma y fe humana con los buenos parientes y verdaderos amigos, enséñalas á tus hijos.

G. Gracias ni golosinas castígalas al hijo y no las permitas á la hija.

H. Hijos y dineros, menos cuidado dan cuando son menos.

I. Inútiles conversaciones y libros, ni los tengan tus hijas ni los lean tus hijos.

L. Licencia para hablar el hijo delante del padre, désela quien pueda de tarde en tarde.

M. Marido á tu hija el hijo de tu vecina.

N. Niño ha de ser el que algo ha de aprender.

O. Ociosos mozos y ociosas mozas, no aumentan hacienda y causan deshonra.

P. Pecados de los padres descuidados y olvidados, á veces los pagan los hijos y hijas.

Q. Quentos y consejas, á tus hijos y hijas no se los leas.

R. Rey advertido y padre severo, sacan vasallos y hijos buenos.

S. Salud es de la honra de la hija la voz de la madre cuando la castiga.

T. Temor en el hijo y recato en el padre, poco cuesta y mucho vale.

V. Virtudes le enseña niño á tu hijo, si quieres verle rico.

Z. Zelo de la honra de Dios y de su rey, aprenda tu hijo si quiere valer.

—El *Abecé* es bonísimo (dijo el doctor), bien prevenido y circunstanciado; y es tanta verdad lo que ha dicho el filósofo, que lo que le imprimieren al niño en sus primeros años aquello seguiría después cuando mayor. Porque un infante pequeñuelo, en aquellos años primeros de su natural simplicidad, es como el agua, que para ser buena ni ha de tener olor, color ni sabor, como lo advierte Paladio Rutilo en el libro I en el capítulo IV. Tal es la condición de los niños; porque entonces no tienen color de pasiones, ni sabor de mezcla de cosas mundanas, ni olor de perturbación de sangre ni carne; y así, viviendo con cuidado de la crianza de sus hijos, los padres cuerdos y cristianos harán de ellos en esta edad lo que quisieren; y si fueren descuidados con ellos y les permitieren lo que no es justo, lo malo que se les imprimiere entonces y los daños que se le siguieren después, á ellos se han de atribuir. Contaros he, si me dáis licencia, uno de los lastimosos casos entre padre y hijo por el descuido del padre, lo cual pasó así.

Relación del suceso trágico de Polimo y Sigeldo, su hijo.

Vivía en la campaña de Roma un gentilhombre veneciano que, con su hacienda y familia, había dejado su patria por cierta remisión que tuvo en un oficio militar que aquella su república le había encargado, y fué aquel voluntario destierro como una pena que se puso á sí mismo, corrido de su descuido, que á la de su culpa ya le había señalado, y dado el justo y debido castigo la señoría veneciana, como aquella que es tan puntual en todo.

Era de la gente noble de aquella república Polimo, que este era su nombre. Vivía viudo, aunque en edad moza; parecióle volver á tomar estado, y casóse con una señora italiana, de la familia de los Sigeldos, calificadísima antiguamente entre los etruscos, que es ahora el país florentino. Llamábase Laura la doncella con quien se casó, y en el discurso de los años del matrimonio tuvo por hijo á Sigeldo, que le quiso

dar este nombre por el amor que tenía á su esposa y la estimación que hacía del apellido de su linaje.

Era cuanto hermosa cuerda Laura; y aunque amaba como madre al hijo, dolíale mucho que el padre (llevado del paternal amor) le permitiese algunas atrevidas libertades con que Sigeldo empezó á darse, luego que se vió hombrecillo, á una carga y montón de vicios, porque unos acarrean otros. Veía jugar al padre y jugaba él. Veíale gastar y gastaba; salía de noche y no era reprendido. Empezó á admitir á su lado á unos mozuelos de ruin vida, y no se los quitaron de delante de los ojos. Y aunque la ama reñía con imperio de madre, no la oía, como era mujer; y al padre, á quien Sigeldo tuviera respeto, veíale el hijo tan remiso en reprenderle y castigarle. Un día que le vinieron á decir que había saltado las paredes de una huerta, destruído los árboles y robado la fruta, respondió, riéndose, su padre: «¿Cuándo ha de hacer esto Sigeldo si no en esta edad? Páguenle á su dueño la fruta y alce más las paredes». Y otra vez, viniendo una mujer viuda, con muchas lágrimas, á quejársele á Polimo de que su hijo Sigeldo, como tan rico y poderoso, había entrado, á pesar suyo, en su casa y se había entretenido con una hija que tenía, doncella, toda una tarde, mandó dar á la viuda con que casar á la hija, respondiéndole con muchos donaires: «¿Pues qué queríades, señora, que un

mancebo noble de veinte años se entretuviera con una vieja de sesenta?»

Estas premisiones y libertades, y este poco castigo, vino á causar tanta pena en la ejemplar matrona Laura, que la costó la vida, con que Sigeldo quedó otro desbocado (1); y viéndose sin el freno del castigo de la madre, y con un padre tan remiso, llevado de su mala inclinación se dejó guiar por unos despeñaderos tan extraños, de unos ruines amigos que se había hallado, que de travesuras de caballero mozo, rico y libre, dió en maldades y atrocidades de hombre insolente y facineroso; y pareciéndole estrecho el lugar para sus arrojamientos, se huyó de la casa de su padre y se fué en compañía de unos bandidos y salteadores que, para dar mejor color á sus insultos y robos, le hicieron su capitán.

En está vida anduvo algunos años, juntándosele tanta gente de mala vida, que fué menester, según llegó á estar poderoso en la campaña, que se juntase ejército en forma contra él. El pobre y afrentado padre, viendo y oyendo cada día lástimas y los atroces delitos que le venían á contar de su hijo, y que toda la tierra se levantaba contra él, no se teniendo por seguro en toda la Italia, se determinó de pasar á vivir á España. No se pudo hacer esto tan secreto y oculto que en las montañas donde su hijo andaba matando y

(1) Quizás escribiese el autor «potro desbocado».

robando no viniese á su noticia; el cual, sabida la resolución de su padre y que daba prisa á cambiar la hacienda, escogiendo Sigeldo, de aquella gente que le seguía, trescientos mozos de los más valientes y mejor armados, dió de repente una noche sobre el lugar donde su padre vivía: y quitando las vidas y haciendas á muchos, él propio, por sus manos, prendió á su padre y le maniató; y al asirle y maniatarle, le dijo: «Admirarte ha mucho lo que ves. Yo soy tu hijo Sigeldo, que nunca lo fuera. Mal he dicho que tú, aunque me engendraste, no eres mi padre, sino el mayor enemigo que tengo, porque no me criaste como padre, sino como á enemigo; porque si en la niñez me castigaras y enfrenaras, pues estuvo en tu mano, y oyeras las quejas de mi lastimada madre, y los avisos de mis ayos y maestros que te descubrían las ruines inclinaciones mías y te pedían mi castigo, no hubiera venido al estado en que hoy me hallo, tan malo para tu honra y mi vida, que tiene puesto el Senado de Roma diez mil escudos de talla sobre mi cabeza para el que me prendiere y llevare vivo, para hacer de mí justicia pública. Mira, padre descuidado, á que traen á un hijo noble un padre remiso, sin temor de Dios ni del mundo. Tú me hiciste bandolero y salteador, pues yo te haré á ti lo que ahora verás, para que otros padres escarmienten y otros hijos aprendan.»

Y con esto, no enterneciéndole las lágrimas

que veía bañar las canas del mismo que le engendró, le hizo cargar sobre una acémila aherrojado y maniatado y llevar con el demás despojo á lo alto de una montaña áspera, adonde se resistía de la gente de guerra que le buscaba, y allí echó al pobre de su padre en una tahona que tenía en una cueva de la montaña, haciéndole moler el trigo que habían de comer los de su escuadra y compañía. No pasaron muchos meses que la gente de guerra de Roma le dió un pesado encuentro, y quedando muertos muchos de los salteadores y gente foragida, después de haber recibido muchas heridas, fué preso Sigeldo y llevado á Roma, adonde se hizo justicia pública de él, al cual, cuando fué puesto en lugar público, nunca se le oyó otra palabra sino ésta: «Noble fuí y pudiera ser bueno si tuviera un padre cuidadoso de mi crianza y castigo. De mi padre me quejo al mundo y me quejaré ante Dios». Hecha justicia de Sigeldo, la gente de aldea que vivía en torno de la montaña subieron á ella y lo metieron á saco, restituyéndose algo de sus haciendas que hallaron escondidas. Y como encontrasen á Polimo cargado de cadenas, haciendo oficio de bestia, y le preguntasen quién era y dijese que era el padre de Sigeldo, no quedó crueldad que el ofendido villanaje no ejecutasen en el lastimado viejo, diciendo á gritos: «Este es el traidor que engendró aquella desenfrenada y desbocada bestia del salteador Sigeldo, que nos

violó nuestras hijas, nos robó nuestras haciendas y nos mató con tanta crueldad nuestros parientes y amigos». Y así, sin valerle piedad y razón, le sacaron medio muerto de los malos tratamientos hechos y le colgaron de una desgajada rama de un quexigo ya seco para que acabase á manos de villanos un padre que con sus remisiones y descuidos hizo de inclinaciones villanas y perversas á un hijo que la naturaleza le había dado sangre noble.

Esto leí (dijo el doctor) en un libro antiguo que me enterneció el alma cuando pasé los ojos por él algunos años ha, y he querido referiros este caso para que veáis cuánta verdad tiene la doctrina que nos ha enseñado cerca de la crianza de los hijos el bueno de nuestro filósofo del aldea.

Á todos lastimó el suceso de los desgraciados hijo y padre; pero don Juan, antes que los demás hablasen, volviéndose al filósofo, le dijo:

—Ni yo quiero perdonaros, ya que el doctor nos ha referido este ejemplo acerca del criar los hijos, que vos nos contéis otro acerca del criar las madres sus hijas á sus pechos y no darlas amas ajenas, pues aún en las mujeres hay más facilidad de perderse que en los hombres.

—Ya sabéis, señor don Juan (respondió el aldeano), que en todo os he de obedecer; yo referiré otro caso, si bien no tan lastimoso, pero tan ejemplar como el que acabáis de oir, del daño que se sigue de que estas damas de nuestros

tiempos pongan las hijas que parieron á criar con leche de pechos rústicos y de aquellas que no les costó dolor parirlas; pero primero me daréis licencia de que diga lo que he leído en algunos autores acerca de lo que importa que las niñas tiernas mamen la leche de las mismas que las parieron.

Empezando por el nacimiento, digo: que se ha de poner particular cuidado, en naciendo, que nazca la hija en casa, en mirar á qué ama se da que la críe, y no trato ahora si fuera bien ó no que la criase la propia madre y no la diese otra madrasta que la alimentase; porque demás de que desta materia escribió en nuestra lengua vulgar un libro copiosísimo y abundante el padre maestro fray Luis de León, que intituló *La perfecta casada,* y el doctor Juan Alonso, médico y catedrático de Alcalá de Henares, en el tratado de los privilegios de las preñadas, tocó también algo de esto, y entrambos hay escrito lo suficientemente, basta para culpar á las madres que pudiendo criar sus hijos á sus pechos, quieren que mamen en la leche ajena resabios extraños, especialmente si son hijas; es cosa llana y sabida cuán dañoso y nocivo es que las hijas se críen á los pechos de las que no las parieron. Infinitos autores son de este parecer, y algo de ello dice Alejandro *ab* Alejandro en el libro II de sus *Geniales,* en el capítulo XXV, y Macrobio en sus *Naturales (sic)*, libro V, capítu-

lo II. Y échase de ver el parecer que en esto tuvo la antigüedad de sentir mal de que los hijos ni hijas se diesen á criar á pechos ajenos, como lo advierte Cicerón en su libro *De Amicitia.* Y aún se confirma esto con que las leyes humanas las favorecieron tan poco, que no quieren que gocen de particulares privilegios. Luego razón será que su madre, siendo posible, críe sus hijos á sus pechos si se precia de cuerda, de cristiana y del nombre de madre que tiene con la hija que parió. Lo segundo, porque su mismo ser y sustancia, y la misma ley natural, le ha de llevar con el amor de madre á desear que se le parezca y imite en las costumbres; porque lo más ordinario es que las hijas parezcan á las madres en las costumbres, como lo tocó admirablemente Juan de Platea en el proemio de sus *Constituciones,* suponiendo que lo que la madre buena enseñare al hijo ó á la hija será bueno, y la hija será bien que imite á la buena madre, y aún allá el proverbio nos lo advierte y está dando voces: «De buen sarmiento, buena viña; y de buena madre, buena hija». Y así Aristóteles, en aquellas leyes que hizo en el primero de su *Económica,* en el capítulo IV, de cómo habían de ser las buenas mujeres, entre otras condiciones que pone á la mujer, es una el preciarse de buena madre. No permite que la madre que quiere sacar y criar buenas hijas las aparte ni deje de su lado un solo instante. ¿Cómo admitiera la

condición en la madre piadosa de que quitara de sus pechos á la hija que parió, para que la criara y alimentara otra mujer? Ni es razón que en esto se desprecien las madres que parieron por ser mujeres principales y poderosas, pues esto lo pueden hacer con recato; porque como decía un hombre cuerdo (y decía bien) nadie parece mal en su oficio, y el oficio de la madre es criar á sus pechos á sus hijos, como lo enseñan las leyes humanas y divinas, demás de que se han tocado con las manos, según enseña la experiencia, los notables inconvenientes y daños que se siguen de criar ajenas madres á los hijos y hijas que no parieron. Y si las fieras, animales agrestes y rústicas, se dejan hacer pedazos antes que dejar apartar de sus cuevas y nidos á sus hijos, ¿por qué las madres, con uso de razón sobre la compasión natural, han de permitir la crueldad que no admiten ni consienten las bestias fieras en cuanto son madres? Y júntese á esto la grande lástima de que una hija que parió madre principal y bien morigerada, por quitársela de los pechos y ponerla á los de una mujercilla ordinaria, de ruln nacimiento y peores costumbres, mamen en la leche quizá algo de lo malo de aquellos ruines pechos y sangre.

—A esto (replicó el caballero), no me parece á mí, aunque sé poca filosofía, que si la niña fué concebida en las entrañas de la madre principal y honrada, ha de venir á degenerar tanto de

aquella carne y sangre de que es hecha, que siendo buena salga ruin y mala; demás de que todo esto se remedie con que llegando á los años de discreción tenga esta tal niña buenas amas y ayas cristianas y cuerdas, buenas amigas y vecinas con quien conversar, y entonces podrá la madre que la parió, en cuyo poder ha de volver á hacer el oficio de madre honrada y cristiana, enseñándola á ella por sí ó imponiéndola en tales manos, que el buen ejemplo, la buena doctrina la obliguen á vivir como quien es, y á no desdecir de hija de quien nació.

A esto respondió el filósofo:

—Todo esto que dice v. m. me parece bien, buena la razón, pero no suficiente para que salga tal hija, como deseamos. Es verdad que es doctrina verdadera, llana y corriente, y supuesto que Dios es autor de todo y El infunde el alma racional en aquel cuerpezuelo de la niña que está engendrada en las entrañas de la madre; que á su oculto y alto juicio se ha de remitir el progreso y suceso de esta tal hija, que en el tiempo de que llegue á tener el uso de razón le será importantísimo la buena compañía, la buena vecindad, los consejos de la buena madre y el ejemplo del buen padre. Todo esto está bien advertido, y nada de esto no hagamos; pero témese, y con razón, que aquello bueno le viene de casta, y es bueno de suyo no pierda algo de ello mamando mala leche. Porque si hemos de creer á Aristó-

teles, en el libro III de la *Historia de los animales,* en el capítulo XX, y con él á los más de los maestros de la filosofía y medicina, sobre este lugar, la leche que naturaleza dió á los pechos de la madre, la cual, según el mismo Aristóteles, en el libro IV de la *Generación de los animales*, en el capítulo VIII, no es sangre corrompida, sino sangre cuajada, convertida en leche; y así Aristóteles reprueba la opinión de Empédocles, y confiesa haberse engañado en la opinión contraria, y esta leche alimento es; nutriéndose y alimentándose de ella la hija se ha de convertir en sustancia y engendrar buenos ó malos humores, según fuese el nutrimiento. Todo lo cual ha de resultar en provecho ó daño de quien se nutra ó alimente; y no puede el mal humor pegar buena disposición, y la mala disposición no anda muy hermanada con la buena inclinación. No digo, absolutamente hablando, que todos los sucesos malos ó buenos que vemos, ni nacen ni se originan de aquí, ni esta es su causa principal, ni aun en el vigor, ni en el rigor, si apretamos mucho la filosofía, le podemos dar otro nombre que algunos le dan cuando admiten ésta. Entre una de las causas á que llaman no totales, parciales, porque, como dije al principio, todo esto se ha de remitir á los ocultos juicios de la incomprensible providencia de Dios. Pero hablando (como dicen) de las tejas abajo, muchos daños y males hemos visto suceder en hijas de ma-

dres honradas que criaron amas y mujercillas de ruines nacimientos; yo á lo menos podré referir á vs. ms., pues me he obligado á traer casos y sucesos á propósito de esta materia, el que me refirió cierta persona, que así por ser quien era y en el oficio que estaba puesta, se podía dar crédito, el cual pasó así.

Relación del caso peregrino y extraordinario de las dos Isabelas.

VIVIERON en Sevilla, ciudad conocida en estos reinos, así por la grandeza de su población, calidad y cantidad de sus aventajados moradores, como por la gran copia de riqueza que le comunican las Indias, un hidalgo principal y rico y una mujer noble, casados días había, sin hijos ni sucesión. Estaban lastimados, doliéndose de semejante esterilidad, por ser llamado cada uno de ellos de por sí á dos vínculos y mayorazgos no de pequeña cantidad, por diferentes ascendientes y troncos.

Al fin, tras este desconsuelo, se siguió el consuelo y alivio de sus penas, que fué el darles Dios una hija. La señora, aunque algo mayor, con todo eso se hallaba en años y con salud para poderla criar á sus pechos; pero usando de los melindres y ceremonias de las damas de este tiempo, que anteponen su gusto, la limpieza de sus galas al bien y provecho de la crianza de sus hijas y les parece que desdice el nombre de la

filatería y damería del traer pechos, el ensuciar vestidos, les cansa el oir llorar niños, el empañarlos y envolverlos, ni quieren en su sala ni cerca de sí ver cunas ni mecedores, porque les parecen incompatibles los estrados y tarimas ocupados y enriquecidos de cojines bordados y de taraceados escritorios, con las cunas de los niños y los camastros de las camas aldeanas, y está tal el tiempo, que aun esto les ofende; y así, siguiéndose esta dama de Sevilla por el corriente que las demás, no quiso criar á sus pechos á su hija, á quien pusieron en el bautismo por nombre Isabela, por haberlo sido de una bisabuela suya, flamenca de nación; antes la encomendó y remitió su crianza á una mujer ordinaria que vivía en Castilleja de la Cuesta, que es aun no una legua de la ciudad.

Esta aldeana, cuyo nombre era Andrea, había parido otra niña así por el mismo tiempo que doña Juliana parió á su Isabela, que así se llamaba la señora; pero codiciosa de la ganancia dió á criar su hija á otra y púsose á criar la ajena. Llegóse al tiempo de quitarla del pecho, y como la hubiese cobrado notable afición y la tuviese ya más amor que á la propia que la había parido (á quien también en el bautismo había puesto Isabel por nombre), determinóse á una resolución notable, y fué que cuando llegó la ocasión de entregarla á sus padres dar la Isabel que había parido por la que le dieron á criar.

Dos dificultades se ofrecen aquí á que satisfacer. La una es el cómo se pudo persuadir aquí, sin que se entendiese el engaño, si saldría con lo que pretendía, que era trocar una hija por otra; es á saber: la que había parido por la que criaba en confianza. Y lo segundo es qué motivo pudo tener en dar la hija que había salido de sus entrañas por la que no parió ni tenía parentesco con ella. A todo lo cual se responde que estos son los inconvenientes, entre otros muchos, que trae tras de sí el no criar las madres á las hijas que parieron á sus mismos pechos, porque como no las ven á menudo, no sólo van perdiendo del amor que las tenían, pero las van desconociendo, deslumbrándose de la fisonomía y señales del rostro, de la voz, de las lagrimillas, de los suspiros, del aire y movimiento de sus acciones, hasta de la estatura y color, que crece y se muda por momentos en los niños; y así, sin mucha dificultad, salió Andrea con olvidar su propia hija y poderse quedar con la hija de doña Juliana.

Ni esta señora tampoco reparó en el daño que le hacían, porque como atendía más á los colores de sus galas que á las señales de su hija, con pocos lances que se echaron de parte de la cautelosa Andrea la hicieron á la descuidada Juliana perder la hija que parió y recibir en su lugar la villana y ajena, y pienso que lo que pudo mover á esta labradora rústica cuanto maliciosa, de-

más de las razones dichas, á trocar la hija, fué el parecerle que en algún tiempo podría venir á tener mejor suerte ésta que la suya, por ser de mejor casta y mejor sangre, ó ya presumiese que muriendo los padres podría quitarse la máscara y descubrir el enredo, ó por ventura se llegó á extender la malicia y la codicia á creer que ésta vendría á ser más hermosa y más discreta que la suya, y, por el consiguiente, más servida y más estimada, que es tal la desdicha de estos siglos que ya las ruines madres hacen trato el tener hijas hermosas.

Como quiera que esto sea, el engaño del trueco pasó tan adelante, que la Isabela á secas de Castilleja pasó por doña Isabel, querida de sus padres y estimada de toda Sevilla. Ibanse descubriendo en esta aldeana, injerta en señora, de cuando en cuando algunos malos resabios y rateras inclinaciones; hacíase mal al estar en estrado sobre bordados cojines y moríase por vivir en la cocina y en la caballeriza, porque se cumpliese en ella la verdad de aquel proverbio antiguo que dice: «Bien haya quien á los suyos parece», porque de sus dos abuelos el paterno había sido pastelero, y el materno lacayo y mozo de caballos.

Llevaban esto sus padres que lo pensaban ser con grande dolor y desconsuelo, especialmente la madre cuando en las visitas de otras señoras y damas la veían reirse descompuestamente y

la oían mover pláticas indignas de una doncella cuerda y principal.

A todos estos trabajos se le ajuntaron otros no menores, porque se le sintieron no sé que amorcillos á hurto con cierto criado de casa, que era menos que paje y poco más que lacayo, mozo de cámara de su padre; quiero decir, que servía al señor de aquella casa y familia de los más humildes ministerios de ella. Pasó esto tan adelante, sin poderlo remediar las notables diligencias que se hicieron, los encierros, los castigos y otras prevenciones semejantes á éstas, que la mozuela, llevada de su mal natural y baja inclinación, tuvo modo con que escaparse del encierro de los padres y ponerse en presencia del juez, que no era competente para estas causas; y careados los contrayentes, hallando las voluntades conformes, los casaron. Sintió esto de suerte el padre que pensaba serlo de la aldeana, que á poco tiempo, cargado de pena sobre sus achaques ordinarios, murió, quedando toda Sevilla lastimada de semejante suceso.

A este tiempo, en cuanto andaban estas cosas en la ciudad y se pleiteaban con la madre, ya viuda, sobre la entrega de la renta y mayorazgo al yerno, persona tan desigual, sucedió en Castillejo que la Isabela, hija de doña Juliana, que pensaba serlo de la engañosa Andrea, habiendo puesto en ella los ojos un hijo de un ciudadano muy rico que tenía allí una hacienda raíces, y

acudía á ver coger el pan y vino por recreación, se aficinó de ella, y una noche, con mano armada, la robó violentamente. Querellóse Andrea, prendieron al mancebo noble y vino la causa á Sevilla. Siguióse el pleito, y porque la doncella (1) de la palabra que decía haberle dado el mancebo de casarse con ella, debajo de cuyo seguro se rindió á su voluntad. Dábanle á Andrea y á su hija una grande suma de maravedíes, cantidad muy superior á lo que parecía merecer la calidad de unas aldeanas ocupadas en oficios serviles y mecánicos, digo hablando en lenguaje y estilo del foro judicial y contencioso; porque en el foro interior de la conciencia no es mi ánimo entremeterme aquí averiguar si, aunque sean las calidades desiguales de las personas, se satisface ó obliga á cumplir la palabra dada á casar. Lo que hace propósito del caso es que la Isabela respondió como noble, constante y varonilmente que ella se resistió hasta asegurarle que se casaría con ella el mancebo, que á no ser debajo de este supuesto y palabra no había hombre en la tierra nacido á quien ella se sujetara, aunque la quisiera más que á sí misma, por todos los demás respetos humanos imaginables ni aumentos posibles fuera de haber de ser su marido.

Admiráronse los jueces y medianeros de su hidalga y cristiana resolución, y el padre del man-

(1) Falta el verbo.

cebo, que demás de la grande hacienda que tenía por la ciudad traía por la mar dos navíos en trato, á trueque de ver libre al hijo del casamiento, ofrecía nuevas joyas y dádivas sin dolerle el dinero; pero nada bastaba con la honesta y honraba Isabela. Andrea, que le crecía el ojo con la hacienda y no sentía el deshonor de la hija que no parió, contenta con saber que la suya, aunque se había casado con un hombre de ruin gente, al fin había de heredar los mayorazgos de doña Juliana y su marido, estaba loca y desvanecidísima, y así apretaba á Isabela unas veces con ruegos y otras con amenazas á que desistiese del casamiento y tomase el dinero que le ofrecían; pero nada era poderoso con la cuerda y noble Isabela.

Estando las cosas en este estado entre los unos y los otros, Dios, Padre de clemencia y Juez rectísimo, permitió que cayese Andrea en una grave enfermedad tal, que los médicos corporales la declararon ser cierto el morirse, que tratase de la salud del alma, que de la del cuerpo no había que hacer caso. Afligióse notablemente; pero al fin, aconsejada por el confesor y deseosa de enmendar tan grandes yerros y descargar lo que pudiese su conciencia tan cargada, declaró, por el camino que pareció menos escandaloso, la verdad del trueco de las dos Isabelas, pidiendo á Dios misericordia y á doña Juliana, su madre, y á los demás parientes ofendidos, perdón; lo cual, hecho

jurídica y cristianamente, empezó á convalecer de la enfermedad.

Extendióse el caso, no sólo en Sevilla, pero por toda la Andalucía, y unos lo lloraron y otros lo rieron. Restituyóse la Isabela verdadera á su madre doña Juliana; casóse el mancebo noble con ella y heredó los mayorazgos. Volvióse la Isabela á su casa á ser lo que fué antes, hallándose casada con un hombre pobre, su igual, y echaron de ver, los que notaron en Sevilla sus bajas inclinaciones, sabida la verdad del caso, que no es falso en todo el proverbio y sentencia que dice que «Cada uno hace como quien es».

Ultimamente fué presa Andrea, y por no lastimar la sazón del fin del cuento no refiero el castigo que le fué dado por la atrocidad del delito cometido.

Concluyamos el caso con advertir y ponderar en qué peligros se ponen, de seguirse notables daños é inconvenientes, las madres que no crían á sus pechos á los hijos é hijas que parieron, especialmente siendo personas de noble sangre, fiándolas de los pechos de amas rústicas y gente común; si después, con afrenta suya, infamando sus honras y linajes les saliere á la cara lo que mamaron en los pechos ajenos, quéjense de sí mismas.

CONVERSACIÓN SEGUNDA

Del tomar estado.

El caballero, compañero del doctor, que se había hecho cargo de preguntar al Filósofo, teniendo ya más satisfacción del caudal de su ingenio, que hasta entonces le pidió dijese lo que sentía cerca del tomar estado, especialmente en el del matrimonio, porque este caballero era mozo y por casar; y don Juan y el doctor añadieron á esto que tendrían notable gusto de que esta segunda conversación empezase en esta materia, y habiéndose juntado oyentes que solían concurrir, viéndolos á todos atentos, el filósofo habló de esta manera:

—Si el recato y compostura de las obras, acciones y palabras de las mujeres tuvieran el lugar y punto que tuvieron en otras edades y siglos antes de estos nuestros tiempos, en alguna manera infelices en esto, no fuera menester dar nuevos consejos y descubrir nuevos caminos para él, con quién, cuándo y cómo se ha de tomar estado; hablo del matrimonio, que toca más

á nosotros los seculares, porque los del estado eclesiástico y monacal no hacen á nuestro intento y piden superiores maestros.

Del casarse digo: que antiguamente se miraba mucho, y era esto con tanto extremo, que Plutarco, en la *Vida de Solón*, y Diógenes Laercio, en las *Vidas de los filósofos*, libros IV y VI, dicen que muchos hombres muy cuerdos y discretos jamás quisieron casarse, y entre ellos refieren á Thales Milesio, á Solón, á Abión, á Antíshtenes y á Diógenes Cínico; y Brusonio, en el libro VII, capítulo XXII, dice que uno de estos filósofos hacía este silogismo: «Si te casas con mujer fea, ¿qué mayor desdicha que obligarte á mirarla con gusto? Y si te casas con mujer hermosa, ¿qué mayor tributo que obligarte á guardarla con cuidado?» Y aunque es verdad que esta regla no la hemos de admitir en todo, ni esta sentencia, mirada de más cerca, tiene la verdad que parece desde lejos, porque muchas mujeres hay hermosas que son cuanto hermosas honestas y cuerdas, y muchas mujeres feas dignas de ser amadas y estimadas por su grande gobierno y discreción, con todo eso, no sólo en estos tiempos donde se usa más de la libertad que convenía á las mujeres, pero en aquellos de la antigüedad que tanto floreció la clausura y recato de la mujer de menos suerte y obligación á ser cuerda, andaba ya válido aquel proverbio del otro cómico Terencio: «Que una mujer, poco más

ó menos, se diferencia una de otra en el mismo humor, inclinación y facilidad». Cierto, las mujeres, hablando por mayor, de terrible condición las hizo naturaleza; si son hermosas, ¡qué soberbias!; si son feas, ¡qué insufribles!; si de mejor linaje que el marido, ¡qué arrogantes!; si más ricas que aquel con quien se casaron, ¡qué pedigüeñas!; si discretas, ¡qué atrevidas!; si necias, ¡qué pesadas!; si mozas, ¡qué deseosas de saberlo todo!; si viejas, ¡qué notables en no fiarse ni creerse de nadie! Verdaderamente, si los hombres pudieran pasar sin las mujeres, pienso que pasaran con más quietud, aunque con menos consuelo y más soledad.

De todo hay también en los hombres que se casan: mal acondicionados, insufribles, descuidados de su familia, viciosos, deshonestos; pero al fin son hombres, y cuando los reprenden oyen, y cuando descubren su daño, muchas veces sacuden de sí su ceguedad; pero una mujer antojada, ¿en qué deshonras ó peligros repara si se resuelve?

Los hombres viciosos beben de la torpeza del deleite; pero la mujer deshonesta, embriágase y emborráchase. ¿Qué loca de atar hay como una mujer si se enoja? ¿Qué hombre lleno de vicio, arrojado en el lodo de la calle, hay como una mujer liviana, si una vez se deja llevar de la deshonestidad? ¿A qué marido teme? ¿A qué padre ó madre respeta? Y más ahora en estas mise-

rables edades de estos nuestros siglos y tiempos tan libres y noveleros, en quien las mujeres, sean viudas, sean doncellas ó casadas, todas van por la calle, y más gastan ellas los mantos que sus maridos las capas, y se tiene por caso de menos valer que se les pregunten adónde van ó de dónde vienen.

Pues ¿qué diremos de las desordenadas y excesivas galas que se les permite, aunque no las sufra la costilla del oficio y el grueso de la dote? Contábame un hombre de bien, de mediano oficio y hacienda, que eran tan excesivos los gastos de su casa en materia de galas, que habiendo mirado unos papeles y memorias que le había dejado su padre, ya difunto, de la hacienda que juntaron sus padres cuando se casaron, vino á sacar en limpio que gastaba su mujer cada año en listones de colores para los brazaletes de las manos, para las flores de los pechos y para los trenzados de la cabeza, más que había traído su madre de dote; y si esto ha llegado á nuestras aldeas y lugares cortos, ¿qué harán los grandes?

Dejo aparte estos inconvenientes, que son menudos; entro en otros mayores. ¿Cuándo se vió en el mundo lo que se ve ahora, con la facilidad que se casan las de ayer viudas y se descasan las de ayer casadas? Y ¡plega á Dios que esto vaya con la verdad y seguridad de conciencia que conviene y es necesario, que aquello ya se ve con la liviandad que se ejecuta, si no ha

pasado el tiempo de traer el luto y ya se arrastra la memoria de la voluntad y se vuelven las espaldas á las obligaciones! ¿Cómo ha de oler la casa á hombre cuando se dió ocasión para que saliera el humo del enojo por las chimeneas de los vecinos, si en dando el primero papirote ó levantando la voz un poco más de lo ordinario hay el criado perjuro y la criada participante en los mismos vicios que juren la fuerza, y el pobre juez apretado de lo que se alega y prueba haya de deshacer el nudo, que se entendió que no lo había de desatar sino la muerte? Allá se avengan: doctores tiene la Iglesia, que yo ya he dicho que no me subo de las tejas arriba.

Verdaderamente los gentiles á no sé qué de liviandad atribuían el casarse más de una vez; así lo afirma Valerio Máximo, libro II, capítulo I. Y hablando de las fiestas de la diosa Fatua, diosa de la Castidad, tocó en algo de esto Tito Livio en la *Década* 1.ª, en el libro X, y Juan Resino, en sus *Antigüedades romanas*, libro V, capítulo XXXVII; pero esto era en lenguaje de gentiles. De otra suerte hemos de hablar los cristianos, y mejor es casarse que abrasarse, ni tienen mejor reparo ni freno más concertado las ruines inclinaciones de nuestra flaca carne que el casarse quien conoce sus miserias.

Supuestas, pues, todas las cosas dichas, hablando en el lenguaje que pide la libertad que se usa en las mujeres y los gastos á que se obli-

ga el marido, á tres cosas que se me preguntaron, respondo otras tres.

A la primera, del cuándo se ha de tomar estado, digo: Que la mujer se ha de casar en sabiendo lo que es lavar su cara, y el hombre en sabiendo lo que es estimar su honra y sustentar su casa.

Al con quién se ha de casar, respondo: Que siendo posible, en primero lugar, cada uno con su igual y en tierra que de la suya esté más cerca.

Al cómo se ha de casar, respondo: Que desde que tenga uso de razón se lo empiece á encomendar á Dios; que anteponga la voluntad de sus padres á la suya, y que busque casamenteros que le traigan más virtud y honra que dineros; que el bueno ó mal linaje es inacabable en la memoria de los vecinos, y la mujer virtuosa y honesta acarrea á su marido y casa honor y reverencia. Y los dineros y la hacienda, cuando más os buscan más os dejan. Concluyo lo que tengo que decir cerca de esta materia: con que á los hombres mozos cásenlos sus padres cuando saliere la ocasión que les estuviese bien; pero las hijas mozas cásenlas sus padres y madres antes que lleguen á poder hacer cosa que les esté mal. Y para que se vea la verdad que tiene la opinión que defiendo, quiero referirles el suceso de una serrana de mi pueblo y los daños que le siguieron á ella y á su padre por no haberla casado con tiempo.

Relación del caso de Agueda la mal casada.

Vivía en Paredes de Buitrago un labrador rico, que se llamaba Martos. Este tenía una hija, cuyo nombre era Agueda, á quien dotó Dios de tanta hermosura, que no sólo de las aldeas circunvecinas, sino de otras tierras venían á verla, y tal vez, oyendo la fama de su buena cara, vi yo á algún caballero que pasaba de Burgos á Madrid y hurtó el cuerpo á la jornada de Buitrago, y vino á hacer las siete iglesias, pasando el río de Lozoya por la Puente del Villar por sólo entrar por Paredes y gozar un rato de la buena vista de Agueda. No hay más que decir ni que encarecer cuál era el nombre que en materia de hermosa tenía la mozuela de nuestra aldea, que un gentilhombre, nacido y criado en Madrid, más galán que cuerdo, pero persona que gastaba coche y daba libreas á criados, fué de manera á Paredes, disfrado con el hábito de gallinero, con dos acémilas, á comprar pollos y huevos, y le pareció tal, que ciego de sus amores y loco de la pasión que se había enseñoreado de él, des-

pués que la vió, hecha información de que aunque era muchacha en los años, en materia de cristiana vieja tenía asentada su opinión; para acabar de hacer el desatino bien hecho se quitó la máscara y dijo quién era, y se la pidió á su padre por mujer propia. ¡Tanto podía con los hombres más libres aquella peregrina cara, junta con no sé qué de un agrado, que la misma naturaleza no se olvidó de darle el donaire de la lengua!

Pues fué tan necio el testarudo aldeano, que pudiendo mejorar su linaje y casa, por no desarraigarse de cuatro cabras y dos vacas que corría obligación á dárselas al yerno, por serlo tan principal, dejó de hacer el casamiento y se pasó de sazón la moza, y le sucedieron las desgracias y quiebras en la hacienda, y aun en su honrilla, que ahora oiréis: que á la verdad, señores, las ventas y compras y los casamientos, los primeros son los mejores.

Con la resolución tan necia de Martos, el pobre amante se volvió melancólico á Madrid; y como era rico y heredado, y Madrid tiene más mujeres que ventanas las casas y empedrados las calles, no faltó quien le consoló á letra vista y emparentó con él con mucho gusto.

Pues la negra de Agueda, como su ventura, con esta fama que hubo de esta aventura de este don Quijote, la abundancia de yernos que hasta allí acudían á su padre como moscas á la miel,

poco á poco se fueron resfriando y Agueda haciéndose vieja. Acertó por sus pecados á venir al pueblo un mozuelo entre barbero y sacristán, que lo menos que sabía era de su oficio, glotón y jugador, holgazán, chocarrero, gran hombre de la vida bufónica. Y aunque no venía de la guerra, tan destrozadas, no las armas sino los vestidos, fué necesario que el concejo, á buena cuenta de las barbas que aún no había tundido, le vistiesen un paño basto.

Andaba en este tiempo corrida Agueda viendo que aún los mozos de la misma aldea que la solían rondar y festejar á fuer de su usanza, ya en el baile, ya en el olmo, ya en el prado, ya en la fuente, se pasaban sin volver los ojos aun á mirarla. La pobre, lastimada de esta caída de fortuna, pareciendo que era vengarse de los dichos pretendientes, empezó hacer [cara], aunque sobre falso, hablando con perdón, al referido barbero, el cual, como por todos caminos moría de hambre y olía un convite á tiro de mosquete, aceptó éste, pero con tanto tesón, que la pobre Agueda se vino á hallar, no sólo empeñada de casarse con él, pero preñada antes que lo estuviese, y lo que resultó de aquí fué que el mentecato del padre, de pura pena, de ver el mal empleo de su hija, murió de allí á pocos días, y el despepitado barbero se dió tan buena maña, viéndose dueño de todo, en despachar las cabras y vacas, que de todas ellas no quedó un pelo; y así obligado

de la necesidad, por no pedir á los que él había banqueteado en la taberna, se fué con Agueda, que ya tenía la cara más en cecina que en adobo, á vivir á Buitrago, y allí puso un miserable bodegón.

Y no pasaron muchos días que el caballero de Madrid, que había pretendido casar con ella, no pasase por allí á hacer cierta jornada á la vuelta de Francia, y como lo que se ha querido bien mal ó tarde se olvida, y por más disfrazado y mudado que esté se conoce con facilidad, vióla desde el mesón de enfrente adonde paraba; habióla, averiguó quién era, lastimóse de su desgracia, socorrióla con no sé qué dinero y fuése.

Agueda quedó tan corrida con la memoria de lo que pudo ser, si su padre quisiera, que dando un trascantón al marido anocheció y no amaneció, dejando viudo el bodegón de su aseo y limpieza; porque el marido pocos días lo estuvo, reparándose en casa de cierta vieja, su comadre, que cogidos los dos por la justicia, no sólo por el amancebamiento, sino por no sé qué hurtillos, la vieja dió una vista á las calles de Buitrago, con harta nieve y pellas, sobre un mal enalbardado asno, y el bodegonero fué á galeras. Mirá si valiera más casarla con tiempo, y así en mi tierra quedó el refrán de «Agueda la mal casada» y hoy dura.

—Yo os prometo (dijo el caballero) que dice tanta verdad el Filósofo de que se siguen nota-

bles daños de no dar los padres á sus hijas maridos con tiempo y cuando se las piden, que os diré lo que me sucedió cuando vivía en Madrid, viniendo por este camino de Buitrago, estando el rey Felipe III (q. e. e. g.) cerca de Burgos (1).

Yo salí de la corte á una particular ocupación, escasamente puede haber un año, y por ser el tiempo cuando hacía esta jornada el más riguroso del estio, porque era cuando el sol, según los señores astrólogos dicen, que sale del signo de Virgo, acabando de calentar ó enriquecer las últimas estrellas de la espiga que ponen en la mano á esta virgen.

Pasaba por estas tierras que el vulgo llama de Buitrago, si bien la misma villa está en la falda de ellas, señorío antiguo de la excelentísima casa del Infantado; pero por entrar demasiado el sol y no poder alcanzar, al tiempo que quisiera, lo alto del puerto, obligóme á retirarme á la mano derecha del camino, á unas quiebras que hacen aquellas vertientes de las aguas todavía á Castilla la Nueva.

Prometía el sitio apacibilidad, por estar ocupada la parte de él, la que era más llana, de algunos prados poblados de heno y otras hierbas comunes y á propósito para el pasto del ganado, á quien coronaban algunos robles y chopos en-

(1) Sin hacer división alguna, el autor pasa á referir una nueva y de sus más interesantes historias.

tretejidos. En uno de éstos hice apear á los criados, haciendo disponer un modo de camastro á lo campesino, y la comida, de que llevábamos lo suficiente con nosotros; ellos se ocupaban en esto, y yo, divertido con la variedad de los visos de aquellas faldas y cumbres, me embosqué entre los robles y me aparté de la gente de servicio un poco. Parecióme que era más de lo que convenía para volver á mi gente, cuando al querer dar la vuelta hirió mis oídos una voz como de mujer dada tan cerca de mí, que el torcer el cuerpo y el hallarme junto á ella fué todo uno cuando la descubrí, aunque me suspendió y arremetí á tenerla, porque se iba á despeñar sobre unos riscos que daban en lo profundo de un arroyo.

Con todo eso, no distrajo tanto la vista la turbación del ánimo que no pudiese hacerme dueño del cómo estaba ésta, que se iba á desesperar; porque tenía la mano siniestra sobre un pedazo de corteza de un árbol, hecho en forma de una tarjeta ó escudo. El pie diestro ya casi en el aire, derribada la parte del derecho hombro y entregada al viento la voz que la había oído, que era decir: «¡Adiós, mundo; adiós, obligaciones de honra, adiós!»

Abracéme con ella, retirándola á la parte por donde yo venía, cosa que, por ser tan estrecho el lugar, nos tuvo á entrambos á pique de caer en lo profundo del valle; pero al fin, habiéndome en esto con el tiento que pedía el lugar, vinimos

á quedar en parte segura, que teniéndola la persona que quería arrojarse, que era una mujer en traje de serrana, aunque su rostro prometía más que su hábito.

Luego que la ví en tierra, asegurado el cuerpo, aunque desmayada, porque se me quedó entre los brazos sin habla, procuré que volviese en sí, haciéndola, por no estar el agua cerca, algunos remedios con que con brevedad volvió. Animéla, aseguréla, preguntándola quién era y qué ocasión tuvo tan fuerte que la obligase á tan grande desesperación, siendo éste uno de los pecados más graves que una persona de razón cristiana puede cometer contra Dios su Creador, tan gran Padre y tan misericordioso juez para las criaturas que crió á su imagen y semejanza, que desconfianzar de su misericordia es poner duda en la verdad de su bondad. A esto volvió con algún sentimiento, y dando un profundo suspiro, dijo:

—El quién soy dura cosa será decirlo. La ocasión que me ha puesto en la que me hallasteis, en esta cortaza de árbol la hallaréis escrita: vedla, porque yo no estoy para decirla.

Yo puse luego los ojos en ella, y leyéndola vi que decía así:

Aquí murió quien viviera
si no oyera:
causa de su perdición,
en una conversación,
fué oir lo que no debiera.

Yo, que acababa de leer el epitafio, que aunque á lo tosco estaba hecho con particular cuidado, veo que el dármelo á leer fué quererme ocupar los ojos para salirse de entre mis manos, porque al punto que comencé á leerla se levantó y puso á huir la falda del monte arriba con tanta velocidad, que al instante la perdí de vista, hallándome imposibilitado de alcanzarla ni saber el fin de aquel extraordinario suceso.

Con todo, quedé tan lastimado y temeroso de alguna notable desgracia en aquellos años mozos y en aquella cara mejor que de aldea, que me determiné á posponer lo que me podía costar de trabajo el hallarla, y comencé á seguirla por la parte del monte que se había entrado, y quiso la buena fortuna suya y mía (que de los dos lo fué) que con mayor ánimo lo pudiese hacer, por haber llegado á este punto mis criados, á quien había puesto ya en cuidado mi tardanza, que diciéndoles que me siguiesen lo hicieron.

A poco trecho la alcanzamos; porque, aunque había corrido algún espacio de la falda de la tierra, no pudo ser tanta, por la aspereza del lugar, que no diésemos con ella. Detúvela, soseguéla, culpéla el arrojamiento de irse y dejarme, no por descortés, sino por resuelta. Al fin, persuadida de mis palabras, y obligada de mi término compasible, se vino conmigo hasta donde los criados tenían la comida y lo demás necesario apercibido, y allí la hice sentar, que, aun-

que como por fuerza, participó algo, no sólo del forastero hospedaje, pero del sustento prevenido tan de camino como su dueño lo estaba. Satisfizo la sed, que era lo que la fatigaba más, y retirados los criados, porque lo quiso ella así, adonde, si bien podían vernos no podían oirnos, dijo de esta suerte:

«Si supiera que había de ser tan buena mi dicha que refiriendo mi muerte acabara mi vida, con más gusto entrara á contarla y á darte la razón de ella. Yo soy (pues mi fortuna quiere que tengas noticia de lo que no soy y de lo que fuí) natural de la ciudad de Toledo; mi nombre doña Violante; fué, digo, el que me pusieron en la pila, y el que ahora tengo ha puesto la fortuna, que tantas vueltas ha dado en mis sucesos, es el de Narcisa.

Cuando nací en la casa de mis padres corrían parejas los aumentos de su hacienda y honra, porque en los puestos y ocupaciones en que los hubo menester aquella imperial república tuvieron los que gozan los caballeros y nobles, y en materia de hacienda eran sus posesiones aventajadas, y los que tenían las administraciones de ellas no pocos. Con estos felices principios corrieron los de mi crianza hasta los catorce años de mi edad (¡así, entonces, á uno de los muchos que me pedían por mujer me dieran mis padres!)

Pero como en esta vida no haya cosa que tenga consistencia ni segura estabilidad, habiendo

afianzado mi padre á dos parientes cercanos suyos en ciertas rentas reales de notable suma y cantidad, perdiéronse los principales y viniéronlo á pagar los fiadores; de modo que en cortos dos años se vino mi padre á ver tan pobre, que escasamente se le remitía de su hacienda un moderado sustento. Grande desdicha es venir de más á menos, y tan á menos como lo que voy diciendo; y tanta es mayor la pena cuanto es mayor la razón de sentirla.

Así fué en la que voy ponderando de mis padres, que, por la pérdida del descanso en que habían vivido, vinieron á morir; con que yo me hallé pobre y sin padres, con un hermano en edad para tomar estado. Este, lastimándose de los sucesos dichos, me puso en la casa de un hermano de nuestro padre en Madrid; y pareciéndole que para el estado en que me hallaba era razonable consuelo la casa y hacienda de mi tío, porque vivía muy rico y sin hijos, con el resguardo de este seguro tomó resolución de embarcarse para las Indias, como de hecho lo hizo, y de quien hasta hoy no se ha sabido más de que desembarcó sano y salvo en la ciudad de Cartagena, y de allí pasó á Lima.

Yo quedé con su ausencia más sola, si bien en la casa donde estaba tenía, no sólo pariente, sino padre en el señor de ella, con que en todo el barrio y vecindad era reputada por hija suya. Y aunque es verdad que dentro de su cuarto se vi-

vía con la clausura y recato que es costumbre en la de semejantes cortesanos, cuando se precian más de cristianos que de ricos, con todo esto, no nos podíamos extrañar tanto de los que vivían en los otros cuartos de la misma casa, que no nos obligase ser quienes eran á que comunicasen las nuestras y á que visitásemos las suyas. De aquí nacieron mis daños y aquí se originaron mis desdichas. ¡Ay de mí, que no sé por dónde me engolfe en tan grande mar como es el de la memoria de mis sucesos!

Tenía uno de los vecinos de nuestra casa por ocupación la agencia de muchos negocios muy graves de ciertos señores y príncipes extranjeros, causa de que acudiesen á ella con continuación diversidad de gente de todos estados y todas naciones. Hacíase allí conversación, de ordinario, de mil novedades, que en alguna manera entretenían, con que se pasaban las noches en el invierno y las fiestas en verano.

Allí, en compañía de doña Leonor (que era el nombre de la mujer de mi tío), oía los buenos sucesos y las notables desgracias de diversidad de personas y gentes.

Un día, entre otros, visitando á Casandra (nombre de la mujer del extranjero, nuestro vecino), hallamos á una mujer de hasta treinta años de edad, de hermosa presencia y gallardo rostro; el cuerpo adornado de las muchas galas y colores que usan las mujeres libres; pero el

corazón, á lo que mostraban los ojos, lleno de sentimientos y lástimas. Quisimos saber quién era y díjonos ser una mujer del reino de Sicilia y de buenos padres y parientes, y que un caballero mozo la había engañado, debajo de palabra de casarse con ella, y todas habían sido palabras de hombres mozos y enamorados. Porque después que consiguió lo que pretendía, hizo ausencia de su patria; pasóse á Flandes, siguió la guerra, y ella quedó burlada; por donde le fué forzoso ausentarse tras de él y seguir sus pasos; pero tan en vano, que en los Países Bajos, adonde le halló, aun socorrerla para sustentarse no quiso, demás de negarla la palabra dada de marido y las obligaciones en que le estaba de su honor; con que Laurima, que así dijo llamarse, por no dar en lo que otras mujeres mozas y libres, se retiró en casa de un gran señor de aquellos Estados á servir. Pero allí aun no la olvidó su mala fortuna; porque de aquella quietud en que vivía la había sacado un capitán y traídola á esta corte de España, adonde, permitiéndola algunas libertades, ella paró en lo que suelen las mujeres de razonable parecer, perseguidas y seguidas. Y habiendo sucedido, no sé qué celos, á causa suya, entre dos de sus grandes servidores, mató el uno al otro; y temerosa de que la justicia no diese con ella, venía á casa del marido de Casandra á que le diese no sé qué cantidad de dinero que tenía en su poder, para huirse

y desaparecer. Casandra hizo buen tercero; dióse lo que pedía, y fuése. ¡Oh, lo que hacen malos ejemplos y ruines conversaciones! Mayores estragos y ruinas causan en el tierno y mal experimentado corazón de una mujer moza que diez barras de veinte libras de hierro colado disparadas contra una muralla vieja.

Apenas se acabó de despedir Laurima de nosotros, que quedábamos juzgando diferentemente de sus mal afortunados sucesos, cuando, luego que ella volvió las espaldas, entraron un tropel de hombres, que en el que traían se echaba de ver que eran alguaciles, escribanos y corchetes que venían á prenderla. Hicieron harta notomía con la espía que traían de toda la casa; y entre los que más prisa daban á que pareciese era un mozo de poca edad, que confesaba ser algo pariente del que habían muerto por causa de Laurima. Este, culpando los alguaciles de poco diligentes, los dejó ir en su demanda, y se quedó muy melancólico y suspenso mirándome.

Yo no reparé en ello, y llegado á la hora de pasarnos doña Leonor, mi tía y yo á nuestro cuarto, nos fuimos, haciéndome él, al salir, una grande reverencia, en que yo por entonces reparé bien poco. ¡Ay de mí! Cuánto me valiera no haber oído aquella mujer ni haber visto aquel desalumbrado mozo; porque no parecía sino que las razones de la cortesanía estaban cavando en mi corazón y turbando la paz de mis pensamien-

tos, prometiéndome la fortuna extraordinaria sueños y quimeras; y juzgando yo que no es mujer la que no es servida y amada, y que ya era tiempo en que mi tío me diera estado y marido, pues aquella dama que había contado tantas desgracias, ni tenía mejor cara que yo, ni más años. Si yo fuera capaz del discurso que era razón, los mal afortunados casos de la extranjera, que me habían de servir de freno y miedo, me sirvieron de espuela y aguijón para desear ver y ser vista, amar y ser amada, y saber lo que era mundo, porque hasta allí no pareco que vivía en él. Todo lo trazó la ciega fortuna tan en mi daño como ahora veréis.

Aquel mancebo, pariente del muerto, dió en pasearme y rondarme; y últimamente, conociendo de mis ojos cuando le veía que no desagradecía su cuidado y voluntad, informado de la calidad de mi persona y de la grande hacienda de mi tío, don Sancho, que ésto era el nombre del mancebo, se determinó á pedirme por mujer, cosa que á mi tío y á mí nos estaba muy bien por todos los caminos imaginables.

Sabiendo yo el estado que esto tenía, di en favorecer por escrito y aun de palabra á don Sancho. ¡Oh, cuánto hubiera importado que mi tío se resolviera en darme por mujer al malogrado don Sancho! ¡Y cuánto han de mirar los padres y parientes que tienen á su cargo mujeres mozas de ponerlas con dueño, aun con razonable como-

didad, y más cuando el que pretende merece lo que pide! Porque de lo contrario, se ha visto seguirse notables daños y desdichas; y cuando no hubiera más que la mía, pudiera bastar para escarmiento de muchos siglos y edades.

Dió mi tío en hallar tantos defectos y faltas en don Sancho, nacido todo de su avaricia, siendo lo contrario la verdad, que mi don Sancho empezó á formar quejas de mi tío y á dármelas á mí por escrito, que á esta sazón estaba yo más enamorada dél que él de mí. Y así como ciega, y sin consejo, por no perderle, como le amaba, aventuré la honra por el gusto; y echando á las espaldas obligaciones, creyendo que lo que decía y escribía don Sancho todo era así, fiada en que apenas me vería en las manos de don Sancho cuando él y yo nos veríamos en las del cura de su parroquia para echarnos las bendiciones de la iglesia, informada de la casa de don Sancho, adonde ya vivía heredado y sin padres, aguardando á una noche que me pareció más á propósito por ser obscura, cogí no sé qué joyas y dineros, y dejé la casa de mi tío y me fuí á la casa de don Sancho. Bien temeraria resolución de una mujer ciega y loca, pero bien castigada por los propios filos con tantas penas, afrentas y desdichas como á éstas se siguieron, que las pudiera excusar todas mi cruel tío si diera el sí á don Sancho, de ser yo suya cuando él lo pidió.

Había un mes que don Sancho tenía el no de

mi tío, tras de otros cuatro que le había entretenido con palabras sin despedirle; y aunque el infelice don Sancho en aquel último mes de nuestros desgraciados amores estaba ya desconfiado, jamás dejaba de responder á los papeles que yo le escribía con muestras de voluntad; que junto eso al ver que ni me paseaba ni escribía como solía, por no perder del todo á don Sancho, me obligó á tomar la necia resolución referida, que harto fué necia la confianza de un hombre mozo, de quien no tenía el corazón en las manos como se echó de ver, porque cuando llegué á su casa la hallé toda alborozada, llena de alegría y parabienes. Y preguntando la razón, me dijeron que don Sancho acababa de hacer escrituras de casamiento con la hermana de un caballero vecino suyo. Aquí fué cuando yo acabé de perder toda la paciencia y aun el juicio. Y como si yo estuviera casada con don Sancho, subí á la cuadra adonde estaban haciéndose los conciertos y escrituras.

Iba yo disimulada con un vestido que me había puesto de un paje de mi tío, y por parecer más hombre, llevaba una mala espadilla sin vaina. Arremetí, pues, á don Sancho, y asiéndole de una ropa de tela de oro que tenía puesta, le empecé á decir que era un traidor falso; y arrojando el sombrero y mostrando como era mujer, publiqué á voces quién era mi tío, diciendo entre mil suspiros y lágrimas que don Sancho

me tenía dado palabra de marido y me la había de cumplir. Alborotáronse los que estaban en la sala, en los conciertos, y como mi tío era tan conocido en la corte, muchos se hicieron á mi parte y en mi favor, y otros al del nuevo cuñado don Sancho que había de ser; y esto con tan grande furia y fuego, que de palabras pesadas vinieron á las espadas desnudas.

Estaba el pobre don Sancho sin ella; y deseando apaciguarlos y quietarme á mí y satisfacerme, se encontró en medio de todos á tiempo que una punta de una espada, jamás se supo cúya, le pasó tan cerca del corazón, que sin decir ¡Jesús! cayó muerto en tierra, dejando dos mujeres viudas el que no fué marido de ninguna. ¿Qué haría la pobre Violante en esta ocasión? Porque en un punto la voz de la desgracia salió de casa á la calle, y no quedó justicia en la corte que no acudiese, prendiendo á cuantos encontraban.

Yo estaba llorando sobre el muerto don Sancho, pidiendo al cielo justicia de la traidora espada y mano que me había hecho viuda, cuando llegó un gentilhombre de buena edad y me puso en sus brazos por fuerza, sin bastar lo que yo me resistí, sacándome por una puerta falsa y pasándome á otra casa que, á lo que pareció, era suya; que todo lo pudo hacer entre la confusión y obscuridad de la noche, que puestos en ella y cerradas las puertas y avisados los criados, me pidió sosegase y quietase, diciéndome que se llamaba

Laurencio el rico, por serlo tanto, y deseoso de librarme de las manos de la justicia, porque me había cobrado afición y temía que mi vida corriese peligro por ser yo la promovedora de aquella pendencia, la fundamental causa de aquella muerte, que por eso había hecho aquel atrevimiento que le perdonase.

No sé decir cómo viví aquella noche, cercada de tantas desgracias y penas. Para no cansar, Laurencio me tuvo en sus casas algunos días y aun meses, sin que mi tío y la justicia pudiesen saber de mí por muchas diligencias que hicieron. ¡Terrible monstruo es la comunicación continua, y del ladrón que lo es de las puertas adentro nadie puede escaparse, pues ni haciendas ni honras viven seguras! De mí puedo decir que aunque han corrido por mí tantos sucesos, hoy es y no acabo de consolarme de la pérdida de don Sancho; al fin fué el amor primero que tuve. Pero pasemos con mis desdichas adelante, para acabarlas y acabar yo entre ellas.

Pareciéndole á Laurencio que en Madrid no estaba seguro, se determinó de venirse á una hacienda que tiene en estas montañas; y porque yo no me determinaba á seguirle, antes estaba con resolución de avisar á mi tío, viniese lo que viniese, para obligarme á su voluntad me dió palabra de casarse conmigo en el aldea, con que acabó de hacerse dueño de mi pobre honrilla, si alguna me había quedado.

No me mandéis pasar de aquí, sino dejadme en el estado en que me hallasteis, porque lo contrario será añadir crueldades á crueldades.

Venimos á su aldea, yo vestida de aldeana, con el nombre de Narcisa, porque este fué su gusto, y llegados á ella, no pasaron muchos meses que no fué avisada su mujer de todo, la cual estaba en Sevilla, porque el traidor era casado en aquella ciudad, con que abrevió su venida. Yo pensé perder el juicio sabido el caso. Y así como sin él, esta mañana que ella había de llegar, salí á este monte á tomar la resolución última que vistes.»

Véis aquí (dijo el caballero) qué de daños se siguen de que no se casen las mujeres mozas con tiempo y cuando les está bien.

A esto replicó don Juan:

—¿Pues quereisnos dejar sin saber el fin de la vida de esta mujer?

El caballero respondió:

—¿Para qué os le he de referir si ya le sabéis? Porque esta es la forastera con quien yo pasé por aquí años habrá, y acabó en aquel monasterio que á todos es notorio, santamente, con sentimiento de sus deudos y parientes, entre quien yo hice las reconciliadas amistades, habiéndola vuelto á Madrid.

CONVERSACION TERCERA

Del bueno y mal gobierno.

Habiendo visto don Juan y los demás que se llegaban á las conversaciones de su casa cuán grande era el talento del Filósofo del aldea y su capacidad suficiente para cualquiera géneros de materias que se ofreciesen, hizo instancia con el doctor, que lo era en entrambos derechos, que pidiese al filósofo tratase de las cosas de gobierno, y diese su parecer conforme á su dictamen y á lo que hubiese leído. Hízolo así el doctor, y viéndose el filósofo obligado, empezó de esta suerte:

—Ya, señores, es pedirme más y obligarme á más y querer que me engolfe en un mar, no de aguas muertas, sino de aguas vivas, en un pobre barco en quien con seguridad no se puede pasar la boca de la canal de un río, si bien es verdad que empeñado un hombre de bien una vez, mucho ha de mirar cómo vuelve el pie atrás. Haré lo que se me manda, sin quedar tan salido mi

crédito, que ni cumpla con algo de lo que hubiese prometido.

Si la suerte hubiese dado lugar y las ocupaciones y el tiempo, harto he deseado yo hacer unos grandes estudios sobre esta materia tan importante, y más hoy que nunca, en cualquiera república y en todos géneros de estados. No estoy tan dueño de la lengua latina como quisiera, ni me he de entremeter, que lo tengo prometido, en citar lugares de la Escritura Sagrada, ni á los doctores santos; porque además que esto fuera en mí, según lo profeso y hasta donde alcanzo, meter la hoz en mies ajena, de lo que he leído en mis filósofos, y en mis historias y libros de romance referiré lo que estuviese más fresco en la memoria, que para lo que hemos de tocar ya me acuerdo de que he visto á Francisco Petrarca, *De buena y mala fortuna, El carro de las donas, Reloj de príncipes, Preguntas y respuestas del marqués de Santillana* (1); los *Proverbios*, del Dr. Villalobos; de *La plaza del mundo* (2), del Garzón, traducida por el Dr. Figueroa; la *Filosofía moral de príncipes,* del Padre Juan de Torres, de la Compañía de Jesús. La *Filosofía moral del príncipe*, traducida de arábigo por

(1) Deben de ser las del almirante de Castilla y de Escobar, pues del marqués de Santillana no conocemos tal obra.

(2) Su verdadero título es *Plaza universal de todas ciencias y artes*, impresa en 1617.

Francisco de Gurumendi; las *Políticas,* de Bobadilla; los *Bocadillos de oro;* los *Proverbios,* de Juan de Barros; el *Libro del consejo y consejero,* de don Lorenzo Ramirez de Prado, y aquel librito de Fray Juan de Santa María, del Orden de San Francisco, de su *Política cristiana,* y la *Razón cristiana,* de Juan Botero, y otros que andan en romance impresos. Y sobre todo tuve dicha de haber á las manos las *Advertencias católicas y políticas,* que aún se están de mano, porque no las ha puesto en público el que las hizo, que es el Padre Maestro Remón de la Merced, que con breve y conciso estillo toca todo esto, en cuanto es suficiente para un buen gobierno; y así, recogiendo lo que más hace á nuestro propósito, digo así:

Del modo de gobierno y gobernar, el mejor es, sin que nadie sienta lo contrario, el que llaman monarquía, que es el gobierno de uno solo; es á saber: ó por un príncipe, ó por un rey, ó por un emperador; pero como este nombre de rey es más común, diremos de éste.

El rey, de regirse, se llamó así; y así el que rige bien, será buen rey. Mucho es el poder de un rey, y así ha de ser mucha su clemencia, mucha su justicia, mucha su liberalidad para con los que merecieren ser premiados, mucha su prudencia y sagacidad, porque todo lo bueno en el rey ha de ser mucho. Es el rey para con sus vasallos como el árbol para con la tierra donde

se cría, que agradecido del beneficio que de ella recibe, en invierno la abriga y en verano la hace sombra. Es el rey el piloto en el navío, porque por donde fueren sus inclinaciones y costumbres, irán las de sus vasallos. Si el rey es guerrero, todos son guerreros; si el rey da en algún género de vicio, dé por perdida toda su república. El rey es el médico de las enfermedades de sus vasallos; juzga á los ambiciosos y trata á los necesitados como á convalecientes.

El rey es como el pastor con sus ovejas; procúrelas apacentar en los floridos prados y fértiles tierras, dé su buen ejemplo, guárdelas del lobo de mala vecindad y mala doctrina. A la ovejuela flaca llévela en los hombros; á la oveja golosa y á la cabra espántele los oídos con la honda; y si no bastare, quiébrele con el cayado la pierna, que para esto le lleva en las manos. Ultimamente, el rey es el sol de su mundo, que á sus rayos no se ha de encubrir cosa, para premiar á lo bueno y castigar lo malo, haciendo dos oficios del sol, con unas mismas luces que derrite la cera y endurece el barro, premiando al bueno y castigando al malo, sin dejarse llevar de respetos ni pasiones humanas; que con un rey amado y tenido, es con lo que se suele conservar una monarquía casi infinitos siglos.

Yo me acuerdo que tenía en mi casa una pintura moral de cómo ha de ser el rey y su reino, que es ésta:

El alma y el cuerpo de un rey es su reino.

El alma y el cuerpo de un reino es su rey.

La cabeza de un rey, y en ella las niñas de sus ojos, es la defensa de la fe católica.

El corazón de un rey es la observancia de la ley de Dios y sus Mandamientos.

La comida y sustento con que se nutre y alimenta la vida de un rey son sus consejos y consejeros.

Los vestidos y adorno de la persona de un rey son sus embajadores.

Olvidábaseme de decir que las manos de un rey son sus soldados, y los pies de un rey sus dineros.

—Por cierto (dijo el doctor), vos habéis hablado, aunque brevemente, pero con razones sustanciales y claras, de lo que toca á un rey, y bien se os luce de los buenos originales de que sacastes este traslado y retrato; pero ¿qué sentís de los que aconsejan los príncipes?

—Más fácil (dijo el Filósofo) me parece que saldré de esta cuestión que de la pasada, porque á eso se responde: que siendo los consejos conforme al número de los Estados, y los consejeros capaces ó por teórica ó por práctica de lo que es necesario para la conservación y aumento de aquel género de estado y gente, ni se puede temer la desgracia ni ruina en aquella república.

—¿Qué sentís (replicó el caballero) de las personas que gobiernan, queríadeslas mozas ó ancianas?

—No sé qué os diga (respondió el Filósofo); porque importantísima es la experiencia, á quien todos llaman maestra de las cosas, y esa es hija de las canas. Pero ¿quién, por eso, ha de negar que en años verdes no puede haber ingenios floridos? Ya ha habido en todas edades en pocos años mucho seso y vivísimos ingenios, aunque en aniñados sujetos; pero si no está caduca la edad, siempre ha de ser preferida la experiencia, aunque no hay regla tan general que no tenga su excepción, que yo he visto en algunos de los lugares que he comunicado mozos discretos y viejos tontos.

—Y ¿qué diríades, si os pidiesen vuestro parecer y voto (dijo el doctor), de la multitud de leyes y estatutos en una grande república?

Y prosiguió diciendo el Filósofo:

—Nunca por mucho pan mal año. Las leyes, si son sustanciales, con ellas se conserva el gobierno, y aunque no sean muchas es necesario que haya muchos que las entiendan, porque jamás se perdió monarquía gobernada por sabios.

—También quiero yo saber de vos (dijo don Juan) qué hiciérades ó qué respondiérades si os pidieran vuestro parecer y voto sobre el permitir entretenimientos en las grandes repúblicas para que acudan á ellos la gente sobrada y ociosa, de que es forzoso que abunde aunque más se quiera remediar una corte y población grande.

—En esa materia (respondió el aldeano) en-

contradísimas opiniones he oído y leído. La verdad es que una república es como el cuerpo humano, que en la casa donde ha de habitar, si bien en primer lugar, de lo que necesita es de las partes en donde se conserva la salud humana, pero también es conveniente que tenga, aunque en lugar apartado, adonde se echen las inmundicias y basuras. No me parece mal la permisión, como sea con moderación. Salvo otro mejor parecer, á los entretenimientos y recreaciones del pueblo les diera yo el lugar que se les da á los pleitos perdidos, y en quien no hay justicia, aunque por alguna relación siniestra lleguen á alcanzar sentencia de posesión nunca la tienen de propiedad. Y así la permisión de los bailes, festines, juegos de manos, comedias, danzas y cosas de chacota y pasatiempo no habían de ser continuadas siempre, pero siempre han de estar á merced de quitarlas ó ponerlas cuando pareciere convenir á quien las permitió, que siempre me acuerdo de la fábula de Hisopo, de aquel rústico, que habiendo encontrado en el campo una culebra ya casi muerta con el rigor del frío del invierno, la trajo á su casa y la abrigó á su lumbre, y en lo que le pagó el hospedaje fué en matarle á él con su ponzoña. Y á este propósito quiero que sea el caso que me habéis de obligar que cuente.

A lo cual todos respondieron que se holgaban en extremo, y él prosiguió así.

Relación de la lastimosa pérdida del reino del rey Ebandro.

Una de las cosas importantes (dice Pedro Gregorio en su *República)* para la conservación de un reino y la estimación y reverencia que se debe tener á la persona de un rey, es que el rey se estime á sí mismo, represente la majestad de la grande dignidad de su oficio, hable poco y aquello muy sustancial, no salga de su palacio sino á cosas de consideración importantes al bien de su república, y si saliere á sus recreaciones y entretenimientos salga por donde sea visto de los menos; pero, sobre todo, lo que le importa es dentro ó fuera de su palacio ó corte ocuparse en ejercicios tales que no desdiga, aun en las cosas de más burlas, de la circunspección y modestia, de la entereza y majestad que pide siempre aquella grande dignidad rey, porque su ejemplo y su modo de vida y costumbres es para los demás como un original de donde han de sacar sus traslados, y su vida como un espejo, á cuya luz han de componer ó distraer sus buenas y ma-

las costumbres sus vasallos y súbditos. Porque de no ser tal el rey, como debe, y vivir como conviene, ni entretenerse como es razón, grandes y notables daños se han seguido á las mismas familias y casas reales y notables ruinas y asolamientos á los mayores reinos y monarquías, tales, que parecían prometerse una duración y firmeza inacabable; especialmente si el rey es dado á vicios y á chocarrerías y entretenimientos afrentosos, deshonorables y lascivos; y si no véase en qué pararon las grandezas del emperador Cómmodo, como refiere Herodiano, en el libro I de su *Historia,* por andar el mal emperador cercado de truhanes, representantes y gente chocarrera. Y lo que dice Suetonio en la *Vida de Domiciano,* y lo trae Trebelio Pollion en la *Vida de Galieno,* que por andarse este vicioso emperador oyendo comedias y truhanes, cazando moscas en su palacio, enlazando arañas y otros entretenimientos á este modo, con que vino á perderse en su tiempo tanta parte de lo mucho que tenía el imperio romano, que se rebelaron los scitas y se perdió Egipto y lo más de Francia. Y á este propósito de los daños que causan en los reinos, oid el caso que os he prometido.

En la parte más septentrional del imperio de Rusia, que hoy la posee el gran duque de Moscovia, reinaba en uno de aquellos reinos un rey mozo, heredado ya de sus padres difuntos, sin casar, llamado Ebandro. Éste salió tan inclina-

do á cosas de burlas y juegos, que á nadie premiaba ni honraba sino á gente perdida y ociosa, á los que le venían con novedades, á los que le inventaban nuevos juegos, á los que le lisonjeaban y mentían, á los que le componían versos en su alabanza y le representaban farsas de los blasones y hazañas de sus mayores.

De esta comunicación nació otro daño mayor: que el pobre rey, con la continuación de estos vanos ratos que siempre tenía á los oídos y á los ojos, se aficionó de una hija de aquellos chocarreros, bufones ó *salta-in-banqui*, como dice el italiano, que todo lo era el padre de Plácida, que así se llamaba la mozuela ó comedianta; y vino á ser ésta tan poderosa para con el pobre y ciego rey, que de otra cosa no gustaba que de oirla representar y verla danzar y bailar. Y si se había de negociar algo de consideración, ó en la paz ó la guerra, ora en el honor ó la hacienda, si no iba apadrinado del favor de Plácida en nada surtía efecto, y así vinieron á desestimar de suerte la persona del rey, sus gobernadores en la paz y sus capitanes en la guerra, que sus mandatos ni eran oídos ni obedecidos; y así cada vasallo, para hacer lo que quería, era rey en su casa y oficio.

Con esto se atrevieron á levantarse y rebelársele no sé qué personas poderosas que vivían en los últimos términos de su reino. De estas malas nuevas hizo bien poco caso el olvidado Ebandro,

porque á este tiempo le había parido un hijo la señora Plácida; tan poderosa ya con el engañado rey, que para festejar el nacimiento del hijo hizo á ciertos lisonjeros que le compusiesen una comedia ó farsa sobre unos sucesos amorosos de él y de su Plácida, la cual se representó en público, y para acabar de dar con la autoridad real en tierra, el mismo rey representó en ella, cosa que pareció tan mal al pueblo.

El poco amor que les había quedado con él se les volvió en odio y aborrecimiento; los que querían bien al rey, entre ellos un senador anciano, propuso á Ebandro cuánto le importaría á la estimación de su persona y á la conservación y buen gobierno de sus Estados que se casase y dejase la deshonesta conversación de Plácida, porque si duraba en ella había de ser su total ruina. No oyó mal á Grisando el rey, porque aunque estaba ciego y enamorado, tenía un claro entendimiento, y respondióle que se mirase lo que convenía, que él no faltaría de lo que viese estaba bien á su reino y también á su persona. Con esto se trató de ponerle en estado muy aprisa; pero viniendo esto á noticia de Plácida, volviendo su ira contra Grisando, hizo lo que ahora veréis.

Parlaba, á hurto de los amores del rey, cierto mozuelo con Plácida, también de su arte y menester, y viéndola tan válida del rey y tan rica, había deseado notablemente casar con ella, si

bien ella resistía, porque no se soñaba menos que reina, y á suceder mal, con un gran título de aquellos Estados; pero hallándose apretada de esta ocasión, llamó al galancete y le prometió de casar con él si mataba á Grisando. El mozo, que no deseaba otra cosa en este mundo que hacer algo en que la agradase para obligarla, aceptó el envite, y no se ocupaba en otra cosa que en desvelarse cómo quitase la vida al inocente é inculpable viejo.

Era esto á vuelta de aquellos años, cuando en lo último de Alemania la alta había salido aquella diabólica invención de la pólvora y tiros de fuego, y comunicóse antes á aquellas partes del Septentrión que á estas nuestras meridionales. Y así el amante cómico de Plácida, que mejor diremos trágico, andaba con un instrumento de éstos escondido, buscando ocasión para matar á Grisando sin ser visto, porque á serlo temía un notable castigo, respecto de ser, como era Grisando, una de las primeras personas en aquel reino y Estados, después de la del rey.

¡Oh lastimoso suceso! Cuando ha de venir un mal grande, ¿quién, ignorante dél, acertará á evitarle? Ya dije que el rey había oído bien á Grisando en materia de casarse, porque conocía que importaba así á él y á sus Estados, y sobre todo á su alma; pero como estaba tan ciego con aquella mujercilla deshonesta, y le tenía la carnal pasión y apetito tal, que con ser su rey la

temía y sentía más el desazonarla que el perder una provincia, ordenó á Grisando que se tratase del casamiento, pero sin que lo entendiese Plácida; y como no había cosa ni parte secreta ni reservada para ella en el Palacio real, de parecer de entrambos se hacían estas juntas de casamiento del rey en la casa de Grisando, adonde el rey Ebandro se pasaba á hurto y de secreto.

Andaba á esta sazón el matante de Grisando con muchas espías y avisos; y tuvo uno de que Grisando estaba gozando sobrecena del fresco de la noche y de la luz de la luna, en un mirador alto y descubierto que caia á un jardín de cierto cortesano, vecino de Grisando. Tenía comprado el mozuelo al dueño del jardín y obligándole á que callase en cualquier acontecimiento, pesando á oro la menor amistad que le hacía, porque lo daba en abundacia Plácida, como aquella que manejaba tanto. Con este seguro y libertad del dueño del jardín y el aviso dado, se puso el mozuelo entre unos arrayanes donde no podía ser visto, y se puso de propósito y casi á puntería á tirar á la cabeza de Grisando, que estaba descubierta á la parte del jardín, y hacía como un terrero para el tiro, con la escasa y confusa luz de la luna. Pues fué la desgracia que llegó el rey á ver á Grisando, y Grisando, haciendo la crianza que debía á tan gran huésped, bajó las rodillas al suelo, quedando solo el rey en pie, expuesto,

sin saber el tal peligro; que pensando el amiguillo de Plácida que ejecutaba el tiro en la cabeza de Grisando, dió en la del rey y le derribó muerto en tierra, que no lo quedó menos Grisando cuando sin poder socorrerle le vió expirar en sus brazos. Huyóse el matador, yendo con las nuevas á Plácida, de que dejaba muerto á su enemigo, siendo al contrario.

La desgracia del rey no pudo estar oculta, porque Grisando, sin saber lo que hacía, dió voces diciendo cómo habían muerto el rey á traición, con que se llenó la casa de luces y armas y de confusión y tropel, ni tardó en llegar á los oídos de Plácida el desengaño de la verdad. ¡Oh lo que hace una mujer mala nacida de mala sangre y ocupada en mal oficio! En vez de lastimarse del bien que había perdido, lloró la venganza que no había tomado, y urdió y tramó una de las mayores traiciones que jamás se vieron; porque se enlutó, y mostrando que era por la muerte del rey su sentimiento, salió dando gritos y despedazándose pidiendo justicia al cielo, diciendo que Grisando, por no querer casarse el rey con una hija que tenía, había hecho matarle á traición, cosa que apenas lo oyó el pueblo y vulgo cuando empezaron á poner fuego á las casas de Grisando y á matar á todos los que se llamaban sus parientes y deudos. Pero ordenó lo mejor el cielo, porque los que tenían el oficio de la justicia de corte, habiendo entrado á hacer averiguación

en el jardín, sacaron la verdad en limpio y traían preso al matador y á los demás cómplices, que juntándolos á Plácida fué hecha justicia de todos sin perdonar al hijillo que el rey había tenido en ella, y el reino vino á parar en las manos de los mismos rebelados y enemigos del rey. Tantos daños causa en un reino un rey descuidado y mal entretenido.

CONVERSACIÓN CUARTA

De la buena y mala fortuna.

IBANSE satisfaciendo tanto los oyentes del buen lenguaje y estilo del aldeano filósofo (1). El caballero á cuyo cargo estaba preguntarle, mirándole ya con otros ojos y haciendo concepto como de un hombre á quien Dios había dotado de un vivo natural y él había procurado no esconder el talento en la tierra, sino mejorándolo y granjeado con él, procurando desbastar lo tosco y pulir y bruñir, con el buril del continuo estudio y lección de buenos é importantes libros, la madera que parecía suave y á propósito para labrar en ella de talla y al torno cualquiera moldura ó follaje y aun la figura de más delicados perfiles y más escorzado relieve, y así le dijo:

—Perdonadme, señor Filósofo, que en verdad que en esta conversación me habéis de satisfacer una duda que siempre he tenido acerca de una materia no poco grave; y es que nunca acabo de

(1) También queda incompleto el sentido.

entender de raíz qué quieren decir con propiedad estas tres diferencias de vocablos: *hado, fortuna* y *caso*. Y qué es esto de tener uno buena ó mala *fortuna,* y haber nacido uno con aquel *hado* y suceder aquella cosa *acaso*. Declaradme estas tres diferencias de lenguajes, y qué verdad tiene este modo de significar lo que nos sucede en buena ó mala parte.

—Mucho me pedís (respondió el Filósofo). Porque eso excede á la capacidad de mi corto entendimiento; y esa materia es de superior grado y orden de los estudios que yo he hecho en la aldea en mis autores romancistas ó arromanzados, y traducidos en nuestra lengua vulgar de latina en que ellos escribieron. Porque en lo tocante á hado, fortuna y caso, diferentemente hemos de hablar los cristianos que hablaron los autores gentiles. Ni ellos alcanzaron entre las tinieblas de la gentilidad lo que á nosotros nos ha descubierto la luz de la fe. Ellos entendían que el hado era cosa inevitable, y nosotros sabemos que no hay hado ni fortuna; antes es cosa de juego y burla, porque los sucesos que vemos en el mundo, unos en favor de los hombres y otros en disfavor suyo, todos son ocultos y secretos caminos de los juicios de Dios, que en esta vida mortal no los alcanzamos. Y así un grande doctor dijo: «Que estos nombres hado y fortuna son hablillas de viejas ó invenciones de necios, que lo que se perdió, ó por su pereza ó poco sa-

ber, lo atribuyen á la fuerza del hado, á su mala estrella y á su corta fortuna».

No os niego yo la verdad filósofica y astrólogica de que los signos y planetas influyen en estos inferiores; pero no por eso hemos de confesar que es tan necesario que no se ponga encima de la inclinación natural el uso de la buena razón y la libertad del libre albedrío de que Dios dotó á la criatura hombre; y así me agrada mucho, en llegando á tratar de esto, el dicho del filósofo atheniense, que cualquiera puede ser oficial de sus buenas ó malas fortunas, aunque bien veo que mejor rodará uno una cuesta abajo que no cuesta arriba. Quiero decir que mucho hace la inclinación natural; pero tampoco vos, señor, me podéis negar la verdad, de que en su mano estuvo el echarse á rodar ó no; y así, hablando Plutarco, con ser un autor gentil de la buena fortuna de Alejandro Magno, en su misma *Vida,* en el libro II, se ve mucho de los que atribuyen en todas aquellas victorias y buenos sucesos (1); y Tito Livio, en la *Década* 1.ª, en el libro V, toca algo de esto, y Cornelio Tácito, en sus *Anales,* en el libro IV; pero era menester más tiempo y mayores estudios para resolver negocio tan grande; y así, á mí no me toca más de responder á vuestra tión y satisfacer á vuestra duda. Lo cual se hará hará fácilmente con una distinción, diciendo:

(1) Falta el complemento, que será «al hado».

Que lo que los gentiles llamaban hado, es lo que ahora en estas edades y siglos llamamos *estrella*. Ellos decían que su hado les compelía á aquello. Nosotros decimos, y con más verdad y propiedad, lo que Garcilaso dijo en un verso:

Que á aquella parte le inclinó su estrella.

De modo que aquel «compelía» es falso, como queda dicho, y aun el «inclinaba» es menester desmenuzarle bien para que sea seguro en el estilo cristiano, y si no leed al Padre Alejandro de los Angeles, de la Compañía de Jesús, prefecto de sus estudios en Roma, en el tratado que escribió contra los astrológos, y veréis cómo os hace encoger de hombros, y así os podéis contentar con que yo responda que hado casi es lo que la influencia en las causas segundas; pero como gobernadas y prevenidas con la determinación de la causa superior y primera, la fortuna no es más que la ejecución de los buenos ó malos sucesos. Y como vemos en el mundo muchas veces suceder las cosas bien á los que nos consta que viven mal, y no sabemos la razón que hay para que Dios, en cuya mano y poder está todo, permita tal vez que el malo esté válido y el bueno perseguido y arrinconado; como ignoramos la razón, aflígenos el suceso. La gentilidad atribuíalo á una cosa que no suponía nada. Dábale deidad y llamábale fortuna, y como veía estas permisiones, llamaba á la fortuna ciega; pero

nosotros, que somos cristianos y sabemos que estos son caminos escondidos que lleva la incomprensible providencia de Dios, hémosla de remitir á sus ocultos y soberanos juicios. Pero esto es lo que llama el mundo buena y mala fortuna en el hombre; porque veréis que se embarcan dos en el puerto de San Lúcar de Barrameda para las Indias, de una misma edad, en un mismo navío, iguales en la capacidad de los entendimientos, iguales en los favores. Desembarcan en el Perú, dan en una misma tierra, empleánse en un mismo trato y granjería. Están en las Indias los mismos años el uno que el otro, y el uno vuelve á España en camisa y el otro con cien mil pesos ensayados. ¿Quién entenderá esto? No hay sino dejarlo para verlo en la otra vida el cómo fué y por qué, que en ésta no se puede alcanzar.

A lo tercero que me preguntastes, que qué era acaso y suceder las cosas acaso, la misma dificultad tiene que lo que acabamos de decir; pero cierto que tal vez suceden á los hombres cosas sin buscarlas, ni aun sin pensarlas, que unas causan admiración y otras risa, y aun algunas lástima y sentimiento; y ése sucederá si lo que no esperó ni pensó, llamase *caso acaso*, y de ahí tomó el nombre; y es esto tanta verdad y me ha entretenido á mí esta materia tantas veces, que alguna, hallándome desocupado en la vida de la aldea, me puse á escribir acá en mi estilo

ordinario un librito que le intitulaba *Los casos acaso,* que son unos sucesos que parte tienen de ejemplo y parte de entretenimiento, y á no ser tarde casi os lo refiriera.

Don Juan, viendo que había callado el Filósofo y iba á responder el caballero, tomó la mano y dijo:

—Vos habéis respondido suficientemente á lo que os preguntaron, y yo os pido, cuan encarecidamente puedo, nos refiráis todo esto que escribisteis, si ya lo tenéis en la memoria.

—Sí tengo (dijo el aldeano). Y habiéndome conjurado de esa suerte, diré, no sólo los casos sucedidos acaso, pero el título con que empezaban, que es el siguiente:

Los casos acaso.

Los casos acaso van
con acuerdo prevenidos,
y si con él son leídos
fruto y provecho harán.
Aquí la dama, el galán,
el soldado, el estudiante,
el discreto, el ignorante,
verán como en un espejo
con tanto ejemplo y consejo
el desengaño bastante.

DEL CASO Y SUCESO PRIMERO

SENTENCIA

Aun en el mayor aprieto
el cuerdo no desespere;
antes, mientras viva, espere.

Vino de la Andalucía un mancebo á la Univerdad de Alcalá de Henares á estudiar una de las facultades á que más se inclinase. Era de gente de mediano estado, y habíale llevado sus padres Dios. Tenía mayores pensamientos que se podían prometer su mediana calidad y corta hacienda, y nació de aquí (junto el verse libre) el arrojarse á cosas mayores que fuera razón si con ellas se midiera; pero ¿qué caballo hay desbocado que así se precipite y despeñe como la juventud si no tiene quien la enfrene y vaya á la mano, que así la llamaron Séneca, en sus *Tragedias;* Juvenal, en sus *Sátiras,* y Horacio, en su *Arte poético?*

Luego que entró en Alcalá el nuevo estudiante dió muestras de la locura y aire que traía

encerrada en aquellos años verdes y pensamientos soñados; porque tomó un cuarto de casa que era capaz para que la habitase un hijo de un grande caballero y señor. Recibió dos criados y ama para que le acompañasen y aderezasen casa y comida. Ostentación superior á su estado é incompatible con la sustancia de su bolsa, porque ella no pedía más ruido de que se hiciese compañero de otros tres de los que llaman escolares, viviendo en un pobre patio; comiesen sesenta ollas al mes, sirviéndose á semanas unos á otros; pero á él se le olvidaron todos estos preceptos políticos y cuerdos, y con trescientos ó cuatrocientos reales que se hallaba en dinero le pareció que podía, no sólo gastar como queda dicho, sino conquistar á Argel; y con este supuesto, aunque falso, acompañábase ó acompañaba á los estudiantes más ricos.

Aceptaba convites, visitaba casas principales, y aun hacía sus presentes y ofertas, ganando con la voz y opinión que ya tenía de hombre rico y poderoso tanto seguro crédito en la calle Mayor, que es adonde se reduce el de los hombres de trato y granjería que toman hartas cosas fiadas en algunas cantidades importantes, para conservarse en el buen nombre y hábito que empezó. Y verdaderamente, si no tuviera de ambición y vanidad todo esto gran parte, el hidalgo ánimo, el aventajado corazón, no fuera tan culpable; pero la locura de su dueño lo deshacía todo.

La facultad que quiso estudiar fué la de cánones y leyes, que aun también hasta en esto gustó de mostrar; que ahora siguiese el hábito largo, ora la espada y capa, no se pensaba contentar con menos que una gran plaza y gobierno; que si la suerte le pusiese en tan aventajado lugar en sus estudios, que campeasen y hiciesen como él esperaba; que cuando la voz de las escuelas hiere con el eco en los oídos de príncipes en las Cortes, y el justo merecimiento pide el premio debido, el estudioso y virtuoso no se desvanece cuando se promete semejante aumentos, y graduado en la Universidad en primero grado, se gradúa él, con la seguridad de sus esperanzas, en el descanso y honor. Y cierto que si no tuviera nuestro estudiante tanto de esto que llaman *barreno,* el entendimiento de que Dios le había dotado era vivísimo y la memoria constantísima; dos cosas que no todas veces se hallan juntas en los hombres de ingenio, y aun casi las da por incompatibles el príncipe de la filosofía, Aristóteles, confesando que cuando el entendimiento es superior sólo puede hacer grande á la memoria su sobrado ejercicio y continua lección.

Llamábase este estudiante Paulo en el Andalucía, y púsose don Paulo en Castilla, porque no hay libra de fruta tan barata como la postura de un Don, aunque después, si se mira mejor, parece la comida de los dátiles, que con tan poca carne, aunque dulce, traen mucho hueso y jarrete;

y un Don en el nombre, con un mal vestido en el cuerpo, desdice tanto en la boca de quien lo pronuncia, mirando á Don Fulano tan roto, que á los compasivos provoca á llorar y á los mofadores á reir.

El señor don Paulo pasó su curso como pudo; y pienso que salió más cargado de deudas y trampas que aprovechado en las letras. Los que fían en una Universidad á los estudiantes, son como los que esperan el dinero de Indias, que en sucediendo desgracia en la flota, no hay gracia en las palabras, porque el que lo paga lo debe. Don Paulo había entretenido á sus acreedores con aquella voz ordinaria de «el arriero de mi tierra, hoy viene, mañana llega»; y como él no tenía quien le correspondiese allá si no iba y vendía lo poco que le había quedado de hacienda, no llegó tan presto el ordinario que él decía que esperaba como los plazos que tenía puestos.

Tenía buenos respetos don Paulo, y estaba ya pesaroso de haberse desvanecido, y quisiera haber entrado en Alcalá, no á mandar, sino á servir; y con este arrepentimiento se salía por las riberas de Henares, suspirando y lamentándose, haciendo trazas y desvelos cómo podría remediar sus trampas; y un día, entre otros, avisóle un amigo que no volviese al pueblo, antes se retirase y escondiese, porque el negocio de sus deudas estaba ya en manos de la justicia y el alguacil de escuelas había ido á prenderle; y no hallán-

dole en casa, teniendo noticia que estaba en el campo, venía con ánimo de llevarle preso, y que por eso él, como verdadero amigo, le venía á avisar para que se escondiese por un rato, y llegada la noche se miraría despacio adónde podría mudarse ó ausentarse.

El pobre don Paulo sintió notablemente este atropellamiento, y le turbó un poco el imaginarse ya en la cárcel, dando ocasión y abriendo puerta á algunos que no le querían bien á que hiciesen risa y conversación de su pobreza, pues tan presto había de ser notoria. Con esto, despidiéndose del estudiante que le había venido á dar este aviso, se emboscó por lo más espeso de aquellos álamos y olmos que están á la ribera del mismo río, y llegando á una parte que hacía como un bosquecillo y soto espeso, se entró en lo más interior dél, y no juzgándose aún por seguro, se subió á un álamo que estaba pobladísimo de rama y hoja, en donde, si no es mirando con mucha atención, no podía ser visto; y allí, lleno de melancolía, fatigándole la imaginación, pasaba, aunque mal, esperando que llegase la noche para descender del árbol é irse tan lejos de Alcalá, que jamás pudiese haber memoria de su nombre, aunque como tenía don Paulo buenos respetos, llegábale al alma que sus acreedores se quedasen sin su hacienda. Lloraba el haber sido loco, y pedía á Dios le descubriese camino para acertar á ser cuerdo de allí adelante.

Entre estas suspensiones y confusiones estaba en lo alto del árbol el afligido Paulo cuando sintió pasos, y volviendo con recato á ver lo que era, descubrió á un hombre de edad mayor y buen hábito, natural de la villa de Alcalá, á quien él conocía muy bien, que se llamaba Rosino, hombre que en sus mocedades había sido pobre y en pocos años entró en caudal y se hizo rico, con que pudo casar una hija con un hombre de letras, y poner en buen puesto á dos hijos que Dios le había dado, si ellos quisieran ser los que debían; pero uno dió en valiente y otro jugador, y así lo que el padre había adquirido y ganado con mucho estudio y trabajo y en el largo discurso de su vida (1), ellos lo iban disipando y perdiendo muy á la posta; por donde, conociendo el cauto y sagaz viejo que su hacienda iba camino de acabarse y faltarle aún para los pocos años que le podían quedar de vida, y más que se le había juntado á esta perdición el habérsele muerto la mujer, con que ya no tenía en su casa de quién fiarse, ni en cuyo poder tuviese á satisfacción un solo real seguro. Porque los traviesos y gastadores hijos las puertas le quebrantaban, las cerraduras de cofres y escritorios le falseaban y contrahacían, y el yerno y la hija y nietos, si tal vez venían á visitarle, no era tanto por verle como por llevarle al volver de ojos lo que

(1) Antes había dicho que «en pocos años».

podían, y así vivía como en campaña y entre enemigos. Con que hallándose con cosa de mil escudos en oro, le pareció reservarlos y esconderlos para la mayor necesidad en parte que no pudiesen tener noticia de ellos ni rastro alguno sus hijos ni yerno. Y con este fin é intento, llevándose el dinero consigo en una taleguilla de lienzo, dentro de otra bolsa ó pellejo de gato hecho á propósito, y ensebado y encerado para que no se pudiese corromper ó estragar, salió de Alcalá y se fué á lo más espeso de aquel pedazo de alameda, que está donde se junta Torote con Henares, que era adonde estaba escondido en el álamo ú olmo don Paulo; y mirando por todas partes si parecía gente, y viendo que todo estaba solo, sacó un cuchillo de monte, y con él, con grande sutileza, levantó cuatro ó cinco céspedes de tierra cubiertos de aquella hierba verde y mal ojo que suele haber en las riberas de los ríos adonde hay espesuras de árboles. Y haciendo un hoyo razonable, escondió el dinero, diciendo al echarlo en el hoyo: «Dios libre esto de malas manos, pues sabe para el buen fin que se sepulta y entierra, que es para si me viere en mi vejez tan pobre cuanto espero, no andar á pedir limosna de puerta en puerta, y también para que haya con qué decirme una misa cuando me muera; porque de estos malos y distraídos hijos no tengo confianza, que aún de eso han de hacer memoria». Con esto, apretó bien la tierra y volvió á poner

los céspedes de la superficie tan igualmente, que nadie hiciera diferencia de aquella parte las demás. Y porque con el tiempo y los varios sucesos que podían venir por él no le faltase la memoria, con el mismo cuchillo escribió en el álamo que estaba más junto, de letras mayores, como las que usan en los rótulos de las cátedras, sola esta palabra: *Aquí*. Y volvióse muy seguro á Alcalá de que lo quedaba su dinero.

El venturoso Paulo, que á todo había estado atento, dejó ir á Rosino, y se estuvo quedo en el árbol hasta que del todo anocheció; y fiado en la obscuridad de la noche que la hacía bien grande, se descolgó del árbol y fué con mucho tiento adonde le pareció que había enterrado el dinero Rosino, y al tercero paso dió con el depósito hecho, sin pensar acaso tan á propósito suyo. Sacó el talegón ó bolsa, y á buen tiempo contó quinientos doblones. Si bien por estar la noche obscura y no haber sido allí Paulo tratante en mercadería tan gruesa, no se acababan de determinar si eran reales, escudos ó cuartos de á dos; pero su fortuna, que había dado la vuelta y se iba declarando en su favor, no quiso que gozase aquel nuevo placer tan sobresaltado, y le socorrió con la claridad de la luna que empezó á salir, por ir ya la noche muy adelante y ser en tiempo que salía tarde y no se acababa hasta que el día empezaba á amanecer; á cuyo prestado resplandor y luz, satisfaciéndose Paulo de que todos eran

doblones, tomó prestada aquella buena partida de dinero, el plazo á volverla á su dueño, cuando tuviese con qué. Y porque en ninguna ocasión de desgracia pudiese haber aun testigos mudos del peregrino suceso y caso tan acaso, repartió los doblones en las dos faltriqueras y en un bolsón que traía al pecho más oloroso que bien adinerado, y el gato y talega de lienzo volvióloś á enterrar y á poner los céspedes como antes estaban, y con un cuchillo que traía en un estuche escribió estas palabras en el mismo álamo, prosiguiendo la que dejó escrita el despojado Rosino, en esta forma:

Aquí vino quien no vió
á quien le vió á lo que vino;
la fortuna abra camino
á volver lo que llevó.

En estas ocupaciones repentinas, menos pensadas que bien celebradas, se le pasó á Paulo buena parte de la noche, tanta, que cuando volvió en sí y se aseguró de que no le había visto nadie, empezaba á reir el aurora del nuevo día, y aun á reirse del mal aconsejado viejo, y á alegrarse con el bien afortunado Paulo; el cual, viéndose tan presto con tanto dinero, luego cayó en lo que le estaría bien hacer, y con este propósito atravesóse al camino que va de Madrid á Alcalá, y empezó á caminar por él con mucha diligencia. Y entrando en la villa se fué derecho

á su posada, que viéndole sus compañeros se enojaron con él grandemente, pues en vez de haber huído del peligro de que ellos entendían le habían sacado de caer en manos de la justicia, y morir en una cárcel según lo juzgaban, por imposibilitado de salir de tantas trampas y enredos, se volvía con tanto desenfado á entrar por la mitad de ellos y á dar como dicen venganza á sus enemigos. A esto él respondió con mucha risa abrazándolos, y les dijo:

«Sabed, amigos, que no soy tan pobre como me habéis juzgado, ni yo me empeñara en lo que no pudiera cumplir; hacienda tengo en mi tierra suficiente para sacarme del gasto que yo hago en Alcalá, sino que la corta diligencia de las personas á quien encargué de beneficiarla me habían hecho falta; pero como yo estos días pasados, apretado de mis acreedores, les envié á apretar y á amenazar que los ejecutaría y traería presos á esta Universidad, ellos, temiendo que no viniesen á ser más las costas que el principal, no sólo se resolvieron á enviarme doscientos y cincuenta escudos que rentan lo que ellos tienen mío este año, pero me envían adelantado el que viene. Esto se me enviaba con un propio, remitiendo el dinero á Madrid y desde allí á Alcalá, y yo iba con ánimo de ir á Madrid y despachar otro á mi tierra, y ha querido Dios que en la venta de Viveros esta noche he encontrado al hombre y al dinero; y así no hay que

temer á la justicia ni la cárcel, que el hombre traía alguna parte de ello en oro, y esa le he tomado y no me ha sufrido el corazón á esperarle, porque viene cansado y llegará tarde. Yo traigo aquí cincuenta doblones, y escasamente todo lo que yo debo llega á mil reales; por vuestra vida que cada uno por su parte vaya avisando á las personas que debo, porque aunque no he dormido en toda la noche, no he de pegar los ojos hasta haber pagado»; y con esto hizo muestra de la pequeña cantidad de los escudos que traía, porque la mucha no se hiciese sospechosa, y les repartió un doblón para que se regalasen y entretuviesen.

No pudieron los estudiantes y compañeros suyos, y los criados que antes había tenido, persuadirse á cosa en contrario de lo que decía, pues todo era contigible, y en Alcalá le habían visto gastar como rico y en su tierra no sabían si era pobre; y así, muy alegres fueron criados y compañeros á llamar á todas las personas á quien debía Paulo, que acudieron con tanta brevedad como gusto á hacerse pagados de lo que se permitían (1) pocas horas había con tanta verdad y en tan buena moneda.

Y hechas las pagas, Paulo dió en recogerse y estudiar, y ahorrar de gastos impertinentes

(1) Esta palabra debe de estar equivocada, pues no completa el sentido del período.

y ostentaciones y desvanecimientos, ocupando tan bien los seis años inmediatos que se siguieron á su vida y mocedad, repartiendo tan bien los nuevecientos escudos que le habían quedado, que sobrellevando el caudal ellos con otras inteligencias que tuvo se conservó en tan buen crédito, que toda Alcalá era suya, y sus estudios jurídicos se mejoraron tanto, que mereció llevar una cátedra de decreto por oposición; con que no faltó quien le amparase y socorriese y le hiciese tan buenas espaldas, que en pocos días se vió rico y honrado.

Siguió el camino de la abogacía y llegó á gozar por mujer una hija de un hombre de los hacendados de aquel lugar. Y viéndose don Paulo con holgada hacienda, crédito ganado y casa asentada, acordóse del dinero de Rosino; y como en conciencia debía, no sólo la cantidad, pero buena correspondencia al beneficio que había recibido con él, y así, haciendo diligencia para saber de Rosino, le vió que andaba pidiendo limosna: á tanto había llegado su necesidad. Y, según se informó don Paulo, el uno de los dos hijos se había muerto, y el otro, porfiando en sus travesuras, había venido á parar en la cárcel; y habiéndosele imputado dos muertes y no sé que hurtos de menor cuantía, estaba condenado á muerte de horca. Y era el caso que, como Rosino se hubiese visto en aprieto y necesidad, porque el yerno y la hija se habían ido á vivir á Sevi-

lla, viéndole tan pobre y que antes les había de pedir que dar, y los dos hijos lo habían puesto en tanto aprieto que no le habían dejado estaca en pared, él acudió, siéndole fuerza, á desenterrar el tesoro para valerse del socorro de los mil escudos, adonde, en vez de dinero, halló escrita en el árbol la copla que arriba queda referida. Por donde, conociendo que cuando lo escondió hubo quien lo vió y que los llevó con ánimo de que, si Dios le diese con qué, lo devolvería al pobre Rosino; después de haberse lamentado de su pérdida, viéndose sin otro favor que del cielo, muerto el un hijo y el otro para ello, y con tanta afrenta, encomendóse á las buenas gentes, y vivía de lo que le daban por Dios, pidiéndole siempre en sus oraciones que diese al que le había llevado su dinero con qué restituirle algo. Don Paulo, que le veía en este estado, para acudir tan cuerda como cristianamente á lo que le era en cargo, se le hizo un día encontradizo, y preguntándole cómo había venido á tanta pobreza, y habiéndosela referido Rosino, don Paulo le hizo instancia y se lo llevó consigo á su casa, diciendo que pues Dios no le había dado hijos, quería que fuesen sus herederos los pobres.

Vistióle, dióle un aposento aparte, donde viviese, señalándole para su comida una ordinaria razón. Supo de la desgracia del hijo que estaba en la cárcel, y tomó á su cargo su defensa; y como no hallase tan justificada la causa, ni tan

bien sustanciados los procesos que no se pudiese con segura conciencia emprender su libertad, hizo tanto con su ingenio y letras, que la sentencia de muerte se convirtió en destierro y en cierta cantidad de maravedís, los cuales don Pablo se obligó á juntar de limosna, aunque á la verdad él los dió de su bolsa.

Salió el hijo de Rosino á cumplir el destierro; y cansado de las travesuras de la mocedad, como aquel que había visto las orejas al lobo, dió en trabajar; y viéndole don Paulo tan otro del que era antes, le casó con una criada suya; y pareciéndole que la dote que dió á ella y al marido en la cárcel y al padre en su casa había satisfecho, no sólo al principal de los mil escudos, sino á los intereses que se pudieran haber seguido de ellos, honrándolos al padre, hijo y criada con darles, de más á más, una casa accesoria á la suya, en que viviesen, se fué desasiendo de las obligaciones en que se había empeñado; pero siempre mostrándose tan gran protector y favorecedor de aquella familia, que jamás los desamparó ni faltó, si bien hecho todo con tanta cordura y sagacidad que, aunque Rosino le contó muchas veces á don Paulo la desgracia de sus dineros, jamás se vió, ni semblante en su rostro, ni acción en su persona por donde pudiese conocer que era el que los había tomado.

CASO SEGUNDO

Nadie crea de ligero,
ó por locura ó ignorancia,
que el mirarlo es de importancia.

Vivía en una aldea de aquellas sierras de la montaña de Buitrago un labrador ó serrano, que todo podemos decírselo, mozo en edad, pero casado con mujer de años mayores. La desigualdad de las edades y aun de las condiciones causaba entre ellos una lastimosa y bien inquieta vida, especialmente en la mujer, que como el casamiento hubiese sido de su parte de ella por enamorada del buen talle del mozo, y de la parte de él por gozar de la mucha hacienda que poseía, y él diese en gastar y en aborrecerla y ella en lastimarse de la pérdida de su hacienda y en celarse de otras mujeres mozas á quien él visitaba, verdaderamente su modo de cohabitar y estar juntos era una perpetua guerra y continuada discordia; pero nada de esto era poderoso, aunque la pobre vieja veía desengaños notables á

sus ojos para que dejase de amar al marido tierna y entrañablemente.

Cierto que la filosofía amorosa, que enseña que cada igual ame á su igual y semejante, y que esta pasión de amar, que se apoya y asienta mejor en la sangre hirviendo y en los años mozos que no en las personas y corazones quebrantados con los trabajos y rendidos con los muchos años y tiempos que ya pasaron por ellos, que dijo bien, porque la mocedad toda es amar y hervir, toda es enloquecerse y pretender. Pero como esto es verdad, también lo es que si en un viejo de años decrépitos ó en una mujer ciega de alguna pasión entra ésta del amor y se arraiga de veras, peores son de curar estos locos que los otros. Porque si hemos de defender la opinión del otro poeta y filósofo que quería que consistiese el amar en apetecer lo que no tiene quien ama, como la ancianidad no tiene lo que halla en la juventud, fáltale brío, y hállalo; busca hermosura, y alcánzala; quiere deleite, y consíguelo; apetece regalo y ternura, y descúbrelo. Con eso no le sacarán á la vejez de esas Indias, con que se han encontrado en la mocedad los mayores desengaños y los peores escarmientos.

De aquí pienso que nacía que nuestra casada, que se llamaba Polonia, estuviese tan enamorada de su velado y marido, cuyo nombre era Pascual; pero él se daba por tan poco obligado del desvelo de Polonia, con que en su vestir y co-

mer cuidaba tanto, que se olvidaba de sí propia por acudir al olvidado dueño de su vida y hacienda. El como villano y bárbaro, áspero en la condición y rústico en la correspondencia; porque entre esta manera de gente el agradecimiento no es moneda que corre, ni saben que es deber si se les acuerda que es pagar. Aquellas su bestialidad y bruta conservación los entontece aún más con el uso que con la naturaleza, y por donde fueron los padres corren los hijos, y como lo que oyen es de bestias, y á lo que hablan bestias, y con quien comunican bestias, pégaseles el trato como de bestias, y cuando alguno sobresale de aquí, en vez de dar en saber da en temer y sospechar, porque su prudencia no es sino astucia y su sabiduría malicia.

De todo tenía Pascual, bien comido y más regalado; querido de su mujer y envidiado de sus vecinas. Dió en quererle una de ellas, llamada Brígida, moza rolliza, gruesa de facciones, de ojos grandes y tez morena, que para alabarla, á fuer de su territorio, era mujer que amasaba tres fanegas de pan un día y se comía la una.

Esta acudía á los prados, adonde llevaba Pascual sus bueyes, á llevar sus vacas; allí se decían motes, se referían consejas. Esto de la mucha conversación, aun en los muy cortesanos, ahorra de cortesías y hace desenvueltos á los cobardes, y no perdona á los labradores; si por allá reg la carne, por acá piedras, y el mu-

cho fuego también arde en la estopa por hilar como en el hilado. Pascual y Brígida vinieron á quererse, y si la seda y el brocado no saben encubrir al amor, ¿que ha de hacer el sayal, que tiene menos perejiles con que disfrazarlo? Y aun el amor urbano va por sus términos á la larga como la ejecución en bienes raíces; pero el amor de aldea es con resolución, como quínola al primer descarte.

Llegó este negocio á tanto rompimiento, que Polonia lo entendió, y fué tal la desesperación y rabia, que causó en ella el ponerle casi en el extremo de la vida. Convaleció de la enfermedad, que del rabioso accidente de los celos siempre padecía, porque tenía la causa presente en Brígida y á Pascual tan enamorado como siempre.

Esto llevó Polonia á no poder más, unas veces usando de medios suaves, regalando el marido y haciéndole los mejores tratamientos que ella alcanzaba. Y aun llegó á tanto el desear la pobre casada el acierto de este negocio, que se hizo amiga de Brígida y le pidió dejase á su marido en paz, mezclando algunas lágrimas que derramó en su presencia, como cumpliese lo que ya Brígida la había prometido, que era de no ver más á Pascual. Pero, á la verdad, ni del jugador, que lo tiene por vicio, ni á persona amante que ha hecho hábito de estar ciego, no se puede creer palabra ni afianzar seguro que prometa.

Cumplió Brígida tan mal lo que puso con Polonia, que antes se quejó al marido ajeno y galán propio pidiéndole venganza de haberse su mujer venido á su casa á darle quejas y pedirle celos. Indignado de nuevo Pascual con Polonia, la dió no sé qué torniscones, y empezó á desvergonzarse y á poner las manos en ella á menudo, que cuando llega sin ocasión la libertad y poder del marido á tanto rompimiento, ni hay que esperar de su cortesía ni con qué asegurarse de sus obligaciones.

Tal estaba la pobre Polonia de rendida y acabada con tantos golpes y malos tratos, que si no estuviera tan ciega y enamorada de su marido, hubiera tratado, como ya se lo aconsejaron, de apartarse dél, á lo menos de la cohabitación, que es lo que permite el derecho; pero ni para la necesidad bastan leyes, ni para el amor, cuando es de veras, causa razonable; y así la triste vivía muriendo, teniendo por alivio cualquiera palabra oída de la boca de su Pascual, como no fuese para maldecirla. Unas veces se volvía contra sí misma, diciendo que si no se casara tan vieja y con hombre tan mozo, que pudiera ser que no llevara tan mala vida; pero pues que ella lo buscó y lo quiso, que se tomase lo que se tenía, pues quiso y gustó de ser casada, cuando estaba más para la sepultura que para el tálamo. Y para acabarse de consolar una vez, remataba esta relación de desdichas y este proceso de desengaños con el

fin del pregón de los ahorcados: «Quien tal hizo que tal pague.»

Muchos días y meses vivió engolfada en este mar de pesadumbres la pobre Polonia, y jamás acabó de dar con todo el juicio al traste, hasta que pasando un día por delante de la puerta de Brígida, que era fiesta, y ella salía para ir al baile, como dicen, de veinticinco alfileres, volviendo á mirarla con atención, la vió al cuello, entre otras cosas de plata, un joyel que Pascual había dado á Polonia el día que se casaron; y habiéndole echado menos los días atrás, por haber sido dádiva de su esposo, y en semejante ocasión no osaba decir que le faltaba; pero viéndole sobre los pechos de Brígida, aquí se le acabó toda la paciencia y el seso, y cuando se acordó que cada día iba echando de menos muchas cosas en su casa y hacienda. Y con este testigo, aunque singular, dió por verdadera la información de que todo cuanto en su casa se desaparecía iba á la de Brígida.

Con esto Polonia se fué á la suya, y hallando al marido en ella, empezó á dar tan grandes gritos y voces, y él á responderla con tanta ira y cólera, que de las palabras vinieron á las manos, y alborotaron, no sólo la vecindad, pero todo el pueblo; y aunque á Pascual le obligaron los vecinos á sosegarse, reprendiéndole sus desórdenes, y amenazándole la justicia, como el negocio era público, con la pena y castigo de los adúlteros; pero á Po-

lonia no había hacerla callar, ni sosegarse, porque tras del mal de los celos se juntaba en ella otro, que es intolerable en los viejos, como dijo Aristóteles, en el libro IV de sus *Éticas*, que es el de la avaricia; porque ver ella gastar y disipar su hacienda con aquella mozuela, la había trastornado el juicio; de suerte que decía desatinos extraordinarios contra el marido, y entre otras plegarias y súplicas que hizo al cielo, empezó á decir: «Justicia venga para este traidor, porque si yo fuera ruin mujer como él es mal hombre, ya no me pudiera sufrir el mundo. Desdicha es esta grande para las mujeres casadas, que siendo en razón de pecado tan grave, el que comete el marido es adúltero, como la mujer que es adúltera; no sólo las leyes humanas hayan establecido tan desiguales y diferentes penas para el uno que para el otro, sino que también en la opinión de los hombres y del mundo es tenido por infame y afrentado el marido que tiene mujer adúltera, y no lo es la mujer que tiene el marido adúltero, tanto, que á ella se contenta el vulgo con llamarla desdichada y mal casada, pero á él le llaman ciervo, buey, venado y otros nombres ridículos y indignos de un hombre que sabe qué es honra. ¡Justicia del cielo y castigo venga de arriba para este traidor; y plega á Dios, enemigo, que puesto me haces padecer tanto, que los cuernos que yo había de tener los tengas tú, y que como por tus deshonestidades adúlteras yo

vengo á ser la vaca y el venado y el buey, que por milagro y justo castigo del cielo, antes que Dios amanezca, te conviertas en venado y en ciervo y que lo vean mis ojos!»

Pascual, oyéndola tantas locuras y desatinos, unas veces reía y otras rabiaba, hasta que cansada Polonia de dar voces y llorar, se quedó dormida sobre una mala camilla, en que se había echado. El marido, enfadado y aun corrido de lo que había sucedido el día antes, presente todo el pueblo, y viendo que ya no podía entrar en casa de Brígida, si no era á mucho peligro y riesgo de ser castigado por la justicia, y aun perseguido de sus parientes, tomó una resolución propia de un hombre tan apasionado como mal entendido, que fué irse y perder la tierra, pues le obligaban á perder el gusto; y reconociendo que su mujer dormía profundamente, quitándola las llaves sin que lo sintiese le abrió las arcas y le sacó unos realejos que ella tenía guardados, y se fué como á la mitad de la noche, dejándose la puerta de la casa de par en par abierta, porque al cerrarla hacía ruido, y no despertase Polonia y estorbase el emprendido viaje, con que tuvo lugar para irse y desaparecerse.

Es aquella tierra de suyo frigidísima, y suele hacer unos inviernos terribilísimos de nieves y hielos, y era esta noche una de las del mes de Diciembre, y habían caído y caían tantas nieves, que no sólo los animales domésticos, pero las fie-

ras campesinas y aves de rapiña, se suelen acoger á las casas de las aldeas y encerrarse debajo de los cobertizos de ellas, porque en lo despoblado se caen muertas á manadas. Habíase venido hacia lo poblado una banda de venados y ciervos á valerse del amparo de las casas de la aldea, y uno de ellos, de unas astas y cuernos bien grandes, como halló aquella puerta abierta, entróse á la cocina y echóse sobre la ceniza de la lumbre.

A este tiempo, ó poco después de como el ciervo entró, despertó Polonia, y como amaba tan tiernamente al desgraciado Pascual, quisiera que le hiciera alguna caricia, porque con cualquiera se desenojara. Pero conociendo su desgracia, y estando cierta de que si ella no empezaba á ablandarse él no se humanaría, empezó á llamarle y á decirle: «Ea, hermano, seamos amigos; perdóname, que como es tanto el amor que te tengo; han sido tantas las locuras que he dicho y he hecho». Pero como no le respondiese, toda alborotada y asustada se levantó, y acudiendo á la puerta y hallándola abierta, juzgó lo que era verdad, que se había ido, y persuadiéndose á que por ventura estaría en casa de Brígida, la volvió á cerrar con ánimo de encender luz, y no hallando al marido, llamar á la justicia y cogerlos juntos. Con esto se fué derecha al fuego para encenderlo, y la bestia que estaba allí echada, sintiendo sus pasos, se levantó, y por salirse la dió dos ó tres vueltas muy bien dadas. Ella, que al tocar los

cuernos vió y conoció que eran de ciervo, empezó á dar gritos y á pedir á Dios misericordia, creyendo que su maldición se había cumplido, y que su marido verdaderamente se había convertido en ciervo, no pudiendo caer en que realmente lo fuese, ni el modo y causa de haberse entrado allí; y así, teniéndolo por milagro, arrepentida de las maldiciones que había echado á su marido, desasiéndose como pudo del ciervo, bien aperreada de él, huyó hacia la puerta, y la abrió y salió dando gritos. El animal que vió luz por la puerta para salirse de la casa, salió tras ella. Aquí fué donde á Polonia se le acabó el ánimo, y pareciéndole que era el marido que la perseguía en aquella figura y forma, se cayó desmayada sobre la nieve, sin género de sentido, y como la frialdad era tanta, y ella estuviese tan descalabrada y maltratada con los muchos años, poco fué menester para que se le acabase la vida. Con todo eso, los vecinos, que habían despertado al ruido y voces, salieron de sus casas y llegaron á tiempo, que haciéndola los remedios imaginables, la ayudaron á volver algo en sí, con que pudo contar su desgracia; pero estaba tal, que sólo vivió lo que fué forzoso y necesario para acabar como cristiana.

Al fin murió Polonia, muerte que muchos la lloraron, aunque la malicia humana es tal, que si bien lloraron la muerte no faltó quien riese del suceso. Y siendo buscado su marido, y

avisado de él, no quiso volver jamás á su tierra, juzgándose por tan aborrecido como malquisto de los herederos de Polonia y de los parientes de Brígida, que desengañada de su olvidadizo amante, por quitarse de las malas lenguas y pagarle en la propia moneda, se casó con un boyerizo ó guardavacas, que vengó á Polonia, porque era el villanzote tan celoso y tan lleno de malicias, como le èran notorias las flaquezas pasadas de Brígida, no venía fiesta á mudar camisa, que por un hazte allá las pajas, como dicen, no la mudase á ella el pellejo de las espaldas á puros palos, tanto, que sobreviniéndole sobre una paliza un calenturón desaforado, acabó de repente, siguiendo los pasos de la celosa Polonia, todo originado y nacido del ruin principio de aquel desigual casamiento, aunque los mayores daños los trajo la facilidad en el creer Polonia tan fácilmente que su maldición se había cumplido y Pascual se había convertido en ciervo.

CASO TERCERO

El que quiera á otro engañar,
en pena de su pecado
suele ser él engañado.

En Barcelona, ciudad conocidísima, así por su nobleza como por su riqueza y hermoso sitio, quedó huérfano de sus padres un mancebo de claro entendimiento y gallarda disposición. Pero como naturaleza en algunas cosas falta, aquí sobró en la ambición y soberbia este hidalgo, pobre de bienes de fortuna y muy hacendado de desvanecidos pensamientos, porque los tenía extraordinarios, en razón de juzgar que no sólo en las tres coronas de Cataluña, Aragón y Valencia había hombre tan bien nacido como él, pero ni en las de Castilla, Andalucía y Portugal, ni en aquellos antiguos solares de las retiradas Vizcaya, Galicia y en las casas nombradas de la calificación de Navarra y montañas.

Era mayorazgo, pero pobrísimo, porque corriendo los tiempos con desigualdades, habían venido sus padres y abuelos á suma pobreza, ha-

biéndose quedado con solo los títulos y memorias de lo que fueron sus antepasados, como los vestidos de seda, que gastado el pelo á no poder más, descubren el fondo sobre que se fundó la tela, y ya que no son dicen quién fueron.

Quedó encargado este mancebo (más vano de lo que debiera ser) de dos hermanas; la mayor, hermosa por extremo, llamada doña Leonor; la segunda, por extremo fea, llamada doña Leonarda. Padecían todos notable miseria, si bien con el mayor recato y disimulo que les era posible. Porque don Sancho, que así se llamaba el mayorazgo y hermano de las dos, procuraba en lo exterior que todo sobraba en su casa, siendo verdad que era todo tan al revés, que cuando en las otras tocaban á acostarse, en la suya á buscar con qué desayunarse; pero no por esto jamás descahecía el ornato de las galas antiguas y vestidos de color para el campo y de camino; de negro y de rúa, aunque las sedas en sus labores decían que tenían más noticia de los tiempos del Cid que de los nuestros, y que se habían visto primero cubiertas de polvo que se descubrieran las Indias.

Con todo eso no faltaban sus criados para el señor, y sus dos esclavas y negras para las señoras, aunque en razón de vestidos tan desnudos, que ellas parecían unas indias y ellos unos adanes; con todo eso tenían callos en las rodillas las negras, de hincarlas en el estrado para dar los

recados, á fuer de la crianza de ahora sobre una alfombra de unas ruedas, por quien había dado tantas vueltas, si no la fortuna, á lo menos la vejez, que ya más parecía envés de las tablas de la tarima que ropa de por sí.

Así pasaba esta noble y pobre gente, aunque el don Sancho no por eso amainaba las velas de su vanidad y locura. Tenía por vecino pared y medio á otro mozo, también sin padres, muy rico, pero de desigual calidad, porque sus padres lo vinieron á ser tratando en cosas humildes y ordinarias, ya por mar ya por tierra, quizá allí con los barcos y acá con los mulos. Como quiera que sea, él gozaba y comía una hacienda floridísima; y como ya en el mundo no se hace estimación, sino del tener ó no tener, muchos la hacían de Petronio, que era este su nombre, en tanto grado, que ciudadanos antiguos le convidaban con sus hijas, por incorporar entre sus pocas ventas sus muchos ducados.

Petronio era cuerdo, y hallándose libre y sin pasión, no se atribuía más de lo que era debido; y como conocía los intentos de los que le pretendían desvanecer, guardaba sus dineros y disimulaba sus faltas, excusándose con que por entonces no tenía resolución de tomar estado; mas poco duró esta vida con tanta paz en el corazón de Petronio. Porque hallándose un día en una iglesia cerca de sus vecinas doña Leonor y doña Leonarda, la Leonarda, aunque era fea, la em-

pezó á parecer tan bien, que se le aficionó Petronio, y empezó á sentir lo que los nuevos amantes en la fervorosa edad de la juventud, que quisieran poner alas á sus pensamientos, y corrían la posta los medios de sus honestos fines para la ejecución de su deseo, que era de pedirla á su hermano; mas como conocía la locura del don Sancho, cuando más resuelto en hablarle claro, se quedaban á obscuras sus propósitos y se convertían en quimeras sus razones.

Con todo eso, como perseverase la pasión y conociese la pobreza de la casa donde deseaba entrar á gastar sus riquezas, parecióle buen camino ir obligando á don Sancho por éste, y así eligió uno bien extraordinario, excusando de que el hidalgo loco no se enojase si le acometía ó con dádivas ó préstamos, aunque los pudiera tener por ángeles, si Petronio se los ofreciera; antes lo hizo de otra suerte, que pasó un día á su casa habida licencia para hablarle, y le pidió que le guardase en ella, porque estarían más seguros, como más fuerte y menos visitada, ocho mil escudos en oro y plata.

Estimó don Sancho la confianza, y aunque empezó á poner inconvenientes del peligro, obligaciones en que se pone el que quiere guardar lo ajeno, con todo eso admitió el depósito, encargándole el secreto, y más cuando Petronio entre las palabras del agradecimiento al beneficio que decía hacérsele añadió éstas:

—Y cuando estos ocho mil escudos, señor don Sancho, ó los robasen á v. m. ó los gastasen, gloria á Dios que no se echaría menos en mi casa, adonde esta noche, sin las deudas sueltas en oro y plata y rentas asentadas y seguras, pasan de cien mil ducados los que Dios ha sido servido darme.

—¡Bendito sea él (respondió don Sancho), que aunque por acá no nos falta, no nos sobra tanto!

A esto replicó Petronio:

—V. m. está culpado en eso que se extraña tanto de quien desea servirle. Si las obligaciones apretaren, gaste v. m. esos, y avíseme, que lo que tengo yo es suyo.

Don Sancho se mostró agradecidísimo, aunque siempre mostrándose muy entero, sin confesar del todo la necesidad que pasaba.

Pasáronse los dineros á su casa, y pasaron muchos días que Petronio no le pidió cuenta de ellos; antes se trabó entre los dos una amistad notable, y Petronio, por obligar á Leonarda, que aunque no le venía de casta lo tenía de condición el ser liberal, fingiendo que le venían regalos de las aldeas donde tenía hacienda, lo hacía comprar á sus criados en la plaza, y lo enviaba á don Sancho, y éstas eran tantas cosas y con tanta continuación, que más era sustentarlo que regalarle.

De todo esto no estaba bien enterada Leonarda que se hacía por ella; antes entendía que por

la Leonor, como era tan hermosa y discreta. Mas como, por otra parte, conocía los altos pensamientos de su hermano, tampoco estaba bien cierta de la verdad de esta pretensión; sólo la una y la otra, y con ellas las criadas y criados, daban mil gracias á Dios de la amistad que don Sancho había fundado con Petronio, y veían el cielo abierto cuando entraba por las puertas de su casa, porque después que él venía á ella, comían ellas y ellos, y aun tenían otro pelo.

Murmurábase algo de esto ya en la ciudad, y porque antes que pasase adelante y se hiciese más público, Petronio, conocida la condición de don Sancho no le impidiese el entrar en su casa ni se perdiese lo servido, juntamente con salir sus deseos vanos, un día que se halló á solas con él, rompiendo con los inconvenientes imaginables, le dijo así:

—Yo, señor don Sancho, ha muchos días que deseo hablaros, muchos más de los que ha que he deseado acertar á serviros. Yo quisiera ser hijo de un gran príncipe en la sangre, aunque lo soy en mis buenos pensamientos. Vos sois quien sabe toda Cataluña. Vos lo mucho que vos propio sabéis, y yo lo poco que vos lo conocéis de mí. En vos hay hidalga sangre, y en mí hay hacienda rica; pero con todo eso, si yo emprendiera el correr parejas con vuestra antigüedad, siendo tan nuevos mis principios, pudiérais tenerme, y con razón, por loco y llamarme igno-

rante y necio, que me perdía de desvanecido. Más cuerdo soy que me juzgáis, siendo del talle que me véis; aunque sois tan principal, ya yo sé que no estáis tan sobrado que podáis dar á vuestras hermanas los maridos que ellas se merecen, aunque á vos, señor don Sancho, y á mi señora doña Leonor, vuestra hermana, demás de ser quien sois, vos tan discreto y galán, y ella tan cuerda y hermosa, ni á vos os ha de faltar un suegro caballero, ni á ella un marido señor de vasallos. De mi señora doña Leonarda es fuerza que dispongáis diferentemente; y aunque s. m. merece tanto, si yo valgo para excusar el entregarla, quizá contra su voluntad, al honrado depósito de un convento recogido, ó darla un marido viudo y viejo, aquí estoy yo, que la dotaré en cincuenta mil ducados, y en albricias y estrenas de la merced y favor que me haréis en esto, quédense los ocho mil ducados para guantes para vos, señor, y para mi señora doña Leonor.

Don Sancho le oyó con mucha atención, y después de pasadas muchas cortesías y agradecimientos, le respondió que se miraría en ello y hablaría á sus deudos y hermana, como era razón.

Con esto se despidió Petronio, y dando el negocio por hecho; pero era tan al revés, que no hubo vuelto las espaldas cuando don Sancho no o pudo sufrir que no llamase á tres ó á cuatro

mozos de su edad y humor, deudos suyos, y les comunicase el caso, haciendo grande risa y chacota, diciendo:

—¿No es bueno que este villano, de pared en medio de mi casa, le tenga tan desvanecido esa su hacendilla ganada á lo que todos sabéis, que se ha desvergonzado á pedirme á mi hermana doña Leonarda? ¡Por vida de quien soy, á fe de hijo de mis padres que estuve para mandar cerrar la puerta á mis criados y matarle á palos! ¿Yo mi hermana á ese pícaro? ¿Qué sería si le hubiesen ensoberbecido cualque niñerías que ha enviado, que se han recibido más por no parecer descorteses que no por hacer caso de ellas, que los criados y las esclavas se las han comido? ¿Cómo os parece que tome venganza de este villanzote harto de ajos, que habiendo sido sus abuelos lacayos de los míos, le hacen tan olvidadizo de quien es cuatro reales falsos que maneja, que quiere que yo le lleve á mi lado, y llamarse marido de mi hermana?

Y tras de esto, unas veces bufaba y pateaba de cólera, y otras hacía chacota y risa del negocio.

Ultimamente, de parecer de la junta y acuerdo de aquellos buenos juicios de tanta mocedad y locura, salió acordado que se le hiciese una burla pesada, la cual se puso en ejecución por este camino.

El don Sancho habló muy en secreto y á solas

con Petronio, y le dijo que él se confesaba agradecidísimo á su voluntad, obligado de sus muchas y buenas obras, y quisiera ser dueño de los ánimos y corazones de sus deudos y amigos, á los cuales había comunicado este negocio, y de ningún modo venían en él; sólo doña Leonarda parecía que no se disgustaría de que tuviese efecto. Y con esta resolución y seguro de ella, para que conociese que él era agradecido y hacía más de lo que podía de su parte, porque viese que era amigo de veras y que estimaba su parentesco, que cumpliendo con los deudos y parientes, el quería hacerle su cuñado, y la forma y modo había de ser ésta. Que él le señalaría puntualmente una noche y hora en que don Sancho se dejaría de industria y propósito la puerta de su casa abierta; que el aposento y cama donde doña Leonarda, su hermana, dormía estaba á tal mano de la casa, en tal cuadra. De todo lo cual le hizo cierto, de modo que no pudo errarlo; que entrase debajo del seguro de su palabra, que él se la daba de no ofenderle y se acostase en la cama de doña Leonarda, y que á las voces que diese su hermana él saldría con luces y criados, y alborotaría el barrio y vecindad, mostrándose tan enojado como ofendido, haciendo con la espada desnuda prueba de que su intento era matarle, pero que tuviese por su parte prevenida á la justicia para esta hora y ocasión para que entrasen con mano poderosa. Y ¡prendiéndolos á

todos, Petronio tuviese constancia y valor en decir que estaba con su mujer, que era doña Leonarda; que con esta confesión y satisfacción, aunque al principio se mostrase muy duro y áspero don Sancho, al fin vendria en que se casase y le perdonase; que le era forzoso usar de todas estas estratagemas é invenciones para satisfacer á sus parientes, y que no entendiesen que se había hecho con voluntad suya, sino á no poder más por reparar la afrenta y volver por el honor, y con aquel suceso había de venir á estar en la boca del vulgo sujeto al juicio que el pueblo quisiese hacer de él.

Las razones parecían tan verosímiles, y el modo con que las ofrecía don Sancho tan cortés y tan amigable, tan sin turbarse ni mudarse de color, que Petronio lo tuvo por tan cierto como si estuviera ya hecho. Y se confesó tan obligado de don Sancho, que no faltó sino echársele á los pies; pero como se resistiese don Sancho, al fin le dió licencia que le echase los brazos, y con ellos, que quiso que no quiso, una cadena de diamantes de valor de ochocientos escudos. Y con esto Petronio se despidió de él, yendo á prevenir la justicia y amigos para las doce de la noche siguiente, que era cuando habían determinado se pusiese en ejecución el trato hecho.

Dura ley del mundo en algunos corazones de los hombres mortales de tan ásperas entrañas y tan ruin correspondencia, que se dejan obligar

en sus trabajos y necesidades de los que se les dan por amigos, y pueden más que ellos, y que recibiendo cada día á manos abiertas montones de buenas obras, en llegando á haber menester que ellos usen de liberales en algo de aquello poco que tienen, ora sea de hacienda, ora de honor, que no sólo se muestren escasos con aquellos á quien deben todo el ser, la vida y honra que tienen, sino que los engañen y traten con fraude y dolo. Dura extrañeza es esta y terrible maldad, y así no es mucho que permita el cielo que por donde ellos pensaban engañar y afrentar, sean engañados y castigados, como se verá en este caso.

Luego que don Sancho se despidió de Petronio, escondiendo la cadena de los ojos de sus hermanas, llamó á doña Leonarda aparte, y la dijo: «Que él tenía necesidad de su aposento y cama por aquella noche; que desde las diez para adelante se fuese al de doña Leonor y durmiesen juntas, no dándole cuenta de esto, sino diciéndole que la noche antecedente había sentido no sé qué ruido en su aposento y que tenía miedo de dormir sola, y que por eso se pasaba al suyo». Tenía tan sujetas á estas sus hermanas don Sancho, que tras de no darlas de comer las daba muy mal trato, cosa bien indigna de un caballero y hombre. Porque á todas estas partes y condiciones le estaba mal el ser descortés y descompuesto con mujeres, y más con hermanas

tales; pero era nuestro don Sancho un retrato vivo de don Quijote, y así las hermanas jamás le replicaban á cosa que las mandase y dijese, porque temblaban de sus cóleras y arrojamientos. Y así, doña Leonarda, calló y le obedeció; y fué á esperar que llegase la noche y la hora para pasarse con su hermana. Don Sancho, apartándose de ella, llamó á una de las dos esclavas de casa, la más fea, y la dijo: «Que él quería ahorrarla y casarla con cierto mancebo galán del pueblo y darla con que viviese, y que la razón porque se movía á esto después la sabría; que se entrase en dando las once de la noche el reloj al aposento de doña Leonarda, y que hallaría desocupada su cama; que se acostase en ella y callase.»

La negra ni tuvo que responder ni que dudar; y así no se atrevió á decir más de que lo haría como se lo mandaba. Porque por más mal que le sucediese, le sucedería bien como saliese de aquel hospital honrado y emparedamiento ó encanto de libro de caballerías.

Sucedió, pues, que como llegase la hora, y doña Leonarda, sin haber prevenido á su hermana, se pasase á su aposento, siendo la doña Leonor tan terrible de condición como hermosa, lo llevó tan mal que se le viniese á su cama, que se salió de ella. Doña Leonarda, como era menor, y temía al hermano, no se atrevió á pasar á su cuarto y darle parte de esto. Y así, entre esta confusión y temor se quedó dormida. Doña Leo-

nor, de rabiosa é impaciente, se pasó al aposento de doña Leonarda, y juró que no había de volver al suyo hasta que lo supiese su hermano, y acostóse en la cama de su hermana.

La negra, que había de venir como se le había mandado allí, habiéndosele hecho grande novedad lo que le había mandado su amo que hiciese, lo comunicó con la otra negra su compañera, y le pidió consejo. La cual fué de parecer que no fuese; antes fingiese que se había dormido, que menos mal era que llevase una vuelta de palos por el descuido, que no que le sucediese alguna cosa en que perdiese la vida. Porque no podía entender adónde iban á parar tan grandes promesas, y más en un amo que jamás las había mostrado buena cara, ni dicho buena razón, desde que las heredara de sus difuntos padres. Juntando á esto el parecerles todo engaño, del prometer que le daría con que viviese, pues no lo tenía él para sí, que no eran tan bozales que no pudieron hacer este discurso, y con esto se estuvieron quedas en su mala camilla, sin osar la una ni la otra salir de ella.

Llegó al punto de las doce de la noche, y con ellas Petronio, á la puerta de don Sancho, acompañado de algunos ministros de justicia y de otros amigos de su edad, que venían bien armados y deseosos de sacarle de cualquiera peligro; y más, que él los tenía tan obligados á todos, que no hacían mucho, junto con que aquella nación y pro-

vincia tiene esto por excelencia: que el que llega á ser amigo de otro, lo es de veras. Y también al contrario, si hay razón para ello.

Petronio, con este seguro, tocó á la puerta y caminando sin detenerse, con ánimo y valor, al aposento que le había señalado don Sancho, cuya puerta también estaba sin echar la cerradura; porque doña Leonor, con el enojo que llevaba de su hermana, se le olvidó de cerrarla; la cual dormía á este tiempo tan profundamente, que pudo Petronio, habiendo acertado á la cama, entrarse con ella y pasarla á sus brazos, y hasta entonces no despertó; pero, sintiéndose tocar de otra persona, dió gritos.

Don Sancho, que estaba á la mira y tenía cuatro ó cinco mancebos de su humor, parientes y amigos, dentro de su sala, y los criados, con luces encendidas, para celebrar la burla y venganza, acudieron con grande grita y risa á ver la negra abrazada de Petronio; pero sucedió tan al revés, que hallaron á doña Leonor desnuda, derramando muchas lágrimas, dando voces y haciendo pedazos á Petronio por de sasirse de él, novedad que los espantó tanto á todos que casi no sabían de sí. Don Sancho se pasmó, y los parientes se helaron y corrieron. Doña Leonor gritaba y pedía justicia, y Petronio decía que estaba con su mujer, que no la hacía agravio; y no la dejaba que se le escapase, admirado de su resistencia, supuesto lo concertado con su hermano; pero

más se admiró cuando vió que era la hermosísima Leonor y no la fea Leonarda. Don Sancho, vuelto en sí, empezó á decir, con la espada en la mano:

—Esta es grande maldad y traición. ¡Oh, aleve hermana! ¡Oh, falso Petronio! A mis manos perderéis entrambos la vida.

Pero Petronio era hombre tan de hecho, demás de venir bien armado, que, poniendo y asegurando debajo del brazo siniestro á doña Leonor, sacó con el derecho una pistola de tres bocas, amenazando que se llevaría á tres de una bolada si no le oyesen.

Los parientes de don Sancho ni sabían si arremetiesen á matar á Petronio ó á su pariente, que entendían expresamente que los había engañado; y así, en todo parecía que estaba entre ellos la confusión del infierno mismo; pero nada pudo llegar á ejecución, porque á las primeras voces que se oyeron en la calle, porque algunas ventanas de estos aposentos caían á ella, entraron los amigos de Petronio, y hubiera entre los unos y los otros una cruel riza y matanza, si los ministros de justicia, que estaban prevenidos y esperaban á la puerta, fingiendo que pasaban de ronda y habían oído las voces, no entran y se pusieran de por medio; con que se dió lugar á que Petronio hablase y advirtiese que, como se había entrado, había sido por haberle dado palabra de casarse con él, iba á decir doña Leonarda; y como

vió que era doña Leonor la que tenía en las manos, calló, mudó de parecer, y añadió á las razones dichas:

—Si mi señora doña Leonor, con lo sucedido, no quiere ser mi mujer, depositela en parte segura la justicia; mírese en ello, que en todo quiero yo que se anteponga el gusto suyo y de don Sancho, mi señor y hermano que había de ser, á quien remito que diga lo que hay en esto; que lo que s. m. dijese, esa será la verdad; que de lo que gustare gusto yo; y la satisfacción que le estuviere mejor, esa ofrezco á él y á su hermana y deudos; porque el caso sucedido más parece permisión del cielo que lance de mi buena fortuna, aunque lo es tanto.

La justicia, viéndole tan comedido, procuró templar la pasión y enojo de don Sancho y sus deudos; y queriendo llevar á poner en depósito á doña Leonor, y no queriendo ella salir de la casa de su hermano, casi se volviera á encender la pendencia y á descubrirse la verdad y quién era culpado en todo.

Y viendo don Sancho que él lo era y que por aquel camino que había pensado engañar había sido engañado, confundióse y rindióse; y los parientes, que casi rastrearon algo de ello, mudaron de parecer y fueron en que no había satisfacción para la honra de doña Leonor como que Petronio casase con ella y la dotase en cincuenta mil ducados, por si muriese sin tener hijos, lo cual

él hizo de muy buena gana. Y ella, viéndose en brazos del primer hombre que había tocado mano á la suya, galán discreto y tan rico, y ella, que había sido tan pobre, tan rica, olvidándose de las desigualdades y desvanecimientos de linajes, vino en ello con mucho gusto. Y porque aquella noche no sucediese desgracia, se dió parte luego á los jueces, á quien tocaba del suceso, y estando presentes los amigos de unos y otros amaneció el día, y Petronio y doña Leonor fueron desposados, habida licencia para ello; y enterado de la verdad Petronio, de la burla de la negra que se le intentaba y del cómo había venido doña Leonor á la cama y aposento de doña Leonarda, satisfizo á todos en esta forma: compróle á don Sancho la negra, y ahorróla y casóla, y llevóse á su mujer á su casa; dió ocho mil ducados á doña Leonarda para ayuda casarse, por la voluntad que él la había tenido y el casamiento que ella había errado; perdonó los ocho mil ducados á don Sancho, y la cadena y otros empréstitos que le había hecho, con condición que jamás entrase en la casa de Petronio. Porque acordándose de la burla que le había querido hacer con la negra, debiéndole las buenas obras que le debía, no le cegasen la queja y el agravio y se le olvidase el respeto y amor que le debía como á hermano de su mujer.

CASO CUARTO

La mala fama en la vida
es de suerte,
que causa infamia en la muerte.

Entró á servir á un señor de estos reinos, en Valladolid, estando allí la corte, en el oficio de despensero, un hombre de la calidad que podía ser quien se había criado toda su vida en esto. El de suyo era de un natural codicioso y trapacista, y además que lo había mamado en la leche, acertó á encontrarse otros de su condición y rota conciencia; y así iba el negocio á viva quien vence y á buscar cuatro reales de ganancia, sin atender al cómo se ganaban, vendiendo el gato por liebre y la necesidad por regalo, con que se fué haciendo estimar de unas mujeres de corte que visitaba por los reales que le sentían; pero no pasó mucho tiempo que este mal trato y granjería del despensero no diese á un cabo, respecto de los gastos que hacía, que lo eran de mayor peso que podía sustentar ni sufrir la sustancia

de su bolsa, porque para cuatro reales que mal ganaba, tenía ocho ó doce desaguaderos.

Era mozo y por casar, y en la casa que visitaba pagábanle en la misma moneda, que si él mentía en lo que vendía y compraba, ellos mentían también en la voluntad que decían tenerle; porque era una familia de harto trabajo, de una madre ruin, por el mal ejemplo que daba á sus hijas, y dos hijas pródigas de aquella poca y mala honrilla que les había comunicado su madre. La madre terciaba y las hijas asegundaban. Ella pedía á los que venían á su casa y ejecutaban ellas. Ella publicaba pobreza y ellas se confesaban huérfanas, y con el color de la necesidad de la madre, se ponían tanto en las caras las livianas de sus hijas, que las vecinas de aquel barrio llamaban al pedazo de aposento que tenían alquilado la casa del afeite.

Hablaba la mayor de las dos al pobre despensero, y sin ser estafeta, era el obligado del ordinario gasto; y con todo eso acudían aventuras á este castillo sin encantos más que moscas á la miel; de donde nació que se desvaneciese la que era servida del despensero y le obligase á ponerla estrado y guadamacíes nuevos. El susodicho comprador ó dueño de despensa tenía también su poco de *barreno,* y ayudó á que ella acabase de perder el juicio, presentándole algunas cosas mayores de marca, para quien él y ella eran; porque la compró, entre otras cosas, una

silla de manos para salir fuera, que aunque no era de color ni tachonada de oro, había sido de lienzo encerado, con que vivían dos pobretes en la plazuela de Herradores (esto es en Valladolid) que vinieron á tanta miseria, que hubo el despensero la silla de ellos á barato de unas raciones, fiambres que habían sobrado de la mesa de sus amos, para que los tristes comiesen y bebiesen.

Pero sobre todo la presentó una mona que la ganó al juego de otro hombre de palacio, menos codicioso y más perdido que él; y llegaba á tanto la maldad y desamor de aquella gentezuela para con el engañado despensero, que no querían dar de comer á la mona; antes la habían enseñado á pasarse cada noche y mañana por los tejados que se comunicaban de las casas, desde una ventana de la suya á otra del despensero, por donde la mona entraba y no se quitaba de la despensa hasta que su amo le daba de comer. Esta si que era buena crueldad de aquellas damas, tan servidas de su ciego amante: si él abriera los ojos y conociera que no le querían sino por sus dineros, se riera de ellas. Pero antes lo hacía tan al revés, pues hurtaba á otros para dar á ellas; de suerte que le tenían por uno de los más malos hombres del mundo; y á la verdad que lo era, porque en su vida tomó cosa fiada que pagase, ni dijo cosa en que tratase verdad. Compraba á menos precio, y vendía al cuarto doblado; ni sabía dar peso cabal ni medida suficiente. Y todo

ello permitía Dios que se le volviese en nada, como en nada sabía guardar ley ni cortesía.

Sucedió, pues, que un día, entre otros, visitando á deshora á la que tenía en su hospital, que para él era ya infierno, la halló tan ocupada con otro gentilhombre, que porfiando él por entrar y el otro por salir, recibió el despensero, á cuenta de los gastos hechos por la dama, una cuchillada tan bien dada en los cascos, de que vino á morir. La mañana que amaneció muerto estúvose todo el día por enterrar, por estar su aposento en lo más alto de la casa, en los zaquizamíes; y como los palacios y casas de los grandes príncipes y señores hay tantas ocupaciones, los criados, á cuyo cargo estaba sacar el cuerpo de casa, ya por no subir tantas escaleras, ó ya por olvido ó que las ocupaciones de sus oficios no darían lugar, aguardaron á enterrarlo tan tarde, que era ya de noche cuando trajeron la cruz y clérigos de la parroquia.

Era esta la hora que solía acudir la mona por su ración, y había entrado por la ventana que solía, y como el cuerpo del difunto estaba echado sobre un tapete en el suelo, habíase puesto la mona junto él esperando á que le diesen la ración que solía. A este tiempo subieron los clérigos y criados por las escaleras con mucho acompañamiento y luces, y empezaron á cantar lo que se acostumbra en semejantes casos. Las luces, canto y entrada fué todo tan á una, que alborotada y

desatentada la mona no acertó á la ventana y cerró con la puerta de la escalera, saliendo por encima de las cabezas de todos, y con un pedazo de maza que llevaba asida en una cadenilla descalabró á tres ó cuatro de ellos, huyendo hasta llegar á la casa de sus amas, con que se alborotaron todos de suerte, que volviendo la escalera abajo, cuál de pies, cuál de cabeza, el cuerpo se quedó aquella noche por enterrar, diciendo unos que habían visto muchos demonios que habían salido del aposento del despensero, y otros afirmando que habían oído voces espantosas y gritos, y correr varios y espantosos animales, y, sobre todo, los pobres descalabrados añadían á esto otras mil quimeras y sueños. Finalmente, ello se extendió una voz tan mala por toda la vecindad, que no había quien quisiese venir á enterrarlo, hasta que hubo de intervenir, por la reputación de su casa y criados, no sólo la autoridad del Señor, pero la justicia, y pareció la mona y la verdad del caso, y de cómo había sucedido. Y con hallarse la sangre de los criados en la maza de la mona, con todo esto estaba lleno el vulgo de que habían aparecido multitud de demonios en el aposento del despensero, permitiendo Dios que el que vivió mal, valiéndose de medios y obras malas, acabase con la mala fama y nombre que queda visto.

Notablemente rieron el suceso del despensero todos los oyentes, agradeciendo al Filósofo lo bien

que les había entretenido con los *casos-acaso*, estimando en mucho, demás de su agudo ingenio, su buen celo, pues todo lo que decía y contaba, ora fuese histórico, ora fabuloso, procuraba dirigirlo á que se sacase doctrina moral de ello y provecho para los que le oían. Y así, don Juan y los demás le pidieron encarecidamente que luego que otro día fuese la hora acostumbrada estuviese con puntualidad allí, porque tenía don Juan que preguntarle, y él lo ofreció.

CONVERSACION QUINTA

Del bueno y mal lenguaje.

Otro día, á la hora prometida, el Filósofo aldeano fué muy puntual, y hallándose en casa de don Juan, y con él el doctor y los demás, que ya le esperaba en el acostumbrado puesto, hechas de unos á otros las debidas cortesías, don Juan, vuelto al Filósofo, le dijo:

—Prométoos que no es la cosa que menos he deseado saber en qué lenguaje es mejor que un hombre cuerdo hable, porque encuentro con unos términos y estilos tan desiguales en las diferencias de personas que comunico, que no sé á cuáles imite ni de cuáles me aparte, y no sólo es esto en las ordinarias conversaciones, sino en los actos y lugares públicos, adonde se debía mirar más lo que se habla. Unas veces oigo á personas de estilo tan levantado y frases tan peregrinas, que de ciento que los oyen dos no los entienden. Otras veo, por el contrario, tan baladíes en el lenguaje, que desautorizan la materia de que ratan con la indignidad de vocablos con que la

publican y comunican, y tal vez causa risa y tal descrédito en ellos y en lo que dicen por más grave y sustancial que sea lo que hablan ó enseñan. Y lo mismo digo de los libros que en nuestro vulgar se imprimen; que unos son pobrísimos de lenguaje y otros tan difíciles de entender, que los días pasados, leyendo en cierto libro de historia, que está en nuestro vulgar, fuí á buscar el nominativo de un verbo tres planas de allí, y aquello no sé que esté en su lugar, porque lo que se escribe para todos se escribe, y si no se escribe para que todos lo entiendan, ¿para qué se gasta el tiempo ni se pide dineros por lo que á bien pocas personas les ha de ser de provecho? Y lo mismo digo de lo que se habla en público.

—Ya yo os entiendo, señor don Juan (dijo el doctor). Vos estáis lastimado, y quizá ofendido, de lo que no poco lo están muchos hombres cuerdos y doctos de un género de lenguaje que se ha levantado de pocos años á esta parte, á cuyos autores llama el vulgo *críticos,* y al método y nuevo idioma *crítico,* que es una nueva forma de hablar, obscura por vocablos, siendo puramente latinos españolizados, y las frases circunlocutorias, es á saber, por rodeos, y no caminando la acción desde la palabra que supone por el agente derecha á significar inmediatamente con el verbo lo que se pretende conseguir con el fin y mirando á su objeto, á que es lo que los muchachos llaman *oración primera de acti-*

va. Y cierto, estos nuevos estilos, si se van abanderizando contra el claro y casto lenguaje de nuestros propios españoles, en el que por excelencia solían llamar «lenguaje rodado toledano», y se apartan y separan de lo que tantos años ha que está en España tan bien recibido hasta ha pocos, será necesario hacer otros vocabularios mayores que los del Antonio, para entender así sus libros como sus conversaciones; y habrán de dividirse en diferentes parcialidades y bandos los dos lenguajes, español casto y crítico intruso, oculto, obscuro, como en tiempo de Platón y Aristóteles, los Estoicos y Peripatéticos.

—Vos me habéis muy bien entendido, señor doctor (replicó don Juan); que no ha muchos días que oyendo á uno de estos críticos en un acto público, y queriendo decir que una cosa era digna de tanta alabanza, que no era capaz la lengua ni el entendimiento de los hombres para alabarla, lo dijo por este estilo tan seco y duro, que en vez de dar gusto hizo miedo. Porque en la materia que trataba pasaba de violencia á otra mercaduría peor; y de este modo vemos cada día y oímos mil cosas disparatadas, por querer los que hablan ó escriben huir de lo que está cuerda y aceptadamente bien recibido tantos años ha.

A todo esto había estado callando el aldeano, y pareciéndole que ya era tiempo de romper con tan grande silencio, dijo:

—Si yo no hubiera atado mi lengua en mis conversaciones pasadas para que no exceda los límites de las letras humanas, yo diera principio á la materia que el señor don Juan ha propuesto y le satisficiera su duda, con lo mucho que acerca de esto se halla en las letras divinas; pero observando el rigor pasado en todas las conversaciones antecedentes, digo con Séneca, en el libro de las buenas y malas costumbres, que mire el que habla cómo habla, porque el corazón está cerca de la lengua. Y Platón, en el libro XXV, que intituló *Del amor*, dijo que se mirase cómo se enseñaba á los mancebos á hablar, porque no cayesen ó en confusión ú desvergüenza. Y Aristrato, filósofo, decía que cuando había de orar en público, tanto trabajo le costaba el prevenir los vocablos en que había de hablar como la cosa misma que había de proponer. Verdaderamente, señores, si he de sentenciar esta causa de los buenos y malos lenguajes del mundo que hoy se usan, según lo que me dicta el poco caudal de mi entendimiento con el fallo de mi pluma, muy condenados saldrán los *críticos*, por muchas razones. Lo primero, *crisis* es un vocablo griego que significa juicio, vocablo de los astrólogos y médicos, los cuales, por los días impares, como son el quinto, seteno y veintiuno, hacen sus juicios en las enfermedades agudas del bueno ó mal suceso. Y por esta razón ya podría ser que este vocablo venga de *crisia*, que es lo mismo que

juicio y sentencia. Que sea esto ó lo que dicen otros que crisis es *término,* no sé qué tenga que ver el llamar lenguaje crítico al lenguaje obscuro y lleno de circunloquios y rodeos, que bien pudiera decir ambajes; pero no es bien estar reprendiendo un vicio y caer en él. Lo que yo alcanzo es que llaman crítico este lenguaje por ser estilo y frases de nuevos términos, y así vendrán de crisis como *ex término,* ó porque es más conforme á lo que quieren decir. Y así vendrá de *crisia,* como significa juicio y cosa recta; pero yo me persuadiría á que no viene sino de otro vocablo griego, que es *crisión,* que es lo mismo que en latín *vulgorum magnum,* y en español una hierba que se llama lengua de buey; y cierto, si esta fuese la derivación del lenguaje crítico, era muy propia la derivación, junta á la alusión de la metáfora, porque el buey con su lengua brama, sin que entendamos lo que dice. Y así, lo que se habla ó escribe en este longuaje nos deja suspensos, porque no sabemos qué quiere decir. También la misma hierba es al gusto fría y insípida, y tiene una aspereza oculta de unas ciertas espinas tiernas y casi encubiertas, con las cuales, comiéndose cruda, maltrata la lengua, causando en el estómago al recibirla una frialdad grande, cosa muy parecida á lo crítico, lleno de mucha crudeza y mordacidad, siendo de poquísima substancia lo sentencioso dél; y así mejor fuera que se llamaran los crí-

ticos *ránicos,* de las ranas, que todos son ruido y voces, no haciendo concierto de música sus ecos.

Pero viniendo á los inconvenientes y absurdos que hallo en este estilo, el primero es que perturba el orden de las diferencias de las lenguas, en lo cual es una de las cosas en que consiste la hermosura, ó diferencia de las repúblicas, como lo advierte Celio Rodiginio en sus *Lecciones antiguas*, en el libro XXIX, tratando de lo que estimó el emperador Adriano en saber la lengua griega, y Plutarco en la vida de Temóstocles, ponderando cuánto le importó huyendo á Persia el haber deprendido aquella lengua, y Séneca en el libro I de sus *Declamaciones*, hablando de Cineas, embajador del rey Piro, porque el crítico confunde los vocablos latinos con los españoles y muchos de los griegos y hebreos; y así, aunque la queramos llamar lengua nueva, no vendrá bien porque no es sino pepitoria de lenguas. Y si el español crítico le pidiese á cada lengua su vocablo, podríale suceder lo que á la graja con las otras aves cuando le pidieron sus plumas.

El otro absurdo es que varía el idioma y frases de la lengua en que habla; porque la española jamás admitió la acción que significa el verbo sino como emana de quien la hace; porque esto está más claro para quien lo oye ó lee, demás de que es hablar con propiedad. ¿Qué impor-

ta que el crítico diga: «Las lámparas que en fuego encendidas llamas vomita, que cambiantes luces?» ¿Cuánto mejor dijera: «El fuego que estaba encendido en las lámparas vomitaba y echaba llamas?»

El otro absurdo es que cada razón escrita tiene necesidad de particular comento y, hablada, ni se sigue fruto ni hace efecto. Yo pienso que algunos que siguen este lenguaje no llevan tanto camino de aprovechar con lo que dicen cuanto de ser conocidos por los que se singularizan de los demás. Quemó Eróstrato el templo de Diana en Delfos, no tanto por quemarle cuanto porque fuese conocido su nombre. De dos causas, dice Aristóteles, entre otras, en el libro I de su *Metafísica,* nace el admirarnos: una, de lo que acontece fuera de lo que esperábamos ó sobrenaturalmente, y otra, de lo que, aunque suceda naturalmente, sucede muy de tarde en tarde. Y á estas dos podemos añadir otra, que es admirarnos de lo que no entendemos, siguiéndolo á bulto con el vulgo, que fácilmente se deja llevar de semejantes novedades. Y á este propósito diré lo que sucedió á cierto hombre ignorante con otro tal, que venía de oir una comedia; y diciéndole que era la mejor cosa que había oído, replicó el otro que de qué trataba; le respondió el que la había oído: «No os lo sabré decir, aunque la oí; pero la mejor cosa es que oí en mi vida». Véis aquí lo que hace la admiración, causa de la ignorancia,

y aunque no es este el mayor daño; el que más se ha de sentir es que, saliendo un hombre hechos los oídos á oir este lenguaje en público en el tiempo del Carnal, cuando llega el tiempo de mayor recogimiento, no sigue ni oye á quien no le habla en este lenguaje, que son unas armas de las que se aprovecha bien el demonio; porque el refrán castellano lo dice: que «Mudar costumbres es á par de muerte.»

Llegando, pues, á resolver esta materia, digo que la materia grave pide vocablos graves, y la de burlas y jocosa, jocosas y de burla; y la autoridad ó desautoridad del lugar adonde se dicen, trae tras de sí, ó tal modestia y compostura de palabras, ó tal libertad y licencia; y así, demasiado ignorar es errar en esto; y no es errar, sino querer errar. Harto campo hay abierto en Cicerón y en Aristóteles, y en nuestro Quintiliano, y de los modernos en el conde Baltasar Castellón, en su *Cortesano;* en Covarrubias, en su *Tesoro de la lengua castellana;* en el P. M. Ramón, de la Merced, en su *Espada sagrada* y en la *Monarquía de España,* que leyéndolos dirán qué vocablos son á propósito para materias graves y puestos públicos.

Con esto, suficientemente puede quedar el señor don Juan satisfecho de que el lenguaje bueno es aquel que es decente y digno de la materia que en él se trata y del lugar en que se dice, como sea tan claro que todos sean capaces de enten-

derlo; pero el leguaje malo es aquel que, aunque sea bueno, no le entiende nadie, ó, aunque le entiendan todos, es indecente é indigno de la materia que se trata ó de la autoridad y lugar donde se dice. Y porque esto se acabe con sazón, os quiero contar un cuento de mucho donaire que sucedió á un gentilhombre destos críticos en una aldea; y pasó así:

Relación del caso de donaire que sucedió á Lorindo en el aldea.

Días ha que cierto gentilhombre, que se crió en su niñez en la casa y servicio de un señor de estos reinos, de aquel género de personas que viven en la antesala jugando y en el tinelo mintiendo (1). Este, subiendo de paje á escudero, y habiéndose casado á disgusto de su amo con otra criada de casa, entre dueña y moza de cámara, despedido del palacio y hecho hombre de familia, fuéle fuerza acudir á la inteligencia de algunos negocios que se le encomendaban de gente pobre, que se contenta con las peticiones que repasan los escribientes de los abogados, como el enfermo que se cura con la sombra de la mula del médico. A éste, pues, le vino por suerte á las manos cierta comisión contra un Concejo de un lugar de aquel señor, á quien había servido. Fué allá con vara alta; y como tenía más de aire que de experiencia, y no era jurista, sino brodista, deseaba hartar la hambre sin reparar en la jus-

(1) Queda truncado el sentido.

ticia. Y molestaba y apretaba con grande rigor á los pobres aldeanos, y á cada ocasioncilla los ponía presos y los destruía las haciendas, con que todo el pueblo estaba indignadísimo contra él. Es este género de gente de villanaje, cuanto cobarde, vengativa, y deseaba satisfacerse de los muchos agravios que Lorindo les había hecho, por cualquiera camino y arte que su fortuna les abriese para ello, y ofrecióseles éste.

Era Lorindo algo tocado del humor poético, y había bebido sus tragos en la fuente Pegasea ó Cabalina. Y junto con esto tenía dos dedos de crítico; y así, cuando se hallaba en las conversaciones públicas y le asistían uno ó dos hidalgotes de la aldea, y entre ellos el sacristán y el barbero, usaba de algunos vocablos exquisitos. Los labradores, que se llegaban con malicia á la conversación, no entendiendo los vocablos que decía, y juntándose ellos aparte, los vinieron á interpretar de suerte, que lo que era en alabanza lo convirtieron en vituperio y afrenta; y así, juntándose el alcalde y dos regidores, por ante su escribano le fulminaron un proceso criminal de las cosas que le habían oído contra el señor y contra otras personas.

Había dicho una vez Lorindo, alabando al señor del lugar del discreto, que era perito, y uno de los labradores dijo en su dicho que le había oído decir que era *Perico de los palotes*. Había dicho otra vez Lorindo que un hermano

que tenía el señor en Salamanca, estudiante, para ponderar que había visto y leído mucho, que era culto, y dijo un labrador que le había oído decir que era cuco, y el escribano declaró ser una palabra de las siete que el derecho llama mayores que causan infamia. Otra vez dijo, encareciendo la hermosura y autoridad de la señora del lugar, que era una gallarda meliona; y otro testigo declaró que le había oído decir que era una gran meona, y á este modo dijeron contra él otras muchas. Y examinada una buena cantidad de testigos, le hicieron un proceso tal, que habiéndole llevado al señor del pueblo lo mandó traer preso, y le tuvo así muchos días sin querer oirle. Ultimamente, pidiendo el preso que se le hiciese cargo, se hizo, y se vino á sacar en limpio que los vocablos críticos de que había usado, mal entendidos y falsamente interpretado, le habían traído al estado miserable en que se hallaba. Dióse parte de ello al señor, y celebróse mucho la burla, cuando el pobre crítico estaba más para llorarla. Con todo eso hubo de hacer del sambenito gala, y el señor le mandó soltar y dar por libre, con condición de que allí adelante hablase en lenguaje claro, llamando al pan, pan, y al vino, vino, como sus padres y abuelos lo habían acostumbrado á hacer.

CUENTO SEGUNDO

Pero aún otro cuento sé yo más de razón (prosiguió el Filósofo), si no os cansa esto del lenguaje crítico y culto.

—De ningún modo (respondió don Juan); antes, en nombre de todos, os pido nos le refiráis.

—Pues pasó así (dijo el Filósofo):

En un lugar de Andalucía, cerca de la ciudad de Granada, se crió un hombre, si bien de aldea, pero tan inclinado á cosas de gobernar y mandar y á ocupaciones que se dirigen á este fin, que no era otro su desvelo que procurar á tercero año como fuese alcalde ordinario, y cuando no podía más lo era de la Hermandad, para prender, castigar y atropellar hombres, haciéndose de la condición del rayo que sale de la nube tempestuosa, que adonde haya mayor resistencia, allí abrasa, quebranta y maltrata más.

Uno, pues, entre otros años que tenía la vara de juez ordinario, acertó (que no debiera) á pasar de Madrid á Granada un gentilhombre cortesano, de los que si les diéramos nombre de

hombre gentil no sé si les haríamos agravio. De años no pasaba de treinta; hacienda la que heredó ganada á bulto, como las otras haciendas de á carga.

— ¿Qué llamáis de á carga? (replicó don Alonso).

—¿Ahora, señor, ignoráis (dijo el Filósofo) qué hacienda de á carga es la que no se ganó con cargo de *debe*, y *ha de haber* aquello por esto y esto por aquello, sino la de venturón, que la fortuna dió á carga cerrada á un mozo perdido, entretenido acerca de las academias y pasante de banco en las comedias, practicante y aprendiz de hacer versos, que jugó el dinero por venir y no se acuerda de pagar lo que debe de plazo pasado? Tiene más de cien manos para darlas de marido á cuantas pasea. Riza los bigotes y cría crines de ermitaño. Hiérese el ala del sombrero con la contera de la vaina de aquella espada, que aunque tuvo asomos de valiente, jamás mató cosa viva. Fué paseante en cortes, examinador de policía y el primero *don* de su linaje; cuyo padre, habiendo ganado el dinero á cargas, no habiéndole faltado que ejercer otro oficio que traerlas en las espaldas, se murió de un estornudo, sin decir «Dios te ayude», y se murió á carga cerrada; y el hijo le heredó á carga cerrada, preciándose de ser hijo, cuando no tuvo padre de quien despreciarse, como lo había hecho hasta allí.

—Basta (dijo don Juan), que lleváis talle de no dejar hueso sano á esa herencia de á carga; no nos déis que murmurar de semejantes herederos; decid lo que le sucedió á ese mozo ó fantasma, que según le habéis pintado todo lo era.

—Digo (prosiguió el Filósofo) que en este lugar se hospedó una noche Floro, que este era su nombre; y haciéndosele larga para en aldea, porque era de las noches que son mejoradas del tiempo en tercio y quinto, sacó de la maleta unos papeles y aderezo de escribir, y continuó en unos versos de cierto libro, que según pareció después era para dar á la estampa, aunque antes de verse en ella se vió en ocasión de darlo no sé á quién, según en las pesadumbres que le puso.

Era el libro un poema fabulante, y llamábase *El laberinto de amor*. Habíale costado mucho trabajo el hacer los versos, en lenguaje crítico y culto y de conceptos tan superiores, que entre él y su libro, con ser su padre, desconocido el hijo que había engendrado: tal era la obscuridad de las frases y novedad de los vocablos. Gastaba el tiempo de aquella noche en aderezar un soneto que traía solamente bosquejado, y que decía así:

Cambiantes luces, hijas de Antrophagos,
que el primero candor, si bien radiante,
en el trueco, si intrépido gigante,
huyendo voy, los ojos hechos lagos.

Cambio de tu crueldad, cuyos estragos
huyo antes de que de Febo radiante
sepa la corte del Pastor amante
sufrir, si no favor, duros amagos.

Ostenta menos furia, ó ya perdido,
crédito y cambio dé quien he quebrado,
y escapo con la ropa en el arena.

Analógicamente he consumido
en vuestros cambios bien y mal ganado,
la culpa es mía, lloraré la pena.

Cuando repetía Floro estos versos, andaba el alcalde aldeano de ronda; el poeta debía estar, como dicen los poetas quien ya sabéis,

Est Deus in nobis agit ante calescimus illo.

A la mi fe, embriagado ó loco con sus versos y repitiendo y aun suspirando aquellas palabras «crédito y cambio dé quien he quebrado», y otras veces «cambiantes luces». El alcalde oyó desde la calle suspirar, y púsose á escuchar él y los que con él venían; y dijo uno de los paniaguados del alcalde:

—Este hombre parece extranjero en el lenguaje, porque no se le entiende lo que dice; sólo oigo que llora y suspira, y que *el cambio* y *cambios quebrados* le llevan huyendo de la corte del pastor. Quizás en su lengua pastor quiere decir rey.

—¿Mas que sería, señor alcalde (replicó otro) si éste fuese uno de esos cambios que ahora huyeron de la corte, que yo estuve los años pasados

en ella, y andan á pregones como alhajas sin dueño?

—Si tal fuese (respondió el alcalde), de buena ventura sería yo.

Con esto echaron uno como espía que entrase al aposento á preguntarle quién era, que apenas lo hizo cuando, descubriéndole Floro, escondió los papeles en la maleta. El labrador, ó sombra de alguacil, volvió las espaldas sin hablarle, diciendo:

—Suba, señor alcalde, y préndale, que así es este hombre el *cambio quebrado* como yo soy hijo de Martín Berrugo y de Sancha Parda, que sea en gloria.

No fué menester más para que aquel Nerón sayagués subiese y le echase mano sin darle lugar á que él la pusiese á la espalda; porque demás de ser el alcalde hombre, hijo de madre andaluz y de padre manchego, que á un carro cargado hacía perder tierra metiendo debajo de la escalera sus espaldas, era animoso y atrevido. Echáronse también sobre el pobre Floro dos ó tres de los acompañantes, que le abrumaron y pusieron en prensa.

Floro se rindió y dejar llevar á la cárcel, porque si no lo hiciera así no saliera vivo del aposento, y con todo llevó á buena cuenta algún número de la fruta que llaman mogicones, nueva para la Vera de Plasencia.

Puesto en la cárcel, pedía se le hiciese el car-

go por qué le prendian. A lo que respondió el alcalde:

—Eso quisiérades vos saber para untarnos como gatos de vandalias y que os soltáramos. Allá os lo dirán en Madrid cuando perneéis en la horca.

Con esto, habiéndole echado una gruesa cadena con dos pares de grillos, y para mayor seguro unas esposas á las manos, el alcalde y escribano hicieron su información con los que habían estado escuchando cómo le habían oído decir que era *cambio quebrado*, y que por eso se iba huyendo de la corte con lo que había ganado mal ganado. Y examinados los testigos que para este caso parece fueron suficientes, secrestado el dinero, mula y maleta y papeles, se nombraron cuatro cuadrilleros y un hombre con una acémila y un alguacil; y en repartiendo el dinero que llevaba para el camino en el alguacil y guardas sin admitirle descargo, dieron con él en la Chancillería de Granada, digo en la cárcel de ella, para que los señores alcaldes del crimen viesen si se había de llevar á Madrid, ó qué se había de hacer de aquel *cambio* alzado y huído.

No podía Floro caer en la ocasión que pudo haber dado para que le llamasen ladrón, robador de haciendas ajenas y *cambio quebrado*, ni se acordaba más del soneto que si no le hubiera hecho; antes lo atribuía á que debía de parecerse á algún hombre que había sido *cambio*, ó que eran pecados de la mocedad, y que por ventura

pagaba algo de lo mucho que merecía. En esta suspensión y confusión estuvo hasta que los señores alcaldes vinieron á visita, y en la primera, con particular cuidado, se propuso su causa, y pidiendo la información porque la sumaria del alcalde no estaba bien sustanciada, y queriendo saber quién conocía á aquel hombre y quién otro más que él sabían que aqueste tal hombre iba huyendo por haber quebrado. Respondió el alcalde del lugar no que solamente ellos se lo habían oído á él propio, pero los papeles suyos lo decían, de los cuales hacían presentación.

Pues como diese los papeles, en vez de esperar el relator que hallaría algún libro de caja y de cambio, hallóse en las manos con una carretada de poesías en borrón, y el primero que leyó fué el soneto de cambiantes luces con que lo que se entendió que parara en castigo paró en risa. Y amigos de la corte, que estaban á aquella sazón en Granada y conocían á Floro, le venían á dar cordelejo con el pleito del *cambio quebrado*. Los jueces reprendieron al alcalde, y le privaron de serlo para siempre; soltaron á Floro, y aconsejáronle de allí adelante no hablase tan recio cuando estuviese critiquizando. El se fué corrido y maldiciendo los versos y los vocablos críticos, porque á buen librar le costó la burla más de cuarenta ó cincuenta escudos.

Con esto puso fin el Filósofo de la aldea á la conversación de aquel día, y todos rieron la bur-

la hecha á Floro, diciendo que había tenido su merecido por haber usado de vocablos semejantes en auditorio tan incapaz de entenderlos; con que el aldeano se despidió de don Juan y de los demás, ofreciéndoles que pasadas las Pascuas, que ya estaban cercanas, volvería á continuar las conversaciones pasadas con diferentes materias y cosas agradables y ejemplares, y ellos se lo pidieron así.

APÉNDICE

Aunque aquí termina verdaderamente *El Filósofo del Aldea*, según su primera impresión de 1626; habiéndose repetido en Zaragoza hacia 1650 ó después, el editor le añadió la siguiente novela, que con el título de *El duende de Zaragoza,* se había publicado en la misma ciudad en 1649, en la colección titulada *La quinta de Laura*, atribuyéndosela al famoso D. Alonso de Castillo Solórzano.

Aunque alguna de las novelas de la repetida colección pertenezca al autor tordesillesco, no está demostrado que la colección sea suya ni le corresponda *El duende de Zaragoza.*

Por esta razón, y aunque, según toda probabilidad, tampoco es del alférez Baltasar Mateo Velázquez, la damos á continua-

ción, no como está en *La quinta de Laura,* sino como la incluyó Dormer en su nueva edición del *Filósofo*, á fin de que ni aun esto falte á los que quieran conocer los dos textos del alférez Velázquez.

A continuación, pues, de lo que antecede, añadió Dormer, sin más rótulo ni encabezado, lo que sigue:

Dijo don Juan:

—Pues antes que nos despidamos contaré yo otro caso bien gustoso, y pasaremos un rato de gusto.

A lo cual se detuvo el aldeano y dijo:

—Pues este rato no es de perder.

Y con esto comenzó don Juan:

Zaragoza, insigne y antigua ciudad, la principal del reino de Aragón, fué patria de la más hermosa dama que conocieron aquellos tiempos en la Europa; así se celebraba por superior en su hermosura la discreta Leonarda. Era única hija de sus padres de la más ilustre familia del reino. A la fama del grande dote que tenía (por ser inmediata á heredar un rico mayorazgo), había muchos que la pretendían por esposa. Entre los caballeros que la festejaban con el decoro y respeto que á su calidad se debía era don Jaime de Luna, caballero noble y rico; el otro era don Carlos de Aragón, no inferior en calidad, si bien

en la hacienda lo era á éste, por ser hijo segundo de su casa.

Era don Carlos caballero de veintidós años, gentil persona, buen rostro y proceder generoso, apacible de condición, y en las gracias adquiridas y naturales consumadísimo; porque además de su ingenio (que le tenía clarísimo) hacía versos con mucha gala, sin ser en esto mordaz, que la agudeza, aplicada á la mordacidad, no debe ser alabada, sino aquella que en honrar á todos luce y campea. Andaba diestramente á caballo en las dos sillas, siendo el que en las fiestas que se hacían torneaba con resolución y justaba con alientos, pues era temido su brazo de los feroces brutos que las verdes riberas del caudaloso Ibero crían y alimentan. Con esto era valentísimo caballero; sólo le faltaba tener bienes de fortuna, lo mucho que su persona merecía, pues heredando su hermano mayor el mayorazgo de sus padres, le daba unos cortos alimentos de quinientos ducados, con que pasaba con más lucimiento que él con cuanto tenía, si bien lo gozó poco, muriendo recién casado y dejando un solo hijo, que le heredó, para que por su vida don Carlos no gozase lo que le pudiera hacer lucidísimo en su patria.

Este caballero era uno de los pretendientes principales de la hermosa Leonarda, á quien ella deseaba favorecer por inclinación, si no conociera en la avaricia de su anciano padre que

se inclinaba á don Jaime, su competidor, por más rico. Procuraba don Carlos lucir en los autos públicos con su corta hacienda, ayudado de la que tenía una hermana suya, doncella, que vivía con él (cuyo nombre era Luciana), mas era corta la competencia en cuanto al poder, y tenía don Jaime ganada la voluntad del padre de Leonarda, con que tratándose su casamiento hubo de quedarse don Carlos sin la prenda que amaba y servía.

Si en mano de doña Leonarda estuviera hacer elección y casarse por su gusto, cierto era que no eligiera otro que á don Carlos; mas como era fuerza obedecer á sus padres, guiada por su inclinación hubo de obedecerles y admitir por esposo á don Jaime, el cual celebró sus bodas con muchos regocijos que á ellos hicieron sus amigos, que tenía muchos; sólo en ella no se halló don Carlos, con el justo sentimiento de perder al dueño de su alma. Retiróse á una aldea que era de su sobrino, y allí con su hermana pasaba con suma melancolía, informándose de cómo le iba con el nuevo estado; decíanle que se querían mucho los novios, con que perdía la paciencia. En esta soledad de la aldea, á los quince días del empleo de Leonarda quiso manifestarle en versos la pena que padecía, viéndole en ajeno poder; y así, valiéndose de una dama, amiga de la recién casada, la envió éstos, la cual, hallando ocasión de verse con ella á solas, se los dió, y ella los leyó, que decían así:

Si á un ausente, ya olvidado,
permites, bella Leonida,
publicar quejas al aire
de sentimiento y envidia,
Clorindo, pastor que al Ebro
sus margenes verdes pisa,
y con llanto de sus ojos
las agosta y las marchita,
rompiendo los aires vagos
sus cuidados comunica
con las peñas que en sus ecos
le vuelve ansias repetidas;
siente con razón su pecho
que goce con mayor dicha,
quien, sin méritos de amante,
sus bienes le tiraniza.
Siente que los bellos rayos,
que su beldad comunica,
como águila perspicaz
los mire atenta su vista.
Siente que el comunicarle
amor, que las almas liga,
ya con nudo indisoluble
sean una cosa misma.
Siente que este bien le usurpe
una ambiciosa avaricia,
madrastra que con rigor
aun sin delitos castiga.
Siente que por obediente
tu voluntad no resista
empleo que fué en agravio
de una fe tan bien nacida.
Y cuando á tanta memoria

que me aflige y me lastima,
no diera acuerdos pasados
que el corazón martirizan,
la soledad de estos bosques
me da en experiencias vivas
tantos recuerdos de penas,
que han de acabar con mi vida.
Considero en un aliso
dos amantes tortolillas,
que con amor conyugal
se están haciendo caricias.
Veo á la yedra del olmo
á su tronco tan unida,
que con prisión de esmeraldas
de abrazarle no se quita.
Veo á la vid amorosa
que al verde álamo se aplica,
con vínculos de amistad
que su gusto solemniza.
Si en los ejemplos del campo
las plantas vegetativas
sus halagos los frecuentan,
sus amores multiplican,
quien racional ha nacido,
cuando á una fe que la obliga,
la dará aumentos de paga
para su mayor estima.
¡Ay, Leónida, de mis ojos;
aun apenas conocida
de mi alma, cuando ajena,
no puedo llamarte mía!
Goza de tu caro esposo
con más dilatada vida

que lo que tendré, pues veo
que tendrá muy breves días.
Y quien sin fortuna nace
muera entre tantas desdichas,
que es bien de los desdichados
cierto aliento y cierta pira.

Procuró don Carlos volver presto á Zaragoza en compañía de su hermosa hermana; trató de divertirse, ya en ejercicios militares, como solía, ya en la caza, á que era inclinado, y ya en jugar. Ofrecióse un día en la casa de juego tener palabras con don Lope de Lizana, caballero de los nobles de Aragón, y empeñáronse tanto en ellos, que la soberbia de don Lope (poco reportada de la cordura) le obligó á decirle una palabra injuriosa á don Carlos, el cual, para descargarse de ella, sacando una daga dió dos puñaladas á don Lope, con que en breve espacio le quitó la vida. Revolvióse la casa del juego, porque de entrambas partes había valedores y amigos; tenía más granjeados por su apacible trato don Carlos, y ellos pudieron darle escape, con que se pudo ausentar de la ciudad. Acriminóse el caso, y más teniendo por contrario al virrey, que era algo deudo del difunto, con que trataron de remitirlo los deudos á venganza. La justicia hizo las diligencias que le tocaban en buscar al homicida, y los parientes también, en particular un hermano de don Lope, llamado don Ximen, caballero alentado y no menos soberbio que el di-

funto. Obligóle con esto á don Carlos á buscar reino extraño; y así, desconocido, se pasó á Francia, adonde estuvo, mudado el nombre, cosa de medio año sin saberse de él si no era su hermana y dos amigos muy íntimos suyos, que dilataron por Zaragoza estar en Nápoles; con que los deudos del muerto le fueron á buscar allá por orden de don Ximen, que por hacer mejor su hecho se quedó en Zaragoza.

En este tiempo don Jaime, esposo de la hermosa Leonarda, tuvo una peligrosa enfermedad, de que murió en pocos días, no dejando hijos ni esperanzas de tenerlos por haber poco tiempo que era casado. Tuvo aviso de esto don Carlos, el cual estaba impacientísimo viendo que por aquella muerte se privaba de volver á festejar á su viuda Leonarda; no faltaron galanes codiciosos del buen dote de la dama que se ostentaron pretendientes suyos, comenzando á galantearla. Ella estaba muy sentida de la muerte de su esposo, que le quería bien, y no trataba de dar oídos á ningún casamiento que sus padres la proponían, suplicándoles la dejasen por entonces gozar de su estado, que no tenía mucha edad para correr riesgo no dar sucesión á su casa. Bien se acordaba de su don Carlos, mas vía ser su venida imposible sin riesgo de su vida; lo que hizo fué tener muy estrecha amistad con la hermosa Luciana, hermana de don Carlos, de modo que siempre estaban juntas. Había quedado esta

señora muy pobre con los gastos de su hermano, y como en los tiempos que corren se mira más á la hacienda que á la virtud y nobleza, no había quien la festejase para casarse con ella. Dejémosla en este estado, y á Leonarda muy acariciadora suya, y volvamos á Carlos.

Considerando Carlos que su ida á su patria corría peligro, y que viendo á Leonarda viuda y no la asistiendo la volvería á perder, trató de estar de secreto en Zaragoza y procurar por cuantos medios pudiese efectuar el casamiento con esta dama, que después de hecho se buscarían medios para componerse con sus enemigos.

Partióse con esto de París, donde estaba, avisando á don Artal de Bolea, amigo íntimo suyo, cómo partía de Francia, y que deseaba estar de secreto con él en uno de sus lugares. Quisiera don Artal disuadirle de que tratase de venir á Zaragoza, por el peligro que podía tener su venida sabiéndolo sus contrarios; y cuando le avisó de esto ya estaba él en el reino y aun en la aldea de don Artal. Recibióle con mucho gusto, pidiéndole que no le cegase tanto el amor de Leonarda que se atreviese á perder su vida, pues era cierto que se la procurarían quitar sus enemigos.

—Antes (dijo don Carlos) tengo pensada cierta cosa, que si me sale conforme la tengo imaginada, espero verme de mejor fortuna.

Quiso don Artal saber lo que era, y don Carlos le dijo:

—Vuestra casa, amigo don Artal, está en la misma calle de la hermosa Leonarda, tan enfrente de ella, que miran sus balcones á los vuestros. Vos estáis en esta aldea retirado por ahorrar gastos que habéis hecho, con que vuestra casa está en empeño, cordura de los caballeros que no pueden pasar conforme piden sus obligaciones, donde con dos años de retiro se hallan sobrellevados. Lo que yo he imaginado es que encerrado en vuestra casa, con un ingeniero que de Francia he traído conmigo, él haga una mina desde vuestra casa á la de Leonarda, de modo que venga á comunicarse con la cueva que dentro tiene, y esto es fácil, porque si bien me acuerdo de una vez que me bajastes á vuestra cueva, corre lo que está obrado en ella hacia la parte donde puede estar la que tiene la casa de Leonarda. Como yo consiga la correspondencia de las dos cuevas de modo que yo pueda pasar á la casa de Leonarda, dejadme hacer, que yo sabré volver al estado de valido suyo de modo que ella sea mi esposa.

Admiróse don Artal de ver cuánta sutileza tiene un amante en aquello donde interesa favor y medro. Aprobó su traza, y dispúsose que don Carlos se fuese sin ser visto á su casa, y que el secreto de estar allí don Carlos se fiase de un criado suyo, hombre anciano y antiguo en su

casa, á quien él tenía en ella desde que se vino á la aldea. Todo esto hecho, Carlos se vió donde deseaba, llevándose consigo al ingeniero francés, el cual trató de dilatar un callejón que tenía la cueva (llamado caño en Aragón), y éste hacerle de modo que se comunicase con el que tenía la casa de la dama. Metieron hombres en la obra, diciendo que don Artal la mandaba hacer, con que en breve tiempo vinieron á comunicarse las dos cuevas, dejando un pequeño agujero entre las dos capaz para sólo poder entrar por él un hombre.

Era aquella cueva muy poco frecuentada de la familia de don Fernando, padre de Leonarda, y así no fué sentido el rumor de la obra, por ser en la anchurosa calle del Coso, tan celebrada en toda España por ilustrar tanto á aquella ciudad, con haber sido en el estrago de innumerables mártires que perdieron sus vidas en defensa de la ley católica, en tiempo del cruel Daciano.

Hecho todo á propósito de lo que había menester don Carlos, aguardó á que en una noche todos estuviesen en quieto silencio, y llevándose una luz bajó á la cueva, por donde caminó hasta verse en la de la casa de Leonarda. Pasó por ella, y habiendo mirado bien sus pasos por las partes donde carecía de luz del día, vino á salir donde tenía la puerta, que era un obscuro rincón del patio; á veinte brazas de esta puerta tenían el agua del servicio de la casa, donde se conser-

vaba fresca todo el verano: hasta aquí pudo llegar el enamorado caballero en el silencio de la noche, cuando todos estaban recogidos.

Hallábase confuso don Carlos porque no sabía cómo hacer saber aquel secreto á su dama: escribírselo en un papel era el más acertado medio; pero no hallaba persona que con secreto y facilidad le pusiese en sus manos sin ser visto de sus padres; parecíale que su hermana sería buen medio para esto, mas por otra parte no se resolvía á darla á ella cuenta, porque no perdiese la amistad de Leonarda, si acaso ella lo tomase á mal. Con estas dudas se consolaba, con bajar á la cueva y pasearla, hasta tenerla bien tanteada para cuando fuese su salida.

Abrióle un extraordinario camino la ocasión para facilitar más su pretensión, y fué que una fiesta bajó á la cueva y pasó á la casa de Leonarda, llegando adonde tenía el agua; acertaron á estar con otra luz las criadas sacándola, y siendo visto don Carlos, se le ofreció una traza, que fué quien le ayudó para lo que intentaba. Esta fué cubrirse la cara con un lenzuelo y caminar con su luz adonde las criadas estaban descuidadas de su venida. Sintieron pasos detrás, y volviendo las cabezas vieron la luz que enderezaba á ellas y que la traía un hombre cubierto el rostro; con que sin aguardar á ver más, con acelerada huída salieron de la cueva al patio asombradas, dando voces que en la cueva habían

visto un bulto de un hombre, que con el miedo dijeron ser de dos cabezas y cosa disforme y espantosa. Divulgóse por la casa, y los criados de ella comenzaron á reir, atribuyendo á miedo suyo lo que afirmaban con certeza, con las experiencias que se tiene, que el miedo forma estas ilusiones en la fantasía. Ellas lo aseguraban con juramentos, pero no eran creídas. Súpolo don Fernando, y aunque las quiso desvanecer de aquello que afirmaban, no pudo.

Había habido un tiempo en esta casa un duende, de que el anciano caballero se acordaba, y aun ctros de su edad, por las burlas que hacía, que eran graciosas, y contó esto delante de dos criados suyos, con lo cual les dió que imaginar que podría ser éste y que volvía á quel lugar, que es muy ordinario habitar estas lóbregas estancias estos espíritus que son de los que se quedaron entre nosotros cuando aquella ruina de Luzbel. En fin, por la casa se divulgó haber duende, y aun por toda la ciudad. No se holgó poco don Carlos que corriese esta fama, porque con capa suya pensaba que había de lograr sus intentos; y así, para mejor confirmar esto, se valió de un gracioso niño que tenía el criado anciano de don Artal, al cual vistió de frailecillo é instruyó en lo que había de hacer, convencido con regalos.

Era un chiquillo muy donairoso, de edad de cinco años; éste, pues, vestido en la forma que

he dicho, bajaba con el cebo de los regalos á la cueva de Leonarda, acompañándole don Carlos, y la paseaba todos los días. Tenía don Fernando un criado muy preciado de valiente y alentado, y éste hacía mucho donaire de lo que contaban los dos criados haber visto, diciendo ser cosa de risa haber duendes, y que todo cuanto de ellos contaban eran patrañas de viejas y mentiras, y aunque le contaban cuentos de sucesos experimentados de estos espíritus, se ría de todo, y para darles á entender que se engañaban todos, ofreció bajar él solo á la cueva con una luz, y así lo ejecutó; ésto fué en ocasión que á ella habían bajado don Carlos y el niño; divisó la luz que el niño llevaba, el cual iba con el capillo calado de modo que no pudiese verlo el rostro, y así como le reconoció fué tan grande el pavor que tuvo, que sin aguardar á más salió de la cueva, perdido el color del rostro.

Estábanle aguardando sus camaradas y otros criados de la casa de don Fernando, y viéndole salir con el semblante turbado fué tanta la risa que les dió, que no podían entender lo que les dijo. Acabado el regocijo, y vaya que le daban, oyeron su relación, que fué haber visto al duende con una luz y en hábito de frailecillo. Aquí se les dobló la risa, de modo que el hombre corrido é impaciente juraba con grandes juramentos que lo que les decía era verdad. Creció con esto la fama de que había duende, aumentándose con el

artificio de don Carlos, que deseaba por aquel camino entablar su pretensión de nuevo con la hermosa Leonarda. Las criadas que tenía esta dama no quisieron estar más en su servicio, y así se le despidieron, por lo cual hubo de buscar otras, y no hallaba quien quisiese estar allí.

Hallóse la hermosa Luciana con muchas obligaciones de criadas y poco con que acudir á ellas, y así una de éstas quiso ir á servir á Leonarda, de que tuvo mucho gusto su amiga; era mujer de ánimo, y hacía burla de lo que decían del duende, no dudando bajar á la cueva cuando lo rehusaban los demás criados. Esta bajó un día á ella cuando acertó hallarse allí don Carlos acompañado del niño, dando grandes carcajadas de risa para ser oído; mas ella, perdido el temor, lo atendió, cosa que admiró don Carlos que iba encubierto detrás de él, el cual, como conociese á Teodora (que así se llamaba esta criada de su hermana), recibió mucho gusto en hallarla allí, ella se llegó al frailecillo, teniéndolo por el duende, y con caricias le comenzó á llamar. Hallóse atajado el chiquillo, porque como no había llegado á aquellos lances, no sabía lo que había de hacer. Bien lo conoció don Carlos; y así, para que él no lo errase, viendo la buena ocasión que se le había ofrecido de hallar allí á Teodora, se descubrió á ella. Recibió la criada con su vista un poco de susto, pareciéndole que era transformación del duende y no su verdadero señor don

Carlos, y así se turbó; mas llegándose á ella don Carlos, le aseguró que era él mismo, dándola cuenta de su traza. Preguntóla cómo estaba en aquella casa, á lo cual Teodora le satisfizo diciéndole cómo por temor del duende que pensaban haber allí, se habían ido las criadas de Leonarda, y ella, con beneplácito de su hermana, había venido á servirla, teniendo suma dicha estar allí para lo que se le ofreciese de su gusto. Holgóse mucho de esto el enamorado galán, y dióla cuenta de su nueva pretensión, y como iba enderezada á casarse con Leonarda, á quien amaba tanto; díjola que por entonces no la dijese nada hasta que otro día la diese un papel suyo en que determinara declararla el secreto con que estaba allí. Holgóse Teodora de haber venido al servicio de Leonarda para poder servir á Carlos, y así de nuevo se le ofreció, con que se despidieron por aquel día. Todos los criados de la casa estaban aguardando á la puerta de la cueva á Teodora, y como veian que tardaba, y juzgaban que debía de haber visto algo, y que ocasionada de algún desmayo no salía, y ya determinasen tres ó cuatro en compañía bajar á la cueva á ver lo que la había sucedido. Salió Teodora donde estaban con el semblante que había entrado, de lo cual se admiraron todos, preguntándola si había visto algo; mas ella, muy disimulada, les dijo que los que antes habían entrado debían de haberlo hecho con temor, y que este temor les

ofreciera imágenes fantásticas que no vieron, porque ella había andado toda la cueva, y no había hallado en ella nada ni visto cosa alguna. Dijeron algunos que no á todos se manifestaban los duendes, sino á los que querían, que á ella le había sucedido bien. El criado que había visto al niño, oyendo esto perdía la paciencia, diciéndoles de nuevo lo que había visto, con muchos más juramentos, con que ocasionó la risa de los demás. Al fin Teodora quedó calificada por mujer de grande ánimo y valor, y á ella mandaron entrar por lo necesario que había de guardar en la cueva de allí adelante, ofreciéndose ella á hacerlo con mucho gusto.

El día siguiente, á la hora del medio día, se vió Teodora con don Carlos, el cual le dió un papel para su dama, diciéndole el modo que había de tener para dársele, que fué éste. Como las mujeres son tan amigas de saber, Leonarda se vió á solas con Teodora, y con mucho secreto la dijo:

—Amiga Teodora, yo he oído decir á mi padre, hablando de estas cosas de duendes, que ha oído que á algunas personas se manifiestan con espantos y á otras las tratan de paz, y aun regalan; por tu vida, que ahora que estamos á solas tú me digas si algo de esto último te ha sucedido, porque cuando tres personas han afirmado que han visto asombros y tú dices que no, quedo con sospecha que eres de las que el duende ha

tratado de paz. Díme en esto lo que te ha sucedido.

Vió Teodora buena ocasión para dar el papel de Carlos, y así le dijo lo mismo.

—Hermosa Leonarda, lo que me has dicho he oído decir, y así iba con cuidado de inquirir y saber si á mí se me manifestaba lo que á los otros, y con algún ánimo anduve toda la cueva, mas en toda ella no vi la primera vez nada; en esta segunda, lo que sí puedo decir de novedad es que encima de una cestilla de fruta he hallado este papel que tomé con algún pavor; aquí le traigo; hacéle la señal de la cruz, por venir de mano de aquel espíritu, y veamos lo que contiene.

Recibió Leonarda alguna alteración de oirla esto, y no quería abrir el papel; pero Teodora se le tomó de las manos, y abriéndole se lo puso en las suyas; perdió Leonarda algo del miedo que había tenido, y reconociendo la letra de Carlos por haber tenido otros papeles suyos cuando la galanteaba, leyó estas razones con admiración:

«Como el amante simboliza mucho con el soldado en las empresas que toma á su cargo imitándole, yo me valgo de las estratagemas que puedo y me dicta el amor para conseguir la empresa que más deseo. Juzgábame de ausente y de corta ventura; por lo primero, veo con experiencias cuánto se aventura á perder quien no parece á los ojos de quien adora, y con lo segundo,

conozco, por lo que ha pasado por mí, que es necesario solicitudes para que recuerdos de mi voluntad muevan tu pecho á que se incline de nuevo á hacerme favor. Halléme imposibilitado de poder manifestarme en Zaragoza por la muerte que en ella hice, y que esto podía serme contrario á mi pretensión que es merecer; héme valido de la astucia con haber minado esta cueva desde las casas de don Artal, mi amigo, para que, cumpliendo con mi presencia y los deseos de amante, conozcas que en lo firme de quererte no he desdicho nada de lo que he sido hasta ahora. Perdona mi atrevimiento, y conoce de mí esta firme voluntad que espero ver lo que dispones en orden á pagarla. De todo aguardo respuesta. El cielo te me guarde.—*Carlos,* tu esclavo.»

Admirada quedó la hermosa Leonarda de leer el papel de don Carlos, conociendo con cuántas veras le amaba, pues su afición le había obligado á buscar aquella traza para su galanteo; comunicó esto con Teodora, y ella entonces, viendo cuánto celebraba la fineza de Carlos, le dijo cómo la había hablado por la cueva y dado aquel papel, encareciéndole lo mucho que la estimaba y quería, la cual deuda debía pagar; y así la suplicó le respondiese á su papel, porque con él se consolaría mucho. Ofreció Leonarda hacerlo; y así, para otro día, cuando bajó Teodora á la cueva, le llevó la respuesta. Estábala aguardando el enamorado don Carlos con muchos deseos de

que le trujese este consuelo; dióle el papel, y en él leyó estas razones:

«No se os puede negar, don Carlos, que vuestro atrevimiento ha sido grande haber emprendido vuestra vuelta á Aragón, donde desean vuestra muerte, como en haber dado causa al mal nombre que ha cobrado esta casa con vuestra máquina; en vuestro favor sólo tenéis la disculpa de que amor os ha forzado, así lo conozco, y os agradezco la voluntad que me tenéis, deuda que quisiera pagar si la obediencia de mi padre no lo estorbase; por ahora no trato de mudar de estado; con el tiempo se pondrán las cosas en vuestro favor; de mi parte tenéis seguro la certeza; de la vuestra importa que dispongáis, como de vuestros enemigos viváis seguro. El cielo lo ordene y os guarde.—*Leonarda.*»

Quedó don Carlos con leer este papel tan gustoso, que el contento le tenía loco; abrazaba muchas veces á Teodora, dándola gracias por el buen tercio que la había hecho para con Leonarda, ofreciéndola no olvidar aquella amistad. Con esto se despidió de él, diciéndole que dijese á su dama que procurase no olvidarle, que él trataría de disponer como se compusiese con sus enemigos, pero que permitiese procurar ocasión cómo él la viese á solas. Llevó á la hermosa Leonarda este recado su criada, y ella, deseosa de comunicar sus pensamientos, aquella tarde envió á llamar á doña Luciana, hermana de su galán,

á quien dió cuenta de todo lo que pasaba, dejándola contentísima, porque estaba cuidadosa de que no tenía nueva alguna de su hermano, y no sabía si se había partido de Francia.

En aquella visita trataron las dos amigas de ver al duende fingido, y para esto lo dispusieron de modo que no se diese nota en casa; esto fué aguardar ocasión á que los padres de Leonarda estuviesen fuera de casa, en un hábito que se daba á una monja, algo deuda suya, que no acudió Leonarda, por ser tan recién viuda. Vino Luciana á verse con su querida amiga, y habiendo quedado las dos solas, bajó Teodora á la cueva á dar aviso á don Carlos, el cual estaba avisado para hacerlas esta visita del día antes. Subió el enamorado caballero al cuarto de Leonarda, donde contar cuánto se celebró aquel favor sería alargar más este discurso. Allí ostentó finezas, que conoció su dama, la cual, obligada de ellas, le prometió pagárselas con ser su esposa, por cuya deseada promesa los dos hermanos no acababan de rendir las gracias. Discurrióse largamente sobre qué modo tendrían para guiar esto bien, y Luciana, como era discreta, dió su parecer en esto, diciendo que para la seguridad de su hermano importaba que corriese voz de que había muerto en Nápoles, donde todos pensaban que estaba. Esto se dispuso por el medio de don Artal, su amigo, el cual fingió una carta que le venía de Nápoles, en que muy por extenso le

contaban una larga enfermedad que fingieron, y tras ella su muerte. Esta se divulgó por Zaragoza; sus enemigos se holgaron, sus amigos lo sintieron, y esto corrió por la mayor parte de la ciudad, donde era bien querido. Su hermana se cargó de luto y recibió pésames, al tiempo que don Carlos goza de verse algunas veces con su dama. De cuyas visitas resultó el desposarse los dos de secreto, por asegurar más su pretensión.

Con la muerte de don Carlos que se fingió, don Ximen de Lizana, hermano del caballero que murió, comenzó á galantear á la hermosa Luciana con muchos veras, frecuentando su calle con paseos y procurando con solicitudes de fuertes medios el favor de esta dama, cosa de que recibió don Carlos mucho gusto, pues por este camino se facilitaba más el manifestarse en su patria. Aconsejó Leonarda á su amiga que favoreciese á don Ximen, y ella la obedeció con mucho gusto, porque le había cobrado amor viendo cuán bien le estaba este empleo. Llegaron los dos amantes á corresponderse por papeles, y algunas veces permitía Luciana que le hablase á una reja de su casa de noche, con que don Ximen se hallaba muy favorecido y no deseaba ya más que este casamiento se concluyese.

En este tiempo el padre de Leonarda, con los muchos achaques que trae consigo una cansada vejez, vino á morir, cosa que le estuvo bien al oculto don Carlos, pues si el casamiento de Leo-

narda se guiara por su consejo, era tanta su avaricia y ambición de hacienda, que nunca viniera en que se casara con este caballero. Después de haberle hecho sus exequias y recibido pésames de toda la ciudad su madre de Leonarda, y ella le pareció á esta dama que se efectuase primero el casamiento de don Ximen y doña Luciana, para que seguro con esto don Carlos después se hiciese el suyo; los que mediaban esto apretaron el punto con los deudos de Luciana, de modo que dentro de quince días que murió don Fernando se casó don Ximen. Hiciéronse á sus bodas muchas fiestas en Zaragoza, y los caballeros de una y otra parcialidad hicieron paces y acudieron á estos regocijos muy conformes.

Faltaba ahora dar cuenta la hermosa Leonarda á su anciana madre del casamiento de don Carlos, segura de que lo había de tomar bien porque la quería con extremo. Valióse para esto de su confesor, con quien ya lo tenía de antes comunicado; era un prudente religioso, el cual tuvo modo para sabérselo decir con los amores de los dos y la extratagema de la cueva, cosa de que no quedó muy admirada. Vió que su hija tenía bastante hacienda para los dos, que podía muy bien suplir la que le faltaba á don Carlos, y así (conociendo el gusto que esto tenía Leonarda), vino en que se hiciese.

Importaba que Luciana diese cuenta á su esposo de cómo su hermano era vivo y que había

sido falsa la nueva de su muerte. Estaba este caballero muy enamorado de su esposa, y holgóse de tener á don Carlos por hermano, viendo que la muerte de don Lope la había ocasionado él con palabras mayores. Llano todo y unánimes las partes, don Carlos se manifestó en habiendo alcanzado perdón del virrey de la muerte que había hecho; con que se casó con la hermosa Leonarda, renovándose con esto las fiestas que duraron algunos días, por lo bien que era amado don Carlos de todos. Gozóse con su esposa alegremente, y pagó á Teodora el buen tercio que le hizo, casándola muy bien con el dote que le dió; y al niño que fué el duende fingido recibió en su casa, donde se crió, saliendo muy medrado de ella, pero con el nombre del *Duende de Zaragoza*, que nunca le perdió en cuanto vivió.

Gustosos dejó á todos la novela de la hermosa Florinda; diéronle las gracias de haberles entretenido tan bien. Rematóse la tarde con sonoras letras que cantaron; y aquí el autor de este libro da fin á él, pidiendo perdón de sus yerros y ofreciendo *segunda parte* de la *Quinta de Laura*, que saldrá, con sus bodas y fiestas hechas á ella, presto.

FIN

ÍNDICE

	Págs.
Introducción. — Miguel Moreno y sus *Novelas*	V
El alférez Baltasar Mateo Velázquez y su *Filósofo del Aldea*	
El Cuerdo Amante, por Miguel Moreno	1
La Desdicha en la Constancia, novela de Miguel Moreno	101
El Filósofo del Aldea	149
Conversación primera.—De la buena y mala crianza de los hijos	163
Relación del suceso trágico de Polimo y Sigeldo, su hijo	178
Relación del peregrino caso de las dos Isabelas	190
Conversación segunda.—Del tomar estado	198
Relación del caso de Agueda la mal casada	204
Conversación tercera.—Del bueno y mal gobierno	223

Págs.

Relación de la lastimosa pérdida del reino del rey Ebandro..... 230
Conversación cuarta.—De la buena y mala fortuna..... 233
Del caso y suceso primero..... 244
Caso segundo..... 258
Caso tercero..... 269
Caso cuarto..... 286
Conversación quinta.—Del bueno y mal lenguaje..... 292
Relación del caso de donaire que sucedió á Lorindo en el aldea..... 301
Cuento segundo..... 304
Apéndice..... 312

SE ACABÓ DE IMPRIMIR ESTE
LIBRO EN LA IMPRENTA IBÉ-
RICA Á CARGO DE ESTANIS-
LAO MAESTRE, Á LOS SEIS
DÍAS DEL MES DE JULIO
DE MCMVI

LS.C.
C6917
89418
Author
Title Coleccion selecta de antiguas novelas españolas

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU